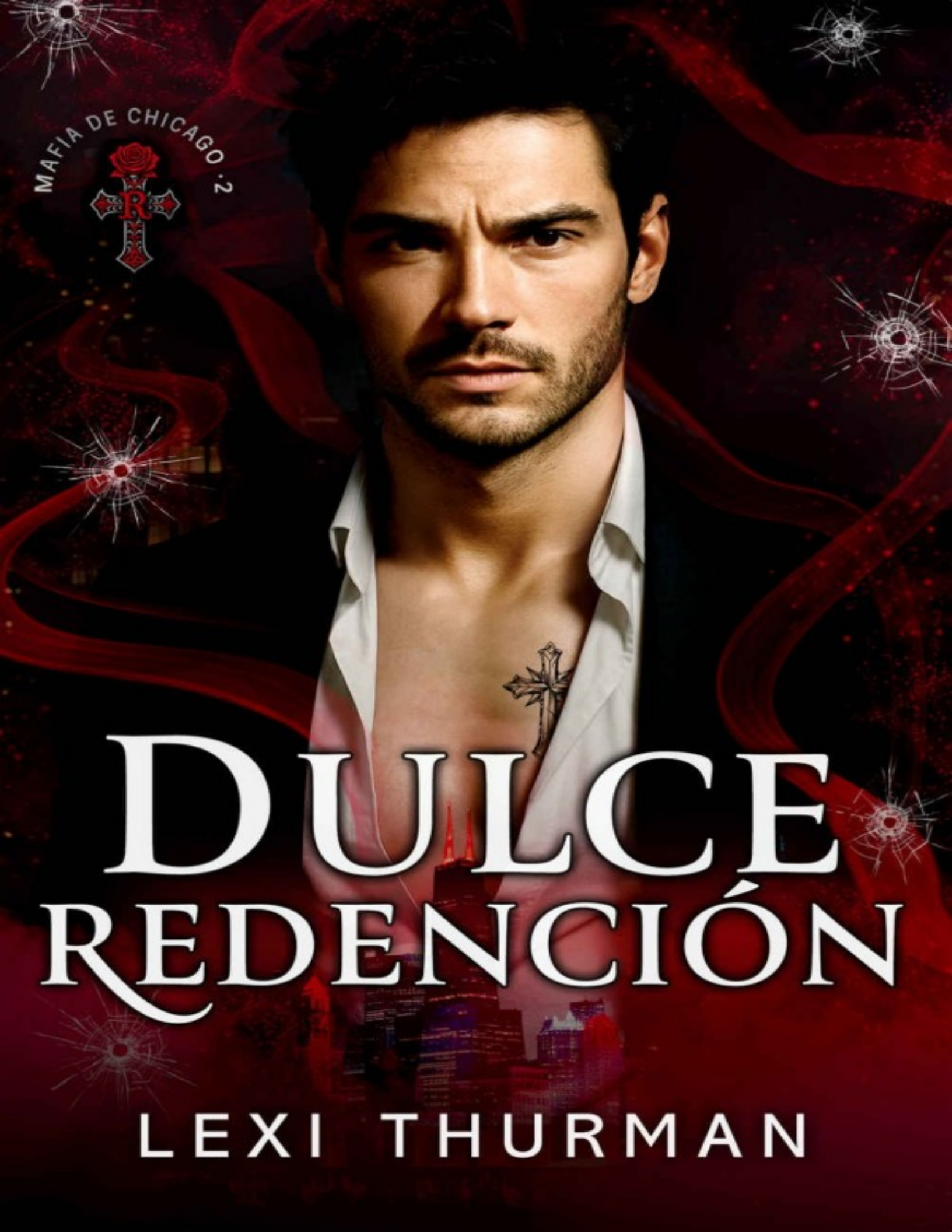

MAFIA DE CHICAGO ·2
DULCE
REDENCIÓN
LEXI THURMAN

Capítulo 1

Audrey

—¿No íbamos a tomar algo tranquilo en un *pub*? —le pregunté a mi amiga Samantha mientras salía del taxi y alzaba la vista hacia la fachada de una discoteca de cuatro plantas que tenía justo delante.

Samantha pagó al taxista, cerró la puerta y me dedicó una sonrisa amplia, de esas que en ella siempre escondían algo.

—Era la idea, pero Jess y Lisa me han llamado cuando estaba en el taxi yendo a buscarte. Ambas han estado muy preocupadas por ti y te echan mucho de menos.

Era mentira, y las dos lo sabíamos. Si fuese verdad, me habrían llamado o, por lo menos, mandado un mensaje, pero lo cierto era que no lo habían hecho. Aunque tampoco podía reprochárselo, ya que tampoco me había molestado en escribirles. Porque nuestra relación nunca fue una amistad de verdad: era conveniencia y comodidad.

Tampoco lo era con Samantha, quien supuestamente era mi mejor amiga, la persona más afín a mí. Ni siquiera me había preguntado cómo estaba o por qué me había quedado tanto tiempo en Chicago. De hecho, cuando se enteró de que estaba de regreso en Nueva York, parecía un poco decepcionada. Claro, porque yo había sido la abeja reina de nuestro círculo, y durante mi ausencia, Samantha se había adueñado de mi liderazgo.

Siempre supe que las cosas entre nosotras eran así. Y, durante mucho tiempo, me bastó. Pero ahora... ahora sentía que faltaba algo. Necesitaba algo más real, como lo que había tenido con Paola.

Como lo que había tenido con Damiano.

—¿Cuándo han abierto esta disco? —inquirí, observando la cola interminable que rodeaba la manzana y la muchedumbre agolpada en la entrada. Conocía todas las discotecas decentes de Nueva York y nunca había visto aquella. Por la cantidad de gente, era evidente que se había convertido en el sitio del momento.

Samantha enarcó una de sus rubias cejas, un par de tonos más oscuras que las mías.

—¿Has estado abducida por los extraterrestres y te han borrado los recuerdos importantes? —Hizo una mueca exagerada mientras movía una de sus manos, mostrándome una manicura francesa perfectamente hecha—. Es la discoteca Zion.

Ese fue mi turno de enarcar una ceja. No había estado allí antes, de eso estaba segura.

—La abrieron hace una semana —continuó cuando vio que no tenía ni idea de lo que estaba hablando—. Llevábamos más de un año esperando para venir a este sitio. Hasta tachamos los días en el calendario, ¿recuerdas?

Al escuchar sus palabras, lo recordé. Recuerdos que había olvidado porque no me habían resultado importantes. Porque, la realidad era que, había mentido al decirle que yo también tachaba los días y que había fingido mi interés en esa discoteca que, con tanto bombo y platillo, estaban anunciando.

Porque lo cierto era que me había dado igual, pero tenía una fachada que mantener. Unas apariencias que, ahora, no me importaban. Porque, después de mi estancia en Chicago, todo había cambiado.

Instintivamente, me toqué la tela del vestido por encima de mi tripa todavía lisa. Si no fuese por las náuseas y porque esa mañana había estado en la ginecóloga y me había hecho una ecografía transvaginal, podría seguir fingiendo que tenía un virus estomacal persistente. Mi ginecóloga, una mujer británica con ascendencia estadounidense que acababa de llegar hacía poco a Nueva York y que me había asegurado que no tuviese ningún tipo de conexión con mi familia o conocidos, me había enseñado el latido de mi bebé, un parpadeo en la pantalla que, para mí, había sido lo más importante que me había sucedido en toda mi vida.

Ahora tenía problemas y preocupaciones reales.

—La verdad, estoy demasiado cansada como para quedarme de pie en esa cola —dije, mirando la multitud que se extendía calle abajo—. Podemos quedar mañana todas a…

No terminé la frase porque Samantha tiró de mi brazo con insistencia.

—Nosotras nunca hacemos fila, Audrey —me recordó, entornando los ojos mientras me arrastraba hacia la entrada, donde un hombre con pinganillo controlaba el acceso.

El hombre, apenas la vio, se hizo a un lado para dejarnos pasar, ignorando los abucheos de los que esperaban en la fila. No tuve que preguntarle cómo lo había conseguido, porque ya lo sabía: favores. La moneda de cambio de mi mundo. Algún acuerdo entre los padres de Samantha y los dueños de ese sitio le había asegurado el acceso preferencial.

Jess, otra de mis amigas, nos estaba esperando en el pasillo. Nos acercamos a ella y nos saludó. No me preguntó cómo me encontraba, pero observó mi vestido.

—¿Es de la última colección de Chanel?

—Sí —respondí con menos entusiasmo del que hubiese puesto en otro momento—. Me lo ha regalado mi madre.

—Tu madre tiene buen gusto; si llega a ser por la mía, iría vestida como una anciana.

Me reí. Lo cierto era que la madre de Jess estaba empeñada en vestir a su hija con los mismos modelos que llevaba ella. Si por ella fuese, irían conjuntadas a todos lados.

—¿Dónde está Lisa? —preguntó Samantha.

Antes de que Jess pudiese responder, nuestra otra amiga apareció por el pasillo con cara de disgusto.

—Ha sido imposible conseguir una sala VIP —dijo como saludo—. Están todas reservadas.

—¿Y no conocemos a nadie que tenga una reservada y nos deje entrar? —le preguntó Jess.

—El encargado no ha querido darme los nombres de los que han reservado las salas. Pero voy a llamar a…

—Qué más da —dije, interrumpiéndola—. Estoy segura de que podemos pasárnoslo igual de bien en la planta baja.

—¿Con toda la chusma? —se quejó Lisa, chasqueando la lengua.

Suspiré.

—No son chusma, son gente normal, Lisa.

—¿Qué te han hecho en Chicago? —me preguntó, abriendo los ojos de par en par—. Tú eras la que nunca quería ir a una discoteca si no era a una sala VIP. Decías que nos haría parecer vulgares.

Sí, así de elitista era. Pero si algo había aprendido en Chicago, aparte de que las salas VIP a veces pueden ser muy peligrosas, era que las apariencias no son lo más importante. Y que personas con vidas complicadas, que tienen que hacer lo que sea para poder comer, pueden ser grandes aliadas.

—Supongo que quiero probar algo nuevo. —Me encogí de hombros, restándole importancia—. Además, ¿cuál es la otra opción? ¿Suplicar porque nos inviten a un reservado?

—Audrey tiene razón —suspiró Samantha—. Además, puede ser divertido.

Lisa y Jess no parecían muy convencidas, pero nos siguieron cuando nos movimos por el pasillo, sorteando a las personas que estaban hablando por el móvil o entre ellas. Al llegar a unas puertas dobles, un hombre de seguridad las abrió para dejarnos pasar. A pesar de ser jueves, la discoteca estaba a reventar.

Las luces de neón parpadeaban al ritmo de la música, que retumbaba tan fuerte que se sentía en el pecho. La pista principal era una marea de cuerpos moviéndose al compás de un DJ que pinchaba desde una cabina elevada, rodeado de pantallas que proyectaban imágenes abstractas. Los camareros se abrían paso entre la multitud con bandejas repletas de copas y, en las paredes, espejos estratégicamente colocados devolvían la imagen distorsionada de la gente bailando.

Cuando sentí mi móvil brillar en el bolso, lo saqué con el corazón en un puño. Por un instante pensé que *él* me estaba llamando, pero luego recordé que, durante mi tiempo en Chicago, había usado dos tarjetas: la mía, la que seguía teniendo, y la que había puesto en mi ficha de trabajadora del *pub*. El número que tenía Damiano.

Me había deshecho de esa tarjeta. Tarjeta que George me había conseguido. No, no quería pensar en el policía corrupto. No quería pensar en Damiano. Quería olvidar; necesitaba hacerlo.

Al final, ir a la discoteca no había sido tan mala idea. Porque allí podía fingir que mi mundo no se había hecho trizas. «Se

reconstruirá», me susurró una voz interior. Y supe que era cierto, porque mi bebé me daría la fuerza para hacerlo.

—¿Nos sentamos ahí? —preguntó Samantha.

No le respondimos, pero todas la seguimos al único sofá libre. Frente a él había unas copas con bebida terminada.

—¡Qué asco! —se quejó Lisa—. Hay que llamar a un camarero para que venga a limpiar la mesa.

Mientras ellas se sentaban, yo recogí los dos vasos en un acto instintivo ante sus miradas atónitas.

—¿Qué haces? —Jess me miró como si estuviera loca.

Cierto, ¿qué hacía?

—Iba a llevar los vasos a la barra. Y aprovechar para pedir las bebidas.

—Por Dios, Audrey. —A Lisa parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas—. Deja los vasos, a saber quién ha bebido en ellos. Te pueden pegar cualquier cosa.

—Confía en mí, eso no pasará. He estado trabajando de camarera en Chicago y estoy sana y salva. —Ni siquiera sé por qué lo dije. Pero lo cierto es que, una parte de mí se sintió liberada. Además, ¿qué tenía de malo?

—¿Camarera? —repitió Jess con incredulidad, y luego se echó a reír—. Muy graciosa, casi me lo creo.

—Igual no es broma, quizá es verdad —dijo Lisa con seriedad antes de que yo pudiese responder.

—No digas tonterías, Lisa. —Jess palmeó su hombro—. Audrey nunca se rebajaría de esa manera.

—Desde que la hija de su sirvienta se quitó la vida, se ha comportado muy raro —le respondió Lisa como si yo no estuviese allí —. Se ha tirado semanas en Chicago y no ha subido ni una sola publicación en Instagram. Igual es porque se avergonzaba de lo que estaba haciendo allí.

Ellas hablaban de mí estando enfrente. Sin cortarse.

—Es prácticamente imposible que nos sirvan y yo tengo sed —se quejó Samantha, levantándose—. Vamos, Audrey, acompáñame a la barra.

Me agarró del brazo y tiró de mí antes de que las otras dos pudiesen decir nada. Nos movimos rodeando la pista entre los sofás y la gente de pie.

La barra estaba abarrotada. Gente pegada, vasos alzados, gritos ahogados por la música que vibraba en el pecho. Me preguntaba cómo íbamos a conseguir pedir, cuando Samantha, sin dudarlo, se coló entre dos tipos que esperaban pacientemente.

—Si me permitís —dijo con esa sonrisa suya que siempre funcionaba, y sin esperar respuesta se deslizó hasta apoyarse en la barra, tirando de mí. Dejé los vasos sucios encima de la barra—. Ponme cuatro margaritas cuando puedas —le pidió a una de las camareras, que tenía cara de estar sobrepasada.

—Tres —la corregí—.Yo quiero una botella de agua.

La camarera asintió y comenzó a preparar las bebidas.

—¿Empiezas fuerte, eh? —bromeó Samantha.

—Tengo el estómago revuelto —mentí. No le había dicho a nadie que estaba embarazada, ni siquiera a mis padres y, a pesar de que sabía que no podría ocultarlo eternamente, de momento prefería que continuase siendo un secreto. Mis padres creían que, lo que ellos consideraban mi pequeña rebelión, ya había pasado. Que todo había vuelto a su lugar.

—No hagas caso a Jess y Lisa —me dijo Samantha, sacándome de mis pensamientos—. No tienen mala intención.

Sí, claro que la tenían; todas la teníamos. Yo había sido la líder del grupo y no había llegado a ese puesto sin tener que pisar unas cuantas cabezas. Ellas jamás se habían atrevido a hablarme así; no tan directamente. Sus comentarios siempre habían sido pasivo-agresivos. Sin embargo, sabía que, después de unas semanas fuera, estaban intentando destronarme.

Así funcionaba nuestro mundo. Hacía unas semanas las hubiera puesto en su sitio y no hubiera permitido que me quitasen mi corona, como hacía siempre, pero ahora me daba exactamente igual.

Podían quedársela si la querían.

—No le he dado ninguna importancia.

Sabía que las palabras de Lisa respecto a Paola buscaban dañarme, una reacción de mi parte, pero no iba a darle lo que quería.

Samantha suspiró.

—¿Por qué tiene que ser siempre así?

—¿Así cómo? —dije, inclinándome hacia ella. Estábamos casi pegadas y, aun así, costaba escucharnos con todo el estruendo de la música y las voces.

—Siempre poniéndonos la zancadilla, fingiendo que no nos molesta nada aunque nos duela. Todas nos conocemos desde niñas. ¿Por qué no podemos ser amigas?

—Lo somos, Samantha —respondí, aunque sonó más a pregunta que a afirmación.

—No, no lo somos —declaró, sorprendiéndome. Samantha siempre había sido la más tranquila de todas. La que aceptaba las reglas y nunca se sobrepasaba—. Estas semanas en las que no has estado, he tomado tu relevo, ¿sabes? —Asentí, porque lo sabía—. Y ha sido agotador —reconoció, echando su cabeza ligeramente hacia atrás—. Me gustaría tener amigas en las que confiar de verdad, a las que poder contarles mis secretos sin miedo a que los usen en mi contra. Amigas de esas que lo son porque lo sienten aquí —se llevó una mano al pecho—, no porque es lo que toca.

Me encogí de hombros, porque ¿qué podía decirle? Samantha tenía toda la razón.

—No vas a encontrar una amiga así en nuestro círculo.

—Lo sé —asintió, bajando la mirada—. En nuestro círculo nada es verdadero. ¿Por eso te quedaste en Chicago? ¿Buscando lo que aquí no encontrabas?

—No —reconocí—. Necesitaba estar a solas.

Eso era una mentira, pero ella se encogió de hombros.

—A veces me gustaría empezar de cero en otro lugar —admitió con un suspiro.

—Nada te lo impide, Samantha.

Negó con la cabeza y soltó una risa hueca.

—Sí lo hace. Voy a trabajar en la empresa familiar, tal como se espera de mí. Y tú trabajarás en el bufete de tu padre. No podemos

cambiar nuestro futuro.

Antes de que pudiera decirle nada, la camarera llegó con las copas. Saqué la cartera, pero Samantha me detuvo con un gesto de la mano. Pagó sin mirarme y me tendió una margarita. Cogí mi botella y la copa, y comencé a abrirme paso de vuelta hacia el sofá, entre la gente. Cuando estaba a mitad de camino, aminoré el paso y giré levemente mi cuerpo, en busca de algo. No sabía qué, pero mi mirada vagó entre la gente.

Y entonces, los vi. Esos profundos ojos castaños que tanto me habían perseguido en mis sueños más dulces y en mis peores pesadillas durante aquellas tres últimas semanas.

Damiano se encontraba al lado de una de las salidas traseras de la discoteca, rodeado de gente, pero él sobresalía entre todos. Iluminado con una luz rojiza, como el rey del infierno que era.

El mundo se detuvo y mi corazón dejó de latir por un instante.

—¡Cómo se te ocurre pararte de golpe! —se quejó una chica que acababa de tropezarse conmigo.

Su cuerpo chocó con fuerza con el mío, pero yo no le respondí, porque mi corazón, golpeando con fuerza en el pecho, acallaba cualquier palabra que pudiese salir de mi boca. La chica siguió su camino y yo volví a mirar hacia donde se encontraba Damiano, pero ya no estaba allí. Lo busqué por todos lados, no había rastro de él.

Era como si hubiera desaparecido.

«Porque nunca ha estado, tonta. Tan solo ha sido un espejismo, un producto de tu imaginación, porque ahora también te persigue cuando no estás dormida».

Tenía que olvidarme de Damiano. Tenía que hacerlo por mi propio bien.

—¿Estás bien? —me preguntó Samantha—. Parece que has visto al diablo.

Ladeé la cabeza para mirarla. Ella estaba detrás de mí.

—He creído verlo.

Capítulo 2

Audrey

—¿Te han dejado sola? —preguntó una voz masculina, provocando que casi pegase un salto.

Estaba tan absorta observando a la gente disfrutar de la música en la pista que no me había dado cuenta de que un hombre se había acercado a mi. Ladeé la cabeza y me encontré con Mason. Estaba igual que la última vez que lo había visto semanas atrás. Impecable, como siempre. Su cabello rubio cuidadosamente peinado, la camisa color azul cielo perfectamente planchada, reloj caro en la muñeca, y esa sonrisa fácil que no escondía nada detrás.

Era guapo, sí. De facciones atractivas, de esas que encajan con cualquier portada de revista y que hacen que la gente se gire al verlo entrar en una sala. Pero era un atractivo simple, predecible. Un atractivo que ya no me provocaba nada.

Quizá porque lo estaba comparando con… No. Tenía que dejar de pensar en él.

—Mason —lo saludé con la primera sonrisa real que esbozaba en toda la noche. Tal vez, desde que había vuelto a Nueva York—. Han ido a bailar y a mí no me apetecía.

—¿Puedo sentarme? —me preguntó.

Mason era así. Él siempre pedía permiso. Siempre educado; tal vez, demasiado.

—Claro —le respondí, y él se sentó a mi lado, pero dejando espacio entre los dos—. ¿Dónde están tus amigos?

—He venido solo —contestó, provocando que entrecerrase los ojos—. Jess ha publicado una foto de vosotras etiquetando la discoteca. Estaba cerca, así que me he pasado. Necesitaba verte, Audrey.

Exhalé un suspiro.

—Mason —comencé, haciendo una breve pausa para pensar bien mis palabras—, siento no haber contestado a tus llamadas ni a tus

mensajes, pero yo…

—Sé lo importante que era Paola para ti —dijo, impidiéndome continuar, y yo se lo agradecí. Porque, ¿qué excusa le iba a poner? No le podía contar la razón real de mi repentina desaparición. Eso era algo que no pensaba compartir con nadie. Y mucho menos ahora, que todo había terminado—. Entiendo que necesitases estar sola. Solo quería que supiese que estaba ahí para lo que necesitases. —Mason esbozó una sonrisa suave y estiró sus manos para agarrar las mías—. Y sigo estándolo.

Sentí cómo su calidez me envolvía. A pesar de nuestras idas y venidas, Mason siempre había estado ahí para mí.

—Lo sé, Mason. Y te lo agradezco.

—Tus padres están de viaje con los míos —me informó y yo asentí, porque ya lo sabía. Se habían ido a Hawái durante dos semanas; tiempo que esperaba que fuera suficiente para encontrar el valor y contarles mi embarazo—. Tu madre me ha dicho que te estás quedando en su casa.

—Sí.

Me había estado quedando con ellos porque, aunque los dos solían estar muy ocupados por su trabajo, tenían empleados que pasaban gran parte del día allí. Mi apartamento se sentía demasiado solitario.

—Tu madre me ha pedido que me pase a visitarte para asegurarme de que estás bien, pero no quiero hacerlo sin tu permiso.

Mi madre seguía empeñada en que volviese con Mason. Y no desaprovecharía cualquier ocasión para intentar manipularnos y lograr su objetivo.

De alguna manera, todos a nuestro alrededor estaban convencidos que volveríamos. Al final, así había sido nuestra dinámica siempre. En los esperanzados ojos verdes de Mason pude ver que él también lo seguía creyendo.

Aunque en muchas ocasiones no habíamos tenido los comportamientos más sanos el uno con el otro, sabía que Mason me quería. Quizá no estaba enamorado de mí, pero él creía estarlo. Y yo también lo quería; pero ahora sabía que tan solo como un amigo.

Por esa misma razón, inspiré una bocanada de aire y aparté suavemente sus manos de las mías.

Tenía que ser sincera con él. La Audrey del pasado lo hubiera tenido en la retaguardia, porque habría sido mucho más fácil así, pero tenía que dejarlo ir. Ambos nos merecíamos pasar página.

—Preferiría que no lo hicieses.

Mason bajó la mirada hasta mis manos, pero no intentó volver a acercarse a mí.

—Ahora mismo no somos pareja, Audrey, pero somos amigos.

—¿Eso es todo lo que quieres de mí, Mason? ¿Una amistad? Porque es lo único que puedo ofrecerte.

—Vamos, Audrey...

—No, Mason. Esta vez va en serio. No quiero que desaparezcas de mi vida —tampoco era una posibilidad por la amistad y relación laboral entre nuestros padres—, pero no estamos destinados a estar juntos. Y no quiero engañarte creyendo que tienes alguna posibilidad conmigo en un futuro, porque no es así. Te mereces encontrar a una chica que te quiera de verdad y con la que formar una familia.

La sonrisa despreocupada en los labios de Mason desapareció al escucharme. En ese mismo instante supe que él acababa de darse cuenta de que había algo diferente en esta ocasión a las otras. Mason pudo ver el cambio en mí.

Yo no solía ser tan directa. Siempre le había dejado esa puerta entreabierta, pero ya era hora de cerrarla.

Él se quedó en silencio unos instantes observándome desconcertado.

—Audrey… —comenzó, pero no pudo terminar la frase.

—¡Esta sonando nuestra canción favorita, Audrey! —Samantha se acercó a nosotros—. ¡Vamos, ven a bailar! —Sin esperar una respuesta, agarró mi muñeca y tiró de ella con fuerza, obligándome a levantarme—. Lo siento, Mason, te invitaría a bailar, pero esta noche es solo de chicas.

Mason negó con la cabeza.

—No te preocupes, yo ya me iba —dijo levantándose—. Audrey mañana…

No escuché lo que dijo a continuación, ni siquiera pude despedirme, porque Samantha tiró de mi llevándome hacia la pista.

—Dudo que esta sea tu canción favorita —comenté cuando Samantha por fin me liberó en medio de la pista—. Y estoy segura de que no es la mía. —Ni siquiera la conocía. No tenía ni idea de quién era el cantante y apenas lograba entender la letra.

Samantha se rio.

—No, pero necesitabas que te salvase.

—En realidad, no. Es Mason, con él estoy segura.

—Demasiado segura —puntualizó Samantha con una mueca, acercándose a mí para que pudiese escucharla por encima de la música.—. Siempre estáis en idas y venidas. Y no eres feliz con él. No quería que volvieses a caer.

Observé a Samantha durante unos instantes. Su atracción hacia Mason era algo que ella me había intentando ocultar, pero que era muy evidente. Incluso en una fiesta a la que no había acudido ella había intentado acostarse con él. No habíamos estado juntos en ese momento, pero eso era lo de menos. Mason la había rechazado y no me lo había contado; seguramente, para querer evitar un conflicto. Él era inteligente y sabía que acostarse con una de mis amigas era una línea roja que le perjudicaría en un futuro si quería regresar conmigo. No obstante, había demasiados testigos que no habían dudado en contármelo con todo lujo de detalles. De hecho, la primera de ellas había sido nuestra amiga Lisa.

No me había enfrentado a Samantha, porque para mí la vergüenza que había pasado siendo rechazada había sido suficiente.

—Mason es parte del pasado. Si sigues interesada, puedo hablar con él.

Samantha se quedó de piedra y estrechó sus ojos cubiertos de maquillaje con desconfianza, sopesando si aquello era una trampa o no.

—Audrey, …

—No te disculpes, estoy bien con ello.

Ella negó con la cabeza.

—No iba a disculparme, nosotras no hacemos eso —hizo una mueca y no pude decirle nada, porque tenía razón—, pero te lo

estoy diciendo de verdad. Solo creo que necesitas a un hombre que te haga sentirte viva. Mason es zona segura, pero nunca te ha hecho feliz.

Contemplé a Samantha durante unos instantes. La conocía bien, y pese a que no tenía la menor duda de que si Mason necesitaba que lo consolasen ella no desaprovecharía su oportunidad, estuve convencida de que estaba siendo sincera. A su manera, nuestra manera, Samantha se estaba comportando como una amiga. Unos meses atrás, eso hubiera sido suficiente para mi, más que suficiente, pero en esos momentos no lo era.

En esos momentos, necesitaba más. Aunque ni siquiera sabía exactamente el qué.

Cuando la canción terminó comenzó a sonar una melodía que sí que reconocí a la perfección. Samantha empezó a tararear *Espresso* de Sabrina Carpenter y Jess y Lisa se acercaron emocionadas, bailando. Me tomaron de las manos y me arrastraron con ellas. Samantha me siguió, y por unos minutos me dejé llevar por la música, por el ritmo de la melodía.

La canción terminó y comenzó otra. Era una melodía más intensa, con un ritmo grave que retumbaba en el suelo y me atravesaba como una corriente. Fue entonces cuando lo sentí.

Una presencia detrás de mí. Una que se sentía familiar; demasiado.

El calor de un cuerpo demasiado cerca, el roce de una mano que no llegó a tocarme pero estuvo a punto de hacerlo. La pista estaba llena, las luces giraban y los destellos me cegaban. No podía verle la cara, pero supe que era *él*.

Damiano.

Sin decir una palabra, sin anunciarse, me tomó de la cintura y me atrajo hacia él. Su cuerpo encajó con el mío como si ya hubiéramos bailado mil veces antes, aunque nunca lo habíamos hecho. Bailamos, no sé cuánto tiempo. Quizá minutos, quizá toda la vida.

Entonces, me besó.

Un beso que no era suave ni cortés, tampoco lo esperaba. Damiano besaba con ansia, con una urgencia animal, como si quisiera tomar todo de ti, incluso tu último aliento. Besaba de una

manera que había anhelado sin admitirlo durante las últimas tres semanas.

Por eso, cerré los ojos y me dejé llevar.

Le rodeé el cuello con los brazos y le devolví el beso. Por un segundo, creí que llevaba la voz cantante. Por un segundo, me hizo pensar que podía dominarle. Pero fue solo un espejismo, porque él era quien marcaba el ritmo. Siempre había sido así, pero no me molestaba. Al contrario, me gustaba dejarme llevar por él.

Podía notar su erección presionando contra mí, dura, inconfundible, y saber que le provocaba de esa manera era una victoria silenciosa, un pequeño triunfo en medio de ese caos que él siempre controlaba. De alguna manera, volví a trasladarme a nuestros encuentros en Chicago, a aquellos momentos que, dentro de la traición y el engaño, habían sido nuestros, reales.

Pero, de un momento a otro, Damiano se separó de mí, dejándome vacía y rompiendo la ensoñación. Y cuando abrí los ojos, él ya no estaba allí.

La pista seguía llena de cuerpos sudorosos, de risas y de luces girando. Otra canción había tomado el lugar de la anterior, igual de intensa, pero para mí ya no sonaba igual.

¿Me lo había imaginado?

Instintivamente llevé una mano a mis labios. Estaban hinchados, sensibles, ardiendo todavía con su sabor. El corazón me latía desbocado, y una parte de mí, avergonzada y hambrienta, lo buscó entre la multitud, negándome a creer que no había sido real. ¿Aunque no era mejor así? ¿Que fuese todo fruto de mi imaginación?

Lo era, tenía que serlo. Porque si Damiano estaba allí, solo podían significar problemas para mí.

—¡Madre mía!— Samantha se acercó a mí, dando saltos—. Si que te has tomado a pecho mi consejo. —Palmeó mi hombro mientras se reía.

¿Su consejo? ¿Qué consejo?

Ni siquiera pude registrar sus palabras, porque seguía con mi mano acariciando mis labios, intentando procesar lo que acababa de ocurrir. Samantha me tomó de la mano y tiró de mí, como parecía

haberse acostumbrado a hacer esa noche. Algo extraño entre nosotras, porque normalmente era yo quien llevaba la voz cantante. Pero estaba visto que eso había cambiado.

O tal vez era yo la que había cambiado.

Nos acercamos a uno de los sofás libres. Me solté de su agarre y me dejé caer en el asiento. Ella se sentó a mi lado, y Jess, que había venido con nosotras, al lado de ella.

Las dos me miraban.

—¿Dónde está Lisa? —les pregunté.

—Enrollándose con un tío, pero ni la mitad de macizo que estaba el tuyo. —Jess me guiñó un ojo con complicidad—. ¿Lo conocías?

Tragué saliva. Me había besado con un tío cualquiera, uno que había pensando que era Damiano, porque no podía ser él.

No tenía sentido que lo fuera.

Aunque besaba como él y olía como él, no era él. No podía serlo, porque Damiano no estaba allí. No podía, ¿verdad?

—¿Cómo era el chico? —indagué, sin atreverme a mirarlas del todo.

Samantha soltó una risilla.

—La verdad que no hemos podido verlo bien, pero era alto y fuerte. Y por cómo te besaba, parecía que lo hacía muy muy bien.

—¿Llevaba zapatos?

Si la pregunta les pareció extraña, ninguna de las dos lo demostró.

—Llevaba unas deportivas —respondió Jess sin el menor atisbo de duda—. No deberían dejarlo entrar con ese calzado a una discoteca tan exclusiva como esta.

—Oh, Jess, a un tío como él se le perdona todo —apuntó Samantha con una exhalación.

Jess la miró e hizo una mueca.

—En eso te tengo que dar la razón.

Ambas se rieron.

Y yo suspiré, apoyándome sobre el respaldo del sofá. Definitivamente, no era él, porque a excepción de en la jaula, Damiano siempre llevaba zapatos. Unos zapatos italianos costosos y

hechos para él. Debería sentirme aliviada, pero una parte de mí se sintió profundamente decepcionada.

En serio, ¿qué estaba mal conmigo?

¿Me había besado con un hombre cualquiera, al que ni siquiera conocía? Vale que no era la primera vez, pero nunca había pensando en otro mientras lo hacía.

Me pasé una mano por la cara.

—Estoy cansada, creo que me voy a ir a casa.

Jess y Samantha se rieron.

—Si has quedado con él fuera, no vamos a reprochártelo —me dijo Jess—. Si un tío me besa así, yo también os dejaría tiradas.

—Os llamó mañana —me despedí con una sonrisa que no llegó a mis ojos, sin molestarme siquiera en contestar a la pregunta.

—¿Te vas a tu casa o te vas con él? —inquirió Jess, que era como un perro con un hueso. No iba a dejarlo pasar.

—Me voy sola, pesada.

Ellas se rieron y Samantha me dio una palmadita en la pierna.

—Pásalo bien. Y no hagas nada que yo no haría. —Me guiñó un ojo.

—Cuando queréis, sois agotadoras —me quejé, levantándome.

—Apenas lo he visto, pero tiene un aura animal que da mucho morbo. Si no te convence, pásale mi numero —insistió Jess, que nunca dejaba pasar ninguna oportunidad.

Chasqueé la lengua y rodé los ojos. Definitivamente, eran imposibles. Rodeé el sofá y me abrí paso entre la gente, esquivando cuerpos sudorosos. Salí al aire de la madrugada y de alguna manera, me relajé.

Me sentí más tranquila, como si pudiese volver a pensar con claridad. Aunque necesitaba regresar a casa. Saqué el móvil para llamar a un taxi. Tendría que haberlo hecho antes de salir de la discoteca; ahora sería un milagro si conseguía uno en menos de media hora.

Me aparté de la gente que se agolpaba junto a la puerta. Con el ruido que había, sería imposible que me escucharan al otro lado del teléfono. Avancé unos metros, buscando un rincón un poco más tranquilo. Justo cuando iba a marcar el número, un grupo de chicos

se detuvo cerca, quejándose en voz alta de lo injusto que era que no los hubieran dejado entrar. Dos chicas pasaron por la acera, riendo a carcajadas por alguna broma estúpida que solo el alcohol conseguía hacer graciosa.

Solté un suspiro y volví a moverme, esta vez hacia la entrada de un callejón estrecho. No era lo más inteligente, lo sabía, pero solo necesitaba un minuto para llamar al taxi. Después, volvería a la seguridad de la discoteca hasta que llegara.

Allí, por fin, estaba sola.

O eso creía. Porque, aún así, sentía esa absurda y helada certeza de que alguien estaba cerca. Como si el aire mismo se hubiera tensado a mi alrededor. El vello de la nuca se me erizó. Mi respiración se volvió pesada, y una sombra, o tal vez una presencia, se deslizó a mi espalda.

No me dio tiempo a girarme. Lo último que escuché fue una voz ronca, familiar, susurrando junto a mi oído:

—Dulces sueños, *gattina*.

Luego, el pinchazo frío en el cuello. Y el mundo se apagó.

Capítulo 3

Audrey

Cómo me gustaba despertarme en una cama tan mullidita como la de la habitación de mis padres. Cogí uno de los cojines y lo estreché entre mis brazos. De pequeña solía dormir con mi osito de peluche Rufus, hasta que, con diez años, mi madre me dijo que ya era lo suficientemente mayor como para dormir sola.

Echaba de menos a Rufus.

Aunque había algo que no acababa de encajarme. No sabía si era el olor de las sábanas o la textura, pero había algo que no iba del todo bien; algo extraño. Abrí los ojos lentamente, soltando el cojín y estirando los brazos.

Un momento. Ese no era el techo de la habitación de mis padres. Entonces, los recuerdos de la noche anterior regresaron a mí: Samantha y nuestras amigas en la discoteca; Mason apareciendo sin saberlo; la pista de baile; el beso al desconocido; yo necesitando irme y saliendo al callejón para llamar a un taxi, y una voz con un marcado acento italiano diciéndome «buenas noches, *gattina*». Estreché los ojos, tratando de recordar algo más, pero no tenía ningún recuerdo más después de ese.

Él me había encontrado, no lo había imaginado. Y ahora estaba en su poder.

Me incorporé, mirando a mi alrededor. No tardé ni un segundo en darme cuenta de que estaba en una habitación, pero supe al instante que no era la de Damiano. Apenas había mobiliario, tan solo una cama grande con sábanas blancas y una mesita de noche a mi derecha, donde descansaba un vaso de agua.

Aparté las sábanas y me levanté de la cama. Llevaba el mismo vestido plateado de la noche anterior, pero no tenía los zapatos puestos y el bolso había desaparecido. Mis pies desnudos tocaron la alfombra azul con pequeños puntitos blancos que cubría el suelo. No

sabía dónde narices estaba, pero sabía que Damiano no podía estar muy lejos.

La habitación estaba en completo silencio, tan solo roto por un ligero zumbido similar a un motor. No había ninguna ventana, por lo que no podía hacerme una idea del lugar en el que me encontraba. Con un suspiro, me dirigí a la puerta y giré el picaporte, pensando que podría estar cerrada. Pero, afortunadamente, se abrió.

Aunque tal vez lo mejor que me podía haber pasado habría sido quedarme encerrada, ya que, en cuanto salí a un pasillo estrecho que no reconocí, mi corazón se detuvo. Mis pasos eran inestables y sentía que me costaba un poco mantener el equilibrio. Cuando giré hacia mi derecha y miré por las ventanas, sorprendiéndome con un cielo completamente despejado, lo comprendí: estaba en un avión. ¿Qué hacía en un avión?

Tratando de no entrar en pánico, avancé unos cuantos pasos más hasta que mi mirada se topó con los ojos más intensos y bonitos que había visto nunca. *Esos* ojos.

Damiano estaba sentado en un sofá de cuero marrón, con sus piernas estiradas. Estaba tecleando algo en su teléfono, pero en cuanto me vio, lo bloqueó y lo dejó descansar sobre sus muslos.

Llevaba una inmaculada camisa blanca y unos pantalones de traje negros.

—Veo que ya te has despertado, *gattina*.

Cerré los ojos durante un instante de debilidad, disfrutando de esa voz profunda y aterciopelada que me había perseguido en todos mis sueños en estas tres últimas semanas y que tan vergonzosamente había echado de menos. Sin embargo, no me centré en eso, porque no podía distraerme; tenía que actuar con la cabeza fría.

—Fuiste tú a quien besé en la pista de baile. —No era eso lo que quería decirle, pero fue lo primero que salió por mi boca.

Porque cuando se trataba de Damiano, nunca hacía ni decía lo correcto.

Él entrecerró los ojos.

—¿Pensabas que estabas besando a otro?

Por la advertencia en su tono de voz, debería haber sabido que era el momento de retroceder, pero no lo hice.

—¿Y pasaría algo si fuese así? Soy una mujer libre, puedo besar a quien me plazca.

Se levantó y se guardó el móvil en el bolsillo con una calma peligrosa. Sus ojos brillaban con una posesividad que conocía bien.

—No eres libre, *gattina*. Eres mía.

—No soy de nadie. —Di un paso atrás, obligándome a mantener la distancia, aunque él ni se inmutó—. ¿Qué hago aquí, Damiano? —solté, casi gritando.

Él, en lugar de alterarse, sonrió. Una de esas sonrisas torcidas y arrogantes que me desarmaban y enfurecían a partes iguales. Se dejó caer de nuevo en el sofá del avión como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—La pregunta correcta es por qué he tardado tanto en venir a buscarte.

Él tenía razón. A pesar de todo lo que mentía a mí misma, en el fondo sabía que Damiano no me dejaría escapar; no me dejaría escapar de mis pecados.

—Entiendo, me has hecho creer que no me ibas a castigar, que había logrado escapar de ti. Solo para ahora venir a recordarme que sigo atada a ti, que nunca fue una opción salir impune

—¿Por qué no te sientas, Audrey? ¿Has bebido el vaso de agua que te he dejado sobre la mesilla?

A pesar de que podían sonar como preguntas, conocía a Damiano lo suficientemente bien como para saber que eran órdenes. Entonces, lo vi. Su expresión era pétrea, de fría indiferencia, y su lenguaje corporal era relajado. Pero yo no me dejaba engañar, porque podía observar ese fuego en sus ojos y la manera en la que sus dedos se apretaban contra el cuero del sillón.

Damiano estaba furioso.

—¿Por eso me has secuestrado? ¿Es tu forma de vengarte? ¿Qué tienes planeado para mí, una muerte lenta?

Damiano chasqueó la lengua, como si aquella conversación le estuviera aburriendo. Alzó ligeramente su mano derecha y señaló el sillón que se encontraba frente a él.

—Siéntate, Audrey. —Por su tono de voz debería ser lo suficientemente inteligente como para saber que lo mejor era obedecer, pero nunca lo había sido tratándose de Damiano, así que seguí de pie—. Doy por hecho que no te has bebido el vaso de agua. Deberías hidratarte.

Entonces recordé que él me había inyectado algo en mi cuello, y llevé mi mano al lugar donde aún sentía una mínima molestia. No había pensado detenidamente en ello hasta ese momento.

Damiano me había inyectado algún somnífero o un calmante lo suficientemente fuerte como para dejarme fuera de combate durante unas cuantas horas. Mi corazón dejó de latir por un instante, no por miedo, porque, a pesar de mis palabras, una parte de mí sabía que estaba a salvo con Damiano, o todo lo a salvo que se puede estar con un hombre como él. Sino porque estaba embarazada y el medicamento que ahora se encontraba en mis venas podía ser perjudicial para el bebé.

—¡¿Qué me has dado?! —grité con todas mis fuerzas—. Si le ha pasado algo, te juro que te mato —le amenacé, completamente fuera de mí.

—¿Si le ha pasado algo a quién, *gattina*? Tú estás perfectamente.

—¡Que me digas que me has inyectado! —grité de nuevo. Tenía que saber qué era para poder decírselo a mi ginecóloga y que ella pudiese minimizar cualquier daño.

—¿O qué? —me desafió, burlón.

Escudriñé el lugar. Frente a Damiano había una pequeña mesa de esas plegables anclada al suelo. Encima de ella, un vaso con un líquido ámbar.

Sin pensármelo dos veces, fuera de mí, cogí el vaso y le tiré el líquido encima. Mi intención era arrojárselo a la cara, pero él fue rápido y lo esquivó. Aunque sí que le manchó la camisa blanca. Como eso no era suficiente para mí, moví la mano con intención de tirarle el vaso, pero Damiano fue más rápido, se levantó como una exhalación y me quitó el vaso. Lo dejó de nuevo en la mesa.

—No te muevas —me advirtió, sentándose en el asiento en el que estaba antes.

Su tono ya no era burlón. Era serio, grave, peligrosamente suave.

—Necesito saber que…

—Un somnífero que me ha recetado para ti la doctora Galbert.

—¿Quién?

—La ginecóloga que va a tratarte durante el embarazo. Puedes estar tranquila, el medicamento es inocuo para nuestro bebé. Nunca os pondría en riesgo. Ni a ti ni a él.

Un suspiro de alivio brotó de mi garganta. Hasta que fui consciente del significado de sus palabras y un frío helado se instaló en mi cuerpo.

—Lo sabes —dije en una exhalación. Él lo sabía. Damiano se había enterado de que estaba embarazada. Podría haber intentado negarlo, pero era consciente de que no serviría de nada. Y una parte de mí estaba cansada de engañarle—. ¿Cómo?

—No por ti, como debería haber sido.

—Eso no responde a mi pregunta —dije, evadiendo su acusación

Él soltó una carcajada carente de humor.

—Siéntate. Voy a pedirte algo para desayunar.

Damiano pulsó un botón integrado en el asiento y yo me acomodé en el sillón. Tampoco tenía adónde ir y estaba un poco mareada. Ni un minuto después se acercó a nosotros una azafata con una bandeja en la que había todo tipo de alimentos. Con una sonrisa que parecía dibujada en su rostro me saludó y, con un equilibrio envidiable, estiró una bandeja frente a mí y colocó la suya. Cogió un vaso que identifiqué como whisky y se lo tendió a Damiano, llevándose el vaso vacío.

—¿Necesitáis algo más?

—No, así será suficiente. —Damiano hizo un gesto con la mano y la azafata hizo una leve inclinación y se marchó.

—¿Cómo te has enterado? —pregunté de nuevo cuando estuvimos solos.

—Primero, desayuna. Recuerda que debes beber agua.

Suspiré con resignación, y aunque las ganas de llevarle la contraria eran irrefrenables, sabía que no conseguiría nada. Debía ser inteligente y decidir qué batallas luchar y cuáles no. Cogí el vaso de agua que se encontraba frente a mí y me lo bebí prácticamente de un trago. No me había dado cuenta, pero estaba sedienta.

No iba a desayunar, no pensaba probar ni un solo alimento, pero cuando vi la tostada de aguacate, mi estómago rugió. La última comida que recordaba haber comido habían sido unos huevos revueltos.

Estiré la mano para darle un gran mordisco a la tostada. Y después, otro.

—Descubrí el test de embarazo en el baño de tu apartamento.

La tostada se deslizó entre mis dedos cuando Damiano habló. Entrecerré los ojos mientras maldecía en voz baja. ¿Cómo había podido ser tan descuidada? Debería haberme ocupado de tirarlo a la basura, pero ni siquiera recordaba haberlo dejado en mi anterior piso; por el que no había pasado porque había ido directa al aeropuerto, ya que llevaba conmigo la única cosa que me importaba: mi bebé.

—No deberías haber rebuscado entre mis cosas.

—Y tú no deberías haberme mentido —replicó—. No contenta con haberme traicionado, pensabas prohibirme el derecho que tengo como padre. Ni siquiera tenías pensado contármelo.

—Yo… —balbuceé, sin saber qué decir. Porque sus palabras eran ciertas—. ¿Qué querías que hiciera?

Damiano se rió.

—¿Decirme la verdad? ¿O tal vez te estoy pidiendo mucho, Audrey Harrison?

Cerré las manos cuando él pronunció mi apellido. No el falso, con la identidad que George me proporcionó, sino mi apellido verdadero.

—Me has investigado.

Damiano chasqueó la lengua y movió ligeramente su vaso; el hielo tintineó contra el cristal.

—Por supuesto que lo he hecho. —Le dio un sorbo a su whisky —. Niña pija —masculló.

Apreté los labios con fuerza. Él se estaba burlando de mí, pero no caería en su juego, no le daría lo que quería.

—¿Dónde están mis cosas, Damiano? —A pesar de que llevaba el mismo vestido que la noche anterior, no había rastro de mis zapatos y, de lo que más me importaba, de mi bolso.

—Están guardadas, no te preocupes.

Una mala sensación se instaló en la boca de mi estómago.

—Quiero mi bolso, Damiano —ordené. Más específicamente quería mi teléfono, aunque en ese momento no podía usarlo para nada, podría llamar a alguien una vez aterrizásemos.

—Está en buen resguardo. Te lo devolveré cuando sea el momento. Todo a su debido tiempo.

—¿Y cuándo será eso?

Damiano sonrió y se reclinó en su asiento, pasando una pierna encima de la otra.

—Cuando aprendas a comportarte, gattina.

Maldito gilipollas.

—Dirás cuando no intente huir.

Damiano no me corrigió. Se encogió de hombros y le dio otro trago a su whisky.

—Si prefieres decirlo así…

—¿Es eso lo que vas a hacer? ¿Secuestrarme?

—No te estoy secuestrando, Audrey. Estoy llevándote de vuelta a casa, donde perteneces.

—Si sabes mi verdadera identidad, también sabrás que mi padre es uno de los mejores abogados de la ciudad de Nueva York y mi madre es jueza. —No me gustaba sacar la baza de mis padres, pero no me quedaba otra opción—. Si no terminas con esta locura, ellos irán por ti. Acabarás entre rejas, Damiano.

Damiano, lejos de parecer asustado, me miró, aburrido. Por supuesto que a él el apellido de mi familia no lo asustaba; Damiano no le tenía miedo a nada. Le dio un último trago a su bebida y dejó el vaso vacío sobre la bandeja.

—Tus padres están de viaje, sería una pena que se lo estropees. Cuando regresen deberías enviarles un mensaje diciéndoles que estás bien, pero que no regresarás a Nueva York.

—¿De verdad crees que voy a escribirles lo que tú deseas?

—En realidad, preferiría que les digas que vas a tener un bebé y has decidido criarlo junto a su padre. Pero, teniendo en cuenta que les has ocultado tu embarazo, dudo que lo hagas.

Tragué saliva. Damiano lo sabía todo. No quería ni pensar en los métodos que había usado para ello.

—No pienso hacer eso. No voy a salvarte el cuello.

Él se encogió de hombros.

—En realidad, es para que ellos no se preocupen por ti. Pero si no quieres tranquilizarlos me da un poco igual, la verdad.

—Dame mi móvil. —exigí con furia y Damiano enarcó una ceja—. Los empleados de casa de mis padres estarán preocupados al ver que no estoy en casa. No tardarán en llamar a mis padres. Y ellos se asustarán si no les envío un mensaje como hago varias veces al día —mentí. Mis padres no esperaban mensajes míos y los empleados no verían raro que no apareciese a dormir.

Damiano chasqueó los dientes con burla.

—Con lo mala mentirosa que eres, ¿en qué jodida mierda estaba pensando para creerme tus mentiras?

—No estoy mintiendo.

—Ya no funciona conmigo, Audrey —no estaba muy segura a qué se estaba refiriendo—. Voy a dejarte claras una cosa: no hay nada que puedas hacer para evitar que críe a nuestro hijo.

—¿Y si no es tuyo? —solté a la desesperada.

Él entrecerró los ojos.

—¿De quién es entonces? ¿De tu ex? ¿El gilipollas con el que hablabas en la discoteca? ¿Mason, verdad?

Yo misma le había hablado de él. Por supuesto que Damiano también lo había investigado.

—¿Y si es de él qué pasaría?

—Que tu hijo crecería sin padre. Porque la única razón por la que sigue vivo es porque sé que su muerte te alteraría y eso podría afectar a nuestro bebe. —Hizo una pausa—. No me gustó cómo te miraba ni con qué derecho te tocaba. Tú solo me perteneces a mí.

—¿Cómo te atrevas a tocarle…?

—Guarda las garras, *gattina*, el hijo es mío, está a salvo.

—Eso no lo sabes —insistí.

—Lo sé, *gattina*, claro que lo sé.

—No sabes nada —contraataqué.

Damiano metió la mano en el bolsillo, sacó algo y, al estirarla para dármelo, me di cuenta de que era el collar de Paola. La mitad del arcoíris.

—Sé lo suficiente —dijo mientras yo cogía el collar y me lo ponía en el cuello. Lo había dejado en el apartamento—. Puedo respetar que estabas intentando vengar a tu amiga. De una manera torpe, arriesgada y muy equivocada. No voy a castigarte por ello —me dijo—, pero no vas a separarme de mi hijo.

—Es tuyo —dije, aunque él no me estaba preguntando y no necesitaba confirmación.

Damiano asintió, aunque pude ver que no tenía el menor atisbo de duda.

—En diez minutos vamos a aterrizar, *gattina*. Abróchate el cinturón. —Volvió a pulsar el botón de antes, seguramente para llamar a la azafata y que se llevara la bandeja y la plegara.

Por primera vez, miré detenidamente por la ventana. El sol estaba saliendo y comenzaba a verse una ciudad despertando a lo lejos.

—¿Adónde vamos, Damiano? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Regresas a casa, *gattina*. Adonde perteneces.

Capítulo 4

Damiano

En cuanto aterrizamos, uno de mis hombres nos estaba esperando para llevar a Audrey a mi casa. Ella no se quejó, tampoco peleó conmigo, aunque no era tan gilipollas como para pensar que se había rendido.

Mi *gattina*, enseñase o no las garras, era una guerrera. Pero, de momento, había optado por intentar hacerme creer que se había rendido, y lo cierto era que lo agradecía, ya que, después de verla con el gilipollas de su ex, lo cierto es que mi humor pendía de un hilo.

Usar el somnífero iba a ser la última opción, siempre y cuando no lograse hacerle entrar en razón. Todo se había precipitado cuando había salido de fiesta a la discoteca. Besarla mientras bailaba no estaba en el plan, pero, joder, no había podido resistirme. Sabía que después de eso no podría mantener ninguna conversación con ella.

Aunque tampoco era necesario. Ella era mía, y no había nada más de lo que hablar.

—¿Por qué aceptaste ir con tu hermanastro a la reunión con los Romano? —me espetó Scott, esquivando por poco un derechazo que buscaba su mandíbula.

—Porque fue su única condición para prestarme su *jet* privado y poder ir tras Audrey a Nueva York.

Scott se quedó inmóvil por un segundo, sorprendido por mis palabras. Fue suficiente. No esquivó el puñetazo directo al estómago que le lancé, y se dobló hacia adelante con un gruñido ahogado.

—¡Joder! —maldijo, recomponiéndose con rapidez. No era tan bueno como yo en las peleas en jaula, pero era un rival más que aceptable—. Pensé que habías dicho que no ibas a ir a por ella.

—Eso fue antes de saber que estaba embarazada de mi hijo.

Scott se quedó petrificado durante un instante.

—¿Está embarazada? No me habías dicho nada.

—Te lo estoy diciendo ahora.

—Podía haberte acompañado. Pensé que no había secretos entre nosotros.

—Eso mismo pensaba yo. Hasta que descubrí lo de Paola, y no por ti.

La mención del nombre fue la chispa que provocó que Scott se lanzara hacia mí como un toro, derribándome contra la lona de la jaula. Sus puños llovieron, pero alcancé a cubrirme. Sentí el calor y la furia en cada golpe. A pesar de que, con el tiempo, había mejorado en controlar su ira, de los dos, él siempre había sido el impulsivo.

Lo empujé con fuerza, rodamos por el suelo y quedé sobre él. Le propiné un par de directos al rostro; esquivó uno, pero el siguiente le abrió la ceja.

—¡Maldita sea! —gruñó, sujetándome el brazo, intentando girarme.

Lo derribé de nuevo, atrapando su muñeca contra la lona mientras mi otra mano golpeaba su costado. Scott gruñía, el sudor y la sangre mezclándose en su rostro, pero seguía resistiendo. Intentó golpearme con la rodilla; logré evitarlo y lo enganché en una llave, inmovilizándolo. Su respiración era pesada, el rostro crispado.

—Ríndete, Scott —le advertí, apretando mi agarre.

Durante unos segundos, solo se escuchó nuestra respiración agitada. Finalmente, Scott golpeó la lona dos veces con la palma abierta.

Lo solté despacio. Nos quedamos unos segundos tendidos en el suelo, mirándonos, jadeando, con el sudor cubriéndonos el rostro.

—¿Nunca vas a perdonarme? —preguntó con la voz áspera.

Me levanté de un salto. Durante esas tres últimas semanas, habíamos tenido esa conversación demasiadas veces. Scott me había contado que se había enamorado de Paola y que, al descubrir que ella nos espiaba, la dejó marchar, asegurándome que planeaba contármelo. Pero ella apareció muerta esa misma noche. Un supuesto suicidio. Scott siempre creyó que fue culpa suya. Y, para no manchar la memoria de Paola, decidió ocultármelo.

Gracias a eso, conocí a Audrey. Pero eso no justificaba sus acciones.

—No se trata de perdón —espeté—. Se trata de confianza.

Scott imitó mis movimientos, incorporándose con esfuerzo. Su pecho desnudo lucía un reguero de sangre que descendía lentamente.

—Lo sé —reconoció, asintiendo—. Sé que tengo que ganarme tu confianza otra vez. Soy leal a ti, Damiano. Leal hasta la médula.

Lo era. Lo había sido desde que lo conocí en las calles cuando yo tenía quince y él tan solo doce años. Ambos veníamos de familias complicadas, sin recursos. Scott se había escapado de su última casa de acogida y llevaba varias semanas durmiendo en un callejón cercano a donde yo vivía, cuando lo invité por primera vez a dormir a nuestra casa.

Tan solo era un apartamento de una habitación en la peor zona de Chicago, pero para Scott fue como el paraíso.

Desde aquel momento, se convirtió en mi mano derecha; en mi mejor amigo, en un aliado y en un hermano. Sin él, no habría podido desafiar a mi padre. No me habría hecho un hueco en el mundo de la mafia. Un mundo que me rechazaba por ser un bastardo.

—Nadie debe saber el estado de Audrey —le advertí, pese a que sabía que era algo que no iba a poder ocultar demasiado tiempo.

Scott asintió.

—Por supuesto.

Me acerqué a la puerta de la jaula, tomé dos toallas que habíamos dejado allí, le lancé una y me limpié con la otra.

—Mauro —dije, refiriéndome a mi hermanastro— no sabe la razón por la que necesitaba el jet, pero a estas alturas seguro que alguien ya le ha informado de que una mujer viajó conmigo. Probablemente también sabe que es la misma que estuvo en la fiesta. Eso es todo lo que debe saber.

Scott asintió. Sabía que había entendido mi orden. Nadie debía hablar sobre Audrey. Quería mantenerla lo más oculta posible de mi familia paterna.

—Mi boca está sellada.

—Lo sé. —Miré la hora en el Rolex en mi muñeca—. Voy a ducharme, no pienso llegar tarde.

Salí de la jaula y me dirigía hacia la puerta metálica del sótano cuando la voz de Scott me detuvo.

—Audrey es una buena chica —dijo con seriedad—. Paola me habló de ella. Es un nombre común, así que no até cabos, o quizá no quise hacerlo. —Me detuve, aunque no me giré—. En Chicago corre peligro. Aún no sabemos quién es ese hombre que, según George, quiere destruirte.

George. El policía corrupto que asesinó a Paola y casi mata a Audrey. Lo maté antes de poder torturarlo, pero no me había importado la información que podía sacarle, no mientras Audrey corría peligro.

Aun en ese momento, que ya conocía su traición, no podía permitir que muriese. Y la razón no era el hijo que no sabía que engendraba. La razón era otra, una que en esos momentos no quería reconocerlo.

Me giré para mirarlo. Él seguía dentro de la jaula, la sangre secándosele en la ceja abierta.

—Sea quien sea, no se acercará a Audrey —afirmé, la voz seca y cortante—. Ella se quedará en Chicago. En mi casa. Donde pertenece. Y si alguien intenta hacerle daño, a ella o al bebé que lleva dentro, suplicará por una muerte rápida. Y no se la daré.

Scott asintió, despacio.

—La protegeré con mi vida.

—Lo sé —dije, porque sabía que era verdad. Scott había puesto en peligro su vida por mí antes, y aunque todavía arrastrábamos una herida que no estaba cicatrizada, sabía que él estaría a mi lado.

Capítulo 5

Damiano

Aparqué el coche en el garaje del edificio de doce plantas que pertenecía a Mauro. El edificio albergaba varios laboratorios y oficinas de su empresa farmacéutica.

Era un proyecto que nuestro padre siempre había rechazado, pero que mi hermano, a pesar de todo, llevó adelante. Sin embargo, no fue sino hasta la muerte de nuestro padre que la empresa se convirtió en una farmacéutica digna de tener en cuenta.

Todo allí funcionaba de forma completamente legal, en marcado contraste con los otros laboratorios que la familia mantenía repartidos por todo el país: instalaciones clandestinas donde se producían sustancias ilegales. Laboratorios extremadamente lucrativos, que, lejos de desmantelar, mi hermanastro había multiplicado. Porque Mauro podía ser muchas cosas, pero había demostrado ser un líder indiscutible para su familia.

Salí del coche y me dirigí a uno de los dos ascensores. Entré, y justo cuando las puertas estaban a punto de cerrarse, un zapato las detuvo. Cosimo Romano me miró con ese aire de suficiencia que le salía de forma natural. No soportaba a ese cabrón.

—Tenemos que dejar de encontrarnos en los ascensores, es repetitivo —me dijo mientras entraba en el ascensor.

—Es la primera vez que recuerdo que coincidimos en un ascensor —respondí.

Él esbozó una sonrisa de esas que me gustaría borrarle de un plumazo. Pero, desgraciadamente, no podía, porque la familia Romano eran aliados de mi familia paterna. Yo no tenía tratos con ellos; sin embargo, por deferencia a Mauro, no me tocaban los huevos.

Algo que agradecía.

—¿En serio? —cuestionó con esa soberbia que le caracterizaba—. Entonces habrá sido en mis sueños. Aunque estoy seguro de que

ahora estoy despierto, porque en mis sueños estaríamos junto a una mujer desnuda que ambos disfrutaríamos.

Puse los ojos en blanco. Lo que me faltaba ya era tener que escuchar sus chorradas.

El despacho de mi hermano estaba en la última planta. Doce pisos que se me iban a hacer interminables.

Cosimo se apoyó contra una de las paredes del ascensor. Llevaba su cabello castaño ligeramente ondulado, en ese aire que parecía desenfadado pero que estaba convencido de que se había tirado más de una hora arreglándolo delante del espejo. Tenía ese aspecto sofisticado y encantador que podía engañar a las personas, pero Cosimo no dejaba de ser un cabronazo de la peor calaña, al igual que yo.

—¿O esa rubia despampanante te ha sacado del mercado? —Se ajustó uno de esos ridículos tirantes de color verde que siempre se empeñaba en llevar—. No me digas que eres de esos hombres que se conforman con un agujero habiendo miles en el campo.

Cosimo había estado en la fiesta de mi hermano. Fiesta en la que Audrey había llamado demasiado la atención, y no solo por su belleza.

Hice un esfuerzo sobrehumano para no estamparle mi puño en la mandíbula. Algo que estaba seguro de que él estaba buscando. Porque Cosimo era un provocador nato, y ni siquiera se molestaba en disimularlo.

Los Romano, como muchas familias de la mafia, no veían con buenos ojos que un bastardo como yo se estuviese haciendo un hueco en su mundo usando el apellido paterno de mi padre, Mancini. Sin embargo, lo que ellos no entendían es que ese apellido me pertenecía. Era lo único bueno que mi padre me había dado. Aunque, en realidad, no me lo había dado; yo me había apropiado de él por derecho.

—Preocúpate de tu vida privada y deja en paz la mía —espeté, apretando los puños.

—Damiano Mancini tiene una vida privada, eso es nuevo —tarareó—. Pensaba que vivías solo para los negocios.

Joder. Estaba cayendo en su juego. Parecía nuevo. Pero nunca se me habían dado bien esos juegos. Yo era un hombre directo, de los que solucionaban los problemas con una buena pelea y sacaban la información de sus enemigos torturándolos.

Apreté los labios, evitando darle una respuesta.

—Aunque esa mujer —se colocó una mano en la barbilla, fingiendo que estaba pensando—, Audrey, ¿verdad? —Hizo una breve pausa, pero no esperó a que le contestase, aunque tampoco pensaba hacerlo—. Es pura dinamita —añadió en el momento en que las puertas del ascensor se abrieron—. Se me está ocurriendo una idea. —Dio un par de pasos, saliendo del ascensor—. ¿Te acuerdas de esa calle a las afueras, que nos pertenece y de la que tanto te gustaría apoderarte? —Se detuvo, girándose para mirarme —. Puedo convencer a mi padre de que te la regale si tú envías a tu chica esta noche a mi casa en ropa interior.

Ni siquiera recuerdo con claridad qué pasó después. Solo sé que, antes de que pudiera terminar de hablar, ya lo tenía agarrado del cuello, su cuerpo empotrado contra la pared del vestíbulo.

Escuché un grito ahogado de una mujer a lo lejos, seguramente la secretaria de mi hermano Mauro, pero me dio igual. En ese instante, lo único que existía era el temblor de su garganta bajo mis dedos y el deseo de destrozarle la vida a ese hijo de puta.

El rostro de Cosimo empezó a ponerse rojo; sus manos arañaban las mías tratando de soltarse, pero no tenía intención de aflojar. Sentí unas manos fuertes agarrarme por los hombros, tirando de mí hacia atrás.

—¡Basta! —gruñó una voz áspera, autoritaria, que reconocí al instante.

Me resistí un segundo, aferrado todavía al cuello de Cosimo, pero otra sacudida me obligó a soltarlo. Cosimo se desplomó contra la pared, tosiendo, su rostro rojo y los ojos vidriosos.

Me giré, aún respirando con dificultad, y ahí estaba Mauro. De pie, imponente, con ese gesto frío que siempre lo había distinguido. Sus ojos verdes, herencia de su madre, no decían nada, pero su mano seguía sobre mi hombro, firme, como recordándome quién mandaba allí.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? —Su voz sonó baja, controlada, pero con la amenaza contenida en cada palabra.

—¿Así es como tratas a tus aliados? —preguntó Demetrio Romano.

El padre de Cosimo salió por la puerta del despacho de mi medio hermano con los ojos entrecerrados. Demetrio era un mafioso de la vieja escuela. Uno de esos anclados en las viejas costumbres.

—Vera —llamó Mauro a su secretaria—, acompaña a los señores Romano a mi despacho, y sírveles nuestro mejor vino.

Cosimo, que se había recompuesto, abrió la boca, pero su padre le colocó una mano en el hombro y se lo llevó hacia el despacho. Justo antes de que Vera cerrara la puerta, juraría que vi a Cosimo sonreír.

Ese cabronazo había conseguido lo que quería.

—¿Tengo que recordarte que no estás en tu *pub*? —me preguntó Mauro cuando nos quedamos a solas.

—Si estuviera en mi pub, le habría retado a una pelea a muerte a ese gilipollas.

Mi hermanastro entrecerró los ojos.

—Esa no es la manera en la que la familia resuelve los conflictos.

—Es una suerte que yo no sea de la familia —apunté con una medio sonrisa.

Mauro suspiró.

—Reniegas de la familia Mancini, pero llevas el apellido con orgullo.

Chasqueé la lengua.

—Yo no diría con orgullo, pero sí. Uso el apellido de nuestro padre. ¿Es un problema para ti?

—Lo que es un problema para mí es que te comportes como un idiota cuando eres un tipo listo. No sé qué te ha dicho Cosimo. Tampoco quiero saberlo —puntualizó cuando fui a contárselo—. Su especialidad es la provocación, y caes una y otra vez como un imbécil.

Me pasé una mano por la cara con cansancio. Porque, por mucho que me jodiera, Mauro tenía razón, y lo sabía.

—La diplomacia no es lo mío. Por eso no me gusta acudir a estas reuniones.

—La diplomacia es necesaria en este mundo. No solo tienes que tratar con traficantes y delincuentes; necesitas al resto de familias de la mafia, te guste o no.

—No lo hago —repliqué—. No me interesa toda esa mierda vuestra, de honor y pactos. Cuando no os soportáis y os traicionáis y matáis unos a otros en cuanto podéis.

Mauro había sido criado para ser el Don de la familia Mancini. Él se movía como pez en el agua en las reuniones en la última planta de las torres más altas de Chicago, en las cenas en los restaurantes de lujo, pero yo no estaba hecho para eso. Yo había nacido en las sombras, en los fondos bajos de la ciudad. Lo mío eran las peleas, las reuniones en los sótanos de los edificios.

—Son necesarios, Damiano. Vamos dentro, no hagamos esperar a los Romano. Y compórtate.

Bufé.

—La verdad es que preferiría marcharme, tengo cosas que hacer.

Mauro, que había comenzado a andar, se giró.

—Quizá no eres un hombre de honor, pero sí de palabra.

Mauro tenía razón. Él me había dejado el jet privado sin hacer preguntas a cambio de que fuese a esa reunión. Mi hermano abrió la puerta del despacho y yo, con resignación, entré tras él. Vera salió corriendo en cuanto nos vio entrar.

Cosimo y su padre estaban sentados en un sofá de cuero blanco de tres plazas que estaba apoyado a la pared. Y el muy imbécil de Cosimo golpeó el espacio entre su padre y él con la mano.

—Siéntate aquí, cuanto más juntos, todos mejor —me invitó con una sonrisa tocapelotas, ignorando la mirada matadora de su padre.

Con un bufido ahogado, Mauro, que soportaba a Cosimo tan poco como yo, se sentó en una silla de respaldo alto, tapizada en cuero negro, frente a un escritorio de madera.

A pesar de que había dos sillas en las que podía sentarme, preferí quedarme de pie. Observé el enorme ventanal desde el que se tenían unas vistas privilegiadas de la ciudad.

El lujo del que mis hermanastros hacían gala siempre me había parecido excesivo. Por supuesto que había comprado una buena casa en cuanto había podido, sobre todo por Siena, pero no veía esa necesidad de aparentar.

Durante mi infancia había vivido en una pobreza extrema, y no pensaba volver a ella. Pero no me gustaba el lujo.

—Mauro, vas a tener que explicarme qué hace él aquí —la voz de Demetrio provocó que lo mirase.

—Lo sabes perfectamente, Demetrio —fue la respuesta seca de Mauro.

Este dejó el vaso que tenía en la mano encima de una pequeña mesa redonda, baja, que había frente a él.

—Lo único que sé es que no voy a hablar de negocios con un bastardo —masculló Demetrio con los dientes apretados, a la vez que se levantaba.

Mauro entrecerró los ojos.

—Siéntate, Demetrio.

—No mientras él siga aquí. Y menos sin que se disculpe con mi hijo.

—No necesito sus disculpas —intervino Cosimo con una sonrisa afable que no me creí ni durante un segundo—. Ha sido un malentendido, padre. ¿Verdad, Damiano?

Ni siquiera me molesté en responder. No sabía qué clase de juego se traía Cosimo, pero no tenía la menor intención de averiguarlo.

—Puedes marcharte si quieres, Demetrio —Mauro señaló la puerta cerrada—, pero no pienso tener esta conversación contigo en otro momento solo porque no seas capaz de dejar los prejuicios atrás.

—No son prejuicios, son costumbres —le respondió este.

—Costumbres obsoletas, que puedes seguir teniendo en tu familia, pero que yo no tendré en la mía.

—Tu padre… —comenzó Demetrio.

—Dejemos descansar a los muertos en paz —le cortó Mauro.

—Amén —añadió el imbécil de Cosimo.

—O te sientas o te vas. Pero decídete ya, no tengo todo el día —dijo Mauro, con la calma que le caracterizaba, aunque yo sabía que por dentro hervía de rabia.

Tras un largo segundo de silencio, con los labios apretados, Demetrio se dio la vuelta y se sentó de nuevo en el mismo lugar que había ocupado antes.

—Lo hago por el respeto que te tengo, Mauro. —Mentira. Era evidente que a Demetrio le jodía tener que hacer caso a mi hermano, que, a pesar de ser el Don de su familia por pleno derecho tras la muerte de nuestro padre, tan solo tenía veintinueve años—. Porque yo sí soy un hombre de honor.

—La verdad es que a mí nadie me ha contado el motivo de esta reunión —Cosimo ladeó la cabeza hacia mí, con la sangre aún brotando de su labio inferior—. ¿Y a ti, Damiano? —me preguntó, guiñándome un ojo, con una confianza que no compartíamos.

Estaba empezando a llegar a mi límite.

—¿Va a durar mucho más esto? —bufé—. Porque no sé vosotros, pero yo tengo negocios que atender.

—¿Como tu trato con Emiliano Martínez? —preguntó Demetrio, con esa misma sonrisa de autosuficiencia que Cosimo había heredado de él.

El negocio más importante que había tenido hasta ese momento. Llevaba años intentando asociarme con Martínez y casi lo mandé a la mierda matando a Rogelio Gómez, su segundo y hombre de confianza. Pero ese pedazo de mierda trató de abusar de Audrey.

Por eso tuve que llevar a Audrey a la fiesta de mi hermano, porque era la mejor manera de que se corriera el rumor de que ella era mi chica. Y si era mi chica, yo tenía todo el derecho a matar a quien intentase aprovecharse de ella.

A pesar de que Martínez no había estado en esa fiesta, la estratagema había funcionado. Pero, a cambio, todos conocían a Audrey.

Era un precio a pagar. Uno por lograr ese trato tan beneficioso. Aunque, si era sincero conmigo mismo, tenía que reconocer que había querido que todos supiesen que ella era mía. Que ella me pertenecía.

—Uno de ellos —respondí, porque sabía que a Demetrio le jodía que una escoria como yo escalase en el negocio.

—Vaya, entonces vamos a ser socios —apuntó Cosimo.

—¿Socios? —pregunté.

—Emiliano Martínez les ha propuesto un acuerdo beneficioso a los Romano —me informó Mauro, y yo entrecerré los ojos—. Quiere vender parte de su mercancía en sus calles y darles a ellos parte de los beneficios. Nada que interfiera con vuestro trato, pero como Demetrio es un hombre de honor —hasta yo pude escuchar el sarcasmo en su voz cuando pronunció aquellas últimas palabras—, me ha pedido permiso para aceptar el trato. Pero no es a mí a quien se lo tiene que pedir.

—Es tu ruta segura a que van a usar —puntualizó Demetrio, pero Mauro seguía mirándome a mí.

Sabía que mi hermanastro se llevaría algo de ello. Tal vez no dinero, pero lo usaría de alguna manera para sacar beneficios. Y estaba claro que, si estábamos allí, era porque le interesaba.

La realidad era que Mauro no tenía ninguna razón para pedirme permiso. Mi trato con Emiliano Martínez no era de exclusividad. Y los Romano no me debían nada. Pero Mauro estaba teniendo esa deferencia hacia mí.

Él, de alguna manera, siempre intentaba mantenerme cerca. No era tan imbécil como para pensar que era altruista, pero, aun así, se lo agradecía.

—Por mí, puedes dejar que los hombres de Martínez vendan droga en el hall de tu casa —espeté, fijando mi mirada en Demetrio —. Me la suda.

—Eres un insolente —espetó Demetrio con furia.

Iba a contestar, pero mi móvil vibró en el bolsillo de mi pantalón. Lo saqué y fruncí el ceño al ver el nombre de Scott en la pantalla. Él nunca me molestaría cuando estaba reunido si no fuera algo importante.

Emití un fuerte suspiro al leer el mensaje. Al parecer, había visto algo muy interesante por las cámaras que teníamos instaladas en el *pub*.

Me marché sin molestarme en despedirme. Escuché a Mauro llamarme y las quejas de Demetrio, pero no me detuve.

Mi *gattina* estaba haciendo de las suyas. Y no podía decir que me sorprendiese.

Capítulo 6

Audrey

William, el chófer de Damiano, solo me llevó a la casa de este, sino que me acompañó hasta la que suponía que iba a ser mi habitación, y después se marchó sin ninguna explicación.

No era la misma en la que había estado la otra vez, la que no tenía duda de que era la habitación de Damiano. En esta ocasión, me habían instalado en una de invitados. Se notaba que nadie la usaba. Había varios cuadros en las paredes, pero de esos impersonales, del tipo que podías encontrar en un hotel. La colcha de la cama de matrimonio era azul con flores, y las mesillas estaban vacías. La decoración en sí parecía haber sido elegida al azar, simplemente asegurándose de que había lo básico para un futuro invitado, a pesar de que daba la impresión de que nadie había usado esa habitación antes.

Abrí el armario, sorprendiéndome al encontrar mi ropa. Pero no la ropa barata que compré cuando llegué a Chicago, sino mi colección de prendas más exclusivas que guardaba en mi apartamento de Nueva York. ¿Damiano había atracado mi apartamento y se había llevado todas mis cosas? A esas alturas, no sabía ni de qué me extrañaba. Damiano me había demostrado que no tenía límites.

Escogí una blusa blanca de seda, unos pantalones de tiro alto negros, y unas sandalias con un poco de tacón —mi última adquisición antes de mudarme a Chicago por primera vez—.

La habitación tenía su propio baño. Pequeño, con ducha, pero funcional. Mis productos de higiene también se encontraban allí. Damiano había preparado todo para mi llegada. No sabía cómo me hacía sentir eso y tampoco quería pensarlo, pero lo cierto era que, una vez me pegué una ducha y me cambié de ropa, me sentí bastante mejor. Pero no quería quedarme allí encerrada, esperando el regreso de Damiano.

Me dirigí hacia la puerta cerrada de la habitación y giré el picaporte, sorprendiéndome cuando se abrió. No me habían dejado encerrada allí, porque, a pesar de que era una cautiva, parecía que Damiano quería darle cierta normalidad a mi cautiverio.

Aproveché para investigar la casa, recorriendo sus largos pasillos y tratando de buscar una habitación en la que encontrase un teléfono o algún objeto con el que pudiese comunicarme con el exterior. Tal vez enviar un mensaje a mis padres o a alguna de mis amigas. ¿Aunque quería meterles a ellos en este embolado?

Suspiré mientras intentaba abrir varias de las puertas que me iba encontrando. Pero todas ellas resultaron estar cerradas con llave. Tampoco vi a nadie, a pesar de que sabía que no estaba sola en la casa, así que bajé las escaleras hacia la planta baja.

Tal vez era todo tan sencillo como salir por la puerta. Giré el picaporte, un suspiro de alivio brotó de mis labios cuando se abrió. El aire cálido de junio de Chicago me golpeó. Observé el jardín delantero, perfectamente cuidado, con un acogedor porche. No le veía a Damiano balanceándose en la mecedora mientras leía un libro y se tomaba un té helado.

Atravesé el jardín sin ver a nadie, fijándome en la enorme puerta metálica tras la que se escondía mi libertad. Di un paso, y luego otro. Cada vez más rápido, hasta que prácticamente terminé corriendo. Tiré del tirador y, al otro lado, me recibió la calle que vi la anterior vez en la que había estado en casa de Damiano.

—Si fuera tú, no daría otro paso más. —A mi derecha, se encontraba un hombre que no había visto hasta ese momento. No era mucho más mayor que yo; de hecho, tal vez hasta tenía algún año menos. Parecía tranquilo, apoyado casualmente sobre el exterior de la verja, pero pude ver la pistolera.

—¿Por qué no? —pregunté, desafiante.

El chico suspiró.

—Sabes que no puedo dejar que te vayas. Órdenes de Damiano.

—¿Y qué vas a hacer para detenerme? ¿Vas a dispararme?

—Damiano me mataría, y yo jamás asesinaría a una inocente. —Fui a dar otro paso, pero entonces él dijo—: Vuelve adentro, Audrey.

¿Él sabía mi nombre? No recordaba haber visto a ese chico nunca antes; ni en el *pub* ni en ningún otro lugar. Entonces, ¿por qué sabía cómo me llamaba?

Porque Damiano se lo había dicho, evidentemente.

—¿Y si no quiero? —pregunté.

El chico rodó sus ojos e hizo una mueca de exasperación, como si no entendiera por qué tenía que estar teniendo esa conversación conmigo.

—Entonces, tendré que llevarte de regreso. A rastras, si es necesario.

Definitivamente ese chico no me caía bien. Pero la determinación en sus ojos me dijo que haría lo que fuera necesario para que no escapase.

Yo no montaba *numeritos*. Y menos cuando sabía que no me iban a llevar a nada. Tenía otras formas mucho más efectivas de salirme con la mía. Así que me di la vuelta y atravesé el camino de entrada hasta el porche.

Por supuesto que Damiano pondría a alguien para vigilarme. Él estaba decidido a que me quedase allí.

Pero no podía hacerlo, tenía que regresar a Nueva York. A mi vida. Una vida que ya no me llenaba, que tal vez nunca lo había hecho, pero, a fin de cuentas, era donde pertenecía. Porque no pertenecía a Chicago, y mucho menos le pertenecía a Damiano.

Regresé al interior de la vivienda, más decidida aún a encontrar una manera de marcharme. Estaba claro que Damiano no iba a entrar en razón. Él ni siquiera se había molestado en llevarme a su casa. Había tomado una decisión y no quería rebatirla. Pues no se la rebatiría, simplemente me alejaría de él en la primera ocasión que encontrase.

—El señor ya me ha advertido que es una joven problemática, señorita Harrison.

Me giré para ver a una mujer a mitad de sus cincuenta, con los brazos cruzados por delante de su pecho, con un moño estirado recogiendo su cabello castaño. Sus ojos me miraban detrás de unas gafas de montura negra.

—¿Problemática? —repetí.

¿Qué sabía ella de mí, cuando era la primera vez que la veía? ¿Qué le había dicho exactamente Damiano?

—Así es —secundó, descruzando sus brazos para estirar su dedo índice y pegar un golpecito en el aire—. Y muy desagradecida, debo decir. El señor lleva un par de días preparando su habitación, asegurándose de que tiene todo lo que necesita, y usted está buscando la manera de escaparse.

Abrí los ojos como platos, sin poder creerme lo que estaba escuchando.

—No intentaría escaparme si *su señor* no me tuviera secuestrada.

Ella emitió un fuerte suspiro.

—Mire que es usted exagerada. Es la invitada de honor del señor.

—Una invitada puede marcharse cuando lo desee, y es obvio que yo no.

—El señor sabe lo que le conviene.

Me pasé una mano por la cara, completamente incrédula. ¿De verdad me estaba justificando un secuestro? ¿Esa mujer se había escapado del medievo? O, tal vez, de un psiquiátrico.

—Tengo veintiún años y soy más que capaz de tomar mis propias decisiones.

—Está claro que no —rebatió ella—. El señor no tendría que ponerle vigilancia si fuese así.

—Eso es porque Damiano cree que puede decidir por mí, pero no puede. Y tú deberías estar de acuerdo conmigo y ayudarme a que me marche.

Ella puso los ojos en blanco y me miró como si la que hubiese perdido la cordura fuese yo.

—Tengo cosas más importantes que hacer que lidiar con uno de sus berrinches —dijo, como si me conociese y eso fuese algo típico en mí—. Haga el favor de comportarse y no nos complique la vida. —Se dio la vuelta y se marchó sin darme la opción a contestarle y sin mirar atrás.

Aquella conversación había sido surrealista. ¿De dónde narices sacaba Damiano a esa gente?

—Estirada —mascullé.

—La señorita Matthew te ha echado la bronca. —Pegué un brinco al escuchar una infantil voz femenina. Me di la vuelta para ver a Siena, la hermana de Damiano. ¿Cuánto de la conversación había escuchado?

—Ella es…

—Una pelma —terminó Siena por mí, aunque yo tenía en la punta de la lengua una palabra más fuerte—. No le digas a mi hermano que he dicho eso. No le gusta que diga palabrotas.

A pesar de que tuve ganas de entornar los ojos, porque palabrotas mucho mayores decía Damiano a diario, esbocé una pequeña sonrisa y dije:

—Claro que no. Será nuestro pequeño secreto.

Siena me miró con esos ojos tan profundos como su hermano y después hurgó en el bolsillo derecho de su vestido verde y sacó un paquete de caramelos.

—¿Quieres uno?

Estiré mi mano y cogí uno, porque necesitaba algo de dulce.

—Está bueno.

—Son Skittles. La señorita Matthew no me deja comerlos antes de las clases, pero los guardo a escondidas —me contó, llevándose un puñado a la boca.

—Las clases de refuerzo siempre me han parecido un coñazo. Qué aburrimiento que en verano también tengas que asistir a clase.

Siena ladeó su cabeza y frunció sus cejas castañas.

—¿Clases de refuerzo?

—Sí, a las que tienes que ir en verano cuando no tienes clase.

—La señorita Matthew es mi profesora todo el año.

—¿También te da clase en el colegio?

—Nunca he ido al colegio. Doy clases en casa.

Aunque lo dijo de manera indiferente, pude ver que le molestaba un poco. Siena no debía tener más de siete u ocho años, lo normal era que fuese al colegio y se relacionase con otros niños y niñas de su edad. ¿Por qué Damiano la educaba desde casa? Damiano me había dicho en varias ocasiones que era un hombre poderoso, que tenía muchos enemigos. ¿Sería esa la razón?

¿Era así como querría educar a nuestro bebé? ¿Aislado del mundo, encerrado entre cuatro paredes, siendo educado por una chalada? ¿Sin poder relacionarse, sin poder conocer lo que se escondía ahí fuera? ¿Eso le esperaba?

No, no lo permitiría.

Nuestro bebé se merecía tener una vida normal, como la que yo había tenido, como la que debía tener cualquier niño.

—¿Ahora vives con nosotros? —me preguntó Siena, sorprendiéndome y sacándome de mis pensamientos.

—Yo… —balbuceé, sin saber qué decir, porque no sabía qué le había contado Damiano, y no era como si le fuese a decir a una niña que su hermano me había secuestrado—. No, no vivo aquí. Tan solo me voy a quedar unos días, estoy de visita. —Preferiblemente, cuantos menos, mejor.

—Me caes bien, me gustaría que te quedaras para siempre.

Sonreí, sin saber qué decir. Esa niña era adorable.

Entonces, se me ocurrió una idea. Tal vez Siena podría ayudarme y darme un teléfono si se lo pedía. No quería involucrarla entre lo que había pasado con su hermano, pero necesitaba marcharme de allí y llamar a alguien que pudiese sacarme de allí.

¿Pero a quién? La policía no era una opción, ya que, después de lo que me había pasado con George, ya no me fiaba de ellos y tampoco dudaba que Damiano tuviese a una gran parte de la policía comprada. A Mason tampoco; prefería mantenerme alejada de él. Lo mejor que podía hacer era llamar a mis padres. No sabía cómo les iba a explicar lo que había pasado, pero ellos tenían conexiones para sacarme de allí. Iba a tener que aguantarlos, pero estaba desesperada.

Iba a preguntarle a Siena cuando una voz nos interrumpió:

—¡Siena, va a empezar tu clase de literatura!

Siena hizo un mohín y guardó sus Skittles en el bolsillo.

—Una pelma —repitió en un susurro y después se rio de su propio comentario, para echar a correr hacia donde se encontraba la señorita Matthew.

Suspiré. Siena era la única que podía ayudarme, pero, en realidad, estaba siendo egoísta. No quería engañarla ni utilizarla

para mis fines. Ella no tenía la culpa de nada, tan solo era una niña inocente.

Tratando de pensar en otro plan de huida, recorrí el largo pasillo y me detuve frente a la primera puerta abierta que vi. Atisbé a una mujer con un delantal blanco atado alrededor de su cintura, de espaldas a mí, metiendo unas tazas en el lavavajillas.

—Damiano me ha dicho que te gustan las tortitas.

La mujer ni siquiera me estaba mirando. ¿Cómo me había visto?

—Sí, así es, pero no es necesario que me las prepares, puedo hacerlo yo.

Podía, aunque las veces que lo había intentado se me habían quemado. Había mejorado con mis habilidades culinarias, pero todavía seguían siendo pésimas. Damiano sabía que me gustaban porque se lo había dicho. Al parecer, Damiano sabía muchas cosas de mí, aunque no todas por mi boca. Y no sabía cómo me hacía sentir eso.

La mujer se dio la vuelta y la reconocí: era la misma con la que hablé la primera vez que estuve en la casa de Damiano. Me señaló una pequeña mesa redonda con dos sillas colocadas en una esquina de la cocina. Estaba adornada con un mantel de flores. Y, encima de ella, un plato con lo que parecía una tonelada de tortitas.

—Siéntate. Ahora te traigo el sirope.

Durante un instante, dudé. Pero mi estómago rugió con fuerza al ver lo deliciosas que se veían esas tortitas. Además, tampoco tenía adónde ir, y aquella mujer parecía más agradable que la estirada de la señorita Matthew. Aunque no tenía ninguna esperanza de que me ayudase a escapar, tal vez podría darme alguna pista de la que tirar sin saberlo.

Crucé el umbral y me senté en una de las sillas. Un segundo después, la mujer dejó frente a mí dos tarritos con sirope: uno de chocolate y otro de arándanos.

—Gracias.

—Hay de fresa también, pero es comprado. Si quieres, te lo traigo. Eso dos son naturales, hechos por mí, más sanos. —Señaló los dos tarros.

—Así está bien —contesté con una sonrisa—. Eres muy amable.

—Solo estoy haciendo mi trabajo —me respondió, quitándole importancia—. ¿Cómo quieres el café?

—Preferiría un zumo de naranja.

—Por supuesto.

—Me llamo Audrey —me presenté, pese a que intuía que ella ya lo sabía—. ¿Cuál es tu nombre?

La mujer esbozó otra sonrisa.

—Me llamo Clementine, pero me llaman Clemmie.

—¿Hace mucho que trabajas para Damiano? —indagué mientras echaba un poco de sirope de arándanos en una de las tortitas.

—Seis años. Mi marido se encarga del jardín y yo de la comida. Tenemos nuestra propia casa, pero a veces me quedo a dormir aquí, sobre todo cuando la señorita Matthew tiene el día libre y la niñera no puede quedarse por la noche.

—¿La señorita Matthew vive aquí?

—Sí. Ella se encarga de la educación de Siena y se asegura de que, las noches que Damiano no está, la niña esté atendida.

—Siena es una niña muy dulce.

—Lo es.

Por el cariño con el que habló y la forma en que sus ojos claros brillaron, me di cuenta de que Clemmie era cercana a Siena.

—Este sirope está buenísimo —murmuré en cuanto mastiqué un trozo de tortita.

—Es una receta familiar que lleva pasando de madres a hijas en mi familia durante más de diez generaciones —dijo con orgullo, mientras colocaba un vaso de zumo frente a mí—. Pero yo solo tengo un hijo. Tiene cerca de treinta años y no parece que casarse esté en sus planes. Es surfista, vive en Australia. Vive la vida a su manera. Así que, si quieres, puedo pasarte la receta a ti.

Aquello me sorprendió. Mis padres siempre habían tenido servicio, y por lo general me llevaba bien con ellos. Pero desde Julia, la madre de Paola, no había vuelto a tener ninguna relación cercana con un empleado.

—Me encantaría, pero es posible que no sea la más adecuada para ese honor. Es fácil que nunca sea capaz de hacer bien el sirope. Soy un desastre con la cocina.

Clemmie se encogió de hombros.

—Nadie nació sabiendo.

—Eso es verdad.

Ella me volvió a sonreír.

Mientras devoraba gran parte de las tortitas, me planteé pedirle su móvil. O contarle cuál era mi situación. A diferencia de la profesora desagradable de Siena, ella era una mujer amable, y estaba segura de que no sabía absolutamente nada. Pero decidí no hacerlo, no quería causarle un problema.

Después de comer, salí al jardín trasero. Hacía un buen día y aproveché para tumbarme en una de las tumbonas junto a la piscina. Me quedé dormida; no sabía cuánto tiempo había pasado cuando escuché la voz de Siena. Debía ser media tarde, porque el sol empezaba a bajar.

—Audrey, ¿te bañas conmigo?

La miré. Llevaba un bonito traje de baño rosa, unas sandalias del mismo color, y el pelo recogido en una coleta. A su lado, una chica de unos veinte años observaba su móvil, completamente ajena a todo.

Siena se acercó a mí justo cuando me incorporaba en la tumbona.

—Es mi niñera, Cloe. Es maja, aunque a la señorita Matthew no le gusta. Ninguna le gusta —me susurró.

Aquella confesión no me sorprendió. Dudaba que la señorita Matthew se soportara a sí misma.

Cloe miró hacia nosotras. Siena le devolvió una sonrisa inocente, y la joven volvió a mirar su teléfono.

Hombre, la niñera más competente del mundo tampoco era...

—¿Te bañas conmigo? —repitió.

—No tengo traje de baño. —O eso creía, ya que no sabía si Damiano me había traído la extensa colección de bikinis y bañadores que guardaba en mi apartamento.

Siena se mordió el labio inferior.

—Podemos ir juntas de compras —ofreció, aplaudiendo como si fuese la idea más maravillosa del mundo.

—Eh...

—Mi hermano solo me deja ir con la señorita Matthew. Es muy aburrida y se cansa pronto.

No pude evitar sentir lástima por Siena. Ella debería hacer planes con niñas de su edad: ir al parque, al cine a ver una película de dibujos animados... Me pregunté si, al menos, tenía alguna amiga.

—Me encantaría ir de compras contigo, cariño.

—¿Mañana? —preguntó con emoción.

—Yo...

—Si no puedes mañana, pasado.

No quería desilusionarla, pero tampoco pensaba darle falsas esperanzas.

—No me voy a quedar, Siena —reconocí con un suspiro—. Tengo que regresar a Nueva York. Allí es donde vivo.

Siena me miró, entrecerrando los ojos.

—Mi hermano me ha dicho que ibas a vivir con nosotros.

Por eso esa mañana me lo había preguntado. Maldito Damiano.

—Seguro que le has entendido mal.

La niña frunció el ceño. No parecía convencida, pero terminó asintiendo.

—¿Quieres ver cómo me baño? —preguntó.

—Claro.

La piscina era bastante grande, pero tenía una parte poco profunda, y Siena parecía ser una gran nadadora. Afortunadamente, Cloe dejó de mirar el móvil mientras la niña estaba en el agua. Yo me senté en el borde, descalza, mojándome los pies mientras Siena se divertía y de vez en cuando me salpicaba.

—Deberías salir. Te van a salir escamas —le dije una hora después.

La niña se rio con esa voz infantil y cantarina suya.

—¡Ojalá me convierta en una sirena!

—Tienes que ir a cambiarte. Es casi la hora de cenar —le dijo Cloe. Fue la primera vez que escuché su voz.

Eché la cabeza hacia atrás para mirarla. Cloe estaba a mi lado. Me fijé más detenidamente: llevaba su largo cabello negro suelto, y sus ojos oscuros contrastaban con su piel blanquecina, casi translúcida. Su rostro estaba salpicado de pecas, y sus labios

fruncidos en una mueca de aburrimiento. Era evidente que su trabajo no le apasionaba en absoluto.

De hecho, no había soltado el teléfono ni para ir al baño. El móvil, con una llamativa carcasa rosa fosforito, aún lo sostenía en la mano derecha. Me sorprendía que no se le hubiera agotado ya la batería.

Un momento...

El teléfono. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

—Perdona —chasqueé los dedos para llamar su atención—, ¿me puedes dejar tu teléfono? Necesito hacer una llamada y el mío está sin batería —mentí.

Cloe sujetó su móvil con fuerza, como si le estuviera pidiendo que me regalase su alma.

—Su móvil es su bien más preciado —dijo Siena entre risas, apoyando sus brazos en el borde de la piscina.

—No puedo. La señorita Matthew me lo ha prohibido —respondió Cloe, negándose a darme más explicaciones, luciendo repentinamente nerviosa. Se guardó el teléfono en el bolsillo derecho de sus pantalones y se inclinó hacia Siena, agarrándole la muñeca para tirar con fuerza y sacarla del agua. Luego, sin tan siquiera despedirse de mí, arrastró a la niña al interior de la vivienda.

—Genial. Simplemente genial —murmuré en voz alta, extendiendo los brazos.

Me levanté del borde, secándome los pies con una de las toallas que supuse que había dejado Cloe. Iba a regresar dentro, pero decidí tumbarme en una de las tumbonas. Aún era temprano, y la temperatura era agradable. No hacía un calor abrasador, así que opté por disfrutar un poco del sol. Me quedé mirando el cielo, tratando de buscar un plan de huida que fuera efectivo, pero mi cuerpo se relajó y terminé quedándome profundamente dormida durante lo que fueron minutos, o tal vez horas.

Me desperté, atontada. Con un bostezo, me incorporé y me puse las sandalias. Iba a regresar al interior cuando vi a Siena. Se había cambiado: ahora llevaba un bonito vestido veraniego de color naranja, aunque su cabello seguía bastante húmedo. Fui a saludarla,

pero ella me hizo un gesto con el dedo para que me callara. Miró hacia atrás, como si quisiera asegurarse de que estábamos solas.

—Sígueme —me dijo en voz baja, y echó a correr hacia el otro lado del jardín. Por instinto, aunque no entendía del todo a qué venía aquello, fui tras ella. Rodeó la piscina y corrió entre la hierba hasta que se detuvo frente a una verja.

—Puedes irte por aquí. —Señaló un hueco. Estaba cubierto de plantas, pero, aun así, era evidente. Y lo suficientemente amplio como para que cupiese por ahí.

—Siena...

Ella se encogió de hombros.

—No tienes que quedarte si no quieres. —Dio un paso hacia mí y me entregó un par de billetes—. Tienes que darte prisa —me advirtió.

Arrugué los billetes entre las manos.

—Gracias.

—Cuídate, Audrey. —Sin esperar a que le respondiera, se dio la vuelta y se marchó corriendo hacia el interior de la casa.

Observé cómo la pequeña figura de Siena desaparecía. No tenía claro qué acababa de pasar. Siena tan solo era una niña pequeña, pero me había dado la salida que necesitaba, y la iba a coger.

Capítulo 7

Audrey

Anduve unos veinte minutos hasta que salí de la urbanización y encontré un taxi. El dinero que me había dado Siena era más que suficiente para lo que necesitaba.

—¿Adónde te llevo?

Ni siquiera pensé la respuesta.

—Al aeropuerto.

El taxista asintió y comenzó a conducir.

Me abroché el cinturón y miré las carreteras sin sentirme relajada. Por un instante temí que aquello fuera una trampa y aquel hombre estuviera en la nómina de Damiano, ya que había visto lo suficiente de él como para saber que tenía Chicago a sus pies.

Damiano era un hombre peligroso, uno que debía temer, pero lo cierto era que tenía la estúpida sensación de que no me haría daño. ¿Cómo me podía sentir a salvo con un monstruo como él? Tenía que regresar a Nueva York y continuar con mi vida. Ahora no era solo yo, éramos dos.

No podía criar a mi bebé en el mundo de Damiano. No podía criarlo como se estaba criando Siena. Esa niña vivía escondida, pero era sagaz e inteligente. Probablemente, por el mundo en el que, desgraciadamente, había nacido. Quería que mi bebé tuviese una vida normal, una en la que no se viese obligado a crecer antes de tiempo.

El tipo de vida que tendría en Nueva York.

Bajé mi mano hasta acariciar mi estómago. Ahora mi bebé era mi prioridad. Observé las carreteras. Los coches transcurrían con normalidad y estábamos en la carretera principal, no en ninguna calle extraña. Sin embargo, no me relajé hasta que vi el aeropuerto y el taxista se detuvo frente a uno de los aparcamientos.

Me desabroché el cinturón y fui a salir, pero antes de que pudiese tocar la puerta, me detuve.

Y ahora… ¿qué? No tenía dinero para comprar un billete a Nueva York. Podría pedirle el móvil a aquel hombre y llamar a mis padres o a alguno de los empleados de casa, que podrían facilitarme el dinero, ya que teníamos un fondo de emergencia con miles de dólares. Y aunque no tenía el pasaporte conmigo, mis padres tenían contactos que me ayudarían con eso. Ya los había usado en una ocasión, hacía años, cuando perdí mi documentación justo antes de coger un avión.

Aunque cogiese el primer vuelo a Nueva York, luego… ¿qué haría? No era tan crédula como para creer que Damiano dejaría de luchar. Él no se detendría hasta traerme de vuelta, y no quería poner en riesgo a mi familia. Puede que a mí no me hiciese nada, pero ¿a ellos? Damiano incluso había amenazado a Mason. ¿Y si lo mataba? No, yo no podía hacerle eso.

Y entonces, ¿qué iba a hacer? ¿Huir lejos, a otro país? ¿A un lugar donde Damiano no me encontrase, pero sin poder volver a relacionarme con nadie de mi pasado? ¿Estaba preparada para convertirme en una fugitiva?

No, no lo estaba. Y lo cierto era que, una parte de mí, tampoco quería huir.

—Señorita —el taxista carraspeó—, ¿baja?

Negué con la cabeza. Tal vez, cuando se trataba de Damiano, nunca actuaba de la manera más inteligente, porque dije:

—No, necesito que me lleves a otro sitio.

—¿No me has dicho al aeropuerto?

—Lo sé, lo siento, pero he cambiado de opinión. Me ha surgido un imprevisto.

El taxista arqueó una ceja, evidentemente molesto de que le hiciera perder el tiempo, pero lanzó un quejido de resignación.

—Está bien, ¿adónde quiere ir?

Definitivamente había perdido la cabeza, porque mientras le indicaba la nueva dirección al taxista, una parte de mí sintió que estaba haciendo lo correcto.

El *pub* de Damiano se veía exactamente igual que hacía tres semanas, la última vez que estuve en él.

Atravesé la entrada y me sorprendió que estuviera abierta, aunque era evidente que los clientes aún no habían llegado. Era demasiado temprano.

El aroma a ambientador barato me recibió. Por algún motivo extraño, sentí que nada había cambiado, sentí como si volviera a casa. Lo que era una completa locura, porque aquello no era mi hogar. Aquel antro debería repugnarme, y pese a que a una parte de mí le asqueaba, había otra que le guardaba cierto cariño a ese sitio, tal vez porque, de alguna manera, había sido mi último punto de unión con Paola.

«Y porque ahí lo conociste a él».

Unos sonidos de cristales llamaron mi atención, desviándome de mis pensamientos. Me acerqué a una chica que estaba en la barra. Era joven, tal vez de una edad parecida a la mía. Su cabello castaño le llegaba por encima de los hombros y tenía un flequillo abierto.

—Hola —le saludé.

—Hola. —La chica me miró, y pude ver la duda reflejada en sus ojos mientras me miraba de arriba abajo. A pesar de que debía verme bastante demacrada por todo lo que había sucedido en aquellas últimas veinticuatro horas, era consciente de que no encajaba allí—. ¿Te puedo ayudar en algo?

—¿Eres nueva? —le pregunté, obviando su pregunta.

—Sí, empecé hace dos días.

—Así que somos compañeras.

—Excompañeras —puntualizó una voz femenina. Tracy salió de una de las puertas metálicas y se acercó a la chica—. Ella ya no trabaja aquí. Melissa, ¿por qué no vas al almacén a por cervezas?

Melissa asintió y se marchó. Tracy cogió un trapo y comenzó a limpiar la barra.

—¿Dónde están las demás?

—Hoy solo estamos Melissa y yo.

—¿Y eso? —pregunté, extrañada. Generalmente, había más de dos chicas.

Tracy soltó el trapo y me miró.

—¿Qué te importa?

Tracy y yo no éramos las mejores amigas ni mucho menos, pero en los últimos tiempos habíamos llegado a tener una cordialidad. No era normal que me hablara de esa manera.

—¿Estás bien?

—Sí, pero no mejor que tú, por lo que veo. —Al igual que Melissa, Tracy me miró de arriba abajo, pasando por mi blusa de seda y mis pantalones negros, y deteniéndose en mis sandalias de Louis Vuitton—. Un poco de cambio, ¿no? —No sabía cuánto de mi historia verdadera conocía Tracy o si Damiano había compartido algo con ella, pero decidí que era mejor no contarle nada.

—No tienes por qué ser tan borde, Tracy. No te he hecho nada.

—¿Ah, no? —Ella soltó una risa carente de humor, dejando caer el trapo con fuerza contra la barra—. Confié en ti, Audrey. Di la cara mil veces por ti delante de Buffy. Porque pensaba que necesitabas el dinero, pero resulta que eras una mentirosa. Una infiltrada —espetó, señalando mis sandalias.

—Yo solo quería…

—Sé lo que querías, Gigi me lo ha contado todo.

—¿Gigi? ¿Ella ha vuelto?

No había sabido nada más de ella. No se había puesto en contacto conmigo, aunque tampoco podía hacerlo, ya que yo había dado de baja el número de teléfono que ella tenía.

—No, pero cuando se enteró de lo que le sucedió a Buffy, me llamó. Ella quería hablar contigo, estaba preocupada por ti y no podía localizarte. Me contó cómo la ayudaste, pero también lo que hacías en el *pub*.

—¿Te dio un número para que pudiera hablar con ella? —pregunté.

—Me llamó en oculto. —Hizo una pausa—. No necesitas dinero, ¿verdad?

Suspiré y negué con la cabeza.

—No, yo solo quería vengar la muerte de Paola. Y sin saberlo, estaba ayudando a su asesino.

—Y Buffy murió por ello —murmuró Tracy.

Las imágenes de Buffy sin vida en su apartamento amenazaron con regresar a mi mente. La culpa me arañaba por dentro. Puede que Buffy y yo no fuésemos amigas, pero nunca quise involucrarla en mis problemas. Tan solo quería saber qué le había sucedido realmente a Paola.

—Nunca debí investigar por mi cuenta. Lo hice todo mal.

—¿Por qué has vuelto? —me preguntó. Cuando no respondí, dijo —: No soy tan idiota como para airear tu secreto, si eso es lo que te preocupa.

Tracy no lo hacía por mí. En ese mundo, era mejor mantenerse al margen cuando las cosas se iban por la borda. Lo había aprendido a las malas en el poco tiempo que había estado allí.

—No me preocupa. Sé que no éramos amigas, pero llegué a apreciarte, Tracy. Y siento muchísimo la muerte de Buffy.

Ella negó con la cabeza.

—Si lo sintieses, no te habrías ido —espetó con dureza—. Te habrías quedado, habrías venido a su funeral. Buffy no tenía familia, solo a nosotras.

—No creo que ella hubiese querido que estuviese allí.

Tracy me miró fijamente.

—Has mordido más de lo que podías tragar, pero Buffy no murió por tu culpa.

Sí lo había hecho. Buffy conocía a Paola, las dos habían trabajado en un club de alterne perteneciente al hermanastro de Damiano. Y yo había ido investigando usando el nombre de Buffy, poniéndola en el radar de George.

—Lo hizo, yo…

Tracy negó con la cabeza.

—Cúlpate por marcharte, por dejarnos tiradas a todas mientras llorábamos la muerte de una compañera, de eso sí eres culpable.

Fui a contestarla, pero una voz masculina impidió que lo hiciera.

—Tracy —Scott apareció desde la puerta de metal que conducía al sótano—, vamos a cerrar ya. Ve a por Melissa y marcharos a casa.

¿Cerrar? ¿Cómo iban a cerrar si tan siquiera habían abierto todavía? Aquello no tenía ningún sentido, y Tracy también debió de pensar lo mismo, porque a pesar de que no expresó sus dudas en

voz alta, me miró como si, pese a todo, ella estuviera dispuesta a quedarse y enfrentarse a Scott si yo se lo pedía.

Puede que Tracy y yo apenas nos conociésemos, tampoco éramos amigas, pero aquella era una muestra de lealtad con la que me acababa de demostrar que lo era mucho más que las que en Nueva York se hacían llamar mis amigas.

Le hice un gesto con la barbilla, indicándole que se fuera, y pese a que pude ver la duda reflejada en su rostro, asintió y se dirigió al almacén en búsqueda de Melissa para irse. Cuando escuché la puerta cerrarse y estuvimos solos, me giré hacia Scott para enfrentarme a él. Si creía que iba a temerlo, estaba muy equivocado.

—¿Por qué cerráis el *pub* cuando ni siquiera habéis abierto aún? Durante el tiempo que yo trabajé aquí nunca cerrabais. Ni durante un solo día.

Scott entrecerró los ojos y apoyó un brazo encima de la barra.

—Vaya, una pregunta directa. Has cambiado de estrategia, antes eras más de ir por detrás y meterte en problemas.

—Tampoco es como si me hubieses respondido si te hubiese preguntado por Paola.

Scott me miró durante unos instantes, sus ojos fríos como dos témpanos de hielo, analizándome. Pero pude ver cómo se derretían un poco cuando se fijaron en un punto determinado de mi cuello, donde llevaba el collar de Paola. A pesar de que ahora ya no lo ocultaba, el arcoíris apenas sobresalía de mi blusa, pero Scott lo había reconocido.

—Siempre supe que había algo extraño contigo —musitó, desviando la vista de mí—. Nunca me encajaste aquí.

—¿Y aún así dejaste que trabajase aquí?

—Aún así. No pensé que serías un problema, pero lo eres.

—Me equivoqué confiando en George, pero…

—Eres un problema porque Damiano se fijó en ti —espetó, cortándome—. Y no soy capaz de ver qué vio en ti —añadió, volviendo a centrar su atención en mí.

Scott no pretendía ofenderme. No estaba buscando enfurecerme o hacerme daño con sus palabras, como era habitual en mi mundo. Puede que apenas lo conociera, pero sabía que ese no era su estilo.

Scott tan solo estaba siendo honesto conmigo, esa sinceridad bruta que parecía ser característica de él. Y pese a saberlo, algo en sus palabras me picó tan profundo en la piel que me ardía.

—¿Y qué vio Paola en ti? —contraataqué.

—Paola era una buena persona. Una que, desgraciadamente, tuvo una vida de mierda —respondió él con amargura y furia—. Ni tú ni yo fuimos dignos de ella.

—¿Te habló de mí? —A pesar de ser una afirmación, lo hice sonar como una pregunta.

—Lo hizo.

—Yo… —Me llevé la mano al collar, acariciando el arcoíris—. ¿Paola me odiaba por lo que le hice? —Necesitaba saberlo, necesitaba saber si estaba decepcionada conmigo.

—Paola no te odiaba. Ella no era rencorosa, tenía la capacidad de perdonar a todo el mundo. Tenía la capacidad de ver lo mejor de las personas aunque no se lo mereciesen.

Mis ojos se humedecieron porque Scott tenía razón.

—No hay día en el que no me arrepienta por haberla fallado, Scott. —Di un paso hacia él—. Quiero que sepas que, a pesar de todo, ella es la mejor amiga que he tenido.

Scott me dio una sonrisa triste.

—Lo sé. Todos la cagamos en algún momento, Audrey. Pero hiciste lo que estaba en tu mano para resarcir tus errores. Gracias a ti el asesino de Paola está muerto.

Entonces, lo comprendí.

Scott no estaba enfadado conmigo, no me guardaba rencor. Sus palabras anteriores iban dirigidas a sí mismo. Porque él no se podía perdonar haber fallado a Paola.

—Estoy convencida de que también te ha perdonado a ti. —Me acerqué a él y puse mi mano en su hombro—. Y ella querría que tú te perdonases a ti mismo. —Scott asintió, pero no pronunció ni una sola palabra—. La querías. —No fue una pregunta, sino una afirmación. Desde que había descubierto la relación entre Scott y Paola me pregunté cuál sería su dinámica, si era una relación seria o algo más pasajero. Pero ahora lo sabía. Ellos se querían. Conociendo a Paola, nunca podría haber sido de otra manera.

—Como nunca he querido a nadie —confesó Scott con los labios apretados. Apenas fue un susurro, pero pude escuchar sus palabras con claridad.

—Ojalá hubierais podido ser felices.

Scott me dio una sonrisa triste.

—El amor y la felicidad no están hechos para hombres como Damiano o como yo —musitó—. No vas a encontrar tu historia de amor con él.

—No es lo que busco. —A pesar de que no estaba mintiendo, de que nunca había querido una relación con Damiano, algo en la afirmación de Scott provocó que mi corazón se encogiese. Porque sabía que él tenía razón, que nunca existió un final feliz para nosotros, y eso inexplicablemente dolía. Damiano y yo jamás tuvimos una oportunidad—. Si por mí fuera, estaría de regreso en Nueva York —confesé, a pesar de que intuía que Scott ya lo sabía—. Habla con Damiano, dile que me deje irme. O mejor, ayúdame a irme y convéncele para que no venga a por mí.

La expresión de Scott se endureció al escucharme. Si había existido algún tipo de cercanía entre nosotros, desapareció en ese instante. Él dio un paso hacia atrás, soltándose de mi agarre.

—¿Me estás pidiendo que traicione a mi mejor amigo?

—Yo…

Él chasqueó la lengua.

—Vamos al sótano. Hay una lección que parece que necesitas aprender.

Capítulo 8

Audrey

Seguí a Scott al sótano a pesar de que no entendí sus palabras. Aunque lo cierto era que él había echado a andar sin darme ninguna opción.

Sabía cuál era la función principal del sótano, pero aun así me sorprendió cuando vi a un hombre en la lona de la jaula. Estaba de espaldas, no podía verle la cara. Iba ataviado con una camiseta y pantalones de deporte cortos. Parecía que no estaba acostumbrado a estar allí y podía notar cómo sus hombros temblaban levemente. Sin embargo, lo que verdaderamente me sorprendió, fue que el sótano estaba vacío. Ni empleadas, ni clientes. Nadie.

Solo ese hombre, Scott y yo.

—¿Qué hago aquí? —le pregunté a Scott, que se había sentado en una de las sillas altas frente a la barra.

El rostro de Scott permaneció imperturbable.

—Aprender una lección que parece que necesitas.

Entrecerré los ojos.

—No soy una niña a la que hay que enseñar.

Scott se encogió de hombros.

—Esa decisión no la tomas tú, y no la tomo yo.

—¿Y quién la toma?

Antes de que Scott pudiese responderme, vi cómo se abría la puerta de metal principal y aparecía un hombre ataviado solo con un pantalón de boxeo negro. Lo primero en lo que me fijé fue en su pecho cubierto de tatuajes. La cruz en la parte superior brillaba alrededor de pequeñas gotas de sudor. Nunca me cansaría de mirar ese pecho definido y ese abdomen marcado. No tenía que levantar la cabeza para ver quién era, pero aun así lo hice.

Los profundos ojos de Damiano se fijaron en los míos. Su rostro era duro, pero estaba esbozando una sonrisa ladeada que me

sacaba de quicio y, a la vez, me provocaba cosquillas en el estómago.

—¿La lección es ver pelear a Damiano? —le pregunté a Scott entornando los ojos, pero este no me contestó.

Aunque no hizo falta, porque el chico que se encontraba encima de la lona se giró para mirar a Damiano y pude ver su rostro. Lo había visto por primera vez hacía unas pocas horas. Era el mismo chico que me vigilaba en casa de Damiano, el que no me había permitido marcharme.

Tragué saliva con fuerza y una mala sensación se instaló en mi interior. Y supe que no me equivocaba, por la forma en la que Damiano se dirigió a la jaula, con esa confianza de quien sabe que está ganando la partida. Pero antes de que entrase, me interpuse en su camino. Ni siquiera lo pensé dos veces; en realidad, siendo honesta, ni siquiera lo pensé, solo actué. No era de las que se dejaban llevar por sus impulsos, y podía culpar a las hormonas del embarazo, pero lo cierto era que cuando se trataba de Damiano, siempre actuaba de manera precipitada.

Damiano se detuvo, apenas a un paso de mí. Pude sentir su respiración, tranquila, como si lo que estuviera a punto de hacer no significara absolutamente nada para él.

—¿Vas a pelear con él porque me he escapado? —A pesar de que lo hice sonar como una pregunta, era una afirmación.

—No es una pelea, *gattina*, es un castigo —respondió, mirándome fijamente—. Uno que Hugh necesita aprender.

—No lo hagas.

—¿Y por qué no lo haría? —contraatacó—. ¿Me lo vas a impedir? —preguntó con soberbia.

¿En serio creía que iba a caer en su juego? Solté un suspiro.

—No puede importarme menos lo que le hagas. En realidad, se lo merece por aceptar mantenerme cautiva.

Damiano chasqueó la lengua.

Escuché una carcajada seca que sabía que procedía de Scott. Y juro por lo más sagrado que, aunque estaba lejos del hombre que estaba esperando su castigo, le escuché tragar saliva.

—¿Aunque lo mate frente a ti, *gattina*? ¿Aún así creerías que se lo merece?

—Nadie se merece la muerte —respondí—, pero no voy a permitir que me manipules. Puedes obligarme a quedarme aquí mientras lo matas, pero te odiaré toda mi vida.

Damiano se acercó un paso más. Su aroma a whisky, menta y cigarrillos, me invadió. Por un instante, estuve a punto de cerrar los ojos y perderme en su olor, que tanto había echado de menos. Pero no lo hice, porque no era lo correcto, porque debía mantenerme alejada de aquel hombre. Damiano sujetó un mechón de mi pelo con su mano; mi cabello se enredó con suavidad alrededor de su dedo.

—No me odiarás, *gattina* —aseguró con una convicción que me irritó, porque en el fondo sabía que nada de lo que Damiano hiciera me haría odiarlo—. La primera vez que me viste impartir un castigo, no apartaste la mirada. No te acobardaste; incluso diría que lo disfrutaste.

Di un paso atrás, separándome de él.

—No lo hice. No me gusta la violencia.

En vez de responderme, esbozó esa maldita sonrisa suya y me rodeó para dirigirse hacia la lona.

Hugh, que nos observaba con nerviosismo, se quitó la camiseta y tragó saliva. Intentó mantenerse firme, pero sus manos temblaban. Él estaba muerto de miedo.

Damiano se colocó frente a él y sonrió de forma peligrosa.

—¿Listo para tu lección? —preguntó con frialdad.

Hugh asintió y entonces, sin previo aviso, Damiano se movió como una sombra: veloz, certero e implacable. Hugh intentó lanzar un golpe directo, pero Damiano lo esquivó con facilidad, atrapando su brazo y girándolo en una llave que lo hizo caer de rodillas. Un puñetazo seco en las costillas le sacó el aire, y otro en el rostro le abrió la ceja.

Miré a Scott por el rabillo del ojo. El muy imbécil bostezó, como si aquello le estuviese aburriendo.

Y yo… yo… mierda. No podía dejar de mirar.

Damiano pensaba que era la violencia lo que me tenía completamente obnubilada, pero no era eso. Era él. Siempre había

sido él.

Cada movimiento, cada golpe certero, su fuerza brutal y desmedida… me seguían resultando tan atrayentes como la primera vez que lo vi. Por más que lo negara, por más que intentara apartar la mirada, había algo en su oscuridad que me atrapaba.

Ahora sabía que no había matado a Paola, pero eso no lo convertía en inocente. Seguía siendo un asesino, un mafioso peligroso. Y el padre del bebé que crecía en mis entrañas.

Hugh intentó incorporarse, pero Damiano fue más rápido. Lo derribó de un barrido y se colocó sobre él. Un golpe más, otro, y la sangre le manchó los labios. Damiano le propinó un puñetazo directo al estómago que le hizo escupir saliva. Cuando ya no podía defenderse, Damiano le rodeó el cuello con la mano.

Y entonces, Damiano fijó su mirada en la mía.

—¿Y bien, *gattina*? —preguntó, con voz grave y calmada, mientras Hugh forcejeaba inútilmente bajo su agarre—. ¿Sigue sin importarte si lo mato? —me desafió, apretando un poco más su agarre.

—Estás loco —escupí, sintiendo mi garganta cerrarse.

—Sí, *gattina*, lo estoy —sonrió, sin dejar de apretar.

El rostro de Hugh se estaba poniendo rojo, los ojos desorbitados por la falta de aire. La puerta de la jaula no estaba cerrada, tal vez porque esta vez no era un espectáculo para que el público disfrutara o hiciera sus apuestas. No, esto era algo personal.

Y sin pensarlo demasiado, me lancé. Crucé la distancia, empujé la puerta de la jaula y entré. Damiano no se sorprendió al verme dentro. De hecho, lo supe por la leve curva de su boca: me estaba esperando.

—Suéltalo —le ordené, firme.

—¿Por qué? —preguntó con una calma inquietante—. Un hombre que permite que la mujer que debe proteger se le escape delante de las narices no me sirve. —Miró a Hugh, que seguía forcejeando por un poco de aire—. ¿Qué pasó? ¿Te quedaste dormido? ¿O decidiste abandonar tu puesto? —Aflojó apenas la presión en su cuello, lo justo para que pudiera responder.

—No… —jadeó Hugh con dificultad—. No me moví de la salida…

Damiano ladeó la cabeza, como si esa respuesta lo divirtiera.

—Entonces… ¿se evaporó? —Volvió a apretar, esta vez con más fuerza—. ¿O tal vez eres un traidor y la ayudaste a escapar? —La palabra «traidor» sonó tan afilada como una hoja de cuchillo—. Los traidores se merecen una muerte lenta. Una…

—Él no me ayudó a escapar —solté, y en cuanto las palabras salieron de mi boca, supe que había caído en su maldita trampa.

La sonrisa de Damiano se ensanchó, satisfecha. Sin decir nada más, soltó a Hugh, que cayó de lado, tosiendo y luchando por respirar, los labios amoratados y el rostro desencajado.

—Scott —lo llamó, sin apartar la mirada de mí. Scott no tardó en entrar en la jaula. Se agachó junto a Hugh, ayudándolo a incorporarse—. Llévalo arriba. Y que nadie me moleste.

Scott asintió sin cuestionar sus órdenes y sostuvo a Hugh, que apenas podía caminar, sacándolo de la lona. Scott lo arrastró hasta la puerta de metal y la abrió con el brazo con el que no lo sostenía. Mi corazón comenzó a golpear con fuerza en mi pecho cuando escuché el sonido seco de la puerta de metal cerrándose tras nosotros.

Solo quedábamos Damiano y yo en la jaula.

Él dio un paso hacia mí. Lento y decidido, como el depredador que era. Sin embargo, yo no retrocedí, porque no era su presa. Nunca lo había sido.

—Muy bien, *gattina*. Ahora solo somos tú y yo —murmuró con esa voz suya que sabía exactamente cómo ponerme a temblar, pero no exactamente de miedo.

Porque, aunque Damiano me acababa de demostrar la peor parte de sí mismo, la bestia cruel y sin piedad que era, la realidad era que no lo temía. Incluso en momentos como ese, me sentía atraída hacia Damiano. Mi cuerpo reaccionaba a él con una urgencia incontrolable, me gustara o no. Era algo que no podía evitar, que no podía controlar. Cada movimiento suyo, cada mirada, cada palabra afilada me removía por dentro.

—¿Vas a pelear conmigo? —le pregunté, alzando el mentón.

Damiano sonrió de medio lado, esa sonrisa arrogante que me sacaba de quicio y me derretía a partes iguales.

—No me importaría averiguar si recuerdas lo que te enseñé —dijo, refiriéndose a los pasos de defensa que me había mostrado tiempo atrás—. Pero estás embarazada, no pienso hacer nada que ponga en riesgo a nuestro bebé.

—Estoy embarazada, no enferma —repliqué sin dudar, desafiándolo.

Se acercó un paso más, borrando la distancia entre nosotros. Su mirada recorrió mi rostro, se detuvo en mis labios, luego bajó hacia mi vientre y regresó a mis ojos.

—Lo sé —susurró, y había algo oscuro y posesivo en su voz—. Y aunque disfruto cuando me desafías, no va a pasar.

—Por estar embarazada no me convierto en una delicada flor a la que tienes que tratar con cuidado por miedo a que se marchite —espeté—. No me trates como…

Me interrumpió con un gesto de la mano.

—*Gattina*, no vas a distraerme —dijo. Su tono bajó una octava, volviéndose más sombrío—. ¿Quién te ayudó a escapar de mi casa?

—Nadie —mentí sin dudar—. Lo hice yo sola.

Damiano entrecerró los ojos, como si analizara cada palabra, cada leve gesto de mi cara. El ambiente entre los dos se volvió más denso, cargado de tensión. El sudor brillaba sobre su piel, su respiración aún agitada por la pelea. Yo podía sentir cómo mi cuerpo reaccionaba: caliente, inquieto e inevitablemente atraído hacia él.

—Mientes —murmuró, pero no había furia en su voz, solo esa maldita certeza suya de que me conocía mejor de lo que yo quería admitir.

—No lo hago.

Él chasqueó la lengua.

—¿Crees que tardaré mucho en descubrirlo? Tan solo tengo que tener una conversación con cada uno de mis empleados.

—Déjalos tranquilos.

Una risa áspera brotó de la garganta de Damiano.

—Me conoces bien, *gattina*, sabes que no lo haré. No puedo tener trabajando conmigo a alguien que me traiciona.

Tragué saliva. No podía dejar que acusara a los empleados, o a saber qué podía hacerles. Pero tampoco podía delatar a Siena. Tenía

la absoluta y ridícula certeza de que Damiano no le haría nada a su hermana pequeña. Aun así, no podía hacerlo, porque sentía que estaría traicionando la confianza de la pequeña.

—Ninguna empleada me ha ayudado.

Damiano ladeó la cabeza, estrechando sus ojos.

—Ha sido uno de mis empleados, entonces. ¿El jardinero, quizá? —Yo mantuve los labios apretados—. No hago daño a mujeres, *gattina*, ya lo sabes. Por eso me alegra que haya sido él. Creo que lo voy a disfrutar.

La amenaza no velada no se me pasó desapercibida. A pesar de que podía tratarse de uno de sus trucos, Clemmie se había portado muy bien conmigo. No iba a permitir que Damiano hiciese daño a su marido.

—Ni siquiera lo conozco.

—No te creo, *gattina*. Llamaré a William para que te venga a buscar. Yo tengo un hombre al que torturar.

Sin pensarlo, sin darme tiempo a razonar las consecuencias, me lancé hacia él. Mis manos lo empujaron con fuerza en el pecho, pero era como intentar mover una pared. Apenas se inmutó. Vi la sorpresa cruzarle el rostro, seguida de una sonrisa.

—No vas a tocar a nadie, ¿me oyes? —escupí, con la voz temblando de rabia. Intenté golpearle, pero Damiano atrapó mi muñeca al vuelo con facilidad. Me giró con rapidez, sujetándome contra su pecho, inmovilizándome como si fuera una niña.

—Joder, *gattina*, me pones muy cachondo cuando sacas las garras —murmuró Damiano, con esa sonrisa torcida que me daban ganas de borrar a bofetadas… o a besos. Maldito imbécil, ¿por qué tenía que ser tan sexy?

—Suéltame —exigí, y para mi sorpresa, lo hizo.

Me separé de inmediato, retrocediendo un par de pasos para poner algo de espacio entre los dos. El calor de su cuerpo seguía pegado a mi piel.

Damiano se pasó una mano por el pelo, aún sonriendo.

—No voy a hacerle daño a Berto —dijo, y supe que se refería al jardinero—. Sé que fue Siena quien te ayudó.

Mi estómago se contrajo. ¿Él lo sabía? ¿Cómo?

—Ella no…

—No mientas —me cortó, su tono firme, sin levantar la voz, pero con esa autoridad que le salía natural—. En cuanto Scott me llamó para avisar que estabas aquí, revisé las grabaciones de las cámaras de seguridad del exterior y os vi.

Se hizo un silencio tenso. Mi mente buscaba desesperada una salida, pero era inútil. No había manera de negar lo evidente.

Damiano dio un paso hacia mí.

—Lo intentaste, *gattina*. Pero en mi casa no se mueve ni una hoja sin que yo lo sepa.

—Y aun así, me marché. A estas alturas podría estar muy lejos de aquí.

—Pero no te has ido. Has venido al *pub* donde sabías que te encontraría.

—¿Hay algún lugar donde no me encontrarías, Damiano? —pregunté con amargura.

—No —respondió, su voz ronca, cargada de algo crudo y devastador—. No lo hay, *gattina*. No puedes huir de mí.

Un escalofrío me recorrió la espalda, y no era miedo. Era algo mucho peor.

Se acercó, y el calor de su cuerpo desnudo, cubierto de sudor y adrenalina, me envolvió. Pude ver el brillo de su piel, la respiración agitada, sus músculos tensos y marcados. La mezcla de furia, deseo y peligro en sus ojos me atrapó por completo.

—Eres mía —declaró—. Lo has sido desde la primera vez que te vi.

Y entonces, sin más advertencia, me besó.

No fue un beso tierno, aunque tampoco esperaba que lo fuese; ni tampoco quería. Porque no había nada tierno ni dulce en mi relación con Damiano. Al igual que nuestros besos, nuestra historia era devastadora, cruda y brutal. Su boca reclamó la mía con violencia, sus manos me aferraron con fuerza y desesperación, como si temiera que me fuera, aunque yo no tenía intención de irme a ninguna parte. Mis manos se deslizaron por su espalda desnuda, por sus hombros duros, por la piel caliente que olía a sudor y a hombre.

Me empujó sin esfuerzo, y cuando la lona tocó mi espalda, supe que estaba perdida. Se tumbó sobre mí, su peso, su calor, su virilidad aplastando cualquier intento de cordura.

—Dime que no me deseas —susurró contra mi cuello, su aliento encendiendo cada centímetro de mi piel—. Dímelo, *gattina*, y me detengo.

Abrí la boca dispuesta a decírselo, pero no fui capaz. No solo porque era mentira, sino porque no quería que se detuviese.

Damiano se dio cuenta y esbozó una sonrisa.

—Yo también te deseo, *gattina*. Cada puto segundo del día.

Esta vez fui yo la que lo besó.

Lo atrapé de la nuca y lo atraje hacia mí, estrellando mi boca contra la suya, sabiendo que no había vuelta atrás. No la quería. Porque necesitaba volver a sentirlo en mi interior, porque mi cuerpo lo echaba de menos.

Y porque estaba enamorada de él. No había dejado de quererlo ni durante un solo instante. Había creído que regresar a Nueva York haría que mis sentimientos hacia él se enfriasen, pero tan solo se habían vuelto más intensos.

Mis manos fueron a la cinturilla de su pantalón de deporte con intención de bajárselos, pero, antes de que pudiese hacerlo, él se levantó, dejándome tumbada sobre la lona. Casi lloré al dejar de sentir el calor de su cuerpo.

Iba a rechazarme. Era lo correcto, Damiano me estaba haciendo un favor. Seguir adelante era una locura, pero, aun así, sentí un enorme nudo en el estómago. Porque, en el fondo, no quería hacer lo correcto; nunca lo había hecho.

Damiano frunció el ceño; por un instante, pude ver la confusión en su rostro, pero, un par de segundos después, la claridad se instaló en sus ojos.

—¿Crees que te voy a dejar así? —preguntó.

—Estás haciendo lo correcto —dije mientras me incorporaba, sentándome en la lona.

Él esbozó una sonrisa torcida a la vez que se bajaba los pantalones y los calzoncillos, quedándose desnudo.

No le contesté. Mi mirada estaba fija en su miembro. Aquel mismo que me había hecho sentir un placer que jamás imaginé posible, aquel que mi cuerpo había echado de menos de una forma dolorosa.

—Juraría que está incluso más grande de lo que recordaba —solté en voz alta, antes de ser consciente de mis propias palabras.

Damiano estalló en carcajadas mientras mis mejillas se teñían de rojo.

—Eres una *gattina* muy, muy traviesa —susurró.

Damiano se acercó despacio, sin apartar los ojos de los míos. Sentía su mirada recorrerme, como si pudiera desnudarme de nuevo sin necesidad de tocarme. Se arrodilló frente a mí, sus manos acariciaron mis caderas, y luego descendieron hasta el botón de mis pantalones cortos, desabrochándolos con habilidad.

No intenté detenerlo, ¿porque a quién quería engañar? Lo deseaba.

Se desprendió de mis pantalones despacio, arrastrando también la ropa interior, y el aire acondicionado de la sala me hizo estremecer, aunque no era por el frío. Era su cercanía, la forma en que sus dedos rozaban mi piel como si le perteneciese, como si lo hubiera hecho desde que nací.

Y, como siempre me sucedía con él, esa posesividad me encendía. Porque, aunque le negaba una y otra vez que era suya, aunque me lo negaba a mí misma, en momentos como aquellos, lo era. Quizá lo era en todo momento, pero en esos, mi cuerpo se rendía por completo.

Damiano se inclinó sobre mí, y sus labios rozaron los míos en un beso lento; un beso que, por una vez, no era con urgencia. Como si quisiese dejarme claro que yo no iba a irme a ningún lado y él tenía todo el tiempo del mundo para disfrutar de mí.

Cuando su boca descendió por mi cuello, dejando un reguero de besos y mordiscos suaves, mi espalda se arqueó, ofreciéndome a él sin reservas. Sus dedos se deslizaron entre mis muslos, apartándolos con firmeza, abriéndome para él. El roce de su erección contra mi centro fue un golpe de calor que me arrancó un gemido ahogado.

—Mírame —ordenó con la voz ronca, y, cuando obedecí, me sostuvo la mirada, oscura y hambrienta—. No apartes los ojos de mí mientras te follo, *gattina*.

—¿Por qué? —pregunté en un susurro tembloroso, a medio camino entre el desafío y la rendición.

No se molestó en responder con palabras. En lugar de eso, se hundió en mí de una sola embestida, sin la delicadeza que había mostrado segundos antes. Fue salvaje, crudo, con esa brutalidad que siempre me había vuelto loca de deseo. Tal y como era nuestra historia; tal y como éramos nosotros.

Solté un grito desgarrado que se perdió en el eco de la sala.

—Porque no quiero que olvides que eres mía. Solo mía —gruñó, clavando sus caderas contra las mías, una y otra vez, golpeándome en lo más hondo con su miembro.

El placer era tan intenso que apenas podía respirar, pero, aun así, mantenía la mirada en la suya. Oscura, furiosa, y cargada de deseo posesivo. Y eso me quemaba por dentro.

Cada embestida era una sentencia, una afirmación salvaje de lo que siempre había existido entre nosotros. Algo contra lo que, por más que lo intentase, no podría deshacer; algo contra lo que no se podía luchar.

Mis uñas se clavaron en su espalda, marcándolo, y su expresión se endureció aún más.

—Más… —susurré, perdida, rendida, necesitada de todo él.

Damiano soltó una carcajada ronca y tomó mis muñecas, sujetándolas sobre mi cabeza, inmovilizándome.

—Te voy a dar todo, *gattina*. Hasta que no puedas pronunciar otra cosa que no sea mi jodido nombre. Hasta que reconozcas que eres mía.

Y lo hizo. Cada movimiento era más rápido, más duro, más profundo. Me destrozaba y me reconstruía al mismo tiempo. Me poseía como si fuera la única mujer en el mundo, como si nunca tuviese suficiente de mí.

No sabía cuánto tiempo estuvimos así, solo supe que, cuando llegó el orgasmo, fue un incendio devastador que me hizo

arquearme bajo su cuerpo, gritar su nombre y romperme en mil pedazos.

Damiano me siguió segundos después, con un gruñido bajo, hundiéndose hasta lo más hondo y dejándose vencer por su propio placer. Se quedó sobre mí, con la respiración agitada y la frente apoyada contra la mía. Mirándole a los ojos, caí en la cuenta de algo: era la primera vez que teníamos sexo sin que hubiera ninguna mentira entre nosotros, sin que hubiese nada que esconder.

—Quise decirte la verdad muchas veces —confesé en voz baja, todavía con la respiración entrecortada—. Pero no sabía cómo hacerlo.

Damiano se separó con lentitud, dejando un último roce suave en mi cintura antes de tumbarse a mi lado encima de la lona. Durante unos segundos, no dijo nada. Se limitó a observar el techo, con la mandíbula tensa y los dedos entrelazados sobre su pecho desnudo.

—Querías, pero no lo hiciste —matizó con amargura.

—En cuanto estuve segura de que no mataste a Paola, no podía pensar en otra cosa que contártelo. No era fácil. Te había mentido, y supongo que fui una cobarde, pero hubiera acabado contándotelo.

Él giró la cabeza para mirarme.

—¿Y que estabas embarazada? ¿Eso también me lo habrías dicho?

—No —reconocí, porque no quería que hubiese más mentiras entre nosotros. Porque necesitábamos ser sinceros el uno con el otro.

Damiano apartó la mirada y, sin decir una palabra, se levantó de un salto. Cogió sus pantalones y la ropa interior del suelo y se vistió con movimientos bruscos, tensos. Yo lo imité en silencio, sin atreverme a romper el aire denso que se había instalado en la sala.
No fue hasta que los dos estuvimos vestidos, aún dentro de la jaula, cuando él habló:

—¿Así que preferías criar a tu hijo sola antes que dejar que yo formara parte de su vida? —preguntó, su voz ronca, y en ella reconocí el dolor contenido, el reproche disfrazado de rabia. Sentí cómo se me cerraba el pecho, porque no quería hacerle daño,

porque, a pesar de la persona que Damiano era, de todo lo que había hecho y hacía, jamás quise herirlo.

—No puedes juzgarme por no querer que mi hijo se críe en este mundo, Damiano —dije, mirándolo a los ojos—. No quería que conociera esta vida. El mundo de la mafia no es un lugar para un niño.

Él soltó una carcajada seca, sin rastro de humor. Una de esas risas que dolían más que cualquier grito.

—¿Ah, claro? Mucho mejor en el tuyo, ¿no? Que se críe rodeado de lujos, sin saber lo que es pelear por nada, creyéndose dueño o dueña del mundo porque lo ha tenido todo sin mover un puto dedo. Que aumente su fortuna pisando a otros desde una oficina con aire acondicionado y mobiliario que cuesta más que el sueldo que paga a todos sus empleados en un año.

Sus palabras me atravesaron. Quise decirle que no era así, que no todo en mi mundo era tan vacío, tan frío, pero lo era. Él lo había resumido con brutal honestidad.

Aun así, sentí la necesidad de contraatacar.

—Quizá no es el mejor, pero desde luego es más seguro. Podrá ir al colegio, no tendrá que estudiar en casa y tendrá amigos. No será un niño solitario como tu hermana. Y, desde luego, no sabrá cómo poder escapar de su casa siendo aún un niño. —En el instante en el que aquellas palabras salieron de mi boca, me arrepentí. Me había excedido, cruzado una línea, pero esa era mi forma de responder a los ataques; a veces, a mi manera, yo también podía ser cruel y despiadada.

Damiano negó con la cabeza. A pesar de que trató de mantenerse impasible, pude ver que había tocado una fibra por la manera en la que apretó la mandíbula y ese pequeño tic en su ojo.

—No sabes nada de Siena —espetó—. Absolutamente nada.

Tragué saliva, consciente de lo injusto que había sido meterla a ella en aquello. Pero ya era tarde. Las palabras no se podían recoger.

—Es una buena niña, pero...

—Una niña de la que te has aprovechado —me cortó Damiano, impidiéndome continuar—. Que has utilizado para escapar.

—No ha sido así —dije, aunque había sido así.

Tal vez no le había pedido ayuda, pero la había aceptado cuando me la ofreció. Y probablemente ella me había escuchado pedírsela a otra persona.

—Apenas te conoce y ya está encariñada contigo. Le caes bien. Supongo que debí advertirle que tiendes a traicionar a las personas y que no eres de fiar.

Aquel reproche fue como una puñalada directa a mi corazón.

—¿Si tan horrible soy, por qué no paras de decir que soy tuya? —contraataqué, con la ira fluyendo por todo mi ser—. ¿Por qué acabas de tener sexo conmigo?

El silencio que siguió fue tan denso que casi dolía. Vi cómo su pecho subía y bajaba, cómo sus ojos oscuros brillaban con una mezcla de furia y deseo mal contenido.

Se acercó a mí en dos pasos, hasta tener su rostro a escasos centímetros del mío.

—Porque, maldita sea, lo eres —gruñó con la voz rota—. Eres mía desde el puto día en que te vi. Aunque me joda, aunque ni yo mismo lo entienda. Aunque debería odiarte por tratar de alejarme de mi hijo nonato.

—¿Y no me odias? —pregunté.

El segundo que tardó en responder fue el más largo de mi vida. Porque no debería importarme su respuesta, debería darme igual, pero no lo hacía.

—No, *gattina*, no te odio —contestó sin un atisbo de duda, y algo en mi interior se relajó—. Pero no voy a permitir que me alejes de mi hijo.

—Déjame volver a Nueva York, deja que nuestro hijo nazca y se críe allí. —Aunque yo nunca suplicaba, no me importaba hacerlo cuando se trataba de Damiano—. Puedes venir a verlo, él o ella sabrá que eres su padre y te querrá. Podemos hacerlo, muchos padres que no están juntos lo hacen. —Le estaba ofreciendo una salida; una salida justa para ambos.

Damiano estiró la mano y acarició mi mejilla con dos de sus dedos.

—Tú y yo estamos juntos, *gattina*.

Y, a pesar de que deseaba inclinar mi cabeza hacia él y perderme en sus caricias, no lo hice. Me aparté de él y retrocedí un paso.

¿En serio había pensado que podría convencer a Damiano? ¿Que él aceptaría una opción justa?

«La vida no es justa, *gattina*. Y yo no soy un hombre justo».

Las palabras que él mismo me había pronunciado semanas atrás se reprodujeron en mi mente. Por supuesto que no lo era.

—No, Damiano. Hemos tenido sexo —dije, con toda la frialdad que fui capaz de reunir—, pero no estamos juntos. No somos pareja, no somos novios, no somos nada. Y nunca lo seremos. Somos de mundos opuestos. Tú lo sabes.

—Lo que yo sé es que eres mía —declaró con determinación—. Y no pienso dejar que te marches. Si logras escapar, huir de mí, te encontraré y te traeré de vuelta.

—Me dejaste escapar. Solo volviste por mí cuando te enteraste de que estaba engendrando a nuestro bebé —repliqué, recitando las palabras que él me había dicho.

—Antes o después habría ido por ti.

—No puedes obligarme a quedarme si no quiero.

—Entonces es una suerte que quieras. —Yo negué con la cabeza, pero él habló antes de que yo pudiese hacerlo—. Antes o después, tú también hubieses regresado a mí.

—Si estás tan seguro de eso, devuélveme mi bolso. Y no me busques cuando me marche. Ya volveré cuando esté preparada.

Damiano soltó una carcajada.

—Con lo terca que eres, *gattina*, eres capaz de no volver solo para tener razón. Lo cual sería una auténtica putada —añadió con una sonrisa torcida—. Porque mi bebe no me conocería nunca, y tú serías una infeliz toda tu maldita vida. —Se acercó de nuevo, sin invadir mi espacio pero lo suficiente para que su voz se colara bajo mi piel—. Por suerte para ti —continuó—, no pienso dejar que eso pase.

—No es tu decisión —espeté, aunque mi voz tembló, traicionándome.

Damiano me estudió en silencio, como si pudiera ver más allá de mi fachada, como si conociera todas las grietas que yo intentaba

ocultar.

—Puede que no —dijo despacio—, pero me importa una mierda. Porque sé quién eres, sé cómo late tu jodido corazón cuando estoy cerca, sé lo que te haces creer para dormir tranquila. Y sé que, aunque te vayas, aunque huyas, sigues siendo mía. Siempre lo serás.

No respondí, no porque no tuviera una respuesta, sino porque en el fondo sabía que, maldita sea, tenía razón. Damiano me había robado el corazón; a pesar de todo lo que había pasado entre nosotros, de quién era él, nunca me había sentido de esa manera con ningún otro hombre. Él había conseguido que mi corazón latiese frenéticamente cada vez que lo veía, él me había hecho sentir, él me había hecho saber lo que realmente era amar.

Porque gracias a Damiano había tenido algo real, de verdad, en mi vida. Porque, pese a todas las mentiras que nos habían rodeado, nuestra historia había sido tan real que dolía.

Pero, aun así, no podía permitir que se saliese con la suya.

—No soy de nadie —dije, alzando la barbilla.

Antes de que pudiera apartarme o replicar, su mano se posó en mi nuca y tiró de mí hacia él, atrapando mi boca en un beso que me robó el aire. No fue suave, no fue dulce, fue una maldita declaración de guerra. Un «te jodes porque tu cuerpo sabe que eres mía y lo acepta aunque tu mente luche».

Y lo peor, fue que le respondí. Porque era inevitable para mí no hacerlo, porque cuando se trataba de Damiano, era imposible resistirme.

Cuando Damiano se apartó, su respiración era tan agitada como la mía. Me sostuvo la mirada, sus dedos aún enredados en mi cabello.

—William está en la planta de arriba esperando, te llevará a casa —dijo en voz baja, con ese tono grave que se me colaba hasta los huesos—. Reposa, descansa. Y sobre todo, no intentes volver a escapar. Tengo negocios que atender y necesito unas horas de sueño.

—Supongo que puedo esperar hasta mañana para volver a intentarlo —contesté con ironía, a la vez que descendía las escaleras

del escenario y me dirigía hacia la puerta.

—No tientes mi paciencia, Audrey. Sabes que no soy un hombre paciente.

—¿Y cuándo me ha detenido eso?

Pude escuchar la risa de Damiano retumbando en la sala, a la vez que la puerta se cerraba detrás de mí.

Capítulo 9

Audrey

No sabía si había sido porque la cama de la habitación de invitados era cómoda o porque estaba muy cansada, pero lo cierto es que me dormí en el momento en que mi cabeza tocó la almohada.

Fue un sueño profundo, relajante y tranquilo. No recordaba cuánto hacía que descansaba tan bien. Era como si todas mis preocupaciones hubieran dejado de existir. Ni siquiera cuando desperté regresaron a mí de inmediato.

Una vocecita suave rompió la calma.

—Has vuelto —susurró.

Abrí los ojos despacio, desorientada, y lo primero que vi fue un par de ojos enormes y castaños observándome con una mezcla de ternura y alivio. Siena estaba tumbada a mi lado, su pequeño cuerpo recogido sobre las sábanas, como si llevara allí un buen rato.

—Hola, preciosa —murmuré, esbozando una sonrisa somnolienta.

—Sabía que regresarías.

—¿Lo sabías?

Ella esbozó una sonrisa confiada.

—Te escuché hablando con la señorita Matthew —reconoció lo que ya me imaginaba—. Pero no se lo digas. Dice que es de mala educación escuchar a escondidas.

—Es de mala educación —confirmé con un bostezo, y ella hizo un precioso mohín—. Por eso me ayudaste. —No era una pregunta, sino una afirmación.

—Sí, pero sabía que regresarías.

—Muy segura pareces tú.

—He acertado, ¿no?

—Sí, lo has hecho —reconocí, y sin poder evitarlo, me abalancé hacia ella y le hice cosquillas en la barriga.

Siena soltó una risita, agitándose entre las sábanas, su pijama rosa arrugándose con el movimiento.

—Oye, ¿te gusta mucho el rosa, eh? —le pregunté cuando me separé de ella, señalando su ropa de dormir.

Siena asintió, con una expresión traviesa.

—Es mi color favorito.

—Ya me lo imaginaba —dije entre risas.

—¿Vamos a la piscina? —me preguntó Siena mientras ambas nos incorporábamos—. Y has traído bikini —me dijo antes de que pudiese responderle—. Lo he visto —apuntó, señalando con su pequeña mano el armario que se encontraba en una esquina de la habitación—. Varios.

—También es de mala educación mirar en los armarios que no son tuyos —la reñí, aunque lo hice con una sonrisa, ya que no podía evitarlo. Aquella niña era adorable.

Nunca me habían gustado los niños, ni se me habían dado bien, pero con Siena era diferente. Lo había sido desde el primer instante en que la había conocido. Aunque lo cierto era que nunca había tratado mucho con uno; siempre los había rehuido como la peste.

Y en unos meses, tendría el mío. ¿Quién iba a decir que yo iba a ser madre con veintiún años? No estaba preparada. No había cambiado un pañal en mi vida y ¿sería capaz de calmar a mi bebé cuando llorase? Tenía que empezar a reconocer que durante los últimos meses había sido un maldito desastre; apenas era capaz de cuidarme a mí misma como para cuidar de otro ser humano. Sentí que empezaba a entrar en pánico, pero entonces Siena estiró su brazo y entrelazó su mano con la mía. Ella ni siquiera sabía cuáles eran mis pensamientos, pero aquel gesto me tranquilizó.

Porque, de alguna forma, y a pesar de que no tenía ningún sentido, no me sentí tan sola. Puede que Siena ahora mismo solo fuese una niña, pero era la tía de mi bebé, su familia. Si algo le pasara, Siena lo ayudaría. Tendría su amor y apoyo.

Y el de su padre.

Porque, pese a todo, no tenía la menor duda de que Damiano protegería a nuestro hijo o hija con su propia vida.

Aun así, tenía que regresar a Nueva York. Por mi bebé, tenía que volver.

—Lo sientoooo —se disculpó Siena, alargando las sílabas, aunque era evidente que no lo sentía en absoluto—. Tienes ropa muy bonita.

La tenía. No toda mi ropa había estado en mi apartamento de Nueva York. Mucha, sobre todo la que era más de gala, para eventos específicos, se encontraba en casa de mis padres. Pero la que utilizaba a diario, sí.

—Tú también.

—¡Gracias! —Siena estiró las piernas y apoyó las manos sobre los muslos—. ¿Vamos a la piscina? —volvió a preguntar, porque esa niña no era de las que se daba por vencida. Al parecer, era igual de testaruda que su hermano.

—¿No tienes clase?

—Es sábado, y en verano, los fines de semana, la señorita Matthew descansa. Se ha marchado a visitar a su hermana.

—Tiene una hermana que la aguanta —murmuré, poniendo los ojos en blanco—. Eso sí que es una sorpresa.

Siena soltó una carcajada. Sabía que no era correcto haber hablado así de la señorita Matthew a una niña de la edad de Siena, pero no me arrepentía. Aquella mujer era insoportable.

—Me caes muy, muy bien —dijo Siena a la vez que bajaba de la cama de un salto—. Voy a mi cuarto a por mi bañador y bajamos. —En esta ocasión, se ahorró la pregunta y ya dio por sentado que había aceptado el plan.

—Necesito una ducha primero. Y tú también.

Siena me miró, confundida. Arrugó su nariz de una manera muy adorable.

—Yo me duché ayer.

—También desayunaste ayer. ¿Y a que hoy también quieres desayunar? —pregunté, sonando como una madre. No como la mía, ya que esta siempre había dejado esas cosas a las niñeras. Pero, a pesar de que era consciente de que había nacido en una familia económicamente muy privilegiada, tenía muy claro que no seguiría el camino de mis padres. Su forma de educar era algo que había normalizado, creyendo que era el precio a pagar por tener una

carrera profesional exitosa; pero para mí, mi hijo o hija sería lo primero. Quería que pasáramos tiempo juntos, ver sus primeros pasos, ser quien le enseñase a nadar, a andar en bicicleta.

Yo no sería una madre ausente.

—Clemmie ha hecho tortitas —dijo Siena con entusiasmo—. Hoy me cuida ella porque Cloe está enferma. Le voy a pedir que nos lleve las tortitas al jardín. —Echó a correr hacia la puerta.

—Siena, dúchate primero —repetí con cansancio, provocando que se parara y se girara para mirarme.

—Me voy a meter a la piscina, no hace falta ducharse primero.

—Sí, sí hace.

—Pero después de bañarme en la piscina me tengo que volver a duchar. Se me va a arrugar la piel.

Me apreté el labio inferior para no soltar una carcajada. Al igual que Damiano, Siena era de ideas fijas.

—Eso no pasará. Pero si no te duchas, hueles mal. Y si hueles mal, las flores del jardín van a morirse por tu culpa.

Siena entrecerró los ojos.

—Eso no es verdad.

—Sí lo es. Las flores se mueren por el mal olor humano. ¿Tú quieres que se mueran?

Ella me miró con seriedad. Podía escuchar los engranajes dar vueltas en su cabeza.

—Valeee, me ducho —se rindió con un suspiro. Después, se despidió de mí y salió por la puerta, que estaba entreabierta.

Tal vez estaba más preparada para ser madre de lo que pensaba. Aún no había tenido a mi bebé, y ya estaba diciendo mentiras piadosas sin ningún tipo de remordimiento.

De momento, las náuseas matutinas no estaban siendo un problema para mí. Al menos no cuando comía tortitas. Aunque tenía que tener cuidado, porque si seguía así, iba a ser la mujer con el récord Guinness de más peso ganado durante el embarazo.

Después de jugar con Siena en la piscina durante más de una hora, me tumbé en la tumbona. Ella estaba bajo la sombrilla, sentada sobre una toalla de playa, entretenida con una muñeca a la

que intentaba peinar. Pero, por lo visto, se cansó enseguida, porque la dejó de lado.

—Vamos a la piscina —me dijo.

Exhalé un suspiro.

—Acabamos de salir de ella. Ni siquiera me he terminado de secar aún.

—No me gusta tomar el sol, es aburrido.

—¿Tampoco cuando vas a la playa?

—Nunca voy a la playa —respondió de manera tan natural que hizo que algo dentro de mí se encogiera—. Y a casi ningún sitio.

—¿No vas al cine o al parque de atracciones?

Siena se encogió de hombros.

—Una vez mi hermano me llevó al cine. Vimos una película dibujos y comimos palomitas de caramelo. —Sus ojos brillaron de la emoción, como si estuviera recordando aquel momento. Después, su expresión decayó un poco—. Pero él siempre está muy ocupado.

A pesar de que Siena me lo contaba como si fuera algo normal, era evidente la tristeza que emanaba. Esa pobre niña echaba de menos a su hermano mayor. Por lo poco que sabía, Damiano era su mundo, la única familia presente que tenía.

¿Así iba a ser con nuestro bebé? ¿Siempre ausente mientras el pobre estaba aislado del mundo, encerrado entre cuatro paredes? Porque podría ser una jaula preciosa, rodeada de bonitos jardines y una amplia piscina, pero no dejaba de ser una jaula.

No lo toleraría con nuestro bebé. Mientras viviese allí, tampoco lo toleraría con Siena.

—Eso no puede ser —dije mientras me incorporaba en la hamaca —. Tú y yo vamos a hacer cosas fuera de casa.

Siena me miró con curiosidad.

—¿Qué cosas?

Esa era una buena pregunta.

—Aún no lo sé, pero se me ocurrirá algo.

Ella sonrió feliz, pero su semblante cambió con rapidez en una mueca triste.

—Mi hermano no nos va a dejar. A él no le gusta que salga. Solo puedo salir con la señorita Matthew, y de vez en cuando.

—Saldrás. Yo me encargo —le dije con una convicción que no sentía.

Ella esbozó una sonrisa amplia.

—¿Siena, me ayudas a hacer la comida? —preguntó Clemmie, a quien no había escuchado llegar.

—¡Siiii! —gritó emocionada mientras se levantaba de un salto. Aunque ladeó la cabeza hacia mí, como si durante un segundo se hubiera olvidado completamente de mi presencia—. Pero no quiero dejar sola a Audrey —añadió con preocupación.

—No pasa nada. —No pude evitar sonreír ante su ternura. Aquella niña era adorable; Damiano tenía suerte de tener una hermana como ella—. Vete a asegurarte de que la comida va a estar rica.

—Se me da muy bien —agregó con orgullo—. De mayor, voy a ser cocinera. ¿A que sí, Clemmie?

Esta hizo una mueca mientras se reía.

—No le digas eso a Abigail si no quieres que le dé un infarto.

Siena sonrió.

—¿Quién es Abigail? —inquirí con curiosidad.

—La señorita Matthew —me respondió Siena—. Pero no le gusta que la llamen por su nombre. Aunque Clemmie la llama así y ella siempre le corrige.

—Le guste o no, ese es su nombre —dijo Clemmie, encogiéndose de hombros, como si estuviera acostumbrada a lidiar con las chorradas de la profesora de Siena. Pobre mujer: entre Damiano y la repipi esa, lo que tenía que aguantar todos los días—. Venga, Siena, vamos a la cocina.

Siena me miró de nuevo, y cuando asentí, diciéndole que estaba bien, echó a correr. Pensé que Clemmie iría detrás de ella, pero cuando se aseguró de que Siena estaba lo suficientemente lejos como para no poder escucharnos, se giró hacia mí con expresión seria.

—No le hagas promesas a Siena que no puedas cumplir. Es una niña muy sensible.

Me pregunté cuánta de nuestra conversación había oído. Sin embargo, no me tomé a mal su consejo, ya que estaba segura de

que Clemmie apreciaba a Siena y solo intentaba protegerla. Aunque sabía que Siena era una niña mucho más fuerte de lo que tanto Damiano como Clemmie creían; seguramente, había desarrollado una fortaleza mayor que la de muchas niñas de su edad.

—Puedo cumplir mi promesa —aseguré.

Sin embargo, por la mirada que Clemmie me dio, ella no parecía muy convencida.

—Cuando se trata de Siena, Damiano no es muy razonable.

Entorné los ojos, porque Damiano no era razonable nunca.

—Yo tampoco soy razonable cuando estoy segura de que tengo la razón —repliqué con seguridad, negándome a dar mi brazo a torcer.

—Buena suerte, entonces —dijo con un suspiro, hundiendo los hombros en un claro signo de derrota—. Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy. —Se giró y regresó al interior de la casa.

Observé cómo se alejaba mientras me levantaba de la tumbona. Aunque tomar el sol era algo que me encantaba hacer, ahora que me había secado y quedado sola, me apetecía más dar un paseo.

El jardín era más pequeño que el de la casa de mis padres, pero aun así resultaba suficiente para estirar las piernas y tomar un poco de aire. Me até un pareo de colores a la cintura, me puse las sandalias y salí del área de la piscina. El jardín estaba impecable, con las flores bien cuidadas y el césped recién cortado. Era agradable pasear por allí, sentir el calor suave del sol en la piel y escuchar el canto de los pájaros, que me regalaba una tranquilidad que últimamente no era fácil de encontrar.

Caminé despacio, dejando que la brisa me despeinara, hasta llegar a la zona de los setos, por donde el día anterior había escapado. Era lo bastante grande como para que alguien pudiera colarse si quería. Sin embargo, esta vez lo encontré tapado. El jardinero se había encargado de rellenarlo con ramas y tierra, disimulándolo a la perfección. Me detuve un instante a contemplarlo, sintiendo una mezcla extraña de alivio y desilusión.

—He mandado que lo tapen. No soy de los que comete el mismo error dos veces —me dijo una voz masculina que reconocí a la perfección.

Damiano estaba detrás de mí. Llevaba una camisa gris de manga corta, con los primeros botones desabrochados, dejando entrever su piel olivácea. Me pregunté si no tendría calor con esos pantalones de traje negro y sus habituales zapatos. Parecía que estaba preparado para ir a algún sitio; era demasiado temprano para ir al *pub*, pero tal vez tenía alguna reunión. Su cabello lucía igual de bien que siempre, y sus ojos estaban cubiertos por unas gafas de sol negras que le sentaban a la perfección.

Aunque, ¿había algo que no le quedara bien a ese hombre?

—No puedes retenerme para siempre —bufé, cruzándome de brazos y alzando la barbilla, combativa.

Damiano rodó los ojos y emitió un suspiro cansado.

—¿Cuántas veces vamos a tener esta conversación?

—Hasta que me devuelvas mi bolso y dejes que me marche.

Damiano avanzó un par de pasos, rompiendo la distancia que nos separaba, y estiró la mano para agarrar un mechón de mi pelo. Durante unos instantes, su expresión se suavizó.

—Eso no va a suceder nunca, *gattina*. Nunca te dejaré ir. —Por primera vez, no había furia ni venganza en su declaración. Él estaba siendo honesto conmigo, como si quisiera que entendiera lo que iba a pasar. Como si él y yo estuviéramos destinados a estar juntos.

Pero no era así. Porque, a pesar de que estaba enamorada de Damiano y sabía que jamás volvería a sentir nada parecido hacia otra persona, nuestra historia no podía ser.

—Esto es una locura.

—Lo que es una locura es que te niegues a ti misma lo que tu cuerpo desea.

—Lo que mi cuerpo desea y lo que es lo correcto son cosas muy diferentes, Damiano.

No me dio tiempo a decir nada más, porque su boca se apoderó de la mía sin permiso, con una urgencia feroz, como si llevara demasiado tiempo conteniéndose, aunque nos hubiéramos besado la noche anterior. Fue un beso que no había pedido, pero que me desgarró por dentro, porque lo había deseado más de lo que estaba dispuesta a admitir. Porque la verdad era que quería que me besara a todas horas, a cada minuto, a cada maldito segundo.

Sus labios reclamaban, exigían, marcaban territorio, como si me recordaran de quién era, como si pudieran borrar cualquier intento de olvido con solo rozarme. Porque así besaba Damiano: dándolo todo, pero exigiéndolo todo también. Sin medias tintas, sin dejar espacio para el aire, para la duda o para el miedo. Cada beso suyo era una promesa y una amenaza al mismo tiempo.

Sus manos firmes se cerraron alrededor de mi cintura, atrayéndome contra su cuerpo como si el simple contacto no fuera suficiente, como si necesitara fundirme con él para calmar esa tormenta que brillaba en sus ojos. Sentí el calor de su piel a través de la fina tela de mi pareo, y su aliento mezclado con el mío me dejó sin aire, sin defensas.

Por un instante, todo lo demás se desvaneció: el jardín, la discusión, el maldito seto tapado, incluso el reproche en mi cabeza. Solo quedamos nosotros dos, atrapados en ese espacio suspendido donde lo correcto y lo prohibido se confundían, donde el deseo era más fuerte que cualquier lógica. Mi corazón latía desbocado, una parte de mí queriendo apartarlo, y otra aferrándose a él como si fuera lo único real en medio de todo aquello. En esos momentos era sencillo olvidar los problemas, las razones por las que lo nuestro era imposible.

Pero ya no era yo sola.

Eso hizo que apoyara mis manos sobre sus hombros y empujara hacia atrás con fuerza, rompiendo el beso. Damiano se separó, retrocediendo un par de pasos. Me observó con el ceño fruncido.

Y, al verlo así, con los labios rojos y la respiración entrecortada, no deseé otra cosa más que romper la distancia que nos separaba y juntar nuestros labios de nuevo. Pero no podía hacerlo.

—Te deseo —le reconocí, aunque ya lo sabía—. Y si no estuviese embarazada, volvería a dejarme llevar. —Una y otra vez—. Pero tengo que pensar en mi bebé —dije, llevándome una mano al estómago.

—Nuestro bebé —me corrigió—. No olvides ni un instante que es de los dos —añadió, apenas conteniendo la furia en sus palabras—. No soy de esos hombres que se desentienden de lo que es suyo. Me hago cargo.

—Tengo que volver a Nueva York, Damiano. En unas semanas empiezo las prácticas de verano en el bufete de mi padre —prácticas de las que casi me había olvidado—. Tengo una vida allí.

Sin embargo, Damiano no me estaba escuchando. Sentí cómo sus ojos descendían por mi cuerpo, quemando cada centímetro de piel por el que pasaban. No fue hasta que bajé la mirada que me di cuenta de que el pareo amarillo que llevaba estaba arremolinado bajo mis pies.

—Joder, ese bikini te queda de puta madre —murmuró con voz ronca—. Solo puedo pensar en arrancártelo con los dientes.

Madre mía, era un soez. Pero lo peor era que yo deseaba que lo hiciera. Quería que hiciésemos el amor de nuevo, porque, aunque me lo negara a mí misma, era mucho más que sexo para mí. Lo había sido desde la primera vez que me acosté con él. Y por esa razón no podía quedarme ni un instante más allí.

Porque cuando estaba cerca de Damiano, perdía la capacidad de pensar con coherencia. Aunque, en esos momentos, no pude evitar preguntarme si sería tan malo que nos quedásemos allí. Podía visualizarnos a los cuatro en la piscina, a Siena jugando con nuestro bebé sobre la hierba, y después salpicándolo cuando se lanzase en bomba al agua, mientras Damiano le decía que tuviese cuidado.

Y esa era otra razón más por la que tenía que irme lo antes posible.

—¿Has escuchado lo que te he dicho? —espeté.

Damiano levantó la cabeza y me miró a los ojos.

—Cámbiate. En una hora tenemos que estar en otro sitio.

—Espero que sea en el aeropuerto —dije, a pesar del nudo que se arremolinó en mi estómago ante esa idea.

Damiano me ignoró.

—En media hora te espero en el coche. —Y, sin esperar una respuesta, se dio la vuelta y se marchó.

Capítulo 10

Audrey

Subí a la habitación. Me pegué una ducha rápida para quitarme el cloro de la piscina y, como me pasaba cada vez que abría el armario, me sorprendí de ver toda mi ropa completamente ordenada. No sabía adónde íbamos, pero no se me pasó por la cabeza negarme. No porque me diese miedo Damiano; hacía tiempo que ya no le temía. Tal vez, nunca lo había hecho.

Escogí una blusa blanca y una falda gris, a conjunto con unas sandalias planas. Era un conjunto sencillo, pero acertado para cualquier tipo de ocasión. Decidí dejar mi cabello suelto y me apliqué un poco de maquillaje que encontré guardado en mi neceser rosa, que Damiano también había traído de mi apartamento de Nueva York.

Cuando terminé de arreglarme y bajé al hall, Damiano ya me estaba esperando fuera. Se estaba fumando un cigarrillo, apoyado sobre el capó de su coche. Sentí su mirada recorrerme de arriba abajo al verme, con ese fuego que tan solo él poseía. Nunca ningún hombre me había mirado antes como Damiano lo hacía.

Me detuve frente a él. Damiano se apartó del vehículo y le dio una última calada al cigarrillo, lanzándolo al suelo y aplastándolo con su zapato. Rodeó el coche y abrió la puerta del pasajero, haciéndome un gesto para que entrara.

—Vaya, parece que la caballerosidad no ha muerto —comenté mientras entraba en el coche.

—Solo quiero asegurarme de que entras en el coche —bufó, cerrando la puerta detrás de mí. Rodeó el vehículo y se montó en el asiento del conductor—. No estoy de humor para salir corriendo tras de ti —respondió.

—¿Tanto te cuesta admitir que eres un caballero?

—Dijimos que no habría más mentiras entre nosotros, *gattina*. No voy a reconocer algo que no soy ni que quiero ser.

Damiano no mentía. Él estaba lejos de ser un caballero; de hecho, era todo lo opuesto a ello. Maleducado, poco cuidadoso y un malhablado. Pero yo tampoco quería que lo fuese, porque lo que en un pasado hubiera considerado defectos eran precisamente lo que me había llamado la atención de él.

Paradójico, ¿verdad?

—¿Tú conduciendo? Eso sí que es raro. Pensé que alguien nos llevaría. ¿Qué ha sucedido para que te dignes a conducir? Pensaba que eras demasiado vago para ello.

Damiano giró la cabeza para mirarme, con una sonrisa torcida en su rostro.

—No es vagancia, *gattina*. Cuando voy contigo, prefiero que nos lleven porque así puedo mirarte tranquilo sin preocuparme de no estrellarnos.

Sus palabras me pillaron desprevenida. Alcé una ceja, fingiendo indiferencia, aunque noté el calor subiéndome a las mejillas.

—Lo dicho, un caballero.

—Si querer arrancarte la ropa sin importarme si hay alguien delante y follarte tan duro que olvides hasta tu nombre cada vez que estoy cerca cuenta como caballerosidad, entonces quizá tengas razón y lo sea —añadió mientras encendía el motor.

—¿Por qué tienes que ser siempre tan bruto?

—Estoy siendo sincero. Confía en mí, *gattina*, no hay ni un solo segundo del día en el que no piense en follarte. Ni uno solo en el que no recuerde cómo gimes cuando mi polla está dentro de ti.

Ladeé la cabeza para mirarlo. Damiano tenía la vista al frente, sus ojos cubiertos por las gafas de sol y una expresión impasible, como si acabara de leerme el pronóstico del tiempo. La peor parte de todas era que sus palabras deberían horrorizarme, y, lejos de hacerlo, mi cuerpo vibraba de deseo.

Y Damiano lo sabía. Él era consciente del efecto que tenía en mí y lo utilizaba a su favor.

—¿Adónde vamos? —pregunté, cambiando de tema.

—Para ser una mujer valiente, a veces actúas como una cobarde —murmuró, pero yo no caí en su provocación—. Adonde tienen que ir todas las mujeres que están embarazadas —respondió al cabo de unos minutos.

—¿Me estás llevando a un spa?

Él me miró de reojo.

—No.

—Mejor, porque esta mujer embarazada lo único que necesita es que la lleves al aeropuerto.

Damiano suspiró con cansancio.

—Vamos a la ginecóloga.

—¿Un sábado?

—La doctora Galbert ha hecho una excepción por ti.

Me removí en el asiento al escuchar ese apellido. Tan solo lo había escuchado una vez, pero era suficiente para que no lo olvidara.

—¿Crees que pienso dejarme evaluar por la misma doctora que te recetó el somnífero? —Y seguramente también fue la misma que me atendió la noche en la que me desmayé en el *pub* un par de meses atrás.

—Ella es de confianza.

—Tal vez demasiado —mascullé, cerrando mis manos en puños —. No pienso dejar que ella me toque.

Damiano lanzó un resoplido.

—Elige bien qué batallas batallar, *gattina*. Ya bastante al límite tienes mi paciencia.

—¿Crees que esa amenaza surtirá efecto?

—Si me conoces un poco, lo hará.

Estaba convencida de que Damiano no me haría daño, pero me llevaría en brazos si fuese necesario. Y no era lo suficientemente fuerte para pelear con él.

—Acaba de verme una ginecóloga en Nueva York. Está todo bien. No es necesaria otra revisión hasta dentro de dos semanas.

Aquel argumento no sirvió para convencer a Damiano.

—No hará ningún daño una segunda opinión.

Resoplé, pero dejé el tema, porque sabía que aquella discusión no llegaría a ninguna parte. Si Damiano quería que entrase en la consulta, lo haría, pero no pensaba dejar que me tocase.

—¿Cómo es que tienes toda mi ropa?

—Pensé en traerte la de tu apartamento de Chicago, pero no tardé en darme cuenta de que no era el tipo de ropa que tú estabas acostumbrada a llevar, así que le pedí a uno de mis hombres que entrase en tu apartamento de Nueva York y cogiese toda la ropa.

—Quieres decir, allanar mi apartamento.

Damiano se encogió de hombros, como si ese fuera un detalle sin importancia.

—Deberías darme las gracias por tener en cuenta todos los detalles, *gattina*. Pero olvidaba que no eres una persona muy considerada.

—¡¿Darte las gracias?! —repetí, sin poder creer su desfachatez. Qué poca vergüenza tenía—. ¡Lo que debería hacer es denunciarte! Y si no tuvieses a toda la policía de Chicago comprada, iría ahora mismo a la comisaría.

—No tengo a toda la policía comprada, solo a unos cuantos.

—¿Cuántos?

—Los suficientes. No demasiados como para levantar sospechas, pero no tan pocos como para no poder controlar lo que sucede.

—Y encima lo admites.

—¿Por qué, no lo haría? —preguntó, como si realmente no comprendiese cuál era el problema—. Y, además, creo que ha quedado demostrado que los que no tengo comprados son más peligrosos para ti.

Tragué saliva. Él se estaba refiriendo a George.

Las imágenes del día en el que George murió se reprodujeron en mi mente. Moví la cabeza, como si de esa manera pudiese olvidar todo lo sucedido. Aunque no podía hacerlo; tampoco podía olvidar todos los errores que cometí. No queriendo centrarme en eso, fijé mi mirada en la ventana, contemplando la carretera.

Unos minutos después, Damiano aparcó el coche en un *párking*, frente a un edificio alto y blanco. Bajamos del vehículo y nos dirigimos hacia la última planta, que descubrí que era una clínica

ginecológica. Era pequeña pero sofisticada, nada clandestina. Incluso tenía una secretaria que nos recibió detrás de su escritorio con una amplia sonrisa y nos indicó cuál era la sala de espera.

—Parece una clínica normal —murmuré mientras me sentaba en uno de los asientos.

Damiano se sentó a mi lado y arqueó una ceja.

—¿Y qué esperabas?

—No sé, algo más clandestino.

Damiano se rio.

Unos minutos más tarde, una mujer salió de la consulta. Llevaba una bata blanca y tenía el cabello negro color azabache, que le llegaba un poco más abajo de los hombros. Su piel era color canela y poseía unos bonitos ojos marrones, que se fijaron en nosotros a la vez que esbozaba una sonrisa suave.

—Tú debes ser Audrey —dijo, dando un paso hacia mí—. Yo soy Cassie. —Aunque se presentó por su nombre de pila, deduje que ella era la doctora Galbert—. Vamos, pasa. —Hizo un gesto con su mano, señalando la puerta abierta.

Aquella mujer era más joven de lo que esperaba. Debería estar en mitad de sus treinta, y, pese a que ella estaba tratando de ser cercana y agradable conmigo, seguía sin confiar en ella. Me levanté de la silla, pero me detuve cuando vi que Damiano parecía dispuesto a hacer lo mismo.

—¿Adónde vas? —le pregunté, girándome hacia él.

Damiano frunció el ceño.

—A entrar a la consulta.

—No —me negué—. Entro sola.

—*Gattina*...

—Si dejo que me revise, es entrando sola. No te quiero a ti adentro.

—No puedes negarme mi derecho.

—No te estoy negando ningún derecho.

—Damiano —intervino la doctora Galbert, interrumpiéndole cuando él iba a responderme—, ¿por qué no dejas que hable un poco con Audrey a solas? —Su tono de voz era suave, como si quisiera mediar entre nosotros.

Por supuesto que no reblandeció ni convenció a Damiano.

—No —contestó con expresión seria.

—Es mi última condición —dije, cruzándome de brazos y empujando mi bolso contra mi pecho.

Damiano debió ver la determinación en mis ojos, porque exhaló un suspiro de resignación y retrocedió un par de pasos, volviendo a sentarse en la silla. Por primera vez desde que lo conocía, él estaba dando su brazo a torcer.

—Solo por esta vez —me advirtió con los labios apretados, como si estuviera leyendo mis pensamientos.

No le respondí, tan solo alcé la barbilla en gesto de triunfo, descrucé mis brazos y entré, con una seguridad que no sentía, a la consulta de la doctora.

—Es la primera vez que veo a Damiano rindiéndose —me dijo la doctora Galbert con una sonrisa afable, a la vez que cerraba la puerta—. Tienes todo mi respeto por haber conseguido eso.

Moví la cabeza con un asentimiento como única respuesta.

—¿Por qué no te pones cómoda, Audrey? —me preguntó, señalando una silla blanca frente a un escritorio—. Antes de revisarte, me gustaría hacerte unas cuantas preguntas.

—Preferiría que no —dije, sin moverme, apretando el bolso de nuevo contra mi pecho—. No me siento cómoda respondiéndote a nada y menos permitiendo que me revises.

La doctora Galbert no pareció ofendida ante mis palabras. Se limitó a observarme con una calma inquietante, como si de alguna manera pudiera entenderme.

—No soy el enemigo, Audrey —dijo, rodeando el escritorio de color blanco y sentándose en la silla que había detrás de él—. Tan solo quiero lo mejor para tu bebé y para ti. Conmigo vas a estar bien cuidada. Y me voy a asegurar de que tu bebé nazca sano.

—No puedo fiarme de ti. No tuviste ningún reparo en proporcionarle un somnífero a Damiano para que me lo inyectase. ¿Acaso te mintió y te dijo que yo lo había pedido?

—No lo hizo. Él me contó que estabas embarazada y me dijo que quería que regresaras a Chicago, ya fuera por voluntad propia o no. Entre los dos llegamos a la solución más segura.

Su confesión no me sorprendió. Conocía lo suficiente a Damiano como para saber que él podía ser muchas cosas, pero no era un mentiroso. Él iba de frente.

—Así que participaste en un secuestro —chasqueé la lengua—. En *mi* secuestro. ¿Cómo puedes pensar, durante un solo segundo, que voy a confiar en ti?

A pesar de que sonó como una pregunta, no me interesaba escuchar su respuesta.

—No tengo nada más que hacer aquí.

Me giré, dispuesta a marcharme de allí, pero la doctora Galbert me detuvo con sus palabras.

—Si sales por la puerta, Damiano volverá a hacerte entrar. Él no se quedará tranquilo hasta asegurarse de que tú y el bebé estáis bien. Se preocupa por ti como nunca le he visto preocuparse por nadie. Y no solo porque lleves dentro de ti a su bebé. Tú le importas.

Lentamente, me di la vuelta y caminé hasta la silla vacía, sentándome en ella. Aunque no me gustase tener que reconocerlo, ella estaba en lo cierto. A su manera retorcida, Damiano se preocupaba por el bebé. Me lo había demostrado quedándose en la sala.

—Te tiene que pagar mucho dinero para que le seas tan fiel.

Ella me miró. Sus rasgos eran suaves, y había una dulzura innata en su expresión, pero, bajo esa delicadeza, había algo roto. No era algo que se viera a simple vista, no era fácil de detectar. Tal vez era ese borde frío que contenía su sonrisa, o la sombra persistente debajo de sus ojos, como si hubiera llorado más veces de las que le gustaría recordar.

—El dinero no da fidelidad, Audrey. Le soy fiel a Damiano porque él salvó mi vida, la de mi esposo y la de mi hijo.

—¿Os salvó?

—Hace cinco años —la doctora Galbert hizo una pausa y cogió su taza blanca para darle un largo trago, como si se estuviera preparando para lo que iba a contarme a continuación—. Hacía un año que había tenido a mi hijo, y acababa de empezar como médica residente en el Northwestern Memorial Hospital de Chicago. Me

había costado mucho estudiar la carrera, ya que provengo de una familia con pocos recursos, al igual que mi marido. Estaba feliz, pletórica, porque después de lo mal que lo habíamos pasado, todo el esfuerzo estaba dando sus frutos.

Ella me dedicó una sonrisa triste y dejó la taza sobre el escritorio, como si, a día de hoy, no pudiera creer cómo había podido ser tan ilusa.

—Pero lo que yo no sabía era que, para pagar la parte de mis estudios que no cubrían las becas, mi marido había aceptado trabajos ilegales y pedido dinero a personas poco recomendables. La bola se fue haciendo más grande, y llegó un momento en el que mi marido usó mi acreditación para robar unos medicamentos en el hospital en el que estaba como residente, con el fin de venderlos y evitar que sus prestamistas nos matasen a mí o al bebé, como le habían amenazado. —No pude evitar que un sollozo ahogado se escapara de mis labios—. Para resumir: las cámaras le grabaron, me echaron del hospital y me inhabilitaron, ya que me consideraron cómplice. Y a mi marido lo metieron en la cárcel. Estaba desesperada, no sabía qué hacer. Necesitaba dinero para dar de comer a mi hijo, pagar a los abogados y a los hombres que seguían reclamando su dinero. No vi más salida que la prostitución.

—Lo siento mucho.

—No llegué a prostituirme —reconoció—. Fui a buscar trabajo a uno de los prostíbulos de la familia Mancini, ya que había escuchado que cuidaban a sus chicas. Hablé con la madame, pero me di cuenta de que no iba a ser capaz de hacer ese trabajo. Afortunadamente para mí, Damiano estaba allí y escuchó la conversación. Cuando me iba, fue tras de mí y me preguntó por qué estaba haciendo algo que era evidente que no era capaz de hacer y tampoco quería. Le conté mi historia y él me brindó su ayuda.

—¿Cómo te ayudó?

—Me consiguió un abogado que sacó a mi marido de la cárcel y me liberó de todos los cargos. Se encargó de los deudores y le dio un trabajo a mi marido. Terminé mi residencia y monté mi consulta.

—¿Qué trabajo le dio a tu marido? —pregunté, pese a que ya conocía la respuesta.

—Mi marido es uno de sus hombres.

—Vamos, que te salvó para conseguir un hombre leal a él. Un activo —No me sorprendió. Así es Damiano, nunca ofrece nada si no obtiene algo a cambio—. ¿Qué diferencia hay entre lo que hacía antes y lo que hace ahora, Cassie? Dudo que su trabajo actual sea legal.

La doctora Galbert negó con la cabeza.

—Solo alguien que ha gozado de una vida privilegiada puede ver las cosas con tan pocas miras —dijo. Fui a defenderme, pero ella me interrumpió—. Ni yo ni mi marido estamos obligados a nada, Audrey. Damiano se ha ganado nuestra fidelidad. No la impuso, no la compró: se la ganó.

—O utilizó tu situación.

Ella no lo negó.

—Damiano no es un buen hombre, Audrey. Pero sí de los mejores que vas a encontrar en este mundo. Entiendo que tiene que ser difícil para ti, pero va a ser un buen padre para tu bebé.

—Un buen padre para mi bebé sería un hombre con un trabajo legal.

Cassie sonrió.

—Te he contado mi historia para que sepas que no hay ningún otro ginecólogo en el mundo que vaya a cuidarte mejor que yo. Haré todo lo que esté en mi mano —y lo que no esté— para que vuestro bebé nazca sano. Créeme cuando te digo que tanto mi marido como yo daríamos nuestra vida por Damiano. Y, como madre que soy, sé que para ti eso tiene que ser importante.

Lo era.

En cierta manera, comprendía a Cassie. No la juzgaba por las decisiones que había tomado, porque si algo había aprendido en el corto tiempo que trabaje en el *pub* era que las personas hacían lo que podían para sobrevivir; incluso poniendo su propia vida en riesgo, su propia moralidad y valores. Porque a veces la vida no te deja más remedio.

Paola también se había visto en esa situación. Y aunque la culpa había menguado algo seguía culpándome por ello.

—Está bien, puedes revisarme. Pero no vas a ser mi ginecóloga por mucho tiempo. Voy a regresar a Nueva York pronto.

—Mientras lo sea, me aseguraré de que todo esté bien.

Por la forma en que Cassie sonrió, supe que ella no se creía del todo mis palabras. Y, para qué mentir, había una parte de mí que empezaba a no creérselas.

Capítulo 11

Audrey

—Sin duda, pediremos una ecografía 4D —me dijo Damiano mientras conducía el coche por las carreteras de Chicago.

Desde que habíamos salido de la consulta de la ginecóloga, Damiano y yo estábamos discutiendo entre las diferentes opciones que nos había dado Cassie. El embarazo seguía su curso normal, pero, por supuesto, Damiano había exigido a Cassie que le mostrase las pruebas de ello. No estaba muy segura de que hubiese entendido los tecnicismos, pero Damiano se había quedado más tranquilo.

Y yo no podía evitar sentir una sensación agradable en el estómago al ver lo involucrado que estaba con mi embarazo. Damiano no mentía al asegurarme que iba a ser un padre presente. Sin embargo, pese a todo, no podía quedarme.

—Me parece bien —estuve de acuerdo—. He visto alguna por Internet y es una pasada. Se ve al bebé a la perfección. Hasta se puede ver si bostezan o se chupan el dedo.

No podía esperar a que llegase la semana veinticinco del embarazo, que era cuando nos había dicho Cassie que probablemente ya podríamos hacerla.

—Y veremos todo lo que se parece a mí —apuntó Damiano, guiñándome un ojo.

—No, se va a parecer a mí.

Damiano esbozó una sonrisa suave; una real.

—Entonces será una niña o un niño con suerte —dijo, para después volver a centrar la vista en la carretera.

No pude evitar la sonrisa bobalicona que se dibujó en mis labios. En momentos como esos, en los que ambos estábamos relajados y bromeando, hasta podíamos parecer una pareja normal que iba a tener un bebé. Una pareja que se casaría y formaría una familia.

Pero no lo éramos.

Y eso era algo que debía grabarse a fuego en mi cabeza. No obstante, preferí no pensar en ello. Porque, por un instante —solo por uno—, preferí seguir viviendo en esa fantasía.

Por eso me giré hacia él para preguntarle:

—¿Prefieres que sea un niño o una niña?

Damiano se encogió de hombros.

—Mientras venga sano, me da igual.

—Esa es una respuesta típica. Estoy segura de que prefieres una de las dos cosas.

—La verdad es que no. Nunca me había planteado ser padre, no tengo preferencias. ¿Y tú?

—Quiero que tenga una vida feliz —respondí, y Damiano enarcó una ceja—. Pero, si tengo que elegir, me encantaría que sea una niña.

—Una niña suena bien —murmuró con una sonrisa. ¿Tal vez se la estaba imaginando?

Porque yo podía visualizar una niña con mis ojos azules y su cabello castaño, llevando un bonito vestido azul a conjunto de sus sandalias, siendo igual de testaruda y con las mismas ideas fijas que él.

—Pero quiero que tenga una vida como cualquier niña —apostillé con cierta amargura, rompiendo mi propia fantasía—. Que vaya al colegio, a los cumpleaños de sus amigas. Quiero una infancia feliz.

Damiano no respondió, pero pude ver cómo su sonrisa era sustituida por una mueca tensa. ¿Qué esperaba, que me dijese que estaba de acuerdo conmigo cuando su hermana Siena vivía retenida en casa? ¿Cuando esa pobre niña no tenía una vida normal? ¿Acaso esperaba que con nuestro bebé fuera diferente?

Salí de mis pensamientos al sentir que Damiano aparcaba. Pensaba que nos encontraríamos en su casa, pero me sorprendió ver que estábamos frente a una calle que no reconocí. Había estado tan distraída hablando con Damiano, que ni siquiera me había fijado en el recorrido.

—¿Dónde estamos? —inquirí con curiosidad.

Damiano no respondió, se desabrochó el cinturón de seguridad y se giró para mirarme.

—No es solo por miedo a mis enemigos por lo que mantengo a Siena lo más oculta posible.

—¿Y entonces, por qué es?

Damiano se pasó una mano por su cabello mientras inspiraba profundamente.

—Te mentí cuando te dije que Siena era mi hermana por parte de madre. Ella es hija de mi padre y una prostituta que falleció de una sobredosis cuando ella era tan solo un bebé.

—¿Ella lo sabe?

—Siena sabe que compartimos padre. Y que está muerto, al igual que su madre, pero no sabe los detalles.

—¿Y sus otros hermanos no quieren saber nada de ella?

—Hermanastros —me corrigió rápidamente, como si para él fuera importante marcar esa diferencia—. Ellos piensan que es hermana por parte de madre. Aunque tampoco saben mucho sobre ella, ni se han interesado, y así es como debe seguir siendo. —A pesar de que sus palabras fueron suaves, pude ver la advertencia en ellas.

—¿Por qué se lo ocultas?

—Siena tenía tres meses cuando su madre murió y su abuela tuvo que hacerse cargo de ella. Era una mujer mayor, con pocos recursos. Ella se puso en contacto conmigo porque pensó que yo, al ser un hijo bastardo como Siena, la ayudaría. En ese momento tenía veinte años, era un maldito crío, y estaba empezando a hacerme un hueco en el negocio. No estaba preparado para cuidar a una niña. —Damiano se quedó en silencio durante unos segundos, y por primera vez desde que lo conocía pude ver el arrepentimiento brillando en sus ojos, como si recordar aquello le doliese—. Tres años después, mi padre descubrió que tenía una hija bastarda. Supongo que no quería que se repitiera lo que le sucedió conmigo —una sonrisa amarga se dibujó en sus labios—, así que mandó a uno de sus hombres para que la matase. Por suerte, la abuela de Siena consiguió esconderla en un armario, pero a ella la hirieron con gravedad. Afortunadamente, fue capaz de coger un teléfono y llamarme mientras el sicario, pensando que ella estaba muerta, buscaba a Siena por la casa. Por suerte, en esos momentos me encontraba cerca, y encontré a Siena antes que el sicario. Pude

salvar a Siena, pero no a su abuela. Ella ya estaba muerta cuando llegué.

Damiano desvió su mirada de la mía y la fijó en el frente, perdido en los pensamientos de aquel día.

—No fue tu culpa, Damiano. —Estiré mi mano para posarla sobre la suya—. Hiciste lo que pudiste.

—Podía haber hecho las cosas de otra manera, Audrey —musitó con los labios apretados—. Pero no las hice, y cuando intenté hacerlas bien, ya fue demasiado tarde. —Volvió a ladear la cabeza para mirarme—. No volveré a cometer un error así por segunda vez —dijo con determinación.

A Damiano seguía pesándole la muerte de la abuela de Siena. Él se sentía culpable por no haber actuado a tiempo. Y entonces, recordé las palabras de Cassie. Ella tenía razón: puede que Damiano no fuera un buen hombre, pero sí de los mejores.

Porque estaba empezando a descubrir que Damiano tenía más corazón y humanidad de la que yo creía y de la que él mismo quería reconocer. Puede que muchas veces su ayuda fuese interesada, puede que sus métodos fuesen poco convencionales, pero él, a su manera retorcida, se preocupaba por las personas. Lo hacía mucho más que la mayor parte de la gente de mi entorno.

—¿Tu padre no descubrió que Siena estaba contigo? —inquirí después de unos minutos.

Damiano esbozó una sonrisa sin humor.

—El sicario que mi padre contrató le envió un mensaje asegurándole que las dos estaban muertas.

—¿Llegaste a un acuerdo con él? ¿Mentía y tú le dejabas escapar?

Damiano soltó una carcajada carente de humor.

—No, Audrey. Él está muerto.

—Lo mataste —no era una pregunta, sino una afirmación.

—Por supuesto que lo maté. Un hombre capaz de matar a una niña no tiene derecho a vivir. Y también me encargué de que se escribieran varios informes forenses donde aparecía que Siena estaba muerta. Y habría matado a mi padre si no hubiese sido

porque no podía hacerlo sin morir yo también, y no quería dejarla sola.

Estiré el brazo y le acaricié la mejilla con el dorso, un gesto que él había hecho varias veces conmigo antes.

—Tenías que haber matado a ese hijo de puta —espeté con furia apenas contenida.

—Al final, la vida lo hizo por mí.

El padre de Damiano falleció hace unos años por un ataque al corazón. Él mismo me lo había contado semanas atrás. E indirectamente él había sido el culpable. Al final se había vengado.

—¿La mantienes oculta de tus hermanastros porque crees que le harán daño?

—No, Mauro nunca haría daño a una niña —respondió con convicción—. La mantengo alejada de ellos porque la familia Mancini no es la mejor familia para una bastarda.

Damiano lo había vivido en sus propias carnes. Tan solo había estado unas pocas horas con los hermanastros de Damiano, y apenas había cruzado palabras con ellos, pero podía afirmar con total seguridad que él no se equivocaba. Conocía a ese tipo de personas elitistas, ya que yo misma lo había sido y, en cierta manera, seguía siéndolo; Siena se hubiera criado a la sombra, nunca la considerarían una más, y la menospreciarían constantemente. No importaba lo que hiciera, jamás se ganaría su amor. Nunca sería una hermana más.

—La estás protegiendo.

—Sí, *gattina*, igual que te protegeré a ti y a nuestro bebé. —Damiano se inclinó hacia mí y posó sus labios sobre los míos en un beso efímero que se sintió como una promesa. Después, se apartó de mí y abrió la puerta del coche—. ¿Vamos? —preguntó, haciendo un movimiento de cabeza hacia el exterior.

—¿No vamos a tu casa?

—Nuestra casa —me corrigió, como si para él fuera importante, como si quisiera que yo tuviese eso presente—. Después. Primero vamos a comer.

Me desabroché el cinturón y bajé del coche. Observé mi alrededor con curiosidad mientras seguía a Damiano. Parecía una

zona agradable, con altos edificios y varias tiendas a nuestro alrededor, totalmente lo opuesto a la zona donde se encontraba el pub.

—Si es mi casa, podré cambiar los muebles y la decoración. —Ni siquiera sé por qué dije eso cuando no tenía pensado quedarme—. Y contratar nuevos empleados y echar a los que no me gusten —lo provoqué, porque evidentemente, pese a vivir con él —algo que no iba a hacer—, jamás haría algo así. Nunca lo había hecho; ya que, a pesar de ser caprichosa y materialista, no jugaba con el trabajo de la gente. Hasta yo tenía mis propios límites.

Damiano no me respondió de inmediato, sino que me hizo un gesto con la mano para que siguiera un camino formado por una bonita alfombra roja que conducía hasta el interior de un establecimiento frente al que nos habíamos detenido. Contemplé la puerta abierta, cubierta de bonitas y abundantes flores de color púrpura y blanco.

—Le estábamos esperando, señor Mancini —nos recibió un señor calvo, vestido con un traje negro, haciendo una pequeña reverencia antes de darse la vuelta e indicar con su brazo que lo siguiéramos hasta la planta de arriba del restaurante. Nos guio hasta una mesa redonda que se encontraba frente a unos amplios ventanales desde los que se podía observar una parte privilegiada de la ciudad—. Señorita —me dijo, estirando la silla para que pudiera sentarme.

Pude ver cómo Damiano entornaba los ojos mientras ocupaba su sitio frente a mí.

—Gracias —le agradecí mientras me sentaba.

—Estamos a vuestra disposición. —Con una inclinación, el hombre desapareció.

—Todos mis empleados son fieles a mí —declaró Damiano cuando nos quedamos solos—. No necesitamos más. Sobre la decoración, puedes cambiar lo que quieras.

—¿Entonces puedo cambiar los muebles de tu habitación?

—Dentro de poco la compartiremos, así que supongo que es justo que hagas los cambios que te hagan sentir cómoda.

—No vamos a compartir habitación.

En vez de enfadarse, esbozó una sonrisa.

—Nunca sabes cuándo debes rendirte, ¿verdad, *gattina*?

—Si es mi rendición lo que quieres, puedes esperar sentado.

—No, *gattina*, me gusta cuando luchas, hace todo más emocionante. —Apoyó sus codos sobre la mesa y se inclinó hacia mí —. Son tus súplicas las que me ponen muy cachondo.

Noté cómo mis mejillas ardían. Miré a mi alrededor, comprobando de nuevo que estábamos solos. Tan solo había un par de mesas a nuestro alrededor, pero estaban vacías.

—Baja la voz —le pedí aun así—. El camarero llegará en cualquier momento.

—¿Qué pasa, *gattina*, que tienes miedo de que sepa lo que te hago disfrutar en la cama?

—De lo que tengo miedo es de que nos echen por escándalo público.

Damiano soltó una carcajada.

—Mira que eres exagerada, *gattina*. Eres demasiado modosita para que eso suceda.

—No soy modosita —me quejé, haciendo un mohín.

Damiano arqueó una ceja.

—Claro que no —respondió con evidente sarcasmo. Él estaba provocándome, pero no pensaba caer en su juego.

—¿Y sueles venir con frecuencia por aquí? —pregunté, cambiando de tema.

No necesitaba dar más de un vistazo al bonito y moderno restaurante para saber que era un sitio exclusivo, seguramente con listas de espera de meses, que dudaba mucho que Damiano frecuentase, a excepción de que estuviese obligado a hacerlo por algún motivo.

—No. Había pensado en llevarte a un restaurante de sushi, pero embarazada no puedes comer sushi. Y, a pesar de todo el *pijerío*, sé que los alimentos que aquí cocinan son de calidad. Además, sé que te gustan este tipo de restaurantes.

Damiano no se equivocaba al afirmar que aquel restaurante era el tipo de sitio que tendía a frecuentar, pero lo cierto era que el plan que habíamos hecho en mi casa con ese sushi a domicilio había sido

la mejor cena que había tenido en mucho tiempo. Y también el plan más especial que recordaba.

No me hubiera importado comer sushi para recordarlo, pero como Damiano había dicho, no podía. Pero que hubiese buscado un restaurante que no era de los que a él le gustaban por mí y la seguridad de nuestro bebé… eso provocaba cosquillas en mi estómago.

—¿Has venido aquí por mí?

Damiano se encogió de hombros, como si no fuera gran cosa. Pero ambos sabíamos que era más importante de lo que él quería reconocer.

—¿Te gusta o no? —espetó con impaciencia.

Y no pude evitar sonreír.

—Antes de dar una opinión debería probarlo, ¿no crees?

Damiano hizo un gesto con su mano, como si reconociera que tenía parte de razón.

—Pide lo que quieras.

Abrí la carta que se encontraba frente a mí. Estaba tan absorta leyendo la extensa lista de platos, que apenas me di cuenta de que un joven camarero se había acercado a nosotros.

—¿Qué desean para beber? —nos preguntó.

Damiano lo miró.

—Yo, un whisky. Y ella...

—Agua —respondí.

El camarero asintió.

—¿Han elegido ya lo que quieren para comer?

—Yo quiero una ensalada de burrata con tomate *heirloom* —dije, leyendo la carta—. Pero que la burrata esté pasteurizada.

—Lo estará si valora su vida —advirtió Damiano. Lo dijo con calma, con sus dedos tamborileando sobre la carta, pero fue suficiente para que el camarero temblara como una hoja a la vez que asentía con rapidez. Porque Damiano no necesitaba siquiera esforzarse para ejercer miedo en las personas; su sola presencia infundía respeto.

Y, a pesar de que aquel comportamiento debería haberme horrorizado, hubo una parte en todo aquello que me pareció

enternecedora. Porque Damiano se estaba preocupando por nuestro bebé.

Definitivamente, había perdido la cabeza.

—Por supuesto que lo estará —afirmó el camarero con un leve temblor mal disimulado en su voz.

Le esbocé una sonrisa suave, tratando de calmarlo, sin éxito.

—Y de segundo, risotto de setas silvestres.

El camarero se giró hacia Damiano, pero no se atrevió a mirarlo a los ojos.

—¿Y usted, señor?

—La misma ensalada que ella y entrecôte de wagyu.

—¿La burrata también sin pasteurizar, señor? —preguntó el camarero, y yo no tuve que morderme el labio inferior para no echarme a reír.

Damiano alzó una ceja como respuesta, y el camarero se despidió, recogiendo nuestras cartas y marchándose con rapidez.

—Al final no me ha quedado claro si te la va a traer con pasteurizar o sin pasteurizar —comenté cuando el pobre chico salió de la sala—. Aunque probablemente sí, te ha salido un poco de tripita, es fácil que piense que el embarazado eres tú. —Por supuesto, no había un gramo de grasa en su abdomen.

Damiano esbozó esa sonrisa torcida que me volvía loca.

—Estás mirando demasiado abajo, *gattina*. No es mi tripa lo que se ha hinchado.

Casi caí y miré, aunque tampoco vería nada, ya que el mantel lo tapaba. Pero era evidente que me estaba tomando el pelo.

—Eres un idiota —espeté, dando un pequeño golpe en la mesa. Damiano me guiñó un ojo—. ¿Has estado aquí antes? —indagué, volviendo a un tema más seguro.

—Una sola vez, y por una reunión de negocios.

—¿Y te gustó?

—No estaba mal, pero prefiero otro tipo de sitios que no sean tan pijos y no te cobren un pastizal por lo mismo que te pondrían en cualquier otro lugar solo por poner un nombre raro.

—Yo no soy tan pija.

Siempre había estado muy orgullosa de mi estilo de vida, nunca siquiera me había planteado que tuviera algo de malo estar rodeada de lujo. Y me seguía gustando, pero de alguna manera sentí la necesidad de justificarme. Ni siquiera sabía por qué me importaba lo que Damiano pensase.

—Eres una niña pija, *gattina*.

—Y tú, un criminal.

Damiano sonrió.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Para mí sí lo es.

Por supuesto que lo era. Damiano estaba orgulloso de la persona que era, y eso era un problema. Porque él no iba a cambiar. Aunque ¿acaso quería yo que cambiase? No, nunca cambiaría a Damiano.

—No sé cómo no me di cuenta desde el principio de que eras una niña pija —reconoció, pasándose la lengua por los labios—. Ni siquiera sabías limpiar un vaso. ¿Alguna vez habías limpiado un vaso antes, *gattina*?

—Muchas veces —respondí—. Bueno, tal vez una vez —me corregí. En el apartamento de Chicago. Por razones obvias, no había contratado servicio.

Damiano se rió.

—Tengo que reconocer que ver lo torpe que eras me puso cachondo.

Puse los ojos en blanco.

—¿A ti hay algo que no te ponga cachondo?

—De ti, nada, *gattina*. Incluso cuando no haces nada, simplemente estás quieta, me muero de ganas de follarte —dijo justo cuando el camarero nos traía la bebida.

Aunque fingió no haber escuchado nada, el rubor en sus mejillas lo delató.

—¿De verdad puedes cortarte un poco? Estamos en un restaurante —susurré cuando el camarero se marchó.

Le di un trago a mi vaso de agua.

—La vida es más divertida cuando se deja la cobardía atrás.

—Yo no soy ninguna cobarde.

—Si tú lo dices —dijo, dando un sorbo a su vaso.

Aquella era otra de sus provocaciones, y por la sonrisa burlona que se formó en sus labios, ni siquiera se estaba molestando en disimularlo.

¿Quería jugar? Pues jugaríamos.

—Voy al baño —anuncié, levantándome sin esperar respuesta.

El baño de mujeres era amplio, con varios cubículos. Sin pensarlo demasiado, me metí en uno, me quité las bragas —algo fácil, considerando que llevaba una falda larga de lino— y las guardé en el bolso. Por suerte, la falda tenía forro, así que no se transparentaba, pero aun así me sentía extrañamente expuesta. Nerviosa. Viva.

Era la primera vez que hacía algo así, pero me apetecía. Damiano llevaba rato provocándome, y yo quería devolverle la jugada.

Me retoqué el maquillaje, respiré hondo y regresé al salón.

Cuando llegué a la mesa, las ensaladas ya estaban servidas. En lugar de ir directamente a mi asiento, pasé junto a Damiano, con el bolso colgado del hombro. Me incliné levemente hacia él, como si fuera a decirle algo al oído, y en ese instante saqué mis bragas del bolso y se las dejé caer discretamente en el regazo.

Damiano bajó la mirada; sus ojos se abrieron por un segundo, sorprendido. Sin perder la compostura, las recogió con rapidez y las guardó en el bolsillo de su pantalón, como si fuera lo más natural del mundo.

Yo me acomodé en mi asiento y empecé a comer la ensalada como si nada, con una sonrisa apenas dibujada en los labios.

—Está buenísima —murmuré comiendo un trozo de tomate—. ¿No te parece? —pregunté, pasándome la lengua por el labio inferior, como si estuviese saboreando los restos de tomate, pero de una manera sugerente.

Damiano estaba quieto, sin tocar su ensalada, mirándome fijamente. Sus ojos brillaban con deseo y lujuria.

—Estás jugando con fuego, *gattina* —repitió, su voz grave y ronca, como si cada palabra le costara mantenerse en su sitio.

—¿Yo? —arqueé una ceja, fingiendo inocencia, mientras me metía otro trozo de tomate en la boca y deslizaba la lengua por el

tenedor al retirarlo—. Solo estoy disfrutando de la comida… ¿No piensas comer la tuya?

Damiano soltó una risa baja, seca, que sonó más a advertencia que a diversión. Se echó hacia atrás en su silla, sin apartar los ojos de mí. Apoyó un codo en la mesa y dejó que sus dedos tamborilearan con calma sobre la superficie de madera.

—Sigue así y vas a terminar provocando consecuencias —me advirtió, con esa sonrisa torcida que conocía tan bien.

Me encogí de hombros, como si su amenaza velada no hubiera provocado que se me acelerara el pulso.

—La verdad es que vas a tener que ser más claro porque no te entiendo —repetí, pestañeando con falsa credulidad.

Entonces hundí el tenedor en un trozo generoso de burrata, la crema se deslizó apenas sobre el plato, y llevé la punta a mis labios. La atrapé con la lengua de forma lenta, dejando que parte del queso se quedara en la comisura de mi boca. No hice ningún intento por limpiarlo enseguida. En lugar de eso, pasé la lengua por el labio inferior, con una fingida expresión inocente.

Damiano dejó de tamborilear los dedos. Su mandíbula se tensó, y sus ojos se oscurecieron todavía más. El deseo que había en su mirada ya no era disimulado, sino descarado, lujurioso.

—*Gattina*… —dijo en un gruñido apenas audible.

—¿Qué? —pregunté, dejando el tenedor sobre el plato y relamiendo el último resto de burrata que quedaba en la comisura de mi labio.

Fue entonces cuando se inclinó hacia adelante, sus manos apoyadas en la mesa, su cuerpo cubriéndome solo con su presencia, como si el aire se hiciera más denso.

—Levántate —ordenó en un susurro áspero, ronco, que hizo que se me erizara hasta el último vello del cuerpo.

Yo sonreí, una sonrisa pequeña y desafiante que sabía perfectamente que lo sacaba de quicio.

—¿Por qué? —dije, con tono casual—. Estoy comodísima en la silla. Además, desde que he vuelto del baño me siento sorprendentemente más ligera.

Dejé que la insinuación flotara en el aire, como quien no quiere la cosa, mientras lo miraba fijamente, disfrutando de cómo sus ojos se oscurecían al captar el doble sentido.

—Tienes diez segundos para estar de pie e ir al baño que hay en la planta de abajo, o te saco de esa silla y no me va a importar una mierda quién nos vea —advirtió con una mirada que quemaba.

El corazón me latía desbocado, pero me incorporé despacio, fingiendo una pereza calculada, como si me levantara solo porque me apetecía. Sentí su mirada recorriéndome intensamente mientras me daba la vuelta y caminaba hacia el pasillo que conducía a la escalera.

Sin necesidad de mirar atrás, supe que me seguía.

Aun así, bajé los peldaños con calma, y no me costó encontrar el baño.

Era *unisex*, y al empujar la puerta me di cuenta de que era un espacio compacto, diseñado para una sola persona, con todo lo necesario en un solo ambiente. No era como un baño convencional, sino más bien un espacio todo en uno, funcional y discreto. Entendí por qué Damiano me había dicho que fuera allí y no a los de la primera planta.

Entré y, apenas cerré la puerta, sentí cómo la respiración de Damiano se hizo más profunda justo detrás de mí. El pestillo cayó con un clic seco, y antes de que pudiera reaccionar, sus manos ya estaban sobre mis hombros, atrayéndome hacia él.

Me acorraló contra la pared, sus labios rozando mi cuello con una mezcla de urgencia y delicadeza, como si quisiera marcarme sin hacer daño. Sentí el calor de su cuerpo presionándome, el latido de su corazón sincronizándose con el mío.

—Tengo que reconocer que eres atrevida, *gattina*.

Alcé mi barbilla.

—Y no soy una cobarde.

—Por supuesto que no —sonrió—. No lo he pensado ni por un instante, pero si llego a saber que esta iba a ser tu reacción después de provocarte, lo habría hecho antes.

Antes de que pudiera responder, Damiano me tomó de la mano con firmeza y me guió hacia el pequeño lavabo, usando la pared

como apoyo para hacerme retroceder suavemente. El espacio era reducido, pero no importaba; nada lo hacía cuando estaba con él.

Con un movimiento rápido, me sujetó por la cintura y me levantó, apoyándome contra la encimera. La falda se había levantado, dejándome expuesta a él. Sentí el frío del mármol en mi piel que contrastaba con el calor que me recorría.

Mis ojos bajaron hasta su bragueta. Su erección tensaba la tela, amenazando con romperla en cualquier momento.

—Ahora sí que estás cachondo —susurré, divertida y provocadora.

Él soltó una carcajada profunda y ronca mientras se desabrochaba el cinturón con una soltura que denotaba confianza. Se bajó los pantalones y los calzoncillos hasta sus tobillos, dejándolos caer en un revoltijo a sus pies.

Sus ojos no se apartaban de los míos, llenos de deseo y una mezcla de dominación que me hacía temblar. Sus manos descendieron nuevamente, recorriendo mis caderas con firmeza mientras sus labios bajaban lentamente por mi cuello, dejando un rastro de fuego a su paso. Sentí su aliento caliente en mi piel, y no pude evitar cerrar los ojos por un instante, entregándome a esa sensación electrizante que me consumía por completo.

—Esto va a ser rápido; muy rápido, *gattina*. Me tienes a cien.

Abrí los ojos y le regalé una sonrisa desafiante justo cuando sentí la punta de su erección presionando suavemente mi centro.

—¿No quieres que te suplique que me folles? —No sabía si eran las hormonas del embarazo las que me volvían más salvaje, o si simplemente era él, con su presencia arrolladora, el que despertaba en mí ese fuego imposible de apagar.

—Sí quieres que me corra en la primera embestida y avergonzarme delante, gattina.

—Por favor, Damiano, fóllame.

Damiano se adentró en mi interior de una sola embestida, fuerte y feroz. Ahogué un grito, consciente de que no quería que todo el restaurante escuchase nuestra pasión desatada.

Sus movimientos fueron rápidos y contundentes, pero a pesar de sus palabras, no llegó al clímax en la primera embestida. Continuó

dentro de mí, una y otra vez, sin tregua, reclamándome con una mezcla de necesidad y dominio que me hacía temblar. Sus embestidas marcaron un ritmo feroz, como si quisiera grabar cada instante de aquel encuentro en mi piel. Sentía cómo su cuerpo se ajustaba al mío, cada movimiento despertando un fuego que crecía sin control.

Mis uñas se clavaron en la encimera fría, aferrándome para no perder el equilibrio, mientras el calor de su respiración incendiaba mi cuello y su voz, ronca y profunda, se mezclaba con mis jadeos.

—Eres mía —murmuró entre dientes— y no pienso dejarte ir.

«No quiero irme». Las palabras estuvieron a punto de salir por mi boca, pero las retuve. Porque no estaba segura si era fruto de ese momento o era verdad. O quizá porque no quería mostrar mis cartas demasiado pronto; no quería darle lo que él exigía sin algo más de lucha.

Sus embestidas se hicieron más urgentes, pero también más precisas, como si supiera exactamente cómo recorrer cada rincón de mi cuerpo para llevarme al límite. Sentí que me perdía en el ritmo, en el calor, en la vorágine de sensaciones que me envolvía.

Con un último movimiento profundo, ambos llegamos al borde, y una oleada intensa de placer nos atravesó. Mi cuerpo se tensó contra el suyo, mientras un suspiro escapaba de mis labios. Él me sostuvo con fuerza, como si temiera que desapareciera en cualquier instante, y yo me aferré a él, necesitando esa conexión, ese refugio en medio del caos.

Cuando el temblor pasó, permanecimos así, pegados, respirando al unísono, conscientes de que, aunque el mundo siguiera su curso afuera, ese momento era solo nuestro.

—Deberíamos regresar —dije con la respiración aún entrecortada —. El camarero debe estar preguntándose dónde estamos.

—Me importa una jodida mierda —masculló Damiano, pero cuando puse mis manos sobre su pecho, empujándolo, se apartó de mí.

Se vistió y me ayudó a bajar de la encimera.

—Sube tú primero —le indiqué, señalando la puerta cerrada del baño—. Yo necesito un poco de tiempo para limpiarme y arreglarme

el maquillaje.

—Aunque subamos separados, los camareros van a saber lo que hemos estado haciendo.

Sentí cómo el rubor se apoderaba de mi rostro.

—No tiene por qué.

Damiano esbozó una sonrisa.

—¿Has perdido la valentía entre embestida y embestida, *gattina*?

—He recuperado la razón.

Damiano pasó una mano detrás de mi cabeza y acercó su boca a la mía. Fue un beso rápido, uno de esos que no necesitas que duren para dejar huella.

—Espero que la vuelvas a perder pronto —dijo al separarse.

Abrió el pestillo de la puerta.

—Espera —le pedí antes de que la abriera—. Dame las bragas.

Él metió la mano en el bolsillo y giró la cabeza para mirarme.

—No, *gattina*, me las has regalado. Y lo que se regala no se devuelve —apuntó con diversión mientras abría la puerta.

—No ha sido un... —mis palabras se perdieron cuando la puerta se cerró de golpe tras él—. ¡Maldito seas! —exclamé, frustrada.

Arreglé rápidamente mi falda y salí del baño. Al volver, encontré a Damiano ya sentado en la mesa, con esa sonrisa de suficiencia que me hacía querer borrársela de un plumazo o besarle hasta dejarle sin aliento.

—¿Siempre tienes que salirte con la tuya? —le pregunté sentándome.

—Generalmente sí. Pero cuando se trata de nosotros, sueles ser tú quien me arrastra a su terreno.

Solté una risa incrédula.

—Si fuese así, seguiría en Nueva York.

Damiano suspiró.

—Ni un buen polvo te quita las ganas de luchar —dijo teniendo la delicadeza de susurrar.

—Igual me ha parecido mediocre —bromeé.

—Si fuese así, serías una gran actriz, la mejor que ha existido.

No me molesté en responderle y terminé mi ensalada que, por suerte, no podía enfriarse.

El camarero se llevó los platos vacíos y apareció con los segundos.

—Este *risotto* está riquísimo —dije nada más probarlo. Damiano abrió la boca para responder, pero yo le impedí hablar—. Y si vas a decir que es porque después del buen sexo estoy hambrienta, te advierto que te doy un puñetazo.

Él arqueó una ceja.

—Iba a decir que la carne también está buena.

—Bueno, te aviso por si acaso.

Damiano soltó una risa.

—Me alegro de que te haya gustado.

No pasó desapercibido el doble sentido, pero preferí ignorarlo.

—La verdad es que este lugar es muy agradable.

Damiano iba a responder cuando una voz interrumpió, y esta vez no fui yo.

—Vaya, qué coincidencia —dijo una voz masculina que me hizo pegar un pequeño respingo.

—Gastone —murmuró Damiano, levantándose para estrechar la mano que él le tendía. Por la mueca tensa en sus labios, no supe si se alegraba o no de ver a su hermanastro.

Gastone se encontraba frente a nosotros, con la misma sonrisa amplia que adornaba su rostro la última vez que lo vi. Llevaba una camisa azul, una corbata gris y unos pantalones de traje negros.

Mi mirada pasó de Damiano a Gastone y comprendí por qué había encontrado cierta familiaridad en su rostro cuando lo conocí. Al verlos juntos, la similitud entre ambos era inconfundible. No era algo que se captara a simple vista, porque realmente no se parecían mucho, pero si prestabas un poco de atención, empezaban a notarse ciertos rasgos compartidos: la estructura del rostro, la forma de los ojos y la ligera curva de los labios.

—Audrey —Gastone se inclinó hacia mí para darme dos besos—, es un placer volver a verte.

Le correspondí el saludo.

—¿Ya os conocéis? —preguntó Damiano frunciendo el ceño.

—Estuvimos hablando en la fiesta —comentó Gastone en tono despreocupado—. Al final no pudimos hablar más porque la cosa se

torció un poco —se rió—. Deberías venir más a menudo, Audrey. —Me guiñó un ojo con familiaridad, pese a que apenas nos conocíamos.

—Creo que paso —comenté con una mueca.

Aunque ciertamente, de los tres hermanos, Gastone era el único con el que me sentía cómoda. Esa amabilidad vacía y superficial me recordaba a las personas con las que tendía a juntarme en Nueva York. Y, aunque sea poco, no me daba escalofríos como Mauro ni parecía tan chalado como Glenda.

—Tráetela, Damiano —insistió—. Audrey es ese soplo de aire fresco que tanto necesitamos.

Damiano fue a responder y, por la manera en la que fruncía el ceño y apretaba la mandíbula, supe que no iba a ser nada agradable. Pero antes de que pudiese pronunciar una sola palabra, una voz lo interrumpió.

—Oh, por favor, no me puedo creer que hayan dejado entrar a esta morralla.

Glenda se acercaba a nosotros con una exagerada mueca de asco en el rostro. Al igual que la última vez que la vi, iba vestida completamente de blanco, con un vestido ajustado que le llegaba por debajo de las rodillas y unos botones dorados.

Afortunadamente, no llegó a aproximarse demasiado, sino que se quedó a unos cuantos pasos, como si quisiese marcar cierta distancia o creyese que podríamos contagiarla de algo. Dios santo, era insoportable.

—Disculpadla, ella tiene un humor terrible cuando tiene hambre.

—Creo que ese es su humor general —apunté con un bufido. Lo que menos me apetecía en esos momentos era aguantar a la hermanastra malvada de Damiano, como si no tuviera ya suficientes problemas.

Gastone se rio.

—Peor aún —puntualizó con diversión.

—Vamos, Gastone —Glenda se ajustó el bolso dorado, que seguramente sería de marca y que tenía que reconocer que, muy a mi pesar, no tenía mal gusto—, este restaurante ya no es lo que era. Te lo he avisado mil veces cuando insististe en venir.

—Pues a mí me parece que ha mejorado mucho —respondió Gastone, guiñándome un ojo cómplice.

No pude evitar sonreír. Al menos, el hermanastro pequeño de Damiano tenía sentido del humor, algo de lo que casi todos los hermanos Mancini parecían carecer.

—¿Puedo acompañarlos a su mesa? —Un camarero, algo mayor que el que nos había atendido antes, se acercó a nosotros. Miró a Glenda y a Gastone con una sonrisa cordial—. ¿O prefieren que prepare otra junto a esta?

Sí, bueno...

Damiano bufó a la vez que Glenda soltaba un histérico y exagerado grito de indignación.

—¡Antes me muero de hambre!

—¿Nunca nadie te ha dicho antes que eres insoportable, Glenda? —solté, cansada de sus arrebatos.

Glenda se giró lentamente hacia mí y comenzó a avanzar, amenazante, pero la fría mirada de Damiano la hizo detenerse en seco.

—No he olvidado lo que pasó en la fiesta —siseó—. Lo vas a pagar, tarde o temprano.

Bostecé de una manera tan teatral como la de ella. Porque, si creía que iba a infundir en mí otra cosa más que risa con esas amenazas tan ridículas...

—Para fardar de tanta clase, te comportas como una matona, Glenda.

El rostro de esta se tiñó de rojo, y fue a responderme, pero Gastone puso una mano firme sobre su hombro.

—Vamos, hermana, ¿por qué no vamos a ese restaurante tailandés al que llevas queriendo ir toda la semana? —sugirió.

La distracción de Gastone surtió efecto, porque Glenda asintió. Gastone se despidió de nosotros y ambos se marcharon.

—¿Les traigo algo de postre? —nos preguntó el camarero, que seguía allí, esperando pacientemente. No parecía sorprendido por la escena que acababa de montar Glenda.

No me extrañó. En ese tipo de restaurantes, a pesar del lujo, las escenas de este estilo eran bastante comunes, aunque normalmente

con un poco más de discreción. Pero Glenda, como había descubierto en la fiesta, era mucho más peligrosa que las chicas a las que estaba acostumbrada. Aun así, no pensaba dejarme amedrentar por ella.

—He visto antes en la carta que tenían tarta de tres chocolates, ¿puedes echarle nata por encima? —pregunté.

—Por supuesto, señorita. ¿Quiere sirope de caramelo también?

—Estaría bien.

El camarero miró a Damiano.

—¿Y usted, señor?

—Mi nombre es Damiano —lo corrigió con una mueca apretada mientras se sentaba en su asiento—, y estoy bien así.

El camarero asintió y recogió nuestros platos.

—No pienso compartir mi tarta contigo —bromeé.

—Podré vivir con ello —dijo Damiano con una sonrisa ladeada mientras le daba un sorbo a su whisky.

—Gastone es majo, pero Glenda... —empecé a decir cuando el camarero se alejó de nosotros.

Damiano ni siquiera me dejó terminar.

—Es una víbora.

—No podría definirla mejor —coincidí, ladeando la cabeza—. Entiendo que no quieras que Siena esté cerca de ella.

—No quiero que se vea atrapada en una familia que no la acepte o que solo quiera aprovecharse de ella.

—Lo comprendo. Y después de todo lo que ha pasado, entiendo que la protejas. ¿Ella recuerda algo de aquella noche?

—No. Tiene algunos recuerdos de su abuela, pero nada de lo ocurrido esa noche.

—Eso es bueno —concluí, aliviada.

En ese momento, el camarero llegó con el postre: un trozo generoso de tarta de chocolate cubierta de nata y caramelo, con dos cucharas.

Le pasé una a Damiano.

—¿No decías que no querías compartirla? —cuestionó, cogiendo la cuchara.

—Sí, pero necesito que estés de buen humor. Tengo algo que pedirte.

—La tarta no va a lograrlo —me aseguró, y a pesar de la expresión seria de su rostro, pude entrever el tono ligero en sus palabras—. Si hubieras sido lista, me lo habrías pedido hace un rato en el baño. Allí sí estaba de buen humor. —Una pequeña sonrisa se asomó en sus labios.

Suspiré, resignada. Aquel hombre era incorregible.

Estiré mi brazo y hundí la cuchara en la tarta, llevándome una pequeña porción a los labios. Un murmullo de placer brotó de mi garganta al sentir el dulce sabor de los tres chocolates combinados con el caramelo y la nata fundirse en mi lengua.

—Por Dios, está increíble.

—Ya me estoy poniendo del humor adecuado otra vez —dijo Damiano, observando con intensidad cómo rebañaba la cuchara.

Puse los ojos en blanco y él se rió. Se inclinó para partir un trozo de tarta y llevárselo a la boca. Aprovechando aquella distracción, decidí soltar la bomba de una vez.

—Le prometí a Siena que te convencería para que hiciéramos algo juntos esta tarde, fuera de casa.

La expresión de Damiano se endureció y dejó la cuchara sobre la mesa. Pude ver cómo los músculos de sus hombros se tensaban y los dedos de sus manos se aferraban al mantel, arrugándolo levemente.

—No deberías hacer ese tipo de promesas, o ninguna —me advirtió con frialdad.

Siempre había sabido que el tema de Siena era complicado, y a pesar de que ahora comprendía mejor sus razones y podía entenderlo, mi opinión respecto a la crianza de la niña no había cambiado.

—Es sábado —insistí—. Es una niña de siete años, necesita salir, hacer cosas propias de su edad y pasar una tarde divertida.

Esperaba que Damiano diera por terminada la conversación o me respondiese de forma desagradable, pero sorprendentemente volvió a coger la cuchara y me preguntó en un tono que no supe interpretar:

—¿Y qué tenías en mente?

—No he pensado en nada aún.

—Supongo que puedo tomarme unas horas libres —murmuró distraídamente, llevándose la porción de tarta a la boca.

Mi corazón se detuvo.

—¿Vas a venir con nosotras?

Damiano arqueó una ceja.

—¿Algún problema con eso?

—No —respondí, sonriendo.

Porque no se me ocurría mejor idea que esa.

Capítulo 12

Audrey

—¿El museo del helado? ¿En serio? —masculló Damiano después de pagar los tres tickets.

—He buscado en Chat GPT mejores planes para niños y es el primero que me ha salido —respondí, encogiéndome de hombros—. Además, ¿a los niños les gusta el helado, no?

—¡A mí me encanta! —exclamó Siena con entusiasmo.

—¿Ves? —Miré a Damiano arqueando una ceja—. En Nueva York también hay uno, tiene bastante fama.

—¿Has estado? —me preguntó Siena.

Negué con la cabeza.

—No, nunca he ido.

—¿Por qué? —inquirió Siena, como si no creyese que no pudiese no ir.

—Digamos que no es el tipo de planes que solía hacer en Nueva York.

Damiano soltó una risa áspera.

—Demasiado poco glamouroso para ti, ¿verdad?

—No tienes ni idea de cómo era mi vida allí —repliqué a la defensiva, aunque ciertamente tenía parte de razón. Solía preferir planes en lugares más exclusivos que un museo de helados. Además, ninguna de mis amigas iría a ningún lugar en el que consumiera lo que ellas llamaban calorías vacías. En realidad, nosotras, porque yo también lo había considerado así. Para mí, lo había tenido tan normalizado que había llegado a creer que eso era lo que yo quería.

Ahora consumía postres sin ningún tipo de culpa. En realidad, ya lo había hecho mi primera vez en Chicago. Era como si, desde que había llegado a la ciudad, me hubiese liberado de normas que me autoimponía.

—Buenas tardes a todos —una chica joven, que estaría a mitad de sus veinte, nos reunió al grupo de personas que estábamos. Afortunadamente, éramos un grupo pequeño; no más de diez personas.

Nos explicó brevemente cómo funcionaba el museo y nos hizo una introducción a la historia de los helados que Siena escuchó con atención. Damiano tenía cara de haber comido un limón, pero fingió prestar atención, o tal vez lo estaba haciendo realmente, cuando se trataba de Damiano nunca lo sabía a ciencia cierta.

—Venga, vamos a elegir nuestro nombre de sabor helado —le dije a Siena mientras sacaba dos tickets de una de las máquinas que había repartidas por la sala en la que nos encontrábamos. Le entregué uno.

La niña cogió el ticket y escribió un nombre sin dudarlo. Me reí al ver la etiqueta que se había pegado sobre su vestido azul.

—Siena Pop —leí—. Me encanta.

—¿Y tú? —le pregunté a Damiano, dándome cuenta de que ni siquiera había cogido un ticket.

Chasqueó la lengua e hizo un gesto con su mano.

—Paso de esas chorradas.

Ya empezábamos...

—Vamos, no seas aguafiestas. La chica nos ha dicho que para empezar el recorrido tenemos que tener nuestro propio sabor de helado —dije. Como me di cuenta de que Damiano no tenía ninguna intención de colaborar, cogí mi ticket en el que no había escrito aún nada y le escribí un nombre, pegándoselo antes de que pudiera detenerme.

—¿Creamyano? ¿Qué cojones es eso?

No dije nada por su mal vocabulario. Y luego se quejaba de que su hermana pequeña dijese palabrotas, si las sacaba de él.

—Es un juego de palabras. Creamy y Damiano —respondí, orgullosa de mi ingenio.

Damiano entornó los ojos.

—Hace nada que te he dado el móvil y ya estoy arrepintiéndome de mi decisión.

En cuanto llegamos a la casa para recoger a Siena y cambiarnos de ropa, él me devolvió mi bolso con todo lo que había dentro. No dijo nada, y yo no le pregunté. Sabía que, si intentaba escapar, seguramente iría tras de mí, pero en ese momento ese era el único lugar donde realmente quería estar. Y, por ahora, lo único que había hecho con el móvil era buscar ideas para qué hacer esa tarde.

—Vamos, no seas aguafiestas. Ahora decide tú cuál sería mi nombre si fuese un sabor de helado —cogí un ticket y se lo tendí junto al bolígrafo.

Pensé que Damiano pasaría de mí, pero, sorprendentemente, apoyó el ticket sobre una de las mesitas y escribió rápidamente algo para después pegármelo sobre el costado superior de mi pecho derecho. Bajé la mirada para leerlo.

—¿Audrey & Vainilla? ¿Por qué?

Damiano sonrió y se inclinó hacia mi oído.

—Porque la vainilla y tú sois mis dos sabores favoritos. —Y a pesar de que lo dijo como si no significara nada, mi piel se erizó al escucharlo.

—¡No me puedo creer que den helados ilimitados! —Siena corrió hacia nosotros con un polo de chocolate que una chica que estaba detrás de una pequeña heladera le había dado—. ¡Estoy tan feliz!

—Ten cuidado, o esta noche te dolerá la tripa y luego, te quejarás. —A pesar de la advertencia de Damiano, una sonrisa tierna adornó sus labios y miró a su hermana con amor.
Y yo me derretí un poco más por dentro.

La chica con la que habíamos comenzado la visita nos llamó para ir a la primera sala. El museo estaba dividido en salas temáticas, todas relacionadas e inspiradas en los helados.

—Guau. —Siena miró a su alrededor—. Es una estación de metro rosa, me encanta.

—Es muy chula —comenté.

—¿Y tú qué sabes? —cuestionó Damiano con una sonrisa provocadora, mirándome—. Dudo mucho que hayas cogido el metro alguna vez.

—Por supuesto que lo he hecho —contesté, sin saber por qué me molestaba que Damiano me dijera aquellas cosas. Tan solo lo había

cogido un par de veces y por insistencia de Paola. Normalmente iba a los sitios en taxi o en el chófer de mis padres.

—Yo no —reconoció Siena con un suspiro. Ella parecía triste, pero después vio a una pareja que se estaba sacando una foto y llamó su atención—. ¡Hermano! —llamó a Damiano—. ¡Quiero una foto juntos! ¡No tenemos ninguna!

Sorprendentemente, Damiano esbozó una sonrisa tierna que tan solo tenía reservada para ella.

—Por supuesto, pequeña.

—Vamos, yo os la saco —me ofrecí, sacando mi móvil.

—También quiero que salgas tú —dijo Siena con una convicción que me recordó a la de Damiano.

Iba a negarme, porque sería un poco extraño sacarme una foto con Siena y con Damiano, pero antes de que pudiese hacerlo, Damiano sacó su móvil y se acercó a una mujer de unos treinta que estaba con una niña de una edad parecida a la de Siena y le pidió que nos sacara una foto.

Siena nos hizo gestos con las manos para que nos sentáramos en uno de los asientos. Damiano en la izquierda, Siena en medio, y yo en la derecha. La mujer nos sacó varias instantáneas, hasta que a Damiano se le acabó la paciencia y se levantó.

—Salís muy bien —nos alabó la mujer extendiendo la pantalla hacia Damiano.

Miré la fotografía, con curiosidad, y donde debería haber visto tres extraños, vi una familia. Durante un instante, me imaginé a mi bebé no nacido, entre mis brazos. Los cuatro disfrutando de una tarde en familia. Haciendo planes como aquel, planes que yo nunca había hecho con mis padres.

Damiano guardó el teléfono y nos dirigimos hacia la siguiente sala. Para mi sorpresa, era una especie de bar con mesas redondas y una barra. Estaba tan bien caracterizado que hasta parecía real. Nos dirigimos hasta una de las mesas libres.

—¿Qué quieres? —le pregunté a Siena mientras mirábamos la carta.

—Mmm... —La niña no parecía decidirse entre todas las opciones —. Un batido de fresa con nata. ¿Y tú?

—Yo creo que voy a decantarme por el de chocolate.

Iba a levantarme para ir a por nuestros pedidos, pero Damiano me detuvo.

—Ya voy yo. —Y sin darme opción a responder, se dio la vuelta y se dirigió hacia la barra.

No pude evitar perderme en su espalda ancha y su figura musculosa mientras se alejaba de nosotras. ¿Por qué aquel hombre tenía que ser tan atractivo? Aquello complicaba mucho las cosas.

«Y que estés completamente enamorada de él, también».

Traté de aplacar aquel pensamiento que retumbó con fuerza en mi cabeza. Porque que Damiano había ocupado mi corazón era algo que no podía negarme a mí misma; tampoco quería hacerlo.

—¡Muchas gracias! —me dijo Siena, sacándome de mis pensamientos. Se levantó de un salto de su silla y se lanzó hacia mí para abrazarme. Al principio me quedé un poco quieta, sorprendida ante su arrebato, pero después rodeé su espalda con mis brazos. Nunca había sido una persona demasiado cariñosa, ni siquiera recordaba la última vez que había dado un abrazo, pero me gustó sentir la calidez de la niña; era una sensación reconfortante—. Gracias por este día, por traernos aquí y por cumplir tu promesa.

—Las promesas están para cumplirlas —le respondí con una sonrisa cuando Siena se separó de mí.

—Lo sé. —Siena volvió a ocupar su asiento—. Pero mi hermano trabaja mucho y nunca tiene tiempo —reconoció con un suspiro mientras jugaba con el borde de su vestido.

—Él te quiere. —Porque podía dudar de muchas cosas de Damiano, pero estaba completamente segura de que él adoraba a su hermana con locura. Lo podía ver en la forma en la que la miraba y en la forma en la que se relacionaba con ella—. La vida adulta a veces puede ser un poco complicada, cariño.

Siena asintió.

—A veces me gustaría ser un poco más... —No encontró la palabra exacta, porque tal vez era demasiado pequeña como para encontrarla, pero a ella le gustaría ser más libre, más niña—. Hacer esto más a menudo.

—¿Por qué no me dices adónde te gustaría ir? Cierra los ojos e imagina un lugar que te gustaría conocer.

—Una noria —dijo sin dudar—. Vi una en un anuncio de uno de esos documentales a los que la señorita Matthew le gusta que vea. Nunca he montado en una.

Por supuesto que la señorita Matthew, en vez de ponerle cadenas de dibujos animados, como era normal en una niña de la edad de Siena, le ponía documentales.

—Pues irás —le aseguré.

—¿En serio? —Siena esbozó una sonrisa brillante, pero su mirada se fijó en un punto detrás de mí, y después su sonrisa cayó un poco —. No sé si mi hermano...

Hice un gesto despreocupado con mi mano.

—Yo me ocupo.

Si lo había conseguido una vez, podría lograrlo una segunda, ¿no? Tal vez estaba siendo demasiado optimista, pero siempre conseguía lo que me proponía, y esta vez no sería diferente.

No fue hasta que escuché unos pasos detrás de mí que no me di cuenta de que a quien Siena había mirado era a Damiano, que se aproximaba a nosotras con nuestros pedidos. Dejó las bebidas sobre la mesa y se sentó en la única silla libre, que se encontraba a mi lado.

—¡Qué buena pinta! —exclamó Siena mientras le daba un sorbo a su batido—. ¡Ay, está muy frío! —se quejó, arrugando su rostro y soltando la pajita de golpe.

—Siena, cuidado —le advirtió Damiano.

Iba a probar mi batido de chocolate, que tenía una pinta espectacular, pero entonces Damiano alzó el vaso de cristal en el que no me había fijado hasta ese instante a los labios, dándole un trago a su bebida. Hice un pequeño chasquido de desaprobación con mi lengua cuando reconocí el tono ámbar de su bebida.

No me lo podía creer.

—¿Whisky? ¿En un museo para niños? ¿En serio? —le susurré al oído. Afortunadamente, Siena estaba tan entretenida con su batido que no pareció escucharnos.

—Precisamente por eso —respondió Damiano entrecerrando los ojos—. De alguna manera tendré que soportarlo, ¿no?

Suspiré. Porque ese hombre era único.

—¿Cómo has conseguido que te sirvan uno?

Dudaba que sirviesen whisky porque sí allí.

—Mi carisma.

Damiano se encogió de hombros y yo me di la vuelta para mirar hacia la barra ficticia, en la que una chica algo más mayor que yo miraba hacia nosotros con una sonrisa embobada. Bueno, concretamente hacia Damiano.

Claro.

—Carisma —repetí. No debería importarme que aquella chica cayera rendida a los pies de Damiano, pero una sensación fea se instaló en el fondo de mi estómago—. Al menos no has utilizado la violencia esta vez —añadí con más maldad de la que me gustaría admitir.

Pero Damiano no entró en mi juego, sino que se inclinó hacia mí, provocando un cálido cosquilleo en mi piel al sentir su aliento en el lóbulo de mi oreja.

—¿Te he dicho alguna vez lo cachondo que me pones cuando estás celosa, *gattina*?

Me quedé sin respiración al oír aquellas palabras tan descaradas. Un instante, tan solo unos pocos segundos, en los que tardé en reaccionar y darme cuenta de dónde estábamos. Miré a Siena, que seguía completamente perdida en su batido, y después a mi alrededor, para comprobar que nadie nos había escuchado.

Menos mal. Lo que me faltaba ya era que nos echaran de allí.

—No puedes decir esas cosas en un sitio como este —le reproché dándole un golpecito en el pecho.

Damiano me observó, impasible, mientras se echaba hacia atrás y se acomodaba en su asiento. Me dio una sonrisa socarrona mientras cruzaba una pierna sobre la otra con evidente despreocupación.

—¿Por qué no?

Eso, ¿por qué no?

Ni siquiera me molesté en responderle, porque sabía que no lo iba a entender.

—Siena —llamé la atención de la pequeña mientras sostenía la pajita de mi batido entre mis dedos, que aún no había probado—, ¿por qué no le dices a Damiano el lugar que te encantaría conocer?

Siena me miró, un poco nerviosa. Inspiró con profundidad y mordió su labio inferior, ladeando la cabeza para centrar su atención en Damiano. Sus manos se aferraron al borde de su vestido, tirando de la tela, y me di cuenta de que, tal vez, hacer eso la relajaba un poco.

Le di una sonrisa suave, esperando que aquello le animara a seguir.

—Nunca me he montado en una noria —reconoció al cabo de unos segundos.

Damiano no pronunció ni una sola palabra. Se mantuvo en silencio, pero pude notar cómo su cuerpo se tensaba. Él se irguió en su asiento y descruzó las piernas, como si repentinamente estuviera alerta, como si se enfrentara a un peligro.

Por el amor de Dios, tan solo era un plan. Uno que su hermana debería haber hecho hace años.

—Estaba pensando que la semana que viene podríamos montar en una —propuse—. He visto que hay un muelle en Navy Pier donde hay una noria preciosa y un pequeño parque de atracciones.

—Vaya, no sabía que conocías Chicago tan bien —masculló Damiano con los labios apretados.

—No he tenido la ocasión de conocer apenas la ciudad todavía, pero mientras buscaba cosas que hacer esta tarde por Internet encontré varias cosas interesantes.

—¿Ah, sí?

—Sí. Viendo que voy a tener mucho tiempo libre, tengo que encontrar formas de ocuparlo.

Damiano cogió su vaso y le dio un largo trago a su whisky.

—Por eso no te preocupes, porque se me ocurren unas cuantas.

—¿Podemos ir, hermano? —preguntó Siena, que afortunadamente no entendió el doble sentido de las palabras de Damiano.

Pude ver cómo Damiano iba a decir que no, pero apoyé mi mano sobre la suya.

—Damiano, para Siena es muy importante.

La expresión de Damiano se suavizó y dijo:

—Está bien, iremos.

Siena se levantó y abrazó a Damiano.

—¡Gracias!

Y mientras Damiano alzaba a Siena, estrechándola entre sus brazos, mi corazón se derritió.

Terminamos de tomarnos nuestras bebidas y pasamos de una sala a otra. La temática de cada sala estaba muy caracterizada y era muy interactiva para niños y adultos. Incluso pude ver a Damiano sonriendo y pasándoselo bien. No estaba acostumbrada a verlo en esa faceta tan relajada, y me encantaba.

Me detuve frente al mural con imanes que teníamos frente a nosotros, liderando una de las últimas salas del museo. Leí la pregunta que resaltaba en la parte superior: ¿Cuál es tu sueño? Había decenas de letras magnéticas esparcidas por el mural. Los niños armaban frases, entusiasmados.

Miré a Siena, que contemplaba el mural con cierta duda. Sus ojos recorrían las letras, pero no se movía.

—Vamos —la animé, dándole un pequeño empujón.

Pero Siena no parecía convencida. En vez de escribir, prefirió coger uno de los helados que una de las trabajadoras estaba repartiendo. Sin embargo, cuando estábamos a punto de salir de la sala y pasar a la siguiente, Siena se dio la vuelta y se dirigió hacia el mural. Ya casi todos habían pasado a la siguiente sala, pero antes de cruzar la puerta pude ver las letras que Siena acababa de escribir:

«Una amiga».

Ese era su sueño. Algo tan simple, que cualquier niña debería tener.

Siena no dijo nada, cruzó la puerta mientras seguía comiendo su helado. Damiano se quedó a mi lado, y pese a que él tampoco pronunció una sola palabra, sé que lo leyó al igual que yo.

La última sala era una especie de piscina cubierta de pepitas de chocolate con toboganes. Aquella sala pareció volver locos a los

niños, incluida Siena. Damiano y yo nos quedamos en una esquina. Siena miraba a los otros niños, pero no se animaba a lanzarse.

—¿Nos tiramos juntas? —La niña, que iba con la madre que antes nos había sacado una foto, se detuvo frente a Siena.

Pude ver cómo Damiano iba a intervenir, pero puse una mano suave sobre su hombro. Cuando se volvió hacia mí, articulé un «por favor» solo con los labios, sin emitir sonido. Él suspiró con cierto esfuerzo y miró a su hermana, que lo observaba como si estuviera esperando su aprobación. Damiano asintió, una leve inclinación de barbilla que su hermana comprendió.

Siena, con una sonrisa tímida, se volvió hacia la otra niña y dijo:

—Vale.

—¡Guay! —La niña parecía entusiasmada. Como si no pudiera esperar más, agarró la muñeca de Siena y tiró de ella hasta la piscina.

Pude ver cómo Damiano se tensaba.

—Ella necesita estar con otras niñas —le susurré—. Siena necesita una amiga —repetí lo que ella había escrito.

—Tengo que protegerla, Audrey. Siena no es una niña normal.

—Tú no eres normal, Siena sí lo es —la señalé. Esta se estaba lanzando hacia la piscina con la otra niña. Y otra más se había juntado con ellas—. Siena no tiene la culpa de que seas su hermano. Ella necesita esto, ¿sabes? La estás apagando.

Damiano se giró hacia mí.

—¿Te crees que es fácil, Audrey? ¿Te crees que no lo sé? —espetó, pasándose una mano por su rostro con desesperación—. Pero no puedo dejar que sea libre, es peligroso para ella. Intento hacerlo lo mejor que puedo, joder.

Lo sabía.

Y después de lo que me había contado, lo comprendía. Entendía por qué estaba tan preocupado por la seguridad de esa niña, pero también quería que él viera que Siena necesitaba un poco de libertad. No podía privar a Siena de disfrutar de su infancia.

—Tienes que dejar que sea una niña, Damiano —insistí—. Ella necesita estar con otros niños, hacer planes propios de su edad. Habrá una manera de hacerlo sin poner en peligro su protección.

—No lo sé, Audrey...

Por primera vez, pude ver una pequeña grieta en la resolución de Damiano. Estaba llegando a él.

—Además, siempre puedes investigar a la niña con la que pase tiempo para asegurarte de que no es una espía que busca meterte en la cárcel —bromeé.

Él puso los ojos en blanco.

—Debí investigarte mejor.

—Si lo hubiese hecho no estaríamos aquí. Me habrías enviado de regreso a Nueva York el primer día.

—Probablemente no —reconoció—. Desde que te vi supe que serías mía. No hubiera cambiado nada saber tus intenciones.

Iba a decirle que no era suya, pero sería una mentira.
Mi corazón le pertenecía.

—¿Y tú eres mío? —pregunté. Ya le había hecho esa pregunta semanas antes, pero necesitaba volver a hacerla.

Damiano sonrió.

—Sí, *gattina*, todo tuyo. Lo fui desde el primer día en el que te vi.

Apoyé mi cabeza en su hombro mientras vigilábamos a Siena, y él rodeó mi cintura con su mano.

—Espero que cumplas tu promesa de la noria —le dije al cabo de unos segundos.

—Yo siempre cumplo mis promesas. Aunque no lo creas, quiero lo mejor para Siena.

Horas después, cuando salimos del museo y regresamos a casa, y yo estaba tumbada en la cama de mi habitación, no pude evitar preguntarme cuál sería mi sueño.

Hacía menos de unas horas habría pensado sin duda alguna en escapar, pero ahora no lo tenía nada claro. Porque, de alguna manera, empezaba a plantearme si quizá tendría una vida tan mala en Chicago. Damiano era el padre de mi bebé, y no podía quitarle ese derecho.

Pero no podía engañarme: no era solo por el bebé, era por mí. Sentía que mi hogar era Chicago y que mi lugar estaba junto a Damiano.

Y por primera vez, estaba empezando a pensar que esa idea tal vez no era una locura. Porque se estaba sintiendo como lo correcto.

Capítulo 13

Audrey

Era jueves, y desde el sábado —que fue cuando fuimos al museo del helado— prácticamente apenas había hablado con Damiano. Había cenado una vez con Siena y conmigo, pero se había tenido que ir antes del postre.

«Negocios». Esa era la única explicación que me había dado, una explicación que parecía reducirlo todo.

Sabía que Damiano era un hombre ocupado. No sabía exactamente cuáles eran los negocios de los que hablaba, pero prefería tener la mínima información posible sobre ellos. Sin embargo, aquella situación me recordó a mis padres y lo poco presentes que habían estado siempre en mi vida, tan centrados como estaban en sus trabajos.

No pude evitar sentirme decepcionada. Porque una parte de mí había creído que, después de la conversación que habíamos mantenido en el museo del helado, Damiano comenzaría a actuar de una manera diferente. Una parte crédula de mí había pensado que, conmigo y con nuestro bebé, sería distinto.

Había querido creer que Damiano se involucraría, que haría todo lo posible para estar ahí. Al parecer, me había equivocado.

Con un suspiro, me incorporé en la cama en la que estaba tumbada, sentándome. En esos últimos días no había salido de la casa de Damiano. A pesar de que había pasado mucho tiempo en el jardín, nadando y jugando en la piscina con Siena, las cuatro paredes estaban comenzando a convertirse en una pequeña jaula para mí.

Necesitaba salir, tomar un poco de aire.

Miré hacia la ventana de mi habitación. Aún era de día, aunque en una hora comenzaría a oscurecer. Ya habíamos cenado, y Siena se encontraba en su dormitorio con Cloe, su niñera. Yo había decidido acostarme en la cama e intentar comenzar el libro que

Clemmie me había prestado el día anterior. Sin embargo, no me apetecía leer.

Me levanté de la cama, dejando el libro que ni siquiera había abierto sobre las sábanas, y cogí mi móvil, que descansaba sobre la mesita de noche. No tenía ninguna llamada ni mensaje de mis padres. Sabía que ellos seguían de vacaciones en Tailandia. Aun así, ni siquiera se habían molestado en enviarme un mísero mensaje preguntándome si estaba bien. Llevaba casi dos semanas sin hablar con ellos; ¿en serio no se preguntaban si estaba bien? Por el amor de Dios, era su hija.

Samantha, mi amiga, sí que me había mandado un par de mensajes. Le había respondido, evitando darle demasiadas explicaciones, que me encontraba de nuevo en Chicago. Ella se había alegrado por mí y, afortunadamente, no había indagado demasiado. Seguramente, porque por mucho aprecio que me tuviera, estaba demasiado ocupada con su vida.

De las demás no había sabido nada, aunque, siendo sincera, tampoco lo esperaba. Seguían hablando en ese grupo de WhatsApp donde estábamos todas, junto con algunas conocidas más, pero, como siempre, eran conversaciones vacías. Comentarios superficiales, bromas insulsas, planes que nunca se concretaban. Nadie se preocupaba realmente por las otras. Nunca lo habían hecho.

No podía culparlas, ya que yo había sido igual que ellas.

Durante esos últimos días había pensado en salirme del grupo más de una vez. La verdad, no entendía qué pintaba allí. Pero sabía cómo se lo tomarían. Lo verían como una llamada de atención, como una forma de hacerme la víctima. Me escribirían, no por preocupación real, sino por puro cotilleo. Para saber si me había enfadado con alguna, para intentar sonsacarme algo, pero en el fondo todo seguiría siendo igual: vacío, superficial, sin significado.

Mandé un mensaje a Damiano. Me había obligado a guardar su número de nuevo y él se había agendado el mío.

«Voy al *pub*».

No era una pregunta ni una petición, solo una afirmación. Le estaba informando adónde iba, pese a que sabía que él lo sabría en

el instante en el que saliera de mi habitación. Me quité el pijama y me puse un vestido verde de satén con unas sandalias plateadas de cuerdas.

Revisé el móvil, esperando una respuesta de Damiano. Mi mensaje salía marcado con dos ticks, resultando evidente que me había leído, pero que no se había dignado a contestarme. Guardé mi teléfono con furia en mi bolso. Por lo visto, mi mensaje no era lo suficientemente importante para interrumpir «sus negocios».

Negándome a dejarme afectar por Damiano, salí de mi habitación y bajé por las escaleras hasta llegar a la puerta principal. La abrí y salí por ella.

El hombre al que Damiano había dejado medio inconsciente por mi culpa —el mismo al que Scott había llamado Hugh— seguía allí. Aún conservaba un moratón visible en el pómulo derecho y otro, algo más difuminado, en la mandíbula. La piel amoratada contrastaba con su expresión tranquila, casi resignada.

Me detuve frente a él y, sin rodeos, le solté:

—Voy a coger un taxi para ir al pub de Damiano. Puedes venir conmigo si quieres, pero no vas a impedírmelo.

No parecía sorprendido por mi atrevimiento, ni enfadado. Solo me sostuvo la mirada durante un segundo antes de asentir.

—Te llevo yo —dijo, señalando con un gesto de cabeza un coche aparcado junto al camino de entrada.

Era un sedán negro discreto, de aspecto limpio y cuidado, con los cristales traseros tintados. No era el típico coche llamativo, pero sí uno que pasaría desapercibido en cualquier calle de Chicago a esas horas.

—De acuerdo.

Hugh abrió las puertas del coche con el mando a distancia, y sin pensarlo demasiado, me acomodé en el asiento del copiloto. Noté cómo me lanzaba una mirada fugaz, como sorprendido de que no optara por sentarme detrás, pero no dijo nada.

Se subió al asiento del conductor y puso en marcha el motor, que respondió con un ronroneo grave. Salimos de la propiedad y nos adentramos en una carretera secundaria poco transitada, flanqueada

por árboles oscuros y farolas dispersas que teñían el asfalto de un tono ámbar intermitente.

El silencio se alargó varios minutos, pesado, pero no incómodo. Hasta que decidí romperlo.

—No voy a disculparme por lo que Damiano te hizo —dije sin rodeos.

Lo vi girar la cabeza apenas medio segundo para mirarme, antes de volver a fijar la vista en la carretera. Tardó un momento en contestar.

—No tienes por qué —respondió al fin, con un deje cansado en la voz—. El que se equivocó fui yo, no vigilándote de cerca. Recibí menos de lo que me merecía. Damiano hizo lo correcto, era una lección que necesitaba aprender.

—¿Una lección que necesitabas aprender? —pregunté.

—Estabas bajo mi vigilancia, Damiano confiaba en mí. Y por mi ineptitud, podía haberte pasado algo.

—Bueno, con despedirte habría sido suficiente —repliqué, cruzándome de brazos.

—No soy un empleado, soy uno de sus hombres. Solo dejaré de serlo tras mi muerte.

Puse los ojos en blanco.

—Por Dios, todo lo referente a este mundo me parece una locura.

Hugh se encogió de hombros.

—Puede que sí, pero es la locura que elegimos vivir —reconoció —. Y merece la pena —dijo con convicción; no había ni un ápice de duda en su voz.

Nunca comprendería el mundo de Damiano ni estaría de acuerdo con sus métodos, pero se había ganado la lealtad de todos aquellos que lo rodeaban. Y eso era algo que no había visto nunca antes, ni siquiera en el bufete de mi padre, que era el mejor de la ciudad.

Durante lo que quedaba de trayecto fuimos en silencio, solo roto por la radio, que sonaba a un volumen bastante bajo. Hugh aparcó frente al pub y yo me bajé del coche, esperando que él lo hiciera conmigo, pero cuando se quedó en el asiento del conductor, decidí entrar yo sola.

El *pub* estaba abierto y había varios clientes en las mesas. Atisbé a Tracy detrás de la barra y me acerqué a ella.

—Ya era hora de que regresases de visita —me dijo como saludo, poniendo los brazos en jarras. Su tono era más amable que el de la última vez que nos vimos. Me alegré de que no me guardara rencor y de que hubiéramos superado nuestras diferencias.

Me senté en la silla alta que estaba frente a la barra.

—Lo siento, he estado ocupada.

Tracy lanzó un resoplido seco y apoyó sus manos sobre la barra mientras me guiñaba un ojo.

—Viviendo en casa del jefe.

Abrí los ojos como platos.

—¿Cómo lo sabes?

Tracy hizo una mueca.

—Ya sabes cómo es esto, los rumores corren como la pólvora.

Había decidido llevar mi historia —por llamarlo de alguna manera — con Damiano en secreto para evitarme problemas. Aunque, ciertamente, tampoco nos habíamos ocultado en ningún momento. Sin embargo, ahora ya no tenía nada que ocultar; no había secretos ni tenía una identidad falsa como la vez anterior en la que estuve en el pub. Ahora podía ser yo misma.

Y eso era una liberación.

Por eso, miré hacia ambos lados, asegurándome de que nadie a nuestro alrededor pudiera escucharnos —sabía que había cámaras, pero las controlaba Damiano—, y después me incliné hacia Tracy para decir:

—Estoy embarazada y el hijo es de Damiano.

Ese fue el momento de Tracy de abrir los ojos.

—Mierda, ¿cómo ha pasado? —Levantó la mano, dándose cuenta de la absurdidad de su pregunta—. No contestes a eso, sé cómo ha pasado. Quiero decir… —se interrumpió a sí misma.

Esbocé una sonrisa.

—Sé lo que quieres decir.

Tracy rodeó la barra y se acercó a mí. Estiró su mano para agarrar mi muñeca con suavidad.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó con preocupación—. Puede que no seamos amigas, pero puedes contar conmigo para lo que sea.

—Estoy bien, Tracy. Al principio fue un poco abrumador, pero ahora no puedo dejar de pensar que es lo mejor que me ha pasado. —Llevé una de mis manos hasta mi estómago.

—Por eso has vuelto —asumió.

—Sí.

Evité darle más información.

—¿Estáis juntos? —preguntó, sorprendiéndome—. Damiano y tú.

Fui a responderle que no, pero la palabra se sintió incorrecta en mis labios, como si le estuviera mintiendo. Sin embargo, tampoco podía decirle que sí, porque Damiano y yo no manteníamos una relación.

Ni siquiera se había dignado a contestarme un maldito mensaje.

—¿Audrey, eres tú? —Savannah se encontraba en la puerta de metal que daba al sótano, mirándome como si hubiera visto un espectro. La puerta se cerró con fuerza cuando prácticamente corrió hacia mí para estrecharme entre sus brazos.

Al igual que con las demás chicas, tan solo habíamos sido compañeras; nunca había forjado una relación más allá de la laboral, pero ella parecía feliz de verme de nuevo.

—La única e inigualable —dije cuando se separó de mí con una sonrisa.

—¿Vuelves a trabajar aquí? —preguntó con genuina curiosidad, pero pude ver cómo ella sola obtenía la respuesta cuando su mirada descendió por mi vestido verde de diseñador. Puede que tal vez no entendiesen de marcas, pero era evidente a ojos de cualquiera que llevaba ropa cara, muy diferente a las prendas que había vestido cuando trabajaba allí.

—No, solo he venido de visita.

—Pues nos vendría súper bien. —Savannah suspiró, haciendo una mueca—. Renata y Grace acaban de llamar diciendo que están enfermas.

—¿Qué? —Vi cómo el rostro de Tracy se tensaba. Ahora ella estaba al cargo—. La pelea empieza en nada y nos faltan camareras abajo.

—He dejado a Melissa en la barra —dijo Savannah—. Pero es su primera pelea y no sabe cómo manejar el ambiente cuando se calienta. Además, yo hoy tengo que encargarme de entretener a los clientes.

Me fijé en el atuendo que llevaba. Era un conjunto sugerente: un vestido ajustado con la espalda al aire y botas hasta las rodillas. Ese tipo de vestimenta se usaba a veces para encargarse de los clientes de alto nivel o simplemente para animar el ambiente. Nadie las obligaba, pero pagaban muy bien por ese tipo de trabajos extra.

—Puedo bajar a ayudar —me ofrecí, sin pensarlo demasiado.

—¿En serio? —preguntó con alivio—. ¡Eso sería genial! Los clientes están a punto de llegar y nos viene fatal quedarnos tan justas.

—No me cuesta nada.

—¡Gracias! Te debemos una. —Savannah me dio un último abrazo y fue a darse la vuelta para regresar al sótano, pero cuando estaba a punto de abrir la puerta de metal, se giró hacia mí—. Me alegro un montón de verte por aquí, Audrey.

—Yo también me alegro.

Y no mentía, porque, en cierta manera, a pesar de todo lo malo que había pasado, no me arrepentía de haber trabajado en el *pub*. Y no podía negar que, en cierta manera, lo había echado de menos.

Cuando Savannah desapareció por las escaleras, me giré hacia Tracy, que había vuelto a colocarse detrás de la barra. Estaba secando unos vasos. Cuando sintió mi mirada en ella, levantó la vista hacia mí y frunció los labios.

—No creo que sea buena idea —me advirtió, bajando un poco la voz—. Dudo que a Damiano le haga gracia verte sirviendo copas en el sótano.

—No es mi dueño —bufé—. Quiero ayudar, no pasa nada.

—Estás embarazada.

—De muy poco, y solo voy a servir copas.

Tracy no parecía muy convencida, pero terminó claudicando. Al fin y al cabo, tampoco tenían muchas más opciones. Necesitaban mi ayuda.

—Tenemos la misma talla, así que puedes ponerte la ropa de cambio que tengo en el vestuario. —No lo había pensado, pero no podía atender la barra con esa ropa—. Cerraré lo antes posible aquí y bajo a ayudaros.

—No te preocupes, estaremos bien.

—Eres una camarera pésima —soltó, burlona.

—Pero a cabezota y decidida no me gana nadie —contesté con una sonrisa.

Tracy dejó escapar una pequeña risa y negó con la cabeza.

—En eso tienes toda la razón. Y te diría que he mejorado, pero no sería verdad, no he vuelto a servir mesas. Igual va a ser mejor que te quedes aquí arriba y yo baje abajo.

—¿Estás segura de que quieres que me encargue yo sola de los clientes de esta planta?

Tracy hizo una mueca, alzando las manos en señal de derrota. Ella sabía que tenía razón.

—Ve a cambiarte e intenta preparar bien las bebidas.

Lo de preparar bien las bebidas era algo que no podía prometer después de todo, ya que apenas recordaba qué llevaban la mayoría de esos cócteles raros que pedían, pero asentí y me levanté del taburete.

Porque puede que ser camarera no fuese el trabajo de mi vida, ni siquiera me gustara, pero me hacía sentir viva. Y eso era algo que, después de aquella última semana, necesitaba.

Por suerte para mí, Melissa, la camarera nueva, era un as preparando bebidas. Podía ser su primera vez en el sótano, pero se movía como pez en el agua. Ni siquiera parecía inmutarse por la jaula preparada para la pelea en medio del sótano, ni por el ruido ensordecedor de la multitud que se iba acumulando, llena de energía y expectación.

—Vaya, Audrey, cuánto tiempo sin verte. —Jasper ocupó uno de los taburetes. Me saludó con una sonrisa perezosa mientras dejaba caer sus manos sobre la barra—. ¿Qué ha sido de tu vida?

Le entregué las dos cervezas que me habían pedido unas chicas, que se marcharon hacia los asientos que se encontraban al fondo de

la sala para sentarse en el regazo de un hombre que le triplicaba la edad.

—Ya no trabajo aquí, pero estoy echando una mano. ¿Qué tal van las apuestas?

La última vez que había visto a Jasper había sido hace más de un mes. Como se encargaba de las apuestas, solía estar siempre merodeando por el sótano, y yo no tendía a bajar más que en ocasiones puntuales, así que habíamos coincidido poco.

Pero Jasper me caía bien.

—No es una pelea demasiado emocionante —resopló, haciendo un gesto exagerado—. Ninguno de los dos combatientes destaca especialmente. Así que no esperamos que sea muy sangrienta ni intensa. —Él parecía casi decepcionado, como si aquella descripción fuera algo malo.

En serio, ¿qué estaba mal con esa gente?

—¿Entonces las apuestas suelen ser mejores cuando hay más sangre?

—Por supuesto. —Me guiñó un ojo y se pasó una mano por su cabello rizado—. Cuando hay golpes fuertes y sangre, el dinero que se mueve es mucho mayor. Hoy se preveía bastante aburrido, pero tu presencia lo hace más interesante. —Me dio una sonrisa encantadora, mostrándome una fila de dientes blancos y perfectamente alineados.

Jasper tenía un encanto innato que hacía que cualquier chica cayera a sus pies. Era guapo y carismático, y era evidente que sabía qué decir en cada momento para salirse con la suya. Sin embargo, jamás me hubiera fijado en él.

Sobre todo, porque mi atención ya se la había ganado otro.

—Sigue por ese camino y probablemente termines muerto —le advirtió Tracy apareciendo detrás de mí.

—Me gusta el peligro, Tracy —le respondió Jasper guiñándole un ojo—. Ya lo sabes.

Tracy suspiró y puso los ojos en blanco.

—Dudo mucho que este tipo de peligro. Ella está con Damiano.

La expresión relajada de Jasper cambió al escuchar aquellas palabras. Su sonrisa coqueta fue sustituida por una mueca de

cautela.

—¿Con el jefe? —preguntó, sorprendido.

Tracy hizo una mueca.

—No, con Damiano David.

—¿Ese quién es? —inquirió Melissa, que a pesar de estar preparando una bebida, parecía estar atenta a nuestra conversación.

—Era el vocalista de Maneskin, aunque ahora ha empezado una carrera en solitario —respondí.

No era especialmente fan de la banda italiana, pero mi amiga Samantha sí, y tendía a pasarse horas hablando sobre el grupo. Incluso, durante una ocasión, hace un par de años, la había acompañado a un concierto que habían dado en Nueva York.

—Un grupo de música —comentó Melissa mientras le entregaba la bebida a un cliente—. He escuchado hablar de ellos, pero nunca he llegado a oír ninguna canción. ¿Están bien?

—¿Damiano y tú estáis juntos? —me preguntó Jasper, llamando mi atención y evitando que pudiera contestar a Melissa.

—Está viviendo en casa —le informó Tracy, como si quisiera dejarle claro que mi relación con Damiano estaba establecida y yo estaba fuera de los límites. Jasper fue a decirme algo, pero Tracy lo interrumpió—. Si fuera tú, iría a ver si consigues que alguno de los clientes haga una apuesta.

Jasper me dedicó una última mirada; parecía dubitativo, pero debió llegar a la conclusión de que lo mejor era seguir con su trabajo, porque asintió y se levantó del taburete para dirigirse con una sonrisa hacia un grupo de tres hombres con traje que se encontraban sentados en uno de los sofás.

—No era necesario —le reproché a Tracy cuando Melissa se alejó un poco de nosotras—. No me estaba molestando.

—Tal vez, pero dudo que si Damiano le ve ligando contigo le haga gracia.

—Ni siquiera sé si está aquí. Si no combate, no siempre está en las peleas.

—Estoy bastante segura de que vendrá.

Saqué el móvil del bolsillo de los pantalones cortos vaqueros. Damiano seguía sin contestar a mi mensaje, pero estaba segura de

que ya sabría que había llegado.

—Por mí se puede ir a la mierda —espeté, furiosa ante la falta de respuesta, guardando de nuevo mi teléfono.

Tracy, que estaba a mi lado, palideció. Su mirada estaba en un punto fijo detrás de mí, y no necesité darme la vuelta para saber que Damiano se encontraba a unos escasos centímetros de distancia. Porque, sorprendentemente, podía sentir su presencia; podía sentirlo a él.

Miré el escenario, donde los luchadores estaban entrando en la jaula. La pelea estaba a punto de comenzar.

—Deberías salir de la barra, es solo para las empleadas —dije con los brazos cruzados, girándome para enfrentarlo.

Damiano chasqueó la lengua. Y, a pesar de que traté de mantenerme indiferente a él, no pude evitar fijarme en que llevaba una camisa color vino esa noche que le quedaba especialmente bien.

—Soy el jefe, esa norma la puse yo. Y tú no eres una empleada.

—Estoy echando una mano a mis amigas.

—¿Amigas? —cuestionó Damiano arqueando una ceja. Pero ni siquiera me dio tiempo a responder—. Tracy y Melissa pueden encargarse solas —espetó.

—Damiano…

—Ve —me interrumpió Tracy, que seguía a mi lado—. La pelea va a comenzar y es cuando menos trabajo tenemos —trató de convencerme al ver la expresión decidida en mi rostro.

Iba a negarme, tan solo para que Damiano no se saliera con la suya. Estaba furiosa con él por haberme ignorado durante toda la semana y ahora dirigirse a mí como si fuéramos algo, como si yo realmente le importara cuando ni siquiera se había dignado a contestar a mi mensaje. Sin embargo, al ver la súplica en los ojos de Tracy y darme cuenta de que, realmente, ella estaba en lo cierto, decidí claudicar.

Al fin y al cabo, Damiano era el jefe y, me gustara o no, él tenía la última palabra. Además, no quería meter a las chicas en ningún problema.

—Si necesitáis algo, decidme —les dije, saliendo de la barra.

—No van a necesitar nada —se adelantó Damiano, que caminaba detrás de mí.

—¿Y tú qué sabes? —repliqué. Por supuesto que Damiano abrió la boca, dispuesta a contraatacar, porque siempre tenía que tener una respuesta para todo. No obstante, no le di tiempo a hablar—. No has contestado a mi mensaje —le reproché sin poder evitarlo. Porque sí, estaba enfadada con él y quería que lo supiera.

—¿Para qué querías que te respondiera? —Damiano entrecerró los ojos—. Si ibas a hacer lo que te diese la gana de todas maneras.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? ¿Acaso sigo siendo tu prisionera?

La expresión de Damiano se suavizó.

—Nunca has sido mi prisionera, Audrey. —Hubo algo en aquella declaración que me hizo retroceder. Porque Damiano parecía dolido, como si le molestase que yo pensara que estaba retenida en contra de mi voluntad.

A pesar de que Damiano me había dado el móvil y tenía libertad para moverme, seguía vigilándome a todas horas y estaba completamente segura de que, si regresaba a Nueva York, él vendría detrás. Sin embargo, a pesar de eso, yo tampoco me sentía como su prisionera.

—Vamos, te quiero presentar a alguien. —Damiano agarró mi mano y me guió hacia una de las mesas ocupadas por un hombre trajeado. A su lado se encontraba una chica castaña mucho más joven que él, que, pese a no formar parte del personal del *pub*, estaba convencida de que tampoco era su mujer.

Ambos estaban concentrados en observar la pelea de la jaula, a pesar de que tenían expresiones aburridas en el rostro. Sin embargo, cuando estuvimos frente a ellos, el hombre, que tenía el cabello canoso y los ojos azules, se giró hacia nosotros. Su mirada primero se detuvo en Damiano, pero luego se centró en mí, con una curiosidad evidente.

—Roger, esta es Audrey, mi novia —me presentó Damiano, pasando su brazo por mi cintura y apretándome hacia él.

—Es un placer conocerte, Audrey. —Roger se levantó y me estrechó la mano con una sonrisa cordial. Debía estar cerca de los sesenta, iba bien vestido y destilaba ese aire seguro de quien está

acostumbrado a tener poder. No sabía quién era, pero estuve completamente convencida de que era alguien importante.

Damiano me señaló una de las sillas libres y yo me senté en la otra. Escuché que hablaban, pero lo único que daba vueltas en mi cabeza era que él me había llamado novia.

—Roger es el presidente de Hamilton Trust, uno de los fondos de inversión privada más importantes del estado —añadió Damiano, provocando que volviera a centrarme en la conversación.

—Un placer. ¿Y tú eres? —le pregunté a la chica.

Ella me miró como si le sorprendiese la pregunta.

—Sira —respondió.

—Una buena amiga mía —terminó Roger por ella, confirmando mis sospechas—. ¿Tienes a tu novia trabajando en tu local? —le preguntó Roger a Damiano.

Éste agarró mi mano con la suya y la apretó.

—A mi chica le gusta ensuciarse las manos —murmuró—. ¿Qué puedo decir? Es la novia perfecta.

Roger esbozó una sonrisa.

—Ya veo.

En ese momento, los sonidos metálicos de la jaula volvieron a llamar nuestra atención. Los dos combatientes seguían lanzándose golpes torpes, sin fuerza ni técnica. La multitud parecía algo desganada, y el ambiente, aunque ruidoso, carecía de esa electricidad que había notado otras veces allí abajo.

—Esta noche la pelea es aburrida —comentó Roger, llevándose la copa a los labios.

—No todas las peleas pueden ser igual de emocionantes —apuntó Damiano.

—Estoy esperando ansioso volver a ver una de las tuyas.

—Vas a tener que esperar sentado, Roger. Ya no peleo para entretener a nadie.

Roger giró la cabeza hacia mí, como si quisiera incluirme en la conversación.

—Si tu chico quisiera, podría haberse hecho de oro en esa jaula. Pocos han aguantado más de un minuto contra él.

No lo ponía en duda; yo misma lo había visto pelear.

—Mis intereses siempre han ido por otro lado, Roger —dijo Damiano.

—Lo sé. Y también eres muy bueno en ello. —Roger centró su mirada en Damiano—. La respuesta es sí, puedes contar conmigo. —Hizo una pausa y miró a la mujer que le acompañaba—. Vamos, Sira. Esta pelea no da para más. —La mujer se levantó y él miró a Damiano—. Espero que pronto me invites a asistir a una pelea más interesante.

—Dalo por hecho.

Cuando los dos se fueron, miré a Damiano.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté.

Damiano me levantó de la silla y me sentó en su regazo. Inconscientemente, rodeé su cuello con mi mano.

—Negocios, gattina.

—¿Y era *necesario* que me lo presentases?

—Roger es un hombre de familia. Me valora más sabiendo que tengo una novia seria.

—¿Me has utilizado?

—Eres tú la que ha querido venir hoy aquí, *gattina*. Pero sí, he aprovechado la ocasión.

Negué con la cabeza porque ese hombre era imposible.

Antes de que pudiera replicar algo más, Damiano inclinó el rostro y me besó. Fue un beso firme, profundo, como si quisiera dejar claro a todos los presentes que era suya. Cuando el beso se rompió, me levanté de su regazo y él me lo permitió. Notaba todas las miradas en mí y no sabía si sentirme halagada o enfadada.

—Voy a ayudar a Tracy y a Melissa. Cuando la pelea termine es cuando más bebidas se pedirán.

No esperé a que me respondiese.

Capítulo 14

Audrey

Cuando los clientes se marcharon, Tracy mandó a Melissa a casa y yo me quedé ayudándola a recoger. A pesar de que Tracy ahora era la encargada, no se aprovechaba de su puesto.

Solo quedábamos nosotras dos en el sótano. No había rastro de Damiano, pero le había visto meterse por la puerta de metal, por lo que suponía que estaba en su despacho, aunque también podía haberse marchado, ya que sabía que por allí se salía al garaje privado.

Pero lo cierto era que lo dudaba mucho.

—Deberías irte, puedo terminar yo sola —me dijo Tracy mientras yo recogía unos vasos de una mesa.

—Estate tranquila, hoy no he roto ni uno —le respondí.

Ella se rio y pasó una bayeta por una mesa vacía.

—De verdad. Solo hay que recoger lo más visible. Como siempre, cuando hay pelea, una brigada de limpieza se encargará de todo.

Asentí porque lo sabía, y también sabía que de lo que se encargaban era de que la jaula luciese impoluta, sin rastros de sangre. El resto lo limpiaban muy por encima.

—No me cuesta nada, no es como si mañana tuviera que levantarme pronto.

—¿A qué te dedicas realmente, Audrey? —me preguntó Tracy.

—¿No te lo dijo Gigi?

Ella negó con la cabeza.

—Gigi lo único que me contó sobre ti es que provenías de una familia adinerada.

—Me queda solo un curso en la escuela de leyes. Y en dos semanas se supone que empiezo unas prácticas en el bufete de mi padre.

—¿Se supone? —repitió.

—Todo está en el aire —le respondí sin darle muchas más explicaciones.

—Entiendo, un bebé lo cambia todo.

No, el niño que estaba engendrando no tenía nada que ver. Pero dudaba que Damiano me permitiese regresar a Nueva York. Aunque, en esos momentos, tampoco quería volver. Quería ser abogada, eso no había cambiado. ¿Pero trabajar para mi padre, heredar su bufete? Lo que siempre había sido mi sueño, ahora era algo que no tenía claro.

—En realidad, las últimas semanas, todo lo sucedido desde la muerte de Paola ha cambiado todo —confesé a la vez que llevaba los vasos a la barra y los dejaba encima.

Tracy dejó de limpiar las mesas para acercarse a mí.

—Has encontrado a su asesino, le has vengado a ella y a Buffy.

Tragué saliva ante sus palabras. Era fácil hablar con ella. Tracy estaba siendo una amiga para mí. Sentía una conexión con ella, una que solo había sentido con Paola. Quería ser sincera y decirle lo que George había confesado. Había alguien más. Alguien que movía los hilos.

No le había preguntado a Damiano si había descubierto quién era. En realidad, no había vuelto a pensar en ello. Abrí la boca para contárselo, pero la cerré.

Porque ni siquiera estaba segura de si George estaba diciendo la verdad. Tal vez no había nadie más y era todo fruto de su ambición, y solo pretendía quitarse parte de la culpa al final. No había ninguna razón para preocuparla y tampoco quería ponerla en peligro.

Cuando terminé de ayudar a Tracy, me dirigí a la puerta de metal. La luz de una bombilla la iluminaba tenuemente y me regresaron los recuerdos de la primera vez que me encontré a Damiano a solas.

Estaba bastante segura de que en ese encuentro comenzaron mis sentimientos hacia él. Sentimientos que eran imposibles de negar y que no quería negar.

Acaricié mi tripa. Mi bebé necesitaba a su padre. Tal vez no era un padre perfecto, no, sin duda no lo era. Y tampoco era el mundo

que hubiese querido para él. Pero tenía un padre que ya lo amaba con todo su ser. ¿Y acaso había algo más importante que eso?

En cuanto llegué al despacho de Damiano vi la luz que se filtraba debajo de la puerta. Una señal evidente de que estaba dentro.

Puse la mano en el pomo y empujé.

Él estaba detrás de su escritorio mirando la pantalla del portátil que estaba frente a él. Levantó la cabeza para mirarme.

—¿Nadie te ha enseñado a llamar antes de entrar? —preguntó con ese deje de autoridad que le salía tan natural.

Le di un par de golpecitos burlones a la puerta, ya abierta, y la cerré tras de mí.

—¿Contento ahora?

Lejos de hacerle gracia, entrecerró los ojos.

—Si has terminado de rememorar tu pasado como camarera, Hugh te está esperando en la planta de arriba para llevarte a casa.

—¿No vienes conmigo? —pregunté, avanzando un par de pasos dentro del despacho.

—No —respondió, y durante un segundo pensé que no añadiría nada más, pero me equivoqué—. Ha surgido un problema serio con los negocios y tengo que resolverlo esta noche.

—Vamos, que estás de un humor malísimo —comenté, cruzándome de brazos.

Él soltó una carcajada seca, sin pizca de humor.

—Podría decirse así.

—Pues voy a tener que solucionarlo.

Me acerqué al escritorio sin apartar la vista de él y, de forma deliberada, me arrodillé frente a la silla.

Damiano frunció el ceño.

—¿Audrey, qué haces? —preguntó mientras se giraba en la silla para quedar frente a mí.

—Necesito pedirte un favor… y para eso te necesito de buen humor —respondí, esbozando una media sonrisa mientras desabrochaba su cinturón.

—*Gattina*, tengo mucho trabajo por hacer.

—Y lo vas a hacer mucho mejor relajado —dije, sin perder el tono insinuante.

No respondió, pero escuché claramente el suave sonido de la tapa del portátil al cerrarse. Sin apartar mis manos de su cinturón, tiré de él hasta soltarlo por completo. Damiano me observaba en silencio, su expresión dura, pero con ese brillo en los ojos que conocía demasiado bien.

Deslicé sus pantalones hacia abajo hasta la mitad de los muslos. Sin que se lo pidiera, él levantó ligeramente las caderas para facilitarme la tarea, y aproveché para bajarle también la ropa interior.

—Para no querer estar muy participativo —bromeé.

Damiano me acarició la mejilla con los nudillos, en un gesto inesperadamente suave para el momento.

—Eres muy traviesa, *gattina*.

—Y pretendo serlo más.

Miré su erección. Lo rocé suavemente con los dedos la sensible piel de su muslo, despacio, en un contacto casi inocente al principio, jugando a provocarlo. Sentí cómo su cuerpo reaccionaba, su respiración se hizo apenas un poco más pesada. Acaricié con la yema de los dedos sus testículos, sin prisas, trazando líneas perezosas, disfrutando más de la anticipación que del acto en sí.

Su erección se levantó un poco. Lo suficiente para dejarme claro que él estaba disfrutando.

—Creo que voy a poder distraerte de los negocios.

Damiano dejó escapar una carcajada ronca, inclinándose hacia atrás en la silla, dándome carta blanca sin decir una palabra. Deslicé mi mano alrededor de su miembro, acariciándolo con lentitud, mientras con la otra rodeaba con suavidad sus testículos, sintiendo su calor y su peso en mi palma. Un gemido bajo escapó de sus labios, grave y apenas contenido.

Levanté la mirada y me encontré con que había cerrado los ojos, la cabeza ligeramente echada hacia atrás, abandonado por completo a la sensación. Verlo así, tan vulnerable y a mi merced, me hizo sonreír.

Porque, en ese instante, él era únicamente mío. De nadie más. Y esa certeza me hizo sentir invencible, como si el mundo entero

pudiera desmoronarse a nuestro alrededor y nada de eso importara mientras lo tuviera de esa forma, sometido al placer que le daba.

Seguí acariciando despacio, jugando con la presión, disfrutando de cada leve reacción que conseguía arrancarle, decidida a hacerle olvidar, aunque fuera por un rato, los negocios, los problemas y todo lo que había al otro lado de esa puerta.

—Joder, *gattina*… joder… —murmuró, su voz ronca y cargada de deseo, mientras su cuerpo respondía con rapidez, su erección endureciéndose bajo mis caricias, hasta recuperar toda su firmeza. Demasiado rápido. En cuestión de segundos, estaba completamente duro, como si las preocupaciones no hubiesen existido nunca.

—Bueno… parece que soy más buena de lo que pensaba.

—Deja de echarte flores y chúpamela —espetó con impaciencia, provocando que soltara una risita.

—Eres un bruto —dije.

—No es dulzura lo que buscas, *gattina* —gruñó mientras se incorporaba un poco en la silla, enredaba un mechón de mi pelo entre sus dedos y guiaba mi rostro hacia él.

Me dejé hacer, de rodillas frente a él, permitiendo que marcara el ritmo. Pero lejos de sentirme sometida, me invadió una certeza deliciosa: en realidad, era yo quien tenía el control.

Tomé su erección entre mis labios, saboreando su calor, moviéndome despacio al principio, tentándolo, provocando cada gemido contenido que escapaba de su garganta. Noté cómo sus dedos se tensaban en mi cabello, y sonreí para mí misma, satisfecha de ver cómo, por un instante, todo lo demás desaparecía para él salvo mis labios y mi boca.

Aumenté el ritmo, deslizando mis labios con más decisión, mientras una de mis manos rodeaba la base de su miembro, acompañando el movimiento. Con la otra, acaricié suavemente sus testículos, provocando un jadeo ronco de su garganta. Jugueteé con la lengua alrededor de su glande, deteniéndome apenas para provocar y después volver a atraparlo entre mis labios.

—Joder, *gattina*, no voy a aguantar mucho más —susurró entrecortado.

No quería que aguantase, quería que terminase. Quería darle ese momento de placer. Aceleré el ritmo, provocando que llegase al clímax.

Lentamente, me separé de él, dejándole disfrutar de los últimos vestigios del orgasmo.

Damiano se levantó de la silla. Después, se subió los pantalones y la ropa interior, y con un brazo alrededor de mi cintura, se sentó de nuevo, esta vez conmigo en su regazo.

—Gracias, *gattina*, lo necesitaba.

—Estoy para servirte —le respondí con un evidente tono sarcástico.

Él soltó una carcajada baja y cálida. Acercó sus labios a los míos y me besó, saboreando aún el eco de su placer.

—¿Qué era ese favor que querías? —me preguntó cuando se rompió el beso.

—¿Ahora estás de buen humor?

Damiano sonrió.

—Del mejor.

—¿Has descubierto quién era el cómplice de George? —le pregunté con un dejo de esperanza.

Damiano me acarició la mejilla.

—No, *gattina*, pero si hay uno, te prometo que lo encontraré. No dejaré que nadie te haga daño.

—No estoy asustada por mí —respondí, acariciando su mano.

Él pasó un dedo por la punta de mi nariz, con una sonrisa juguetona.

—Si es por mí, no tienes que preocuparte.

—Tampoco estoy preocupada por ti.

Él arqueó una ceja, divertido.

—Podrías fingir que sí —insistió.

—Eres más que capaz de defenderte tú mismo —repliqué—. Estoy preocupada por las chicas del *pub*, por si ese cómplice intenta usarlas o ponerlas en peligro.

—Eso no pasará —me aseguró—. Scott está encargándose de que todas estén seguras y no se vean obligadas a hacer tonterías.

—Aun así, quiero ayudar —dije con determinación.

—¿Ayudar a qué? —preguntó con curiosidad.

—A encontrar a ese hombre —contesté sin dudar.

—De eso me estoy encargando yo —dijo serio.

—Y yo puedo ayudarte. Se me ha ocurrido que tal vez George pudo contarle algo a algún amigo policía que no hablará contigo. O quizá uno de ellos sea su cómplice. Si voy a la comisaría...

—Ni de puta coña —me cortó y noté cómo se tensaba debajo de mí.

—Solo es para probar —traté de convencerlo—. Puedo decir que creo que Paola fue asesinada, que tal vez...

Antes de darme cuenta, estaba de pie y Damiano frente a mí.

—Lo que vas a hacer es irte con Hugh a casa y dejarte de gilipolleces.

—No es una gilipollez. Quiero encontrar al que mueve los hilos. Es tan culpable del asesinato de Buffy y Paola como George.

—Casi mueres intentando encontrar al asesino de tu amiga —me advirtió con dureza—. Y si ahora mueres, no lo harás sola. Te llevarás a nuestro hijo contigo.

—No voy a morir —dije con tozudez, aunque sabía que él tenía parte de razón.

Damiano cogió el móvil que estaba sobre la mesa y tecleó rápido. Luego lo dejó a un lado sin mirarme.

—Hugh estará aquí en dos minutos.

—No estás siendo racional —le reproché.

—Cuando se trata de tu seguridad y la de mi bebé, no pienso serlo —dijo firme—. Podemos hacer esto de dos maneras: te olvidas y me dejas encargarme a mí, o te encierro bajo llave.

—No serás capaz...

Él rompió la distancia entre nosotros y me atrapó en sus brazos, mirándome con una sonrisa desafiante.

—Oh, *gattina*, no me pongas a prueba. Soy capaz de cualquier cosa por protegerte, incluso de ti misma si hiciese falta.

No lo dudé ni por un instante.

Capítulo 15

Damiano

—No podemos dejar que esos cabronazos se salgan con la suya —masculló Scott con los labios apretados, mientras aparcaba el coche frente a la puerta de entrada de la mansión de mi hermanastro. Tenía las manos cerradas en puños, con tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos.

—No lo vamos a hacer —le aseguré—. Pero por mucho que me joda, no puedo pasar por encima de Mauro. No sin pruebas.

Los Romano nos la habían jugado. No se habían conformado solo con hacer tratos con Martínez, sino que habían boicoteado la entrega de mercancía que había llegado al puerto el jueves por la noche.

El barco había recibido una redada por parte de la policía marítima en cuanto llegó al puerto. Me lo habían notificado mientras me encontraba viendo la desastrosa pelea en mi *pub*. Y, aunque había llamado inmediatamente a Martínez para asegurarle que no tenía nada que ver con eso, él estaba cabreado conmigo.

Los policías que tenía en nómina me habían asegurado que el chivatazo había provenido desde la familia Romano. No tenía pruebas, y Mauro se había negado a declararles la guerra sin ellas, pero me había convocado esa mañana en su casa para reunirme con los Romano y tratar de solucionar el conflicto por la vía diplomática.

La mafia y sus putas normas.

Bajamos del coche y nos dirigimos hasta la entrada de la exageradamente enorme mansión de mis hermanastros. Mi padre la mandó construir hacía más de treinta años. Aquella residencia derrochaba lujo innecesario, porque así había sido mi padre. Su ego se había basado en tener el reloj más caro, en poseer la casa más grande y en ir vestido con los trajes más caros, derrochando cientos de miles de dólares en lujos innecesarios.

Y así habían salido Glenda y Gastone... Afortunadamente, Mauro era un poco más sensato. Aunque seguía siendo un niño pijo que lo había tenido todo en la vida.

Una de las empleadas de Mauro nos acompañó hasta su despacho, pese a que yo sabía dónde se encontraba. Llamé a la puerta con desgana, sin entender por qué cada vez que iba a su casa tenía que seguir ese puto protocolo ridículo.

—¡Pasad! —dijo, lo suficientemente alto para que pudiéramos escucharlo.

Abrí la puerta para encontrarme con Mauro sentado detrás de su amplio escritorio de madera de caoba. Me adentré en el despacho, pero me quedé quieto durante un instante al ver que mi hermanastro estaba acompañado, pero no por los Romano.

—Damiano, Scott, ¿cómo os va? —nos saludó Gastone, levantándose del sofá de dos plazas blanco en el que había estado sentado.

Estreché la mano que me ofrecía. Gastone se giró hacia Scott, pero este se limitó a quedarse quieto al lado de la puerta, cruzándose de brazos.

—He tenido décadas mejores —bufé.

—¿Es por la reunión que vais a tener con los Romano? —indagó —. Mauro no ha querido contarme nada.

Gastone, de los tres, era el más pequeño. Acababa de cumplir veinte años. Joven, pero lo suficientemente mayor como para encargarse de los negocios. Yo a su edad estaba liderando un imperio y Mauro había tenido muchas más responsabilidades incluso siendo menor que él. Sin embargo, este prefería dejarlo al margen.

Tal vez no veía a Gastone lo suficientemente maduro como para participar activamente en el negocio familiar. Y, por lo poco que sabía, Gastone prefería pasar su tiempo libre de fiesta en fiesta universitaria.

—¿Dónde están? —exigí con impaciencia, mirando a Mauro—. Deberían estar ya aquí.

—Deberían —Mauro resopló—, pero Cosimo me ha escrito hace quince minutos para decirme que se retrasarán un poco.

Ese imbécil.

—Estarán preparando una excusa.

—O tal vez simplemente no les apetece tener que reunirse contigo —señaló Glenda, mirando sus uñas. Se encontraba sentada al lado de Gastone y, pese a que la había visto, había intentado ignorarla. Al parecer, era imposible—. A mí me pasa.

La miré.

—Es una suerte que estés aquí —ironice—. Porque quería hablar contigo.

—En realidad, ya nos íbamos —interfirió Gastone, que se dio cuenta de mis intenciones—. Creo que ya hemos llegado a un acuerdo sobre cuáles son las flores que adornarán mejor el jardín esta primavera. —Su intento de apaciguar lo que se avecinaba no surtió ningún efecto.

Glenda ni siquiera se molestó en alzar la mirada, porque seguramente, en su cabeza de chorlito, no merecía ese privilegio.

—Yo no tengo nada que hablar con un bastardo como tú.

Cansado de sus gilipolleces de pija estúpida y malcriada, avancé un par de pasos hasta situarme frente a ella. No lo suficiente para invadir su espacio, pero sí para dejar claras mis siguientes palabras.

—Puedes insultarme lo que quieras —siempre me habían dado igual sus estupideces, porque estaba por encima de esas niñatadas —, pero como se te ocurra volver a faltar el respeto a mi novia de nuevo, te las verás conmigo —dije con calma, pero con la suficiente claridad para que todos en aquel despacho pudiesen escucharlo.

—¿Novia? —repitió Gastone, sorprendido.

—No te sorprendas, Gastone. —Glenda soltó una risa que me recordó a las hermanastras de las películas de Disney: una mezcla de arrogancia y crueldad. Aunque ella era atractiva, su maldad lo ensuciaba todo—. ¿Con quién iba a estar más que con una muerta de hambre?

—En realidad, es una mujer de buena familia de Nueva York — intervino Mauro con fría serenidad, provocando que Glenda lo mirara fijamente—. Su padre es dueño del mejor bufete de abogados de la ciudad y su madre es una jueza de prestigio.

Gastone emitió un silbido de incredulidad y Glenda abrió los ojos, claramente atónita ante aquella información. ¿Qué importaba de

dónde venía Audrey? ¿Acaso creían que para mí había cambiado algo que su familia fuese rica? Pero, por supuesto, que para mis hermanastros eso sí importaba. Porque para ellos todo se basaba en el dinero y en el prestigio.

No me creí en ningún momento que las palabras de Mauro fueran parte de una charla casual con sus hermanos. Lo conocía lo suficiente para saber que estaba dejándome claro que había investigado a Audrey. No me sorprendía que lo hubiera hecho, ya que sabía que me arriesgaba a eso en el instante en el que la llevé a su fiesta. Mauro, al igual que yo, nunca dejaba ningún cabo suelto.

—¿Y ella quién es? ¿La manzana podrida? —preguntó Glenda con desprecio.

Tuve que contenerme para no romper todos mis principios y sacarla del despacho a rastras.

—En realidad, está estudiando Derecho con muy buenas notas —señaló Mauro con indiferencia—. Es un orgullo para su familia.

Glenda se levantó del sofá con indignación.

—¿Y le vas a permitir que esté con ella? —le espetó, incrédula—. Es peligroso. Sus padres son defensores de la ley y ella… —Glenda me miró por el rabillo del ojo y se quedó callada, sin atreverse a terminar la frase. Porque Glenda podía insultarme y menospreciarme cada vez que me veía, pero sabía bien qué límites no podía traspasar —. ¿No ves que puede estar con él para llevarlo ante la ley, arrastrarnos a todos con él y ganarse una medallita antes incluso de empezar a ejercer?

—Sus padres ejercen en otro estado —contestó Mauro, despreocupado—. Además, su padre es abogado defensor, ha defendido a criminales peores que nosotros. Y ella está interesada de verdad en Damiano. —Mauro estaba hablando como si yo no estuviese allí.

—Entonces está chalada —murmuró Glenda, negando con la cabeza—. Aunque no sé de qué me extraño. Se ha podido criar entre algodones, pero no tiene ninguna clase.

—Tiene más clase que tú incluso cuando está cagando —espetó Scott con rabia antes de que yo pudiese responder.

Glenda ladeó la cabeza hacia él, mirándolo por primera vez desde que habíamos entrado en el despacho.

—Un desecho como tú no tiene el derecho ni a dirigirse a mí.

Scott soltó un bufido.

—Tus padres tenían que haberte dado un buen azote de niña. Eso te habría ahorrado muchos problemas.

—¡¿Pero cómo te atreves a hablarme así?! —gritó Glenda con indignación. Miró a sus dos hermanos, buscando respaldo, pero Mauro seguía impasible, pese a que podía ver cómo su labio inferior temblaba levemente, seguramente conteniéndose una risa, y Gastone parecía estar distraído contemplando su teléfono, aunque era evidente que había escuchado las palabras de Scott.

—Vaya, vaya, veo que he llegado en el mejor momento.

Cosimo estaba apoyado sobre la puerta que habíamos dejado abierta, con las manos guardadas en los bolsillos de sus pantalones de tela. Sus tirantes de color azul sobresalían sobre la camisa de color caqui que llevaba puesta.

Mauro les hizo un gesto a Gastone y a Glenda para que se fueran. Gastone lo entendió, pero Glenda no se movió, ya que su mirada seguía fija en Scott y parecía dispuesta a asesinarlo. Pero Gastone agarró a su hermana de la muñeca y prácticamente tuvo que tirar de ella hasta que ambos se fueron del despacho, cerrando la puerta, de la que Cosimo se apartó, tras ellos.

—¿Dónde está tu padre? —le pregunté a Cosimo antes de que Mauro pudiese hacerlo.

Cosimo se sentó en el sofá, en el mismo sitio que Glenda había dejado libre, y se acomodó antes de contestar.

—Hoy es el séptimo aniversario de la muerte de mi hermana —anunció, y por primera vez desde que lo conocía, pude ver cómo su expresión se tensaba—. Estábamos en el cementerio. Él se ha quedado allí.

—¿Hoy es el aniversario de la muerte de Lina? —inquirió Mauro.

—Así es —contestó Cosimo, ladeando la cabeza hacia Mauro—. Pensaba que lo recordarías, pero supongo que el tiempo lo borra todo. —Su habitual tono burlón y despreocupado había sido sustituido por un matiz amargo.

No sabía que Cosimo había tenido una hermana. Pero sinceramente y aunque pudiese parecer insensible, era lo que menos me importaba en esos momentos.

—Tu padre y tú me habéis jodido el trato con Martínez —espeté con rabia, cerrando los puños—. Y me habéis hecho perder mucho dinero.

Cosimo me miró. Su expresión cambió al escucharme, adquiriendo de nuevo ese brillo insolente en sus ojos verdes y esa sonrisa burlona que siempre llevaba dibujada en los labios y que tantas veces había querido borrar de un puñetazo.

—Mi padre me ha contado tus sospechas infundadas.

Solté una risa áspera, sin humor.

—¿En serio no vais a tener los huevos de reconocerlo? —No sabía de qué me sorprendía. Mucho honor y mucho dinero, pero todos los miembros de las altas familias de la mafia eran iguales: unos putos cobardes—. Tengo policías que dicen lo contrario.

Cosimo apoyó el codo sobre el respaldo del sofá y me miró, impasible.

—¿Puedes demostrarlo? —preguntó con calma.

No, no podía hacerlo, y por el brillo triunfante en su mirada, él lo sabía.

—Cosimo, Damiano está haciendo una acusación muy grave —dijo Mauro con severidad—. Si lo que dice es cierto, está en todo su derecho de declararte la guerra. —Hizo una pausa, como si quisiera darle tiempo a Cosimo para rectificar, o tal vez simplemente para asumir las consecuencias de sus actos—. Y tendrá todo mi apoyo y el de nuestras familias asociadas, que representan una amplia parte de las familias de Chicago.

—Una acusación infundada —continuó Cosimo, que no se veía ni mínimamente afectado por las palabras de Mauro—. Voy a abrir una investigación en mi familia para asegurarme de que no tenemos un topo que quiera fastidiarnos. —Solté un bufido, sin poder creerme los huevos que tenía ese gilipollas—. Pero si no es así y todo es una invención tuya —Cosimo posó su mirada en mí—, seremos nosotros quienes te declararemos la guerra. Y, Mauro —se giró hacia mi hermanastro—, espero que estés de nuestro lado.

Mauro mantuvo la mirada de Cosimo. Sabía que soportaba a ese imbécil tan poco como yo, pero era astuto. A pesar de no pertenecer a las familias de la mafia, había aprendido lo suficiente sobre sus normas para saber que, por una cuestión de honor, no podría negarse.

—Espero que sea todo un malentendido y encontremos al verdadero culpable sin necesidad de entrar en guerra entre nosotros.

—Por supuesto. —Cosimo tuvo el valor de asentir, pero ni siquiera se molestó en fingir entusiasmo. Lo hizo de manera mecánica, casi burlona.

—Ya os he dicho quién es el culpable —repetí, cerrando los puños, cabreado.

Cosimo ignoró mis palabras. Se levantó del sofá con tranquilidad.

—Si me disculpáis, tengo otros negocios que atender y debo irme.

Caminó hacia la puerta, y estuve a punto de abalanzarme sobre él y romperle el cuello con mis propias manos. Porque a la mierda mi imperio, a la mierda todo lo que había construido: lo echaría todo por la borda para matar a ese cabrón. Sin embargo, no lo hice. Porque ahora no solo era yo: ahora tenía a Audrey y a nuestro bebé. No podía dejarlos solos. No podía ponerlos en peligro.

Y por ellos, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa.

Cuando Cosimo se fue y estuve seguro de que estaba lo suficientemente lejos como para que Scott no se encontrase con él y tuviese la misma tentación que yo, le hice un gesto con la mano para que saliera del despacho. Necesitaba hablar con Mauro a solas.

Como siempre, mi segundo asintió, sin un atisbo de duda, sin cuestionar mis órdenes. Se dio media vuelta y abandonó el despacho, asegurándose de cerrar la puerta para que nadie nos molestase.

—Su padre no ha venido. Creo que es una estratagema para no dar la cara —le dije a Mauro cuando estuvimos solos.

Mauro se pasó una mano por la cara con cansancio. Y por primera vez, pude ver el peso de su cargo de Don reflejado en su rostro.

—Catalina, la hermana de Cosimo, se escapó cuando acababa de cumplir la mayoría de edad —me contó—. Ella no quería vivir en el mundo de la mafia. Murió unos meses después, en Texas, en un accidente de coche. —Hizo una pausa para darle un trago a su botella de agua. Y, a pesar de que trató de decirme aquello con su habitual fría indiferencia, pude notar un brillo en su mirada que no supe identificar. Era evidente que había una historia entre Catalina y Mauro, pero no le pregunté al respecto. Él no me lo diría y no era de mi incumbencia—. Demetrio se culpó de ello. No lo ha superado. Estoy seguro de que Cosimo no mentía.

—Aun así, estoy seguro de que están detrás.

—Encuentra pruebas convincentes o espera a que Cosimo haga esa investigación que nos ha prometido. Hasta entonces, mantente al margen.

—Lo demostraré —prometí.

No sabía cómo, pero pensaba encontrar la manera de probar la culpabilidad de los Romano. Me giré para marcharme, dando la conversación por terminada, pero Mauro me lo impidió con sus palabras.

—Si vas a quedártela, tienes que casarte con ella.

Me di la vuelta.

—No me rijo por vuestras normas y lo sabes muy bien.

—Tal vez no —estuvo de acuerdo Mauro—. Puede que tus hombres la respeten esté casada contigo o no. A fin de cuentas, te has juntado con hombres que no son de origen italiano. Pero tenemos negocios juntos —me recordó—. Si quieres que mi familia y las otras le den su lugar, tenéis que casaros. No tienes otra opción, Damiano.

—Chorradas —mascullé con furia—. Nadie le faltará el respeto si no quiere que le clave un cuchillo en el corazón.

—¿Y si el hijo que espera es un varón? —presionó Mauro—. ¿Quieres que sea considerado un bastardo?

—¿Cómo sabes…

—¿Que está embarazada? —terminó por mí, pasándose la lengua por los dientes—. Uno de mis hombres siguió todos sus movimientos

en Nueva York desde que se marchó de Chicago. Habló con la ginecóloga que la atendió allí.

Me acerqué hasta su mesa y golpeé el escritorio con fuerza, provocando que varias carpetas y bolígrafos cayeran al suelo con un ruido sordo.

—¡No tienes ningún derecho a meterte en mi vida!

Mauro no se inmutó ante mi arrebato; ni siquiera desvió la mirada de mí.

—Soy tu hermano mayor, claro que lo tengo.

—Hermanastro.

Y encima, apenas me llevaba un año.

—Llámalo como quieras —me concedió sin perder la compostura; él nunca la perdía—. He pasado por alto que tu novia es la mujer que intentó meterte en la cárcel y probablemente a mí contigo. —Él no estaba equivocado. Si Audrey hubiese logrado su propósito inicial, no habría caído yo solo—. También he pasado por alto que no me lo contases —añadió con un evidente tono de reproche—. Lo he hecho porque confío en que la tienes controlada. Cásate con ella y hazlo legal.

—Lo haré cuando así lo decida, no antes. —Y mucho menos porque él y sus putas normas me obligasen a hacerlo.

—Espero que sea lo antes posible. Pero, de mientras, tienes que dejarte ver más con ella. Tráela el sábado que viene a la fiesta que da el alcalde en su casa.

Mauro tenía tratos con el alcalde de Chicago. Es más, él no sería alcalde sin la ayuda de mi familia paterna y, evidentemente, esa ayuda no era gratis.

—Vete a la mierda, Mauro —dije, dándome la vuelta y dirigiéndome hacia la puerta.

—La fiesta es a las ocho —añadió cuando estaba a punto de girar el pomo. Y, pese a que no podía verlo, estaba seguro de que estaba sonriendo—. Te pasaré la dirección.

A pesar de que, como respuesta, cerré la puerta con un portazo que hizo que todo su despacho temblara, sabía que no me quedaría otra opción que acudir a esa fiesta. Porque, en el fondo, y aunque no pensaba reconocérselo, sabía que Mauro tenía razón.

Y una parte de mí, esa dominante y posesiva, estaba deseando pasearme por todo Chicago con Audrey a mi lado y que no hubiera una sola persona en la ciudad que no supiese que esa mujer era mía. Y que yo era suyo.

Capítulo 16

Damiano

Llevaba dos días sin pasar por casa y lo único que deseaba era una cama. Dormir unas horas antes de atender los asuntos urgentes que me esperaban esa noche. No sería mucho tiempo, pero necesitaba ese pequeño respiro.

Cuando llegué, el silencio habitual de la casa estaba roto por unas risas que venían del jardín. Fruncí el ceño, desconcertado, pero al acercarme a la cristalera que daba a la piscina, la escena me hizo sonreír, a pesar del agotamiento.

Audrey y Siena estaban en la piscina, subidas a un enorme flamenco hinchable de color rosa. Audrey intentaba mantener el equilibrio mientras Siena, sentada detrás, la empujaba suavemente para hacerla caer. Ambas se reían a carcajadas, ajenas a todo.

Abrí las puertas dobles que daban al jardín y me acerqué a la piscina justo a tiempo para ver cómo Audrey terminaba en el agua con un chapuzón. Sin perder un segundo, nadó hasta el flamenco y tiró del pie de Siena para arrastrarla con ella.

—¡No, Audrey, no! —gritaba mi hermana entre risas, pataleando para resistirse.

Pero de poco le sirvió, ya que Audrey la hizo caer al agua de un tirón, y ambas salieron a la superficie entre chapoteos. Las observé con una sonrisa inevitable mientras me acercaba hasta la piscina, quedándome a unos metros del respaldo.

—¿De dónde ha salido ese trasto? —pregunté, señalando al flamenco hinchable con la barbilla, provocando que ambas se giraran hacia mí.

—¡Damiano! —me saludó mi hermana, entusiasmada, chapoteando en el agua.

—Lo he comprado yo —respondió Audrey con orgullo mientras se subía de nuevo al flamenco—. Tranquilo, ha sido por Internet. En

una tienda que hace entregas en menos de dos horas. No hemos salido de casa.

—¡Pero yo lo he elegido, hermano! —me gritó Siena mientras nadaba hacia el flamenco.

Audrey se inclinó para ayudarla a subir.

—¿Y ninguna de las dos ha pensado en preguntarme si me parecía bien? —me quejé en un evidente tono de broma.

—¡No! —exclamaron las dos a la vez.

—Pues deberíais. A fin de cuentas, la piscina es mía.

Audrey me dedicó esa sonrisa desafiante que conseguía volverme loco cada vez. Estaba preciosa con un bikini negro de tiras finas que se anudaban a los costados, realzando su piel ligeramente bronceada. Su vientre seguía plano, aunque había una sutil redondez en sus caderas y sus pechos se notaban algo más llenos, como el primer y discreto aviso de lo que estaba por venir. No tenía ninguna duda de que el embarazo la iba a embellecer aún más.

—¿Y para qué la quieres, si no la usas? —replicó—. Nunca te he visto bañarte en ella.

—Eso es verdad —apuntó Siena.

—Ya veo que os habéis unido las dos contra mí.

—Ahora Audrey es de la familia —dijo mi hermana como única respuesta, con un encogimiento de hombros.

Audrey esbozó una sonrisa y le dio un beso en la mejilla. Ella no contradijo a mi hermana, sino que parecía feliz con sus palabras. ¿Estaba ella comenzando a aceptar por fin que ahora éramos una familia?

—Deberías meterte en la piscina, Damiano. No sabes lo que te pierdes —me provocó Audrey, salpicándome agua con el pie.

Siena la imitó, riendo igual de traviesa.

—Igual no sabes nadar —me dijo Siena.

Chasqueé la lengua.

—¿Cómo no voy a saber nadar, enana, si te enseñé a ti?

Siena se rió.

—Eso fue hace mucho. Igual se te ha olvidado.

—Yo creo que le da miedo —opinó Audrey.

Me crucé de brazos, fingiendo severidad.

—Sé lo que pretendéis, pero no lo vais a conseguir.

Audrey soltó una carcajada y empezó a hacer muecas, aleteando los brazos como una gallina.

—¡Damiano Mancini es una gallina! —canturreó, provocándome.

Siena no tardó en imitarla, siguiendo el juego encantada.

—¡Cococó! ¡Cococó!

Negué con la cabeza, suspirando exageradamente, y sin decir una palabra, me quité la chaqueta y los zapatos. Me desabroché la camisa despacio, bajo sus miradas divertidas, y la dejé caer junto a una de las tumbonas. Llevaba unos bóxers ajustados oscuros, lo suficientemente largos como para parecer un bañador.

—Os vais a arrepentir —advertí, pero ambas soltaron una carcajada.

Me lancé de cabeza al agua, provocando una ola que volcó al flamenco y las hizo caer a las dos con un par de chillidos ahogados. Salí a la superficie sacudiendo el pelo y, en cuanto las vi, nadé hacia Audrey y Siena, atrapándolas de las piernas y hundiéndolas otra vez.

Las risas llenaron el jardín mientras jugábamos, salpicándonos, forcejeando y dejando que, por unos minutos, el mundo se redujera a esa piscina, el agua tibia y las carcajadas. Olvidé a los Romano y cualquier problema que me rodease. Lo olvidé todo.

—Es hora de que salga del agua —dijo Audrey después de un rato—. Se me está empezando a arrugar la piel. —Apoyó sus brazos sobre el respaldo.

Siena nadó detrás de ella, colocándose a su lado.

—¿Podemos ver una película de dibujos? —le preguntó, esperanzada.

—Claro —sonrió mientras salía de la piscina—, pero primero tenemos que ducharnos.

Mi hermana miró a Audrey con una expresión seria mientras ladeaba la cabeza hacia un lado.

—Pero yo estoy limpia. Ya me he bañado.

Tuve que reprimir una carcajada. Salí de la piscina y después agarré las manos de Siena para ayudarla a hacer lo mismo.

—Haz caso a Audrey —le dije con una suavidad que tenía reservada para ella. Nunca se me habían dado demasiado bien los

niños, y nunca me había considerado apto para criar a uno, pero desde que Siena llegó a mi vida descubrí que podía ser mejor hermano mayor de lo que creía. O al menos, intentar hacerlo todo lo bien que podía—. ¿Tu niñera dónde está? —le pregunté, echando un vistazo a mi alrededor, sin verla por ninguna parte.

Cloe llevaba unos pocos meses trabajando en casa. No era la mejor niñera del mundo, de hecho, era bastante mediocre, una cría que prefería pasar el día al teléfono que cuidar a mi hermana. Pero tenía el beneplácito de Abigail y su padre venía de vez en cuando a mi pub, por lo que, si Cloe veía algo que no debía, se mantendría en silencio. No era fácil encontrar niñeras que no me fuesen a dar problemas.

—La señorita Matthew le dio el día libre. Me dijo que iba a cuidarme ella, pero se ha puesto enferma y Audrey me está cuidando —me explicó mi hermana.

Por lo general, Abigail cogía libres los sábados y domingos, pero algunas veces se quedaba en la mansión y se encargaba de mi hermana. No recordaba la vez que se hubiese tomado el día libre por estar enferma.

Para mí no es ninguna molestia —se apresuró a decir Audrey mientras se secaba con una toalla, como si no quisiese que ninguna de mis dos empleadas se metiera en problemas. Aunque lo único en lo que podía concentrarme era en las gotas de agua cayendo por su cuerpo—. Estoy encantada.

—Yo también estoy encantada de que me cuides —dijo mi hermana, pegando un pequeño salto—. ¡Eres la mejor niñera que he tenido nunca! —exclamó—. Hermano, ¿vienes a ver la película con nosotras? —me preguntó.

Exhalé un suspiro.

—Me encantaría, enana —pasé una mano por su cabello mojado, revolviéndoselo—, pero estoy agotado. Necesito con urgencia unas horas de sueño.

Siena hundió los hombros con una evidente decepción, aunque esbozó una pequeña sonrisa. Así era mi hermana, nunca se quejaba.

Audrey me miró.

—Te perdonamos si no pones ninguna pega porque a la tarde vayamos de compras.

Aquella propuesta hizo que el rostro de mi hermana se iluminara.

—Hermano, por favor, di que sí.

Quise negarme; especialmente en ese momento no era lo mejor que mi hermana y la madre de mi hijo estuviesen recorriendo Chicago libremente. Sin embargo, la forma en la que Audrey arrugó la nariz y la severidad en su mirada me recordó la conversación que habíamos mantenido días atrás.

A pesar de que todo lo que hacía era para protegerla, tenía que reconocer que esa tristeza innata en los ojos de mi hermana había ido aumentando con el paso de los últimos años. No podía limitar la vida de Siena a relacionarse con Abigail y mis empleados en mi casa. Ella necesitaba hacer planes de una niña de su edad, con unas medidas de seguridad a las que no iba a renunciar.

—De acuerdo —claudiqué—, pero dos de mis hombres os acompañarán.

Sentí que unos brazos que no eran los de mi hermana me rodeaban. Era la primera vez que Audrey me daba un abrazo. Y joder, se sentía tan bien entre mis brazos...

—Sé lo difícil que es para ti —me susurró al oído para que Siena no pudiera escucharnos—. Cuidaré muy bien de ella.

No tenía ninguna duda de ello. Sabía que Audrey cuidaría de mi hermana como si fuera la suya propia.

Tal vez estaba cometiendo un error, pero confiaba en ella.

Audrey y Siena se fueron a ducharse y a prepararse mientras yo recogía mi ropa desperdigada por el jardín. A pesar de que había un par de toallas sobre una de las hamacas, no me molesté en secarme. Colgué mi camisa y mis pantalones sobre mi hombro y entré en la casa.

Una de las empleadas del hogar, una chica joven que acababa de comenzar hacía un par de semanas, que estaba justo pasando por el pasillo, me miró, atónita. Se ruborizó y, murmurando unas disculpas tan rápido que apenas pude entenderlas, se metió en la cocina.

Qué exagerada. Ni que nunca hubiera visto a un hombre en calzoncillos.

—Señor Mancini —me saludó una voz femenina—. ¿No tiene traje de baño?

Abigail Matthew se encontraba frente a mí con los brazos en jarras y arrugando las cejas en evidente señal de reproche. Aunque no necesitaba mirarla para saber que se trataba de ella, ya que era la única persona que me trataba de usted, a pesar de haberle pedido decenas de veces que me llamase por mi nombre de pila.

—Para estar enferma, luces perfecta, Abi —comenté, señalándola con descaro.

Ella entrecerró los ojos detrás de sus gafas de pasta. Sabía que no le gustaba que utilizase un apodo con el que ella misma se había presentado años atrás, porque consideraba que en el ambiente laboral era inapropiado, pero, de la misma manera que ella pasaba de mí, yo lo hacía de ella.

La conocí cuando llevaba apenas un año fuera de prisión. Había pasado casi nueve años dentro, condenada por robo y prostitución. Había sido una adicta. Pero si algo me había enseñado la vida es que el valor de una persona no se mide por su pasado, sino por lo que hace con él.

Dentro de la cárcel, Abigail se desintoxicó, luchó por su dignidad y estudió la carrera de Educación a distancia. Soñaba con enseñar, con tener una vida normal. Pero ningún colegio quiso darle una oportunidad. Nadie quería a una exconvicta en sus aulas.

Para mí, sin embargo, fue la candidata perfecta para cuidar y educar a Siena. Y no me equivoqué. Nadie es más leal que aquellos a los que un día nadie quiso y tú decidiste tenderles la mano.

A pesar de que teníamos formas de pensar completamente diferentes, Abigail tenía mi confianza. No hubiera permitido que estuviese al cargo de Siena si no hubiera sido de otra manera.

—Audrey es buena para Siena. Es como la madre que no ha tenido —me respondió, sin negar mi acusación.

Abi había fingido estar enferma para que Audrey pasara tiempo con mi hermana. Ganarse la confianza y la aceptación de Abi no era algo sencillo, pero Audrey lo había conseguido en dos semanas.

¿Y de qué me sorprendía?

Audrey era perfecta para nosotros.

—Audrey es lo mejor que nos ha pasado a los dos en la vida —reconocí, y Abigail asintió, estando de acuerdo conmigo. Durante unos segundos, los dos nos quedamos en silencio cuando las risas de Audrey y Siena hicieron eco en el pasillo—. Ella está embarazada de mi hijo —solté repentinamente.

Era una información que casi nadie conocía, pero dentro de poco comenzaría a ser visible para todos aquellos que nos rodeaban. ¿Y qué narices? Estaba deseando compartirlo, estaba deseando que todos supiesen que iba a ser padre.

—Eso es... —Abigail tardó unos segundos en responder, como si estuviera pensando la palabra correcta que definiese sus pensamientos— inesperado —terminó—. Me alegro mucho por los dos, Damiano —me dijo, esbozando una sonrisa sincera. Era la primera vez en años que veía a Abigail sonreír.

—¿Tú llamándome por mi nombre de pila?

—Ocasiones así lo merecen. Pero no te acostumbres.

Me reí.

—Gracias, Abi.

No le pedí que no compartiera aquella noticia con nadie, porque sabía que Abigail me guardaría el secreto.

Subí las escaleras y me dirigí a mi habitación. En cuanto mi cabeza tocó la almohada, me quedé dormido. Y obtuve el mejor descanso que había tenido en años.

No había preocupaciones en mis sueños, ni recuerdos de los problemas en los negocios. Solo ella. La imagen de la sonrisa de Audrey, luminosa y genuina, llenando mis sueños y ahuyentando todo lo demás.

Capítulo 17

Audrey

Aquella noche iba a acompañar a Damiano a una fiesta que daba en su casa el alcalde de Chicago. No parecía especialmente cómodo con la idea; de hecho, se había estado quejando y murmurando palabrotas mientras me contaba la noticia. Sin embargo, a mí no me pareció tan mal plan.

Era el tipo de eventos a los que estaba acostumbrada. Puede que la última fiesta a la que había ido con él no terminara demasiado bien, pero entonces yo no tenía ni idea de en qué mundo me estaba metiendo. Ahora entendía un poco más cómo funcionaba todo aquello. Además, esta vez no se trataba de una fiesta en casa de mafiosos; era una fiesta oficial, con el alcalde como anfitrión.

¿Qué podía salir mal?

Me miré en el espejo de cuerpo entero que había en la habitación de invitados —mi habitación desde hacía semanas—. Aunque en los últimos días Damiano se había quedado a dormir conmigo casi todas las noches, o parte de ellas, ya que a veces venía de madrugada, seguíamos durmiendo en cuartos separados. Por ahora, estaba bien con eso.

Porque, aunque él se había referido a mí como su novia —y esa palabra me abrazaba con una calidez inesperada—, todavía seguía habiendo un muro invisible entre nosotros. No sabía de qué estaba hecho exactamente, y por eso tampoco tenía claro cómo derribarlo.

Necesitaba tiempo para averiguarlo, y Damiano me estaba dando mi espacio. Y eso era algo que le agradecía.

Aunque tenía varios vestidos de gala, la mayoría seguían en casa de mis padres, así que aproveché para comprarme uno nuevo y Siena estuvo encantada de acompañarme. Para lo pequeña que era, tenía un gusto excelente. Esta vez no fue Damiano quien eligió el vestido ni lo había visto todavía. Quería que fuese una sorpresa, algo que lo dejara sin palabras.

El vestido era de una firma italiana reconocida, de seda negra con destellos apenas perceptibles bajo la luz. Se ajustaba a mi figura como una segunda piel, con un escote sutil en la espalda y una abertura lateral que dejaba ver la pierna al caminar. Elegí un maquillaje elegante pero marcado: labios rojo oscuro, ojos ligeramente ahumados y un recogido relajado que dejaba caer algunos mechones sueltos.

Mi móvil vibró sobre la mesilla de noche. Me giré, extrañada, sorprendida cuando vi el nombre de mi madre aparecer en la pantalla. Por un instante dudé si contestar o no, pero lo cierto era que deseaba escuchar su voz.

A pesar de que estaba decepcionada con ella, seguía siendo mi madre.

—¿Dónde estás, Audrey? —preguntó en cuanto descolgué, antes siquiera de que pudiera saludarla.

—¿Ya habéis vuelto de las vacaciones? —indagué, evitando responder.

—Hace seis días. A tu padre le surgió un asunto en el bufete y tuvimos que adelantar el regreso.

Seis días. Y hasta ahora no había recibido ni una llamada suya. Ni un mensaje. Y lo más curioso era que, en cuanto llegaron a Nueva York, tuvieron que darse cuenta de que yo ya no estaba allí.

Pero les dio igual. No les importó en absoluto.

—Siento que vuestras vacaciones se hayan estropeado —dije, aunque no lo sentía en absoluto. La decepción me cerraba la garganta y no sabía qué otra cosa decir.

—Lo importante es el trabajo, Audrey. Las vacaciones son secundarias, ya lo sabes. —Sí, igual que preocuparse por su hija—. No me has dicho dónde estás —insistió.

—En Chicago, mamá.

Ella suspiró, como si lo hubiera estado temiendo.

—Me lo imaginaba —murmuró e hizo una breve pausa—. Supongo que mañana cogerás un vuelo de regreso.

—No. ¿Por qué haría eso?

—¿Cómo que por qué? —Mi madre parecía escandalizada—. El lunes empiezas las prácticas en el bufete de tu padre.

Cierto. Las dichosas prácticas de verano. Ni siquiera había vuelto a acordarme de ellas desde que llegué a Chicago.

—¿Por eso me has llamado, mamá? —pregunté, sintiendo un nudo apretarse en mi estómago—. ¿Es eso lo único que te importa? ¿Ni siquiera te has planteado por qué me fui sin decir nada, por qué desaparecí de la noche a la mañana?

Al otro lado de la línea, mi madre soltó un suspiro, pero este era diferente al otro, esa clase de suspiro suyo tan contenido y ensayado.

—Claro que me importa, cariño. Pero tienes veintiún años, eres mayor de edad. Supuse que necesitabas espacio, que querías tomarte un tiempo a solas. No quise molestarte.

—Pero no te ha importado molestarme para asegurarte de que cumplo mis obligaciones laborales, para confirmar que sigo dentro del molde, que no me salgo del camino que vosotros habéis trazado para mí —espeté, dejando que toda la rabia que llevaba semanas conteniéndose brotara de golpe. Yo no montaba numeritos, y mucho menos con mis padres, porque hacía años que había aprendido que no servía para nada, pero estaba furiosa. No, estaba dolida y decepcionada.

—Es el camino que tú elegiste, Audrey. Siempre has querido ser abogada —me recordó mi madre.

Y eso era cierto. Seguía queriéndolo. Solo que ahora quería hacerlo a mi manera, no a la suya. No a la de mi padre. Esa certeza me recorrió el cuerpo como una descarga liberadora.

—¿Y si te dijera que quiero quedarme a vivir en Chicago? Poner en pausa los estudios durante unos meses, aclarar mis ideas.

Al otro lado, mi madre dejó escapar un leve jadeo, una especie de grito ahogado.

—¡Diría que has perdido el norte! —exclamó. Era la primera vez que escuchaba a mi madre gritar; ella nunca alzaba la voz, nunca perdía las formas—. Audrey, tienes que volver a Nueva York, hacer las prácticas y terminar la carrera.

Nada de «te necesitamos», nada de «te echamos de menos». Ni un «te quiero». ¿Pero, a esas alturas, qué esperaba? Para mí, ella solo existía la hija perfecta, el reflejo impecable que podía lucir

delante de sus amigas y ser la envidia de todas las madres de su círculo.

Y yo ya no quería ser eso.

—Estoy embarazada, mamá. Y voy a tenerlo —solté; las palabras brotaron de mis labios antes incluso de poder registrarlas.

La línea se quedó en un silencio denso. No sabía exactamente qué esperaba que dijera mi madre… pero, desde luego, no lo que escuché a continuación.

—No es de Mason, ¿verdad?

—No.

Hubo otra pausa, como si estuviera haciendo cálculos.

—Bueno —dijo al fin, en ese tono frío y práctico que tan bien dominaba—, tenemos que ser realistas. Los dos os convenís, Audrey. Todos sabemos que tarde o temprano ibais a volver, casaros y formar una familia. Solo ha llegado un poco antes de lo esperado.

—Mamá… ¿tú me has escuchado? No es de él.

—A Mason no le va a importar hacerse cargo de tu hijo.

Y con aquello, llegué a mi límite. No me lo podía creer, no podía creer su frialdad y su poca empatía. Sentí que la sangre me hervía.

—Mi hijo ya tiene un padre —dije con orgullo—. Uno que lo quiere, que va a cuidarlo y protegerlo. Y no es Mason.

—Audrey, sé razonable —insistió mi madre, ignorando mis palabras. Ella no me estaba escuchando y no iba a hacerlo—. Sigues alterada por lo de Paola, has cometido muchas estupideces últimamente, pero ya es hora de que te centres. Regresa a Nueva York, habla con Mason. Juntos podéis arreglar esto…

No la dejé terminar. Corté la llamada sin pensarlo.

No podía seguir escuchándola. No es que se hubiera vuelto loca ahora. Siempre había sido así. Ella y mi padre. Los dos hechos del mismo material helado, incapaces de querer algo que no pudieran controlar. Y lo había aceptado, incluso lo había normalizado, pero ya estaba harta.

El teléfono volvió a sonar. No me sorprendió ver de nuevo el nombre de mi madre en la pantalla.

No era una despedida definitiva. No estaba cerrando esa puerta para siempre. Seguían siendo mi familia, lo serían siempre. Pero

ahora mismo necesitaba silencio. Paz. Un espacio solo mío para poder respirar sin que nadie decidiera por mí.

Por eso colgué la llamada sin responder.

Volví a mirar mi reflejo en el espejo y acaricié mi tripa, que aún no era visible, y sonreí. Porque puede que yo no fuese a ser la mejor madre del mundo, y seguramente cometería errores, pero mi hija o hijo siempre podría contar conmigo. Porque lo haría lo mejor que pudiese.

Lo haríamos. Damiano y yo, juntos.

El coche se detuvo frente a la mansión del alcalde, una imponente construcción de ladrillo claro, con columnas blancas y jardines perfectamente cuidados a ambos lados de la entrada principal. El brillo de las luces de las farolas se mezclaba con la iluminación cálida que salía desde el interior de la casa, creando un ambiente casi de postal.

El chófer se apresuró a abrirme la puerta, y al bajar, lo vi.

Damiano estaba esperándome junto a los escalones de la entrada. Iba impecable, de traje negro a medida y camisa blanca. Sin corbata, el primer botón desabrochado. Tenía las manos en los bolsillos y esa expresión suya tan suya, una mezcla de calma tensa y control absoluto.

Lo cierto es que me había desilusionado un poco cuando vi que no era él quien venía a recogerme, pero en el momento en que nuestras miradas se cruzaron y vi su expresión al verme, supe que había valido la pena.

Durante un instante, su mirada recorrió mi cuerpo, deteniéndose un segundo más de lo debido en el vestido. Fue sutil, pero lo suficiente para sentir ese calor conocido en la boca del estómago. La atracción estaba ahí, intacta, y por la forma en que se le tensó la mandíbula, supe que le había gustado más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Se acercó y me tendió la mano.

—Estás preciosa —murmuró, inclinándose apenas hacia mí—. Y no te imaginas las ganas que tengo de quitarte ese vestido.

Sentí que se me aflojaban las piernas, pero me obligué a sonreír y a mantener la cabeza alta. Coloqué mi mano sobre la suya y dejé que me ayudara a bajar por completo del coche, notando cómo sus dedos se cerraban con firmeza alrededor de los míos, como si no quisiera soltarme.

—Me alegro de que lo apruebes —dije, alzando una ceja.

—No he dicho que lo apruebe —respondió, inclinándose apenas hacia mí—. Es probable que tenga que matar a la mitad de los hombres de la fiesta por mirarte de esa forma.

Puse los ojos en blanco, pero no pude evitar sonreír.

—Lo peor es que no estoy segura de que bromees.

—Eso es porque no bromeo —me aseguró sin apartar la mirada de la mía.

Durante un instante se hizo un silencio extraño entre los dos. De esos que no incomodan, sino que cargan el aire de algo denso y eléctrico. Sentí cómo su pulgar rozaba el dorso de mi mano antes de que, finalmente, me soltara para ofrecerme su brazo.

—Vamos, gattina —dijo—. Quiero presumir de novia.

Como siempre que decía aquella palabra, mi corazón se rendía a él. Sonreí de lado, enganchando mi brazo al suyo. Nos dirigimos hacia los escalones que llevaban hacia la puerta de entrada.

—Nunca he aceptado ser tu novia.

—Puede que no, pero aun así lo eres. Y pronto serás mi mujer.

Me paré en medio de los escalones, obligándole a detenerse también.

—¿Te estás declarando?

Él me miró. Estiró el brazo que yo no sujetaba y me acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—No, *gattina*. No soy de esos hombres que hincan rodilla y esperan esperanzados un sí como respuesta.

—¿Y qué tipo de hombre eres?

—De los que, cuando quieren algo, luchan por ello y no permiten que nada ni nadie se lo quite. —Y sin añadir nada más, me tendió de nuevo el brazo, esperándome con una leve sonrisa torcida.

Puse los ojos en blanco, pero no respondí. No lo hice porque sabía que no merecía la pena iniciar una discusión que no tendría fin

sobre algo que no iba a pasar. Aunque… en cierta manera, la idea de casarme con Damiano no sonaba tan mal como debería.

Damiano se convertiría en mi marido. Él llevaría nuestro anillo de casados. Oficialmente, yo sería suya y él sería mío. Había algo en eso que me producía una satisfacción posesiva en la que prefería no pensar.

Me concentré en el presente. Cruzamos la puerta principal y una empleada uniformada se acercó con una leve inclinación, guiándonos a través de un vestíbulo iluminado por lámparas de araña hasta un gran salón decorado para la ocasión. El ambiente dentro era exactamente lo que había imaginado: hombres de traje impecable y mujeres envueltas en vestidos de alta costura, sosteniendo copas de champán y sonrisas perfectamente ensayadas. Las conversaciones se mezclaban con el suave sonido de un cuarteto de cuerda que tocaba en una esquina.

Se notaba que aquel era más mi ambiente que el de Damiano. Aun así, él se movía con soltura. Mauro nos interceptó cuando Damiano me llevaba hacia la barra.

—Es un placer volver a verte, Audrey —me dijo, estirando la mano.

Se la estreché.

—En realidad no nos han presentado. Las veces que nos hemos visto no ha sido en mi mejor momento —reconocí, provocando que él esbozase algo parecido a una sonrisa, aunque realmente fue una mueca extraña.

—Centrémonos en este momento —dijo Mauro—. Si me disculpas, Audrey, tengo que robarte a tu hombre unos minutos.

Vi cómo Damiano se tensaba al instante. Abrió la boca, seguramente para negarse, pero le detuve antes de que dijera nada.

—Claro —intervine con una sonrisa tranquila—. Aprovecharé para pedir algo en la barra.

Damiano parecía debatirse un segundo, pero la expresión de Mauro no admitía réplica. Entonces, Damiano se inclinó hacia mí y, cuando yo esperaba un beso ligero en la mejilla, sus labios atraparon los míos en un beso firme, seguro, que dejaba claro a todos los que no viesen que estaba con él, que era suya.

Cuando nos separamos, susurró:

—No tardo.

Y después se alejó con Mauro, aunque antes de girarse del todo, sus dedos rozaron fugazmente mi muñeca, como si necesitara asegurarse de que seguía allí.

Me tomé un *French 75*, fresco y con un toque cítrico, mientras me dirigía a uno de los rincones más discretos del amplio salón de la casa del alcalde. El espacio estaba elegantemente decorado, con sofás de terciopelo oscuro dispuestos en pequeños grupos separados por columnas y grandes jarrones con flores frescas, creando zonas íntimas donde conversar sin ser vistos.

Desde allí, observé a los anfitriones. Él era fácil de identificar, pues su rostro me resultaba familiar por las portadas de periódicos y los noticieros. Ella, en cambio, destacaba por completo; la mujer que acaparaba todas las miradas con su vestido de seda color marfil y esa actitud segura que dominaba la sala sin esfuerzo.

—Mucho glamour, mucho gasto en camareros y en decoración, pero los canapés muy justitos —se quejó una voz masculina.

Levanté la vista para ver a Gastone, que llevaba un traje de dos piezas color azul, que combinaba con su corbata. Se sentó a mi lado y me ofreció un canapé de salmón. Le di un mordisco e hice una mueca.

—En algo tenían que ahorrar.

Porque Gastone tenía razón; de hecho, había sido bastante generoso con su opinión. No se podía comer. Envolví el resto en la servilleta que acompañaba al canapé y lo dejé encima de la pequeña mesa redonda al lado del sofá.

Gastone soltó una carcajada baja.

—Al menos no eres de las que finge, eso me gusta. —Miré a mi alrededor en busca de su hermana, pero no la vi—. Glenda no ha venido —dijo al darse cuenta de lo que estaba haciendo—. Está enfadada con la mujer del alcalde por no contar con su servicio de catering para la fiesta.

—¿Tiene un servicio de catering? —pregunté, sorprendida.

—El mejor de la ciudad, en realidad —apuntó, y pude ver cierto orgullo en sus ojos oscuros—. Sé que parece extraño, pero Glenda es una trabajadora incansable.

—Y aun así saca tiempo para ser… —empecé a decir.

—Una arpía —terminó Gastone por mí—. En realidad, solo es una fachada que se pone para sobrevivir. Es buena gente, solo tienes que conocerla un poco más.

Resoplé.

—Creo que voy a pasar.

—Bueno, tenía que intentarlo. —Gastone soltó una carcajada despreocupada—. Ahora eres parte de la familia, y la familia tiene que llevarse bien. —Fue a decirme algo más, pero su atención se centró en un punto detrás de mí. A pesar de que su sonrisa encantadora seguía ahí, pude ver cómo la comisura de su labio inferior temblaba levemente y sus hombros se tensaron ligeramente. Eran detalles apenas imperceptibles, pero que, si te fijabas bien, podías ver—. Damiano —lo saludó—, ¿qué tal estás? Es genial verte por aquí.

Pero Damiano ni siquiera miró a su hermano, sino que se colocó a mi lado, ofreciéndome su brazo.

—Vamos, Audrey.

Damiano era un maleducado.

—¿Se te ha olvidado cómo saludar y cómo pedir las cosas? —espeté sin moverme, alzando una ceja.

Gastone se mordió el labio inferior para contener la risa, mientras Damiano entrecerraba los ojos.

—En realidad, ya me voy —anunció Gastone, levantándose—. Si Glenda se entera de que he venido después del feo que le han hecho, me mata.

—Entonces será mejor que te largues —bufó Damiano.

Gastone apretó levemente los dientes ante la respuesta de Damiano, pero no se enfrentó a él.

—Espero verte pronto de nuevo, Audrey —se despidió de mí con una sonrisa, para luego alejarse de nosotros.

Miré a Damiano, sin entender su comportamiento. Para un hermano que parecía normal...

—Ser un poco amable no iba a matarte, ¿sabes?

Damiano me sonrió con suficiencia.

—Prefiero no arriesgarme.

Cuando se lo proponía, podía llegar a ser un auténtico imbécil.

Damiano me estiró la mano y yo la acepté, levantándome del asiento. Comenzó a guiarme entre los invitados, sorteando conversaciones y copas, hasta llegar a la pista de baile.

¿Él quería que bailáramos?

—No sabía que te gustaba bailar —dije, sorprendida.

—No me gusta —respondió con una media sonrisa—, pero es la única forma de poder tocarte sin que nadie lo note.

En ese momento sonaba una canción lenta, y a nuestro alrededor, otras parejas se mecían al compás, muy cerca unas de otras.

—¿No puedes estar unas horas sin tocarme? —bromeé, cruzando la mirada con él.

Sus manos se posaron en mi cintura, firmes pero suaves, reclamando su sitio. Las mías descansaron sobre sus hombros, y al sentir su cuerpo tan cerca, el pulso se me disparó. Comenzamos a movernos al ritmo pausado de la música, deslizándonos entre las sombras y las luces cálidas del salón.

—Ni un solo segundo, *gattina* —murmuró, con esa voz grave que se me colaba bajo la piel.

Sus dedos trazaron círculos lentos en mi espalda, provocándome un escalofrío que intenté disimular con una sonrisa. Buscando terreno seguro en público, cambié de tema:

—¿Conoces al alcalde y a su mujer?

—A su mujer, de lejos. Y hoy Mauro me ha presentado al alcalde —respondió, girándonos con destreza entre las parejas.

—¿Son amigos? —quise saber.

—Socios.

No necesitaba saber más. El alcalde tenía vínculos con la mafia. No me sorprendía, porque la política y el crimen organizado llevaban

bailando juntos desde siempre. Y me di cuenta, una vez más, de que el mundo del que venía no era tan diferente del que habitaba ahora.

—¿Te lo estás pasando bien? —le pregunté, dejando que el ambiente relajara un poco la tensión.

—Ahora sí, *gattina* —susurró, apoyando su frente contra la mía mientras seguíamos moviéndonos—. Pero este tipo de eventos no es lo mío.

—¿Y por qué vienes entonces?

—Porque son parte de los negocios. Lo evito todo lo que puedo, pero algunos son inevitables.

—¿Lo tuyo es más el sótano del *pub*, verdad?

—Exacto. Las peleas, la brutalidad sin filtro… eso sí que lo entiendo. Pero estos lugares donde todo el mundo finge, sonríe aunque se odien y se lanzan puñaladas bajo la mesa no me van.

—Eso es lo mío —dije, y él se detuvo un segundo para mirarme —. Dices que acudir a estos eventos es necesario para ti, pero no te gusta. Somos una pareja y vamos a tener un bebé —susurré, ya que era una noticia que aún no era pública—. A los eventos a los que no sea necesario que tú vayas, puedo ir sola, en nombre de los dos —me ofrecí—. Como un equipo.

Damiano volvió a movernos alrededor de la pista y se mantuvo en silencio varios segundos.

—Un equipo —repitió en voz baja, casi reflexiva, con una expresión que no supe interpretar.

—Aquí no corro peligro —insistí—. Estas fiestas son mi terreno. Me he movido toda la vida entre este tipo de gente.

Y era cierto. Mientras él había estado desaparecido antes de venir a buscarme, yo me había movido entre desconocidos, manteniendo conversaciones insulsas y triviales que, aunque aburridas, había sabido manejar a la perfección. Me había criado en ese ambiente, acostumbrada a sonreír, asentir y decir justo lo necesario. Aquellos eventos, que antes me resultaban insoportables, ahora tenían otro sentido: podía ser útil, representar a Damiano, aportar algo real. Y, de algún modo, eso los volvía más llevaderos; incluso interesantes.

—No es mala idea —dijo, sorprendiéndome—. Hoy te estás desenvolviendo perfectamente, todo el mundo habla de lo educada y agradable que eres.

—¿Ah, sí?

—Sí, y también de tu belleza. —Puse los ojos en blanco—. Pero en la fiesta de mi hermano tuviste algún que otro problema —me recordó con una sonrisa burlona.

—Porque me topé con tu hermanastra y sus amigas —resoplé—. No estoy acostumbrada a ese tipo de hostilidad y chavacanería. En mi mundo es todo más como hoy. Puñaladas que se aceptan con una sonrisa y se devuelven con la misma hipocresía. —Sabía jugar bien ese juego—. Pero, tengo que decir, que no me desenvolví tan mal. —Bastante bien lo había hecho, teniendo en cuenta lo insoportable que era Glenda—. Y soy más que capaz de patear el culo de una chavacana que va de pija si hiciese falta.

Damiano esbozó su sonrisa torcida.

—*Gattina*, me estás poniendo muy cachondo. Y tengo que ir con Mauro, que va a presentarme a un futuro socio.

Esbocé una sonrisa pícara.

—Bueno, guarda toda esa pasión para más tarde, cuando lleguemos a casa.

Damiano lanzó un resoplido bajo.

—Me parece que no voy a poder aguantar tanto.

Capítulo 18

Audrey

—Audrey, no nos han presentado, soy Dana Wylson.

Justo cuando intentaba escabullirme hacia el baño, me topé de frente con la mujer del alcalde. Durante la última hora, había estado charlando con varias de las invitadas, cumpliendo con mi papel, pero hasta ese momento no había coincidido con ella.

—Encantada —le saludé, apretando la mano que me ofrecía.

—Llevo toda la noche escuchando hablar de ti, pero no encontraba el momento de saludarte.

Sabía reconocer una crítica disfrazada cuando la oía. Aquello no era otra cosa que una forma educada de reprochar que no me había acercado antes a saludarla. La realidad era que había evitado hacerlo a propósito. En entornos como aquel, lo más inteligente no era parecer ansiosa por encajar, sino mostrar una elegante indiferencia. Funcionaba siempre.

—Gracias por invitarnos a Damiano y a mí a casa. Es preciosa —lo cierto es que había visto poco más que esa sala, pero ella sonrió encantada—. La fiesta está siendo una delicia. Y la bebida y los canapés, deliciosos. Sobre todo el de salmón.

Noté cómo una mujer que estaba hablando con otra y nos miraba de reojo disimulaba una risa ante mi mentira piadosa.

—No paran de felicitarme por los canapés, en especial el de salmón —dijo, y no me extrañó.

Aunque una de las conversaciones de los corrillos era lo malos que eran los canapés, y en especial ese, no dudaba que a la cara le hubiesen dicho lo contrario, tal y como yo acababa de hacer.

Conversamos un poco más, intercambiando las cortesías habituales, hasta que otra mujer se acercó a felicitarla por la fiesta. Aproveché ese instante para despedirme con una sonrisa educada. La verdad, necesitaba ir al baño con urgencia. Pero antes de salir del salón, eché un vistazo rápido, buscando a Damiano entre los grupos

de invitados, pero no lo vi por ningún lado. No era raro, ya que no lo había visto desde que habíamos bailado.

Salí del salón, sorteando a las invitadas que querían iniciar una conversación. Por suerte, no me costó encontrar un baño: justo al doblar la esquina, una mujer salió ajustándose el vestido, y aproveché para entrar.

El interior era amplio, con mármol blanco, grandes espejos y un leve perfume floral en el ambiente. Hice lo que tenía que hacer y, después, me acerqué al lavabo. Me lavé las manos, me retoqué los labios y arreglé un mechón rebelde que se había soltado de mi recogido. Me observé unos segundos en el espejo: estaba perfecta.

Cuando fui a salir, la puerta se abrió de golpe y una chica entró apresurada. Tardé un segundo en reconocerla, pero cuando lo hice, el corazón me dio un pequeño vuelco, y no solo porque se me había olvidado cerrar con el pestillo.

—Melissa —susurré, sorprendida.

Era la nueva camarera del pub. Si esperaba verla en algún lugar, no era allí.

Ella me miró y, entonces, me di cuenta de que algo no iba bien. Tenía los ojos enrojecidos, con grandes surcos de maquillaje negro debajo de ellos, y podía ver la marca de un feo moratón en su pómulo derecho.

Su atención se fijó en mí y se quedó petrificada al verme.

—Audrey. —Mi nombre salió en un sollozo ahogado de sus labios.

Me acerqué a la puerta y la cerré; esta vez, con pestillo, asegurándome de que nadie nos interrumpiría.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté con preocupación.

Ella tragó saliva con dificultad y, sin poder contenerlo más, rompió a llorar. Sus hombros temblaban mientras intentaba cubrirse el rostro con las manos, pero sus sollozos eran tan desgarrados que me helaron la sangre.

Me acerqué despacio y la rodeé con los brazos.

—Eh, tranquila… Melissa, respira —susurré con suavidad, sujetándola con cuidado mientras la sentía temblar.

Tardó unos segundos en poder hablar.

—Lo he matado, Audrey. Lo he matado.

—¿Cómo que has matado a alguien? —pregunté con confusión, separándome un poco de ella—. No entiendo, Melissa.

—Yo… yo —balbuceó, haciendo una pausa—. Estoy aquí como acompañante de un invitado. —Por la manera en la que pronunció la palabra *acompañante*, podía hacerme una idea de cuál era su papel allí, pero no la interrumpí—. Se suponía que me iba a pagar solo por acompañarlo, nada más. —Hizo otra pausa—. No debí subir a la planta de arriba con él, pero yo… —Tragó saliva con fuerza—. Me ha metido en una habitación y ha intentado forzarme. Yo no quería, no de esa manera. Pero él no dejaba de gritarme y amenazarme con arruinarme la vida si no me acostaba con él. Como no he cedido ante sus métodos, me ha pegado tan fuerte que me ha tirado al suelo. —Señaló su moratón—. Estaba tan asustada, Audrey... Pensé que me violaría, yo... —Se quedó en silencio y yo apreté su hombro con suavidad, animándola a que siguiera—. No sabía qué hacer. He visto un jarrón en una de las mesas, y ni siquiera lo he pensado. Me he levantado como he podido del suelo y lo he cogido, rompiéndolo en su cabeza cuando él se estaba quitando el pantalón. —Melissa se estremeció al recordarlo—. Yo tan solo quería irme, no quería hacerle daño.

—Quizá no lo has matado, quizá tan solo esté inconsciente. —Sin embargo, no sentía ningún tipo de lástima por aquel hombre. Ese violador se merecía morir.

Melissa negó con la cabeza.

—Está muerto, Audrey. Estoy segura, no respiraba.

—No te preocupes, Melissa. Todo va a estar bien. Ha sido en defensa propia. —La pobre chica tan solo se estaba defendiendo—. Voy a buscar a Damiano, él sabrá qué hacer. —Fui hacia la puerta, pero no pude dar ni un solo paso.

—¡No! —exclamó con desesperación, sujetándome del brazo con fuerza—. No van a creerme. Nadie lo hará. Solo soy una prostituta, Audrey. Van a decir que lo maté para robarle. Me van a meter en la cárcel.

—Melissa… —intenté calmarla—. Tienes que tranquilizarte.

Ella negó, sollozando de nuevo.

—Tú no lo entiendes… no tengo dinero, no tengo a nadie… a nadie. No voy a salir de esta; estoy perdida.

Y entonces, no pude evitar acordarme de Paola. Ella también había sido una pobre chica indefensa que se había visto obligada a adentrarse en un mundo que la había terminado consumiendo, haciendo cosas que no quería por necesidad y terminando cayendo en manos de un policía corrupto con ansias de poder que la había asesinado.

No permitiría que a Melissa le pasara lo mismo. No había estado allí para Paola, pero lo estaría para Melissa.

—No, no lo estás —le dije con decisión, agarrando sus manos con las mías. Traté de mantener la calma y pensar con frialdad—. ¿Alguien de la fiesta te conocía? ¿Te has cruzado con alguien que pudiera identificarte?

—Acabábamos de llegar —respondió, con su voz rota por el llanto —. No he hablado con nadie. Nadie sabe quién soy.

Bien. Al menos teníamos un punto a nuestro favor.

—Escucha —dije, mirándola a los ojos—, vete de aquí. Sal del salón sin mirar a nadie, con paso firme, tranquila. Camina unas calles y toma un taxi. Nadie tiene por qué saber que has estado aquí.

Era un plan horrible, pero nos haría ganar tiempo.

Melissa asintió, con lágrimas aún en los ojos, pero entonces bajó la mirada hacia su brazo y palideció.

—Mi bolso… —susurró con horror—. Me lo he dejado en la habitación. Está mi cartera, mi documentación. Dios… ¿qué hago, Audrey? ¿Qué hago?

Cerré los ojos un segundo y respiré hondo.

—¿En qué habitación estabais?

—En la planta de arriba, segunda puerta a la derecha —contestó con rapidez y la voz temblorosa—. No puedo volver allí arriba, Audrey. Si alguien me ve, estoy perdida. No puedo arriesgarme.

—No te preocupes, Melissa —apreté un poco más sus manos—. Yo iré a por él.

Los ojos de Melissa brillaron con una emoción que no supe reconocer.

—Pero si alguien te ve…

—Estaré bien —la interrumpí—. Voy a coger ese bolso y llevármelo. Y luego te lo devolveré.

Melissa tragó saliva y asintió. Se le veía aterrada, pero por primera vez había un destello de esperanza en su mirada.

—Gracias… —murmuró con voz débil.

Le di un apretón en el brazo.

—Tú sal de aquí. Nadie se va a enterar.

Vi cómo respiraba hondo y se alisaba el vestido, intentando recomponerse. Cuando abrió la puerta del baño, echó un último vistazo rápido al pasillo y desapareció.

Me quedé sola, con el corazón bombeando fuerte en los oídos. Iba a colarme en esa habitación, con un cadáver dentro, en casa del alcalde, en mitad de una fiesta llena de políticos corruptos y mafiosos.

Perfecto.

Respiré hondo varias veces, obligándome a calmarme. Lo primero era lo primero: sacar ese maldito bolso y desaparecer antes de que alguien me viera. No debería ser tan difícil, ¿no?

Y una mierda.

Genial, encima se me estaba pegando el mal vocabulario de Damiano.

Giré el picaporte y salí del baño, tratando de parecer completamente inocente y una invitada más de la fiesta; para nada sospechosa. Aunque, ¿quién iba a sospechar de mí si nadie sabía que ese hombre había muerto?

Miré a un lado y al otro del pasillo, comprobando que no había nadie. Subí las escaleras que llevaban al primer piso, procurando no hacer ruido, conteniendo el aliento en cada peldaño.

Segunda puerta a la derecha. Prácticamente corrí por el pasillo, deseando que aquello terminase lo antes posible. Durante unos pocos segundos observé la puerta que se encontraba frente a mí, sin moverme. No sabía si estaba preparada para lo que iba a ver; no, no lo estaba. La imagen de Melissa completamente destrozada se materializó en mi cabeza, como un impulso para seguir hacia

adelante. Mi mano izquierda se movió hasta el collar de arcoíris que siempre llevaba puesto.

Paola, allá donde esté, querría que ayudase a Melissa. Ella lo hubiera hecho sin dudarlo. Aquel fue el impulso que necesitaba. Con una inspiración profunda y mi mano izquierda temblorosa, giré el pomo de la puerta.

La puerta se abrió con un leve chirrido. La habitación estaba en penumbra, solamente iluminada por una luz débil. Cerré la puerta tras de mí con cuidado, adentrándome en ella, para descubrir que no era un dormitorio, sino un despacho.

Observé la mesa de roble que presidía el lugar, y una lámpara de escritorio arrojaba una luz amarillenta sobre montones de papeles desordenados. En el suelo había documentos tirados y, sobre la mesa, un portátil abierto con la pantalla encendida.

Y ni rastro de un cadáver.

Mi pecho se contrajo. ¿Tal vez me había equivocado de puerta? Aunque había algo mal en ese lugar, como si hubiera sucedido algo. Volví a pasar mi mirada por los documentos repartidos por toda la estancia, como si alguien hubiera estado rebuscando donde no debía y los hubiera lanzado. También me fijé en la butaca que se encontraba detrás del escritorio, que se encontraba levemente inclinada, casi a punto de caerse al suelo.

Parecía como si alguien hubiera entrado a robar. Con un mal presentimiento, avancé con cautela, mis tacones hundiéndose en una alfombra gruesa. Cuando me aproximé al escritorio, la pantalla del ordenador llamó mi atención. Mostraba una ventana emergente que parpadeaba.

Leí el texto: «Alerta de acceso fallido. Intento de inicio de sesión no autorizado. Acceso denegado tras tres intentos fallidos».

Fruncí el ceño. ¿Qué demonios? Volví a mirar a mi alrededor. No había ni cadáver ni tampoco estaba el bolso de Melissa por ninguna parte. ¿Qué estaba pasando? Antes de que pudiera intentar llegar a una conclusión, la puerta se abrió, provocando que mi corazón dejase de latir.

—Vaya, parece que es peor de lo que pensaba. —Un chico, que tan solo debía ser unos pocos años mayor que yo, se apoyaba sobre

el pomo, pasando la mirada por la estancia con aire casi divertido. Al igual que todos los invitados, iba vestido de traje, pero no recordaba haberlo visto antes.

—¿Quién eres?

El chico centró su atención en mí y sonrió.

—Tu salvador.

—¿Qué?

—Los de seguridad están a punto de subir las escaleras —respondió, consiguiendo que saliera un poco de mi aturdimiento—. Si no quieres que te detengan por intento de robo, sígueme. —Sin esperar una respuesta, me hizo un gesto con su mano y se dio la vuelta.

Sin dudarlo, caminé hacia él. No lo conocía de nada, y ni siquiera entendía lo que estaba pasando, pero ese mal presentimiento que había tenido al entrar en el despacho iba aumentando cada vez más. Salí del despacho, pegada a él. Se movía rápido, como si conociera la casa al dedillo. Me hizo una seña para que guardara silencio y lo seguí por un pasillo estrecho, alfombrado y con escasa iluminación.

Justo cuando nos ocultamos tras una esquina, dos hombres de seguridad doblaron la esquina al fondo y pasaron junto a nosotros en dirección al despacho. Eran altos, de traje negro y pinganillo en la oreja. Uno de ellos llevaba la mano en la funda del arma, tal y como ese chico me había advertido.

Este esperó en completo silencio a que se metieran en la habitación. Apenas respirábamos, y yo tenía miedo incluso de parpadear. Cuando desaparecieron de nuestra vista, me agarró suavemente del brazo.

—Ven —susurró.

Me guio a través de un pequeño recibidor lateral, donde había una puerta entreabierta. Detrás se escondía una angosta escalera de servicio, mal iluminada, probablemente usada por el personal. Bajamos con cuidado; los escalones crujían bajo nuestros pies, pero el ruido de la fiesta en la planta baja cubría cualquier sonido menor.

En apenas un minuto, llegamos a una puerta trasera. Antes de abrir, el chico se asomó, comprobando que no hubiera nadie. Soltó una carcajada breve, sin rastro de humor.

—Ya puedes respirar.

Empujó la puerta y salimos a un pequeño patio trasero, iluminado solo por una farola. Desde allí, se podía bordear la casa hasta volver a la entrada principal sin pasar por el salón ni por los pasillos.

—En serio, ¿quién eres? —le pregunté, recuperando el aliento.

El chico me miró, pero no fue él quien respondió.

—Alguien que está a punto de morir.

Capítulo 19

Damiano

—Damiano —me saludó Cosimo, sin tan siquiera parecer preocupado por mi amenaza—. ¿Mauro y el alcalde se han ido?

Habíamos estado en ese patio tratando unos temas de negocios. Uno de los empleados de seguridad del alcalde lo había llamado y Mauro había ido con él. Yo me había quedado allí un poco más antes de regresar a la fiesta para ir en busca de Audrey. Pero fíjate tú, ella había aparecido allí, y con Cosimo, ni más ni menos.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirí frunciendo el ceño, porque aquello no me gustaba nada.

Audrey me dio una mirada confundida.

—Ojalá lo supiera.

—¿Qué cojones haces con mi chica? —espeté, dirigiéndome hacia Cosimo.

—Salvándoos a los dos —respondió, encogiéndose de hombros con esa despreocupación mezclada con ese aire burlón que tan de los nervios me ponía. No soportaba a ese gilipollas—. De nada, por cierto. —Me guiñó un ojo.

Ya estaba bien de tanta chorrada. No aguantaba a ese gilipollas. En un arrebato, saqué la pistola escondida en la cinturilla de mi pantalón y lo apunté con el cañón.

Audrey emitió una especie de grito.

—¡¿Damiano, qué haces?!

—¡¿Qué que hago?! —repetí con un bufido—. Te escabulles con este cabrón, ¿y preguntas qué hago yo? —Ni siquiera ninguno de los dos se había dignado a darme una explicación de lo que estaba pasando.

Audrey se cruzó de brazos, enfadada.

—Yo no me he escabullido con nadie.

Encima, se cabreaba ella.

—¿Qué cojones, ahora estoy ciego?

Audrey dio un paso hacia mí.

—Pues al parecer, sí —respondió, desafiante—. Ciego y sordo.

—Igual se me agudiza el oído si me das una puta explicación de lo que está pasando.

—¿Cómo te voy a dar una explicación de algo que no sé?

—Parejita —Cosimo chasqueó los dedos—, si habéis terminado, hay algo importante que me gustaría deciros.

Tanto Audrey como yo nos giramos hacia él, y por primera vez, nos pusimos de acuerdo para gritar:

—¡Cállate!

Cosimo silbó, falsamente impresionado.

—Vaya, sincronizados y todo. Al final vais a tener futuro y todo. Damiano Mancini con pareja estable, quién lo diría.

Resoplé, con cada vez menos paciencia. Me giré hacia Cosimo y lo apunté de nuevo con la pistola.

—Dime, ¿qué cojones me impide pegarte un tiro?

Cosimo ni siquiera se defendió. No sacó su pistola a pesar de saber que llevaba una. O estaba muy seguro de que no podía dispararle, o estaba tan desquiciado como para arriesgarse a que lo hiciera. Tal vez, ambas cosas.

—Que he salvado a tu mujer de que los guardias de seguridad del alcalde la pillasen mientras intentaba entrar en su ordenador —contestó.

Mis dedos se quedaron congelados alrededor de la pistola. ¿Audrey estaba intentando robarle al alcalde? ¿Por qué haría algo así? Miré hacia Audrey, una parte de mí esperando que me dijera que Cosimo se acababa de inventar una mentira, pero otra estaba convencida de que decía la verdad.

—Yo no he intentado entrar en ningún ordenador —dijo, negando con la cabeza—. Estaba así cuando llegué al despacho.

—Lo sé —Cosimo le dio la razón—. Te he visto subir las escaleras y un segundo después he escuchado a los guardias. No te hubiera dado tiempo a forzar la puerta del despacho y menos aún a entrar en el ordenador y organizar el desastre que había allí. Alguien te ha tendido una trampa.

—¿Una trampa? —repitió Audrey, confundida.

—Probablemente, alguien que quiere destruir a tu hombre —Cosimo dejó de mirarla a ella para centrar su atención en mí—. Si la pillaban, iban a pensar que tú la mandaste. También que es una *hacker* un poco chapuzas y que tú tienes muy pocos recursos para enviarla —añadió, chasqueando la lengua—. Pero, aún así, sospecharían de ti.

Y entonces, ese sería mi fin y el de mis hombres. Porque tanto en el mundo de mi hermano como en el mío, la traición se pagaba con la muerte.

—¿Y cómo sé que no has sido tú? —le pregunté a Cosimo—. Estás deseando joderme.

—¿Tal vez porque la he sacado de allí para que nadie la pillase? —respondió él, como si su inocencia fuera obvia—. No le hubiera salvado el culo.

Durante unos instantes, reflexioné en sus palabras. Aunque me jodiese reconocerlo, Cosimo tenía razón. No tenía ningún sentido que hubiera estado detrás de una trampa de la que él mismo nos había salvado. Aún así, no me fiaba de ese cabrón; estaba convencido de que estaba tramando algo. Sin embargo, como de momento no tenía ninguna prueba, bajé la pistola y la guardé en mi pistolera. Después, me acerqué a Audrey y le rodeé la cintura con mi brazo, acercándola a mí.

—¿Y cómo sé que no has organizado todo esto solo para que te deba un favor? —inquirí, sin esperar que Cosimo me diera una respuesta sincera. Él no era como mis hombres, no era como la gente con la que me gustaba rodearme. Cosimo no iba de frente.

—Eso no puedes saberlo, Mancini. —Me guiñó un ojo, con esa provocación innata—. Pero tienes mi palabra de que no se lo voy a contar a nadie. Aunque te aconsejo que tengas cuidado; alguien quiere jugártela. —Se ajustó la chaqueta del traje. Por debajo podía verse sus tirantes—. Espero que sigáis disfrutando de la fiesta. —Con una sonrisa burlona, se dio la vuelta y caminó hacia el interior de la vivienda.

Audrey fue a responderme, pero levanté una mano antes de que pudiera decir nada. No quería escucharla. No en ese momento, no con la confusión y la rabia ardiéndome por dentro. Verla salir con

Cosimo, aparecer juntos en el patio como dos amantes furtivos, había hecho que la ira me golpeara de lleno.

Sabía que no había pasado nada entre ellos. No necesitaba más de un segundo mirándola a los ojos para saberlo. Pero el simple hecho de verla allí, de que algo hubiera ocurrido, de que fuese incapaz de darme algo tan simple como una explicación, hacía que algo dentro de mí se rompiera.

Porque yo pensaba que estábamos en una nueva etapa, que habíamos dejado el pasado atrás y que ahora no había secretos entre nosotros. Que ahora estábamos construyendo algo de verdad. Aunque lo único que estaba haciendo era volver a ser un gilipollas por confiar en ella. Sin decir una palabra, le agarré la muñeca y tiré de ella hacia fuera, cruzando el jardín hasta toparnos con Mauro en mitad del camino de entrada.

—Alguien ha intentado robar información comprometida del alcalde —dijo, deteniéndose frente a nosotros.

Audrey no dijo nada, aunque sentí cómo se tensaba a mi lado.

—Estaba en el patio, no tengo nada que ver con eso —respondí.

—Y yo no te he acusado —señaló Mauro, mirándome a mí y luego a Audrey. Su expresión no reflejaba ningún tipo de emoción, y él tenía razón, no me había acusado, pero conocía lo suficiente a mi hermanastro como para saber sus trucos. Y estaba bastante seguro de que desconfiaba de Audrey.

Como si se diera cuenta, Audrey tragó saliva con fuerza, pese a que trató de mantener la compostura. Mantuvo su mirada fija en Mauro, aunque sabía que estaba deseando poder echar a correr y marcharse de allí lo antes posible. Apreté un poco más los dedos en torno a su muñeca, sin intención de soltarla.

—Supongo que las cámaras habrán grabado al responsable. —Mis palabras sonaban casuales, dirigidas a Mauro, cuando, en realidad, estaba buscando medir la reacción de Audrey. Y también averiguar la magnitud del problema.

Mauro frunció el ceño apenas un instante.

—No hay cámaras. Ni dentro ni fuera. A la mujer del alcalde no le gustan.

Nunca me habían gustado a mí tampoco. Pero si algún día daba una fiesta en casa —algo improbable—, tendría cada rincón vigilado. Como sabía que Mauro hacía en la suya.

—¿Le han robado algo? —pregunté—. ¿Algo que te afecte?

Mi hermano tenía negocios sucios con el alcalde. Concesiones amañadas, recalificaciones, adjudicaciones infladas, y a saber qué más negocios fraudulentos.

—No le han robado nada, y tengo todos mis negocios bien protegidos. —Mauro arqueó una ceja, como si debiera saber que no sería tan estúpido—. Pero, desde luego, no me beneficiaría si el alcalde es chantajeado o va a la cárcel.

—Imagino que la fiesta se ha terminado. —No esperé a que Mauro me respondiese—. Nos vamos —le anuncié.

Mauro asintió, pese a que no necesitaba su aprobación, ni mucho menos, y se despidió con una inclinación de cabeza.

Nos alejamos en silencio hasta el coche. Subimos, arranqué y me lancé a la carretera. Solo se oía el motor y el roce de las ruedas contra el asfalto. Pasaron varios minutos, largos, tensos. Audrey seguía callada, mirando por la ventana, aunque podía ver que estaba perdida en sus pensamientos.

—Verte salir al patio con Cosimo, como si fuerais dos amantes furtivos, no ha sido precisamente mi mejor momento —dije, rompiendo el silencio.

Pero Audrey no respondió. Ni una sola palabra de su parte.

Resoplé, sin mirarla.

—¿No vas a decir nada?

—Sí.

Una sola sílaba. Pero, al menos, había conseguido algo.

—¿Sí, qué? —pregunté.

—Que sí voy a decir algo. —Hizo una pausa—. Sabes que no estaba pasando nada con ese hombre o no le habrías dejado marcharse. —Ella me conocía muy bien—. ¿Pero qué mundo es este, Damiano?

—¿Qué quieres decir? —Ahora era yo el que estaba confuso.

Por el rabillo del ojo vi cómo ella se pasaba las manos por la cara.

—Era una fiesta normal, como miles en las que he estado. Pero nunca antes había tenido que correr con un desconocido para no ser acusada de robo de información.

—No habrías corrido ese riesgo si te hubieras quedado donde te dije, en la planta de abajo —solté, sin apartar la vista de la carretera —. ¿Por qué subiste?

Vi cómo Audrey tragaba saliva, inquieta.

—Preferiría no hablar de eso —susurró, mirando por la ventanilla.

Sentí la rabia encaramarse otra vez al pecho. Mis manos se cerraron con fuerza alrededor del volante, los nudillos blanqueando. El silencio entre nosotros se volvió denso, opresivo. Sin pensarlo demasiado, desvié el coche hacia el arcén y frené en seco. El motor quedó en un ronroneo bajo.

—Audrey —dije, girándome hacia ella—. Mírame.

Ella tardó un segundo en hacerlo. Sus ojos estaban brillantes, pero firmes.

—¿Habías quedado con algún hombre allí?

—Entré en el despacho y estaba todo tirado, la pantalla del ordenador con el mensaje de aviso. Y un minuto después llegó ese hombre que llamas Cosimo, me sacó de allí. Era la primera vez que lo veía. Ni iba a robar nada ni había quedado con él. No lo conocía.

—No te estoy preguntando eso, *gattina* —mi voz cortaba como el metal—. Te estoy preguntando si quedaste con algún hombre que habías conocido en la fiesta, y te encontraste con que era una trampa.

Cosimo estaba en lo cierto: alguien había tendido una trampa a Audrey. Pero, si había sido un hombre que la había seducido, ya podía decirme el nombre, y si no me lo decía, pensaba matar hasta al último de los invitados de la jodida fiesta.

Y no por engañar a Audrey para intentar destruirme. No, eso me importaba una jodida mierda. Sino por seducirla. Por lograr que ella estuviese dispuesta a darle algo que solo era mío.

—No, claro que no —dijo, y le miré a los ojos. Ella no mentía—. ¿Qué clase de mujer te crees que soy? —preguntó.

Algo en esa pregunta me desarmó y me enfureció al mismo tiempo. El coche seguía detenido en el arcén, la noche cayendo

cerrada a nuestro alrededor, y yo ya no podía más.
Sin decir nada, tiré hacia atrás el asiento de un tirón, desabroché mi cinturón y el suyo, y, en un movimiento rápido, la atraje sobre mí, sentándola en mis piernas, de espaldas contra mi pecho, justo entre el volante y yo. El volante le rozaba la espalda y su vestido quedó arremolinado en su cintura, dejando al descubierto la piel tersa de sus muslos.

Ella soltó un pequeño jadeo, pero no se resistió.

—Una mujer que es mía y solo mía —susurré contra su oído, con los labios rozando su cuello—. Y si algún hijo de puta intenta apartarte de mi lado, va a suplicar por una muerte rápida que no obtendrá.

—¿Por qué me pone caliente cuando hablas de esa manera, tan violenta y brutal? —preguntó, casi para sí misma. Pero la escuché.

Moví una de mis manos despacio, deslizándola por su muslo hasta colarme bajo la tela arremolinada de su vestido. Sentí el calor de su piel contra mi palma y su cuerpo tensarse apenas un segundo, solo para relajarse enseguida contra mí. Sin apartar la boca de su cuello, busqué el elástico de su ropa interior y, con un tirón seco, lo rompí. El sonido tenue de la tela cediendo en mis dedos fue casi tan satisfactorio como el jadeo ahogado que se le escapó.

—Ahora ya no hay nada entre tú y yo, *gattina*. Como debe ser —murmuré, con la voz ronca junto a su oído.

Ella apretó las manos contra mis muslos, su espalda arqueándose suavemente sobre mí. Mi prioridad debía ser saber quién le había tendido esa trampa, qué había sucedido. Pero, en esos momentos, todo eso me importaba una jodida mierda. Podían estar a punto de lanzar una bomba nuclear, que yo no movería un dedo para pararlo. No cuando en lo único que podía pensar era en follarla y en lo jodidamente bien que se sentía mi polla dentro de ella.

Sin dejar de sujetarla contra mí, me desabroché el cinturón y bajé el pantalón junto con la ropa interior, lo justo para liberarme. Mis manos volvieron a sus caderas, la sostuve con fuerza y, sin más preámbulo, la guié hasta hundirme dentro de ella de un solo movimiento, lento y profundo.

Audrey soltó un jadeo que se le quebró en la garganta, y su cuerpo se estremeció encima de mí, encajándose a la perfección.

—Así… —susurré contra su cuello, mi voz ronca, cargada de lujuria y algo más oscuro—. ¿A quién perteneces, *gattina*?

Ella soltó un gemido entrecortado, tembloroso, pero no respondió.

—Dilo —ordené, marcando cada palabra mientras la embestía con fuerza, hundiéndome en su interior como si pudiera borrar todo lo demás, como si ese momento pudiera limpiarnos a los dos.

—Tuya… —susurró al fin, jadeando contra mi oído—. Solo tuya.

Escuchar esas palabras fue un maldito delirio. Sentí cómo la tensión me subía desde la base de la columna, cómo mis músculos se contraían, cómo mi cuerpo entero ardía al borde del límite. Terminé con un gruñido ronco, apretándola contra mí, sintiendo cómo ella se estremecía al mismo tiempo, encajando su cuerpo al mío como si ese fuera su sitio desde siempre.

Y entonces, la escuché.

—Te quiero, Damiano.

Esas cuatro palabras cortaron todo lo demás. Como una descarga directa al pecho, como una maldita herida abierta. Mi corazón, ese que había aprendido a ignorar, ese que creía muerto desde hacía años, dio un vuelco traicionero. Sujeté su barbilla entre mis dedos, obligándola a mirarme a los ojos, a ver lo que había detrás de mi furia, de mi deseo, de mi nombre pronunciado por tantas bocas equivocadas.

—Yo también te quiero, *gattina*. Desde la primera vez que te vi. Aunque no tuviera derecho, aunque no supiera cómo… lo supe.

La besé, sin suavidad, sin contención. Como se besa cuando se ha estado demasiado tiempo en guerra. Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba en paz.

Capítulo 20

Audrey

—¿Me has traído a tu habitación por alguna razón? —pregunté.

Damiano nos había llevado a casa y, al subir las escaleras, me había dirigido hacia su habitación. En mi cerebro solo se repetían sus palabras de amor, por lo que no había sido consciente de ello hasta estar dentro de la estancia.

Una enorme cama reinaba el lugar. Un armario empotrado ocupaba una de las paredes y los grandes ventanales, aún con las cortinas corridas, filtraban la luz de la luna llena.

—También es tu habitación, y ya es hora de que duermas en ella —declaró.

No era la primera vez que lo decía, pero esa vez sentía que era cierto. Yo pertenecía a esa habitación, a esa cama, a él.

—Déjame ir a por el pijama a mi habitación.

—Estoy seguro de que puedes arreglártelas con mi ropa por una noche. O duerme desnuda, a mí me da lo mismo.

Puse los ojos en blanco.

—Tengo que darme una ducha antes de meterme en la cama. Voy a mi habitación, no tardo —dije, intentando apartarme de él.

Pero antes de que pudiera mover un solo músculo, Damiano me alzó en brazos como si no pesara nada. Solté un leve jadeo, sorprendida, pero no protesté. Nunca lo hacía cuando me tocaba así.

Sin decir una palabra, cruzó la habitación y empujó con una patada una puerta entreabierta. Al accionar el interruptor, un baño enorme, de mármol blanco y luz tenue, se iluminó ante nosotros. Una bañera de piedra tallada, grande como una pequeña piscina, ocupaba el centro.

—No te vas a ninguna parte —gruñó, sin dejar de mirarme mientras me depositaba en el suelo, con suavidad, pero sin perder ese control suyo que a veces dolía y otras me incendiaba.

Se acercó a la bañera, abrió el grifo y dejó que el agua comenzara a llenarla. Vertió unas sales aromáticas en el agua sin apartar los ojos de mí, como si temiera que desapareciera si parpadeaba.

Cuando el vapor empezó a llenar la estancia y la bañera estuvo casi lista, se giró hacia mí.

—Quítate el vestido, *gattina* —ordenó, su voz ronca, cargada de deseo, pero también de algo más oscuro y profundo.

Yo lo obedecí. No porque me lo pidiera, sino porque, en ese momento, no quería hacer otra cosa. Me bajé los tirantes de mi vestido, dejando que el tejido resbalara por mi piel hasta el suelo. Sentí su mirada recorriéndome, densa y abrasadora. Luego él se desnudó con rapidez, como si no pudiera esperar ni un solo segundo.

Se acercó, tomó mi rostro entre sus manos y me besó con una ternura extraña en él. Después, me guió de la mano hasta la bañera y entramos juntos en el agua caliente. El calor nos envolvió y me acomodé entre sus piernas, recostando la espalda contra su pecho, sintiendo sus brazos rodeándome.

—No me imaginaba que eras de esos hombres que se dan baños con sales aromáticas —comenté, sonriendo apenas.

Damiano soltó una risa grave, ronca, que me hizo estremecer.

—No lo soy —respondió, señalando con la barbilla hacia el otro lado del baño, donde había un plato de ducha de aspecto moderno y minimalista—. Siempre uso la ducha. Esta bañera ya estaba aquí cuando compré la casa.

—Claro… ¿y qué me dices de las sales de baño? ¿También venían con la casa? —pregunté con media sonrisa, sin mirarlo.

—No —contestó con naturalidad—. Son las que mis hombres cogieron de tu apartamento.

Solté un suspiro largo, cerrando los ojos. Claro que sí. Ya decía yo que el aroma me resultaba familiar, como un recuerdo que no terminaba de encajar hasta ese momento. Hacía meses, quizá años, que no me daba un baño en condiciones. Entre los estudios, las prisas y todo lo que había venido después, no encontraba nunca el momento.

Pero las había comprado igualmente, como si tenerlas allí fuera una forma de recordarme que, de vez en cuando, merecía detenerme y cuidar de mí. Y curiosamente las estaba usando ahora.

Damiano pasó su mano por mi vientre.

—Si no fuese porque vi la prueba de embarazo y Cassie lo confirmó, pensaría que no estás embarazada —confesó.

—La verdad es que está siendo un embarazo perfecto. Apenas tengo náuseas matutinas y, de momento, ningún antojo.

Damiano me dio un beso en el pelo y bajó la boca hasta mi oreja, provocándome un escalofrío.

—Si tienes antojos.

—¿Cuál?

—Mi polla, *gattina*. Estás ansiosa por ella.

Solté una carcajada, aunque lo cierto era que las hormonas habían activado esa parte más sexual de mí. O quizá simplemente era él quien la activaba.

—¿Eso es malo?

Damiano sonrió.

—En absoluto.

Nos quedamos en silencio durante varios minutos, ambos disfrutando del calor del baño y del leve sonido del agua moviéndose a nuestro alrededor. Damiano apoyó sus manos en mis hombros y empezó a masajearme con firmeza, pero sin brusquedad, como si supiera exactamente dónde se acumulaba cada tensión. Notaba cómo los músculos se aflojaban poco a poco y una agradable somnolencia me iba envolviendo.

—Esto es la gloria —murmuré, dejándome llevar, y sentí su risa ronca vibrar contra mi espalda.

—¿Por qué estabas en el despacho del alcalde, *gattina*? —preguntó de pronto, su tono suave, pero cargado de intención.

Sonreí de lado.

—¿Siempre les das un baño caliente y un masaje relajante a las mujeres que quieres interrogar? —dije, sin abrir los ojos.

—No te estoy interrogando —contestó él, acariciando mis hombros—. Solo quiero entender qué ha pasado.

—Bueno, reconozco que la técnica funciona —susurré, intentando aligerar el momento.

Me quedé callada, sabiendo que él esperaba una respuesta, pero incapaz de contarle la verdad. No podía delatar a Melissa. Puede que me hubiese mentido, pero había miedo auténtico en sus ojos… y estaba segura de que no todo dependía de ella. Necesitaba encontrarla y aclararlo antes de arrastrarla a un infierno del que quizá no pudiera salir.

Y además, no había pasado nada grave. Aún no. Así que respiré hondo y elegí la mentira menos peligrosa.

—El baño de abajo estaba ocupado —expliqué—, y una mujer me dijo que subiera al de la primera planta. Que la segunda puerta a la derecha era un baño.

Me alegré de que no pudiera ver mi rostro, porque sabía que habría notado la mentira al instante.

—¿Cómo era esa mujer? —indagó Damiano tras una pausa.

—No lo sé, apenas me fijé —traté que mi respuesta fuera lo suficientemente vaga como para que él no tuviese ningún hilo del que tirar, pero tampoco tanto como para que fuese evidente que estaba mintiendo, así que decidí añadir una descripción genérica—. Cabello oscuro, creo… No estoy segura.

Damiano no insistió. En lugar de eso, continuó acariciándome la espalda, y el silencio volvió a colarse entre nosotros. Cerré los ojos, me dejé llevar por el calor del agua y el peso de su mano sobre mi piel… y antes de darme cuenta, me quedé dormida.

Entre sueños sentí cómo me sacaba de la bañera con cuidado, como si pesara menos de lo que realmente pesaba. Noté una toalla tibia envolviéndome y sus manos secándome con delicadeza. Me dejé hacer, demasiado agotada para protestar.

Después, me depositó sobre la cama y me cubrió con las sábanas. Unos segundos más tarde, percibí el peso de su cuerpo desnudo junto al mío, el calor de su piel contra mi espalda. Me abrazó por detrás, atrayéndome con suavidad hasta que nuestras respiraciones se acompasaron.

Se movió apenas para colocarme de modo que quedara acurrucada contra él, su mano sobre mi vientre, su barbilla apoyada

en mi cabello. Y entonces, por fin, el sueño me venció del todo.

Capitulo 21

Audrey

—¿Este es el lugar especial al que me ibas a traer? —le pregunté a Damiano el lunes por la mañana, cruzándome de brazos mientras lo miraba con una ceja alzada.

El domingo habíamos ido al pequeño parque de atracciones en el muelle de Navy Pier y habíamos montado en la noria. Damiano había cumplido su promesa, porque él siempre las cumplía. Y habíamos sido como una familia normal, a pesar de que no lo éramos. Vale que a Damiano le habían llamado justo al bajar de la noria y se había tenido que marchar, pero Siena y yo nos habíamos quedado disfrutando de parque y luego cenando en un restaurante de comida rápida en el muelle.

En realidad, nada muy distinto de lo que pasaba en otras familias. La diferencia era que mientras otros padres se marchaban por una llamada urgente de la oficina, un problema con un cliente o una reunión de última hora, lo de Damiano era otra cosa. Lo suyo implicaba negocios que no se resolvían con correos ni con excusas diplomáticas. Lo suyo era más oscuro, más peligroso. Más él.

Y, aún así, ahí seguía yo. Sonriendo como una idiota enamorada. Porque, por retorcido que fuera su mundo, por mucho que lo renegara ahí seguía, como si me perteneciese también.

—Cassie —dijo, nombrando a mi ginecóloga—, me lo ha recomendado.

Observé el gimnasio en el que nos encontrábamos. Donde había varias parejas más, de pie como esperando algo.

—¿Cómo que Cassie? —Fruncí el ceño.

Pero antes de que pudiera pedirle explicaciones, una voz entusiasta y algo chillona nos interrumpió.

—¡Bienvenidos a la primera clase de respiración y preparación al parto para papás primerizos! —exclamó una mujer menuda, con coleta alta y voz de pito, que podría haber sido animadora de

instituto en otra vida—. ¡Todos a las colchonetas, descalzos y en posición de indio!

Me quedé mirándolo, horrorizada.

—¿Me has traído a *esto*? Yo no lo necesito.

Damiano sonrió de lado; esa sonrisa suya que me volvía loca.

—Cassie considera lo contrario.

Fui a replicar, pero la profesora me miró con cara de enfado y cerré la boca.

—Muy bien, parejas —comenzó—. Vamos a hacer un ejercicio de respiración sincronizada. Las futuras mamás se sientan con las piernas cruzadas y la espalda recta. Los papás se sientan detrás, sujetándolas por los hombros. A la cuenta de tres, inspiramos por la nariz y soltamos por la boca, como si apagáramos una vela gigante. ¿Preparados?

Rodé los ojos, pero obedecí. Damiano se sentó detrás de mí y colocó sus manos grandes y cálidas sobre mis hombros.

—¿Lista para respirar, *gattina*? —susurró, cerca de mi oído.

—Si te ríes o haces un comentario estúpido, te juro que te muerdo —le advertí sin girarme.

Él soltó una risa baja.

—Así me gusta.

La profesora nos indicó que empezáramos. Inspiré hondo, notando cómo Damiano seguía mi respiración desde atrás. Al soltar el aire, él dijo, sin molestarse siquiera en bajar la voz:

—Deberíamos practicar esto desnudos, en la cama. Podría ayudarte a relajarte mejor.

Le di un codazo sin piedad, justo cuando la profesora gritaba:

—¡Concentración, pareja número seis!

Damiano ahogó una carcajada contra mi cuello. Y ahí estaba yo, respirando como una condenada, completamente rendida a ese imbécil.

—Eres incorregible —murmuré entre dientes.

—Y tú estás loca por mí —respondió, deslizando los labios por mi oreja.

Entorné los ojos.

—Debo estarlo para aguantar tus tonterías.

—Lo estás —afirmó él, sin pizca de duda.

La profesora empezó a explicar un nuevo ejercicio de visualización: imaginar el momento del parto como un río que fluía suavemente. Cerré los ojos, tratando de concentrarme pero en lugar de un río, solo podía imaginarme a Damiano en la sala de partos, dando órdenes como si fuera su maldito territorio y amenazando a los médicos con matarlos si algo nos pasaba a mí o al bebé.

Aquello debería haberme horrorizado pero me hizo sonreír,

Probablemente, estaba loca, pero era una loca feliz.

Después de la clase de respiración para mamás, Damiano me dijo que tenía que irse por negocios.

Generalmente no le preguntaba adónde iba, pero ese día tenía especial interés. Con la excusa de que quería pasar a saludar a las chicas, le pregunté si iba al *pub*. Me dijo que esa noche no pasaría por allí, pero que podía pasarme a media tarde porque Tracy y el resto de las chicas iban a estar haciendo inventario.

Nunca dejaría de sorprenderme que, a pesar de la cantidad de negocios que tenía, él estuviese al tanto de hasta lo último que pasaba en el *pub*. Bueno, menos cuando se trataba de sus camareras, porque estaba claro que ahí estaba más perdido que un turista sin mapa.

Fui a casa y almorcé junto a Siena y la señorita Matthew. Lo cierto era que, aunque seguía siendo bastante seria, estaba empezando a pensar que le caía bien. Hasta me pareció verla reír con uno de los chistes que le conté a Siena.

Me cambié de ropa y me puse un pantalón corto de tela negro, una blusa y unas sandalias bajas. Me sorprendió que, cuando salí de la casa, no estuviera Hugh vigilando, sino otro hombre de mediana edad llamado Wyatt. Lo había visto en alguna ocasión por la casa junto a Damiano, pero nunca había cruzado más de un saludo con él. Y honestamente, Hugh a su lado era la alegría de la huerta.

Él me llevó al *pub* sin una sola réplica. Probablemente Damiano le había dado las órdenes de que lo hiciese. Estaba claro que era

más que un chófer: era uno de los hombres de Damiano. Cuando Wyatt aparcó frente al pub, bajó del coche conmigo. No intercambió ninguna palabra, pero me siguió muy de cerca.

La puerta estaba cerrada, pero la persiana no estaba bajada. Golpeé con los nudillos el cristal y vi a Tracy moverse de manera sigilosa, mirando hacia fuera con los ojos entrecerrados.

—¡Ey, tranquila! ¡No voy a robarte!

Tracy me sonrió, aunque no estaba segura de si me había entendido, pero fue a abrirme la puerta. Entré y Wyatt me siguió. Sin decir palabra, ocupó una de las mesas.

—No está abierto para los clientes. No podemos servirte nada —dijo Savanahh, que estaba tras la barra junto a una chica pelirroja que había visto alguna vez pero con la que nunca había trabajado, y no recordaba su nombre.

Wyatt ladeó la cabeza y la miró.

—No bebo cuando estoy de servicio —le respondió con una mueca seria.

—Viene conmigo —aclaré con un suspiro—. Es mi niñera.

Lejos de parecer ofendido, sonrió orgulloso.

Pues vale.

Tracy se mordió el labio para no reírse y Savanahh se encogió de hombros.

—¿Has venido a ayudarnos o solo de visita? —me preguntó Tracy.

—En realidad, ninguna de las dos. Estoy buscando a Melissa, necesito hablar con ella.

No tenía tiempo para conversaciones banales. Necesitaba hablar con Melissa lo antes posible.

Damiano no me había vuelto a preguntar nada, pero no era tan tonta como para pensar que no sospechaba que no le había dicho toda la verdad. Tenía que saber por qué Melissa me la había jugado, o más bien quién le había obligado a hacerlo.

—Ella no está —contestó Tracy—. Ayer no vino porque estaba enferma y me ha llamado hace una hora diciéndome que hoy tampoco vendrá y, probablemente, tampoco en toda la semana. —Bufó—. Lo que es una putada porque el jueves hay una pelea

importante, de esas a las que van a acudir muchos invitados e importantes.

—¿No está? —resoplé, sabiendo que su ausencia no era ni mucho menos casual. Dudaba que Melissa estuviera enferma. Ella estaba evadiéndome, o tal vez estaba evadiendo a alguien más—. ¿Sabes dónde vive? Necesito hablar con ella —le susurré.

La sonrisa de Tracy decayó y me miró con cautela. Fue a preguntarme algo, pero miró hacia Wyatt, que aunque no podía escucharnos, tenía sus ojos fijos en nosotras.

—No lo sé, pero puedo verlo en su ficha —me dijo, bajando la voz—. Al ser encargada, tengo acceso a ellas.

—Por favor, Tracy. —Fui a estirar mis manos para agarrar las suyas, pero en el último momento me contuve. No podía levantar sospechas—. No sabes el favor que me estás haciendo.

Tracy asintió.

—Acompáñame al vestuario. El otro día te dejaste una camiseta. —Alzó la voz, lo suficiente para que Wyatt pudiese escucharnos.

Este no se levantó, pero no nos quitó ojo mientras nos metíamos en la barra y entrábamos por la puerta que daba al vestuario.

—Estoy bastante segura de que no me dejé nada. Es más, soy yo la que tiene que devolverte tu ropa. Me la llevé para lavarla.

Tracy cerró la puerta con pestillo y después se giró hacia mí, cruzando los brazos.

—¿Qué está pasando, Audrey?

Suspiré. No quería poner a Tracy en peligro ni involucrarla en mis problemas, pero estaba cansada de mentir y ocultar información. Y en el vestuario no había cámaras, así que podíamos hablar con tranquilidad.

—¿Qué sabes de Melissa? —le pregunté—. ¿Vino recomendada por alguna de las chicas?

—Ella conoce a Betty, una de las chicas que trabaja en las salas VIP y en las peleas de acompañante. Pero no vino recomendada por ella. Simplemente la conoce porque trabajaba en el mismo prostíbulo en el que trabajó ella, y ... —hizo una pausa antes de seguir

— Buffy Y Paola. En el prostíbulo del hermanastro de Damiano — termine por ella.

—Sí, yo nunca trabajé allí. Pero Scott se encargó personalmente de investigarla. Ella está limpia.

No creía que Scott estuviese detrás de aquello. Simplemente, Melissa escondía algo.

—Melissa estaba en la fiesta del alcalde —le dije—. Ella me contó que iba de chica de compañía, pero que su acompañante había intentado abusar de ella en una de las habitaciones. Y que ella lo había matado en defensa propia. Según ella, se había dejado el bolso que la delataba. Como una tonta la creí, fui a coger el bolso adonde ella me había indicado, mientras ella se marchaba. Si te soy sincera, no sé en qué estaba pensando. —Pensándolo en frío, había sido una ingenua. Ni siquiera había hecho preguntas, la había creído sin dudar e, incluso, me había ofrecido a ayudarla. Ahora me daba cuenta de que todo había sido parte de una manipulación orquestada—. Pero no había muerto ni era una habitación, sino el despacho del alcalde. Alguien había estado rebuscando entre sus cosas y había intentado entrar en el ordenador. La cuestión es que si me hubieran pillado allí, pensarían que estaba robando información por orden de Damiano y se hubiese liado una buena. —Ni siquiera yo era consciente del alcance de la repercusión que eso hubiera tenido.

Tracy me miró con la boca abierta, sin saber qué decir.

—Se lo tienes que contar a Damiano.

—No puedo, no sin saber las razones de Melissa. —Negué con la cabeza, esperando que Tracy me entendiera—. ¿Y si la están obligando? ¿Y si intentan matarla como a Paola o a Buffy si Damiano se acerca a ella?

—Pero el asesino de Paola y Buffy está muerto.

Suspiré.

—Sí, pero George, antes de morir, confesó que había otra persona que movía los hilos. —No quise dar demasiadas explicaciones de lo que pasó aquel día. Cuanto menos supiese Tracy de aquello, mejor—. Alguien peligroso.

Tracy no emitió ninguna palabra durante unos segundos, solo me miró.

—Y no me lo contaste.

—No quería preocuparte. Ni siquiera puedo estar segura de que George dijese la verdad. Y Damiano se está encargando de ello. Ni siquiera quiere que yo investigue.

—No necesito que me protejas, Audrey. Soy más que capaz de protegerme por mí misma. Llevo haciéndolo toda la vida —espetó, enfadada—. Te acompaño a casa de Melissa.

—La verdad es que me encantaría, pero necesito que me ayudes a deshacerme de Wyatt.

—¿Deshacerte? —preguntó.

—No que lo mates ni nada de eso. No sé, manténlo ocupado mientras me voy.

—Conozco a Wyatt. Ha estado con Scott alguna vez aquí, ni siquiera se relaja cuando no está de servicio. —Tracy se pasó una mano por su cabello largo—. Si no te ve, se va a volver loco.

Suspiré porque tenía razón.

—Pero el tiempo juega en mi contra. Ya quise ir en busca de Melissa ayer, pero no pude. Hoy te ha llamado, por lo que sigue viva. ¿Pero lo seguirá mañana?

Tracy se mordió el labio inferior y se rascó la oreja. Un gesto que le había visto hacer cuando pensaba.

—La puerta del almacén lleva desde ayer dando problemas —murmuró, más para ella misma que para mí—. Ven, tengo una idea.

Salió del vestuario y yo la seguí. Rodeó la barra y se acercó a la mesa donde estaba Wyatt.

—Necesitamos bajar una caja de cervezas que está en la estantería más alta en el almacén. Ninguna de las chicas llegamos. ¿Podrías cogerla?

Él nos miró, poco seguro.

—Si no quieres, puedo intentarlo yo —improvisé, tratando de parecer lo más convincente posible. Había ido a clases de interpretación en la universidad, esperaba que se me hubiera quedado algo—. ¿Qué puede pasar? ¿Que se me caiga encima y me rompa un brazo? Estoy segura de que Damiano lo entenderá.

Wyatt bufó con fastidio.

—Bien, pero vienes conmigo.

—Claro. En el instituto era animadora, puedo animarte —bromeé.

Él puso los ojos en blanco.

Los tres fuimos al almacén. Me quedé en la puerta mientras Tracy y él entraban. No terminaba de tener claro el plan de mi amiga, pero me hacía una idea.

—Es esa caja —le dijo Tracy, señalando una caja verde en lo alto de la estantería.

Cuando Wyatt se estiró para cogerla, Tracy se movió con rapidez, saliendo por la puerta, y yo la cerré.

Del otro lado se escuchó una maldición y, a los dos segundos, un intento de abrir el pomo.

—¡Abrid la jodida puerta!

—Dentro no hay cobertura —me dijo Tracy, ignorando a Wyatt, que había comenzado a golpear la puerta—. Pero estoy segura de que encontrará la manera de tirar la puerta abajo. Tienes que darte prisa. —Se sacó unas llaves del bolsillo de su falda vaquera y me las dio—. Usa mi coche, es un Seat verde de quinta mano que está aparcado en la acera. ¿El número de teléfono que me diste el otro día es el bueno, no?

—Sí.

—Ahora mismo te envío la dirección de Melissa.

—¡O abrís la puta puerta o os apartáis, porque voy a disparar! —gritó Wyatt desde el otro lado.

No dudaba que cumpliese su promesa. Vi a Savannah y a la otra chica acercarse al almacén con los ojos muy abiertos.

—Ve, Audrey, date prisa —me dijo Tracy, dándome un pequeño empujón.

Le di un abrazo y salí corriendo.

Capítulo 22

Audrey

El bloque de edificios donde vivía Melissa me recordaba mucho a la zona en la que había vivido yo mientras me hacía pasar por una camarera sin recursos. Era un bloque desartalado, rodeado de un amplio *parking* en el que había bastantes coches aparcados. No sabía si me iba a responder si le tocaba el timbre, así que lo mejor que podía hacer era colarme y tocar su puerta. Pero ¿cómo?

No tuve que pensarlo porque vi cómo la puerta se abría. Ahora solo tenía que correr y, con una excusa, colarme dentro. Pero cuando fui a hacerlo, reconocí a la chica. Era Melissa, pero ella no iba sola... ¿Gastone? ¿Qué hacían juntos?

Reaccioné con rapidez, visualizando unos contenedores a unos pasos de mí y corriendo hacia ellos, escondiéndome detrás. No sabía qué estaba pasando, pero aquello no me daba buena espina.

Conocía poco a Gastone, pero había visto suficiente de él como para saber que nunca se juntaría con una chica de la clase social de Melissa si no tuviese un interés. Porque Gastone podía fingir lo contrario, pero era elitista. No de forma cruel y abierta como su hermana, sino de una manera sutil, educada, socialmente aceptable. La misma en la que lo había sido yo.

Podían conocerse, ya que Melissa había trabajado en el prostíbulo de la familia Mancini. Tal vez ella estaba en un problema y le había pedido ayuda. Quizá estaba juzgando a Gastone antes de tiempo. Pero entonces, Melissa se detuvo a mitad de camino. Se volvió hacia Gastone y, sin previo aviso, lo agarró por la solapa y lo besó. Un beso rápido, casi furtivo, pero lo bastante intenso como para que me tensara detrás de los contenedores.

Fue entonces cuando me fijé en la mano derecha de Gastone. Unas llaves de coche colgaban entre sus dedos. Seguí su movimiento y lo vi: un Maserati Levante rojo aparcado en medio del

parking destartalado. Brillante, lujoso y absolutamente fuera de lugar en un sitio como ese.

¿Cómo demonios se le ocurría a Gastone aparecer allí con ese coche? Si pretendía pasar desapercibido, lo estaba haciendo fatal. Aunque claro, nadie en su sano juicio se atrevería a tocarle nada a un Mancini. Ahora lo sabía bien.

Vi cómo Gastone desactivaba la alarma con un leve clic y abría la puerta del copiloto para Melissa. Antes de entrar, ella miró hacia los contenedores y, por un segundo, contuve la respiración, y no solo por miedo a que me viese, sino porque no lucía ningún moretón en su cara. Estaba maquillada, pero ni la mejor base de maquillaje podría haberlo disimulado. Si ya me olía mal antes, ahora me olía fatal.

Melissa desvió la mirada de nuevo hacia Gastone y esbozó una sonrisa satisfecha. Antes de subirse al asiento del conductor, Gastone la besó de nuevo, esta vez más despacio, como si no tuviesen ninguna prisa. Me pegué más contra los contenedores, conteniendo el aliento.

Definitivamente, aquello era muy extraño. Tenía que averiguar qué estaba pasando.

Miré hacia mi coche, aparcado al otro extremo del párking, ese trasto viejo de Tracy que había usado para venir hasta aquí. Seguirlos en él no era buena idea. Si me veían detrás, aunque fuese de casualidad, cantaría demasiado. Además, ese coche hacía más ruido que una cafetera averiada.

Tenía que decidir rápido. Y, como siempre últimamente, no pensé demasiado. Tal vez era el aire de Chicago o que me había vuelto una imprudente, pero lo cierto era que me dejé llevar por mis impulsos y por las películas de acción que a mi exnovio Mason tanto le gustaban y me había obligado a ver.

Aprovechando que seguían distraídos, riéndose por algo que no alcancé a escuchar, corrí agachada hasta el Maserati. Conseguí abrir el maletero trasero; no fue difícil, ya que no estaba bloqueado, y me metí dentro como pude, cerrándolo despacio antes de que pudieran verme.

El corazón me latía desbocado en el pecho. Era una locura, sí, pero

no podía quedarme de brazos cruzados. Tenía que saber qué estaba pasando, porque tenía la intuición de que estaba sobre la pista definitiva.

No sabía adónde iban, pero tenía que averiguarlo.

—¿Cuál es ese sitio tan especial que me tienes preparado? —le escuché preguntar a Melissa.

Para mi sorpresa, desde el maletero podía escucharles con claridad meridiana. Llevaba el móvil en el bolso, pero no podía moverme para sacarlo y grabar la conversación.

—No te lo puedo decir, nena. —Entorné los ojos ante el apodo—. Solo te puedo decir que es especial, como tú.

Melissa se rio, como una enamorada. Y no sabía hacia dónde íbamos, pero era evidente que Gastone quería algo de ella.

—He tenido una noche horrible. —Escuché un ruido de una tela, como si estuviese acomodándose en el asiento—. Apenas he dormido. Yo creo que Audrey sospecha algo. Ella es buena, Gastone, nos ha ayudado.

—No te preocupes por ella. Por eso la estamos ayudando, nena. Para que se separe de Damiano.

—¿Por qué?

—Damiano es un bastardo, una escoria que no tiene el derecho de juntarse con nosotros. Él no se merece una mierda, todo lo que ha conseguido ha sido usando un apellido que no se merece. Está utilizándola, estoy seguro de que la matará cuando ya no la necesite —Gastone escupió las palabras con rabia, como nunca antes le había escuchado hablar. No podía verle, pero podía sentir ese odio, esa furia irracional que sentía hacia Damiano—. Estás haciendo lo correcto, nena. Es por el bien de Audrey y por el de todos.

Y una mierda.

Gastone quería quitarse de en medio a Damiano. Yo le importaba poco, de la misma manera que lo hacía Melissa. Damiano nunca me haría daño. Tenía pocas cosas claras en la vida, pero esa no la dudaba.

Siempre había sabido que había algo más detrás de esa simpatía suave y esas sonrisas de Gastone. Un borde frío, apenas imperceptible, que no llegaba a sus ojos. Pero era tan habitual en mi

mundo que no le había dado mayor importancia, porque esa falsedad era normal en círculos como los nuestros. Aunque era evidente que el mundo de Gastone era muy diferente al mío.

Y era mucho peor.

En mi mundo, nadie haría algo como lo que estaba haciendo Gastone. Aquello traspasaba cualquier límite de una moralidad, ya muy gris, que cualquier persona de mi alrededor pudiese tener. Incluso yo misma.

El coche se puso en marcha y, con el ruido del motor, no fui capaz de escuchar su conversación. De repente, una canción empezó a sonar por el sistema de audio. Era una melodía suave y rítmica, pero no reconocía la letra ni la voz que la cantaba.

—¡¿La conoces?! —preguntó Melissa prácticamente gritando—. Me encanta esta canción.

—No —contestó Gastone.

—Venga, canta conmigo —le pidió ella.

No escuché la respuesta de él, pero ella se puso a cantar a todo volumen. Justo a los pocos minutos de acabar la canción, sentí cómo el motor se paraba y aparcaban el coche.

El trayecto había sido corto, por lo que estábamos cerca.

—¿Qué es esto? —le escuché preguntar a Melissa—. Es un poco siniestro, ¿no?

—Me gusta lo siniestro, nena —dijo Gastone, y yo entorné los ojos porque, en serio, ¿cómo podía ser tan básico?—. Espérame aquí, que en unos minutos vengo y te doy tu sorpresa. Te va a encantar, te lo prometo.

Melissa se rio, divertida, pero yo lo supe: la iba a matar.

Mierda.

Escuché cómo Gastone se bajaba del coche y se alejaba. Esperé unos minutos, asegurándome de que estuviera lo suficientemente lejos. Con cuidado, abrí el maletero y salí sigilosamente. Rodeé el vehículo por detrás y vi a Melissa dentro, distraída, mirando su teléfono. Sin hacer ruido, abrí la puerta del conductor y me deslicé dentro.

—Melissa —susurré. Ella pegó un salto, a punto de gritar, pero fui más rápida y le cubrí la boca con la mano—. Ssh... —le pedí,

mientras me acomodaba en el asiento e intentaba mantener el control de la situación—. Voy a quitar la mano, pero no grites.

Ella tenía los ojos muy abiertos, pero asintió.

—Audrey, ¿qué haces aquí? —preguntó, afortunadamente cumpliendo su palabra—. Si es por lo del sábado...

—No tenemos tiempo para eso ahora, Melissa. Tenemos que irnos. Ya.

Melissa me miró, confundida.

—¿Por qué?

—Gastone te está utilizando. Te va a matar.

—Él me quiere —respondió, furiosa, dejando su móvil entre los muslos—. Nos vamos a casar.

Por Dios, tenía la cabeza comida.

Miré por la ventanilla del coche. A pesar de la escasa iluminación, me di cuenta de que estábamos en un polígono de fábricas abandonadas.

—Un sitio precioso para una cita —murmuré. En serio, ¿cómo no podía darse cuenta de lo raro que sonaba todo?—. Por Dios, Melissa, reacciona. Tenemos que irnos.

—Yo no me voy a ir a ningún lado.

—Melissa, mira a tu alrededor. —Señalé a través de la ventanilla, pero Melissa no apartó la mirada de mí—. Este es el lugar perfecto para deshacerse de un cadáver. —¿Es que Melissa no había visto ninguna película de terror o qué?

—Audrey, sé que estás enfadada conmigo, pero...

—Tenemos que irnos —esta vez, prácticamente le supliqué—. Si me equivoco, no pasará nada. Pero si no lo hago, te estoy salvando la vida. Vamos. —Iba a salir del coche, pero entonces me di cuenta de que Gastone se había dejado las llaves puestas. No era la primera vez que conducía un coche como ese, Mason tenía uno igual. No sería difícil.

Estiré mi mano para arrancar el coche y obligar a Melissa a venir conmigo. Si tenía que salvarla a la fuerza, así sería. Pero entonces, sentí cómo la puerta del conductor se abría. Cuando ladeé la cabeza, me quedé petrificada al ver un arma a pocos centímetros de mi cabeza.

—¡Quieta! —me ordenó Gastone.

Tragué saliva. Mierda.

—Gastone...

—Ni una puta palabra —masculló, impidiéndome terminar—. Baja del coche. Ahora —me ordenó, retrocediendo un par de pasos para que pudiera moverme, pero sin dejar de apuntarme.

—Cariño —le escuché decir a Melissa.

—¡Cállate, esto no va contigo!

Oh, ahí estaba su verdadera cara.

—Déjala ir, Gastone —le pedí, aún en el asiento del conductor. El miedo corría por mis venas, pero no dejé que me paralizara—. Tú mismo lo has dicho, esto no va con ella. Nadie tiene que salir herido. No tienes que matarla.

Gastone se rió.

—No voy a matarla. Qué tontería, yo la quiero. —Y entonces, esa sonrisa encantadora regresó de nuevo a sus labios—. Vamos, cariño. Ven aquí conmigo. —Sus ojos se fijaron en Melissa, y yo vi la trampa antes de que sucediera.

Pero Melissa, tan ciega como estaba, no lo hizo. Y antes de que pudiese advertirla, salió del coche y lo rodeó para colocarse a su lado. Él la besó sin dejar de apuntarme con la pistola. Miré la escena incrédula. Sobre todo cuando, con la mano que no sujetaba la pistola, vi cómo la levantaba y le pinchaba con una inyección en el cuello. Ella se desplomó de inmediato, pero para mi sorpresa, él la sostuvo con cuidado para que no se golpeara contra el suelo.

—La has matado —le acusé con un sollozo ahogado, llevándome una mano a la boca.

—Solo está dormida —me aclaró Gastone con un chasquido, como si mi reacción estuviese siendo exagerada—. El plan era dormirla y meterla en el almacén, hasta que un amigo se la llevase lejos, donde no pudiera delatarme. No hago daño a mujeres —él casi pareció indignado de que pudiera pensar eso—, pero si no sales del puto coche, voy a hacer una excepción contigo —me amenazó.

Miré las llaves durante un instante fugaz, preguntándome si me daría tiempo a arrancar el coche antes de que apretara el gatillo. No, por muy rápida que fuera, era inviable. Y tal vez, si no estuviese

embarazada, me hubiera arriesgado, pero con mi bebé creciendo en mi tripa, no lo haría.

Con movimientos lentos, me levanté del asiento y salí del coche. Retrocedí unos pasos, sintiendo cómo mi corazón bombeaba en mi pecho en cada uno de ellos al mirar la pistola que seguía apuntándome, pero queriendo mantener una distancia con Gastone.

—Tú eras el que estaba detrás de George —declaré, porque ahora las piezas del puzle comenzaban a encajar—. A ti era a quien temía. —Gastone había sido el cerebro pensante y George, una marioneta que había cumplido sus órdenes—. Tú mataste a Paola y a Buffy. —Mis ojos se humedecieron ante la impotencia y el dolor que me embargó al recordar sus muertes. ¿Cómo podía ser tan cruel, tan insensible?

—¡Yo no las maté! —gritó, perdiendo los estribos por primera vez desde que lo conocía—. Ni siquiera tenía ni idea de que las estaba chantajeando. Eso no era parte del puto plan —masculló, pasándose la mano con la que sostenía su pistola con desesperación por su cabello. Pensé en aprovechar esa pequeña distracción para correr, pero temí que me disparara antes de lograr estar lo suficientemente lejos. Gastone debió leer mis intenciones, porque gritó mientras volvía a apuntarme: —¡No te muevas, joder!

—No me estoy moviendo —dije, pasando mis manos alrededor de mi estómago, como si de esa manera pudiese proteger a mi bebé.

—Yo no quería matarlas. Ya te lo he dicho, no mato a mujeres inocentes.

—Claro, solo las utilizas —apostillé con rabia, señalando a Melissa, que yacía inconsciente en el suelo.

Gastone chasqueó la lengua.

—Yo no tuve nada que ver con lo que le pasó a tus amigas, ya te lo he dicho. —Casi me pareció ver el arrepentimiento en sus ojos—. Ese imbécil de George fue incapaz de hacer nada bien. Por su puta culpa, casi me pillan. Fue un desastre. Pensaba cargármelo, pero tu novio —no se me pasó desapercibido con el desprecio y odio que se dirigió a Damiano—, se adelantó.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —pregunté.

Gastone no me contestó de inmediato. Entonces, me fijé en sus ojos oscuros desorbitados, la respiración acelerada de su pecho y el leve temblor de la mano que sostenía su arma. En cierta manera, me recordó a George. Gastone estaba fuera de sí, perdiendo el control sin ser capaz de recuperarlo.

Y lo supe: él no tenía ni idea de qué iba a hacer. Estaba perdido.

Eso era algo que podía aprovechar.

—Él alejarse de ti y tirar la pistola —respondió una voz que no fue la de Gastone—. Yo pienso estrangularte por ponerte en peligro —ladeé la cabeza para ver cómo Damiano salía de la oscuridad

Pero no iba solo. A su lado se encontraba Mauro, con su pistola apuntando hacia Gastone.

—¿En serio? —Gastone miró a Mauro, sus ojos fijos en el arma que portaba—. ¿Te vas a poner del lado de un bastardo?

Mauro no reaccionó. Se limitó a contemplar a su hermano con frialdad.

—Tira el arma, Gastone —le ordenó.

Gastone no tardó ni un segundo. Soltó su pistola, que cayó al suelo con un sonido sordo.

—Eres un completo inepto —le escupió a Damiano—. Ha sido tu novia la que ha hecho el trabajo sucio por ti.

Corrí hacia Damiano. Él se guardo la pistola y aceptó mi abrazo. Por el rabillo del ojo vi a Mauro acercarse a Gastone. Escuché el sonido de más pasos y supe que no habían venido solos.

—Melissa —dije, separándome un poco de Damiano.

—Los hombres de Mauro se están encargando de ella. Estará bien —me aseguró. A pesar de sus palabras y que intentaba mantener la calma, pude ver que estaba furioso.

—Yo… —balbuceé, notando cómo las piernas me fallaban.

Damiano me sujetó, estabilizándome.

—Todo va a estar bien, *gattina* —me dijo, aunque los dos sabíamos que no sería así.

Nada podía estar bien.

Capítulo 23

Damiano

—¿Qué piensas hacer con él? —le pregunté a Mauro dentro del almacén.

Wyatt había llevado a Audrey a casa a pesar de sus protestas, y Melissa estaba siendo atendida por uno de los médicos a sueldo de Mauro en otra habitación del almacén.

Gastone estaba atado a una silla en una de las salas del almacén. Tenía una sonrisa en el rostro, pero podía ver con claridad que estaba aterrado, muerto de miedo.

Quería matarlo por amenazar a Audrey y por toda la mierda que le había hecho pasar, pero sabía que el castigo le correspondía a Mauro, y tenía que respetar eso, aunque me hirviera la sangre.

Había sospechado que Audrey me ocultaba algo, que sabía más de lo que me contaba. Por eso, el sábado, mientras ella dormía en nuestra cama, le había instalado un rastreador en el móvil. En cuanto Wyatt me llamó para avisarme de la jugarreta que ella y Tracy le habían hecho y que le había obligado a tirar la puerta del almacén del pub abajo, fui a por ella. Había sido una suerte que Mauro, en ese momento, estuviera conmigo y hubiera escuchado la conversación con mi hombre.

Mauro, en vez de responderme, miró a su hermano. Permanecía frío, impasible, porque ese era el papel que interpretaba, pero podía ver la furia recorriendo cada poro de su piel. Y supe que estaba deseando matar a su hermano pequeño tanto como yo.

—¿Qué pretendías? —le preguntó.

—¿Que qué pretendía? —Gastone intentó liberarse de las cuerdas, sin éxito—. Ibas a hacer tu segundo a ese bastardo de mierda —escupió—. Él no se lo merece, no se merece nada. Nuestro padre murió por su culpa. Él puso a sus socios en contra y por eso sufrió el ataque al corazón.

Resoplé, cansado de tener que aguantar tantas chorradas.

—Nuestro padre tendría que haber muerto por un cuchillo en el corazón que Damiano le hubiese clavado —aseguró Mauro—. Porque era su derecho, por lo que le hizo.

Los ojos de Gastone hervían de ira.

—Siempre lo defiendes.

—Eres un inmaduro —le dijo Mauro, acercándose a él—. Nunca tuve intención de hacer mi segundo a Damiano.

—Tampoco lo quiero —escupí. Porque puede que tuviese negocios en común con ellos y que llevase el apellido de mi padre, pero ni de coña trabajaría para mi hermano.

—¡Mientes! —gritó Gastone—. Te escuché diciéndoselo a uno de tus hombres.

Mauro sonrió con suficiencia.

—Escuchaste lo que yo quería que escucharas. Quería saber de lo que eras capaz. Tenías dos opciones: luchar para ser un buen mafioso, ganártelo a base de méritos propios, ser un digno segundo, o intentar matar a Damiano y convertirte en un traidor. —Mauro resopló—. Pensé que, por una vez en tu vida, serías un poco inteligente. Pero veo que tenía demasiada fe en ti —añadió con desprecio.

—No quería matarlo —confesó Gastone—. Solo quería ponerlo en una situación en la que no te quedara más remedio que matarlo a él.

Y eso hubiera pasado si se hubiese salido con la suya. Porque si Paola o Audrey hubiesen dado información de mis negocios que involucraba a la familia Macini a George este lo hubiese usado para detenerme y Mauro me hubiese matado para poner a salvo a su familia.

Y en la casa del alcalde si hubiesen descubierto a Audrey cayendo en la trampa, habría sido declarado un traidor.

Joder, le debía un gran favor a Cosimo.

Puto Gastone.

—¿Y encima ni siquiera tienes los huevos de matarme tú mismo? —escupí, incapaz de seguir manteniéndome al margen—. Cobarde de mierda.

Gastone me miró con odio, pero no me respondió. No se atrevió a hacerlo. Porque, al igual que su hermana, podían ir de valientes, pero, en el fondo, me tenían miedo. No eran capaces de enfrentarme de frente, de cara, tal y como yo hacía con mis enemigos.

Porque eso era lo que mi padre les había enseñado: a dejar que el trabajo sucio lo hicieran otros, a creer que tenían el mundo a sus pies, servido en una bandeja de plata. ¿Y qué había conseguido con ello? Convertirlos en unos inútiles.

—Ni siquiera tienes pelotas para librar tus propias batallas —Mauro chasqueó la lengua—. Pero eso va a cambiar —decidió con severidad—. Mañana vas a viajar a Turín. Nuestra familia allí está en guerra, una guerra brutal y desalmada. Hace meses que me piden ayuda, ¿qué mejor que mi hermano pequeño? Si no mueres, regresarás más fuerte, digno de ser un Mancini.

Gastone palideció. Yo, que no pertenecía a la familia, había escuchado hablar de esa guerra, pero Gastone no tenía pinta siquiera de conocer esa información.

—¿Estás de coña, no? —balbuceó—. No puedes enviarme allí.

Mauro ni siquiera le respondió. Se giró hacia mí.

—Vamos, tenemos cosas de las que hablar. —Me hizo un gesto para que le siguiera hacia el exterior de los almacenes.

Asentí, pero no lo seguí cuando comenzó a caminar, sino que di un par de pasos hacia el camino contrario. Me acerqué hasta Gastone, que temblaba. Sin mediar una sola palabra, le di un puñetazo en su rostro de niño pijo, tan fuerte que la silla se volteó y se cayó al suelo, con él encima.

—Vas a desear morir en esa guerra, porque lo que te espera a la vuelta es mucho peor. Si me entero de que vuelves a intentar atentar contra la vida de mi mujer, no habrá lugar en el mundo en el que puedas esconderte de mí —dije, más furioso de lo que había estado en toda mi vida—. ¿Lo has entendido?

Gastone tenía los ojos entrecerrados y la sangre corría por todo su rostro, pero asintió.

Me di la vuelta y me dirigí hacia la salida, donde Mauro me esperaba.

—Es mi hermano. Es mi deber y derecho encargarme de él —me recordó—. Son las normas.

Mauro y sus putas normas.

—Y te he dejado que te encargues de él. Yo lo hubiera matado desde el instante en el que le vi apuntando con un arma a mi novia. —Mauro no dijo nada, porque sabía que tenía razón—. ¿Sabías que era capaz de jugármela y lo permitiste? —le pregunté.

—Sabía que era una posibilidad, sí —reconoció. Una maldición escapó de mis labios a la vez que cerraba las manos en puños. Él lo debió notar, porque se giró para mirarme—. También sabía que nunca te ganaría.

—¡Joder, Mauro, Audrey podría haber muerto!

—Gastone no iba a matarla. Es un niñato que nuestro padre malcrió, pero ni siquiera él es tan cobarde como para matar a una mujer. Y además, tu chica tiene pelotas. Ella es quien lo ha descubierto todo.

—Es una inconsciente —suspiré—. Si a Audrey le llegara a pasar algo, te hubiera matado, Mauro. A ti y a cualquiera que fuese responsable de ponerla en peligro —le aseguré, acortando la distancia que me separaba de él para sostenerlo por el cuello de su camisa.

Mauro me lo permitió.

—Lo sé —dijo—. Y hubiera dejado que terminaras con mi vida, porque me lo merecería. Yo nunca te voy a traicionar, Damiano —me aseguró. Y, a pesar de que quería confiar en el honor del que Mauro tanto presumía, a veces dudaba—. Pero así es este mundo, Damiano. Eso es lo que soy, lo que debo ser, lo que quiero ser —No había duda en sus palabras—. Pero tú tuviste otra opción. Podrías haberte alejado de nuestra familia, convertirte en otra persona. En cambio, decidiste asociarte a nosotros y reclamar tu apellido. Ha sido tu elección, Damiano.

Solté una carcajada sin humor a la vez que lo soltaba.

—Yo tampoco tuve otra opción, Mauro. Ni por un solo segundo.

Capitulo 24

Audrey

La puerta de la habitación de invitados se abrió. No tuve que mirar para saber que se trataba de Damiano.

—Deberías estar en nuestra habitación, no aquí —espetó, entrando y cerrando la puerta tras él.

Habíamos compartido habitación los últimos dos días, pero lo cierto era que, en esos momentos, necesitaba mi propio espacio, estar sola.

—Donde no debería estar es en esta casa —dije, levantándome de la cama donde estaba sentada—. No pertenezco a tu mundo, no pertenezco a Chicago.

Damiano soltó una carcajada sin humor.

—Tiene cojones la cosa —masculló—. Pues para no pertenecer, te has movido como pez en el agua. ¡¿Cómo se te ocurre hacer una cosa tan estúpida?! ¡¿Meterte en un puto maletero?! ¡¿Cómo has podido ser tan inconsciente?! —Los ojos de Damiano brillaban con ira y con algo más que fue una puñalada directa a mi corazón: miedo.

—Es este mundo el que me está convirtiendo en alguien que no soy. Alguien que se pone en peligro, que pone en peligro a su bebé. —Toqué mi tripa—. ¿Qué clase de madre voy a ser?

¿Dios, cómo había cometido semejante estupidez?

Al final había salido bien, pero podía haber acabado muerta, y la constancia de eso, ahora que la adrenalina había bajado, me estaba aplastando. Porque no era solo mi vida la que estaba en juego, sino la de mi futuro hijo.

Damiano acortó la distancia entre los dos, levantó la mano y rozó mi mejilla con el dorso de sus dedos.

—Vas a ser una madre increíble, *gattina*. Una que le enseñará a nuestro hijo o hija a no rendirse. A ser fuerte. A pelear.

Di un par de pasos alejándome de su toque. La mano de Damiano se quedó unos segundos en el aire y luego la colocó al lado de su cuerpo.

—No puedo, Damiano. No puedo criarlo en este mundo.

Damiano soltó una risa de incredulidad.

—¿Qué me estás diciendo, *gattina*? ¿Que quieres marcharte?

Sí, no. No lo sabía.

Me llevé una mano a la frente, frustrada. ¿Qué demonios estaba diciendo?

—No lo sé… Solo… ¿Qué clase de mundo es este? Donde los hermanos intentan matarse, donde nadie puede confiar en nadie, donde todo se mueve por mentiras y traiciones.

—El mundo de la mafia. El mundo al que pertenezco. Sabes —dijo y me miró con intensidad—, Mauro acaba de preguntarme por qué me metí en este mundo cuando pude alejarme. ¿Quieres saber por qué lo hice?

Lo miré. Parte de mí no quería escucharlo, pero la otra necesitaba entenderlo.

—Sí —dije al fin.

—Porque está en mi sangre —reconoció, su voz baja, grave, cargada de una verdad feroz—. En mi ADN. Es mi derecho de nacimiento, es quien soy. Y también estará en nuestro hijo o hija. No importa cuánto intentes alejarlo de mí o de este mundo, tarde o temprano regresará. Porque este mundo también le pertenece.

Su mirada era un ancla, oscura y devastadora. Y por primera vez entendí que, aunque intentara huir, parte de mí ya estaba atada a él.

Para siempre.

¿Tenía derecho a quitarle a mi futuro bebé el derecho a elegir?

—¿Está en Siena? —pregunté—. La mantienes oculta, sin decirle a tus hermanastros que también es su hermana. La proteges de este mundo. ¿Y no quieres que proteja a nuestro bebé?

Damiano dio un paso hacia atrás como si le hubiese golpeado. Pero se recompuso con rapidez.

—Mi padre, el de Siena, era un cabrón —eso ya lo sabía, me lo había dicho—. Nunca me reconoció y no reconoció a Siena. Nos quería muertos a los dos. Este mundo es aún más cruel con los

bastardos. Pero mi hijo será amado por mí, reconocido. Será respetado. —Cada una de sus palabras rezumaban ferocidad y verdad, pero también amor, amor por nuestro bebé.

—No sé si puedo —reconocí—. Lo de hoy ha sido demasiado. Pero también ha cerrado un círculo. Ahora entiendo las razones por las que Paola murió. Ella murió porque tu hermanastro quería destruirte. Este mundo no solo es peligroso para los que lo componen, sino para todos los que están alrededor o caen en él de una manera u otra.

—¿Y tu mundo no es peligroso?

—Nadie mata a nadie en mi mundo. Este mundo me da asco.

—¿Dónde están tus padres, gattina? ¿Por qué no han venido a buscarte?

No le había contado la conversación con mi madre, no le había contado nada. Pero era evidente que él se había dado cuenta de que algo no iba bien.

—¿Por qué deberían hacerlo? —contraté.

—¿Por qué su hija se ha marchado de nuevo sin dar ninguna explicación? ¿Por qué es evidente que te sucede algo? —Hizo una pausa—. Seré un mafioso y mi mundo te dará asco. Pero fui a por ti en cuanto me enteré de que estabas embarazada, y hubiera ido de todas maneras, antes o después. —Él ya me había dicho eso antes, pero ahora cobraba más relevancia—. Siempre estaré al lado de mi hijo, tome las decisiones que tome. Nunca lo abandonaré. Joder, seré una mierda de persona, pero voy a ser un buen padre.

—Mi madre me llamó —confesé con dolor—. Pero lo único que le importaba era que regresase para ser la hija que espera de mí. Tienes razón, mi mundo es una mierda, por eso no regresaré a Nueva York. Voy a empezar de cero en otro lugar en…

Antes de que pudiese seguir hablando, Damiano estaba frente a mí. Una de sus manos rodeando mi cintura y la otra mi cabeza. Sus labios se unieron a los míos y me besó. Me besó con fiereza, con esa posesividad que tanto me gustaba. Me besó hasta que olvidé hasta mi nombre.

—Damiano —jadeé contra sus labios cuando el beso se rompió.

—Se acabó hablar —determinó.

Y por primera vez, estuve de acuerdo con él.

Me tumbó con cuidado, como si temiera romperme, pero sus ojos decían todo lo contrario. Eran fuego oscuro, deseo contenido, rabia, amor y algo más peligroso. Algo que llevaba su nombre tatuado en mi piel desde el primer día.

Su mano acarició mi mejilla, su pulgar recorriendo la línea de mi mandíbula, bajando hasta mi cuello, donde notó el latido acelerado bajo su roce.

—Mírame, *gattina* —me exigió.

Lo hice. No podía no hacerlo. Sus ojos me sujetaron, me atraparon. En ellos estaba todo lo que me asustaba y todo lo que deseaba.

Se inclinó y me besó de nuevo, más despacio esta vez, como si quisiera memorizar cada rincón de mi boca, cada suspiro que escapaba de mí. Su lengua rozó la mía y sentí cómo todo el miedo, la rabia, la culpa y la confusión se disolvían, dejándome solo con él. Con su sabor. Con su calor.

Sus manos viajaron por mi cuerpo, por encima de la ropa, deslizándose con reverencia y hambre, como si necesitara comprobar que seguía ahí, que seguía siendo suya.

—¿Estamos haciendo lo correcto? —pregunté.

—¿Lo correcto para qué?

—Para nuestro bebé, para nosotros.

Sus dedos se detuvieron un instante sobre mi vientre, como si mis palabras lo hubieran atravesado más de lo que estaba dispuesto a admitir. Damiano alzó la mirada y la fijó en la mía. Había fuego en sus ojos, pero también algo roto, algo humano que pocas veces dejaba ver.

—No existe un correcto en nuestro mundo, en ningún mundo, Audrey —dijo en voz baja, su mano aún sobre mi tripa—. Solo existe lo que estamos dispuestos a pelear por conservar y lo que no. Y yo estoy dispuesto a todo por tenerte conmigo.

Mi corazón latía desbocado. Quise apartarme, obligarme a poner distancia, pero él ya me tenía atrapada sin necesidad de sujetarme. Me había tenido desde la primera vez que le vi en la jaula.

—Podemos intentar tener una vida normal —susurré, sin saber si hablaba en serio o me aferraba a un imposible—. Irnos lejos. Solo tú, yo, Siena y nuestro bebé.

Damiano soltó una pequeña risa, sin humor, mientras su frente se apoyaba contra la mía.

—Y no tardarías ni un año en odiarme —susurró—. Me amas por la clase de hombre que soy, *gattina*. Por la oscuridad, por la sangre en mis manos, por cómo te protejo y por cómo, a veces, te asfixio. Y eso no cambiaría aunque cruzáramos medio mundo.

Me mordí el labio inferior, odiando lo mucho que tenía razón.

—¿Y qué tengo que hacer entonces?

—Dejarte llevar. Solo dejarte llevar.

Y, a pesar de saber que estaba cometiendo un error, que no era lo correcto, era lo que quería hacer.

Capitulo 25

Audrey

Dos días después, reuní por fin el valor para hacer algo que había postergado demasiado. Aproveché que Damiano había salido por trabajo y que Siena estaba ocupada con sus actividades de verano para acercarme al cementerio.

Paola descansaba en la misma tumba que su madre. Yo misma había gestionado que colocaran una lápida digna, aunque hasta ese momento no me había atrevido a venir a verla y no sabía cómo había quedado.

Me arrodillé sobre la hierba húmeda y dejé un pequeño ramo de flores frescas frente a la lápida. Por el rabillo del ojo, vi cómo Hugh, que había insistido en acompañarme, se alejaba con discreción, dándome espacio.

Tragué saliva.

—Fui una amiga de mierda —susurré, sintiendo cómo las palabras me arañaban la garganta—. Y aunque sé que nada de esto lo compensa espero que ahora, con todo lo que ha salido a la luz, puedas descansar en paz.

El viento sopló con suavidad, acariciando las flores, como si me respondiera. Me quedé allí, en silencio, permitiéndome sentir la mezcla de culpa, pena y alivio que me anudaba el pecho. Tras unos minutos, bajé la mirada y añadí en voz baja:

—Voy a ser madre.

—¿Y el padre es ese tipo que está medio escondido tras ese árbol, que me mira como si quisiera matarme? —preguntó una voz conocida.

Me giré bruscamente, sorprendiéndome al ver a Mason. De pie, a unos pasos de distancia. Tan impecable como siempre: el pelo perfectamente peinado, traje a medida y la corbata ligeramente aflojada.

Me levanté y alcé una mano hacia Hugh, que ya venía hacia nosotros, indicándole que no interviniera. Para mi sorpresa, obedeció.

—No, él no es el padre —respondí con calma—. ¿Qué haces aquí, Mason?

Se acercó despacio y me dio un breve abrazo que acepté, porque, a pesar de que ahora tomábamos caminos separados, siempre recordaría a Mason con cariño. Él había formado parte de mi vida durante muchos años.

—He intentado llamarte, pero tienes bloqueado mi número —dijo, y pude ver una mueca de dolor en su rostro—. Y el de todos —añadió—. Probé desde otros teléfonos, pero no contestaste.

—Nunca cojo llamadas de números desconocidos. Lo sabes.

Asintió, resignado.

—Por eso vine a Chicago. Llevo casi una semana aquí. Cada mañana y cada tarde vengo a la tumba de Paola con la esperanza de encontrarte.

Tuve que admitir, en silencio, que aquello era muy de Mason. Siempre había tenido esos gestos bienintencionados, pero, al final, eso no bastaba. No cuando se trataba de amor.

—Siento haberte preocupado —dije, porque era verdad—. Pero estoy bien.

—Tus padres están muy preocupados, Audrey.

Fruncí el ceño.

—¿Y dónde están? ¿Por qué no están aquí contigo?

Mason tragó saliva, incómodo.

—Ya lo sabes, Audrey. El trabajo…

Solté una risa seca, sin humor.

—El trabajo no es más importante que su hija. Nunca lo fue.

Él se encogió de hombros, con ese gesto cansado que conocía tan bien.

—Así son nuestros padres —susurró—. Pero nosotros podemos ser distintos, podemos hacerlo mejor.

—¿Qué quieres decir, Mason?

Él respiró hondo, bajó la mirada un instante y luego fijó sus ojos en los míos.

—No me importa no ser el padre biológico de tu hijo, Audrey. Me dio igual en el momento que me lo contó tu madre, y me da igual ahora. Lo criaré como si fuera mío. No cometeremos los mismos errores. No será como lo nuestro, ni como lo de ellos. Ese niño tendrá el amor y la familia que tú y yo nunca tuvimos.

Estiré mis manos y él las agarró.

—Serás un buen padre, Mason —dije, y vi la esperanza en sus ojos, y me maldije por tener que romperla—. Tendrás tus propios hijos con una mujer que te ame como te mereces.

—Audrey…

Solté las manos de Mason.

—Mi bebé ya tiene un padre. Uno que ya lo ama con locura, capaz de hacer cualquier cosa para que esté a salvo.

—¿Y a ti, Audrey, te quiere?

No tuve que pensarme la respuesta.

—Más que a su propia vida. Y yo lo amo a él. Lo amo con toda mi alma y corazón. Soy suya, Mason, y él es mío. Así es como debe ser el amor.

Mason esbozó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Me alegro, Audrey. De verdad que lo hago. —A pesar de que podía ver el dolor en su rostro, estaba convencida de que sus palabras eran honestas—. Pero... —hizo una pausa, soltando una especie de resoplido— siempre creí que tú y yo terminaríamos juntos, ¿sabes?

Sonreí.

—Yo también lo creí. Pero no estamos hechos para estar juntos. Cuando encuentres a la mujer definitiva, a aquella que haga tu mundo temblar, te darás cuenta de que lo nuestro no era amor.

Podía ver en sus ojos que Mason no estaba de acuerdo con mis palabras, pero él no replicó.

—Te deseo lo mejor, Audrey. —Mason fue a darse la vuelta, pero en el último momento me miró—. Si necesitas cualquier cosa, si las cosas en algún momento no van tan bien, llámame, ¿vale?

Asentí, y él se marchó.

Me giré para ver a Hugh, pero él no estaba allí, debajo del árbol, sino que había otra persona. Un hombre que conocía bien, uno que

era el propietario de mi corazón. Hugh le había llamado y él había acudido con rapidez.

—No has intentado matarlo, eso es todo un triunfo para ti —dije cuando estuve frente a él.

Damiano soltó una breve risa y rodeó mi cintura con su brazo, atrayéndome hasta que nuestros cuerpos quedaron pegados, con su rostro junto al mío.

—Aún estoy a tiempo. Y sabes que mi puntería es excelente.

No lo dudaba ni por un segundo.

—Pero no lo harás.

Damiano arqueó una ceja.

—¿No?

—No. Porque quieres que sea feliz. Y eso, no me haría feliz.

Él me miró durante un segundo, con ese brillo salvaje y divertido en los ojos.

—Y si no eres feliz… no puedo meterte la polla —gruñó, con esa crudeza que, maldita sea, me gustaba.

Solté una carcajada, negando con la cabeza.

—Exactamente.

Damiano no esperó más. Acercó su boca a la mía y me besó. Un beso profundo, posesivo, de esos que borran todo lo demás. Como siempre, me derretí en sus brazos. Cuando se separó apenas un suspiro, rozó su frente contra la mía.

—¿Has cerrado ese capítulo? —preguntó en voz baja.

—¿El de Mason? —respondí, aunque en realidad ya sabía a qué se refería.

—Me refiero al capítulo en el que dudas de si quedarte conmigo es realmente lo que quieres.

Lo miré a los ojos, dejando que viera la verdad sin filtros.

—Ese capítulo lleva cerrado desde el momento en que volví a Chicago. Solo que… me costó admitirlo.

Damiano sonrió, una de esas sonrisas que apenas mostraba, pero que, cuando lo hacía, valía todo.

—Bien —murmuró—. Porque no pienso dejarte marchar.

—Eso es bueno, porque no pienso irme —susurré.

Damiano me besó de nuevo y, en ese momento, el resto del mundo dejó de existir.

Y quizá siempre sería así. Porque cuando estábamos juntos, éramos imparables. Porque habíamos sobrevivido a mentiras, pérdidas, traiciones y miedos. Y, aun con las cicatrices, seguíamos de pie.

Porque él y yo podíamos con todo. Porque ya no había más dudas, ni barreras. Porque el futuro que nos esperaba sería incierto, pero lo miraríamos de frente, de la mano. Juntos, unidos.

Daba igual las piedras que encontrásemos en el camino. Las superaríamos. Una a una.

Porque, cuando el amor es real, no importa cuánto duela a veces, ni cuán oscuro se ponga todo alrededor. Lo importante es no soltarse el uno al otro.

Y nosotros nunca lo haríamos. Nunca más.

Epílogo

Damiano

Unos meses después…

La felicidad era algo que siempre creí fuera de mi alcance. Algo que pensaba que no estaba destinado para hombres como yo.

Pero, tumbado en una hamaca, bajo la sombra de una sombrilla junto a la piscina de mi casa, con mi bebé de tres meses dormido plácidamente en mis brazos, me di cuenta de lo jodidamente equivocado que estaba.

Frente a mí, Audrey chapoteaba en el agua junto a Siena, las dos subidas a un enorme flotador con forma de flamenco rosa, riendo a carcajadas mientras intentaban mantener el equilibrio. Y, joder, no había sonido en el mundo que disfrutase más que el de sus risas.

Ese flamenco era parecido al que Audrey le había regalado a Siena el verano anterior. Claro que aquel tuvo un final prematuro y trágico cuando lo destrocé mientras follaba a mi *gattina* encima de él. No me arrepentía. Jamás lo haría. Nunca me cansaba de hacerle el amor, y estaba seguro de que nunca lo haría. Porque ella era igual de insaciable, igual de adicta a mí como yo a ella.

Y así era como debía ser.

El pequeño Paolo se removió en mis brazos y, segundos después, soltó un grito fuerte y exigente. Me incorporé un poco en la hamaca, intentando calmarlo, pero ni se inmutó. Tenía los pulmones de su madre y mi mal genio. Mala combinación. Y, a la vez, perfecta.

El nombre, Paolo, lo había elegido Audrey. Un homenaje a su amiga y, como decía ella, porque seguía mis raíces italianas. Un nombre fuerte, con carácter. Perfecto para él.

Audrey salió de la piscina y se secó con la toalla mientras Siena seguía chapoteando, feliz. Se acercó a la hamaca, estiró los brazos hacia el bebé, y yo se lo pasé.

—No me puedo creer que tenga hambre otra vez —refunfuñó, acomodándolo contra su pecho a la vez que se sentaba en la

hamaca al lado de la mía—. Ha comido hace menos de una hora.

Paolo se agarró con fuerza a su pecho y empezó a succionar como si no hubiera un mañana. Sonreí.

—No puedo culparlo, a mí también me gustaría estar colgado de tu teta todo el día.

Ella puso los ojos en blanco, pero se le escapó una sonrisa.

—Vamos a tener que retrasar la boda, hasta que mis pechos vuelvan a su volumen normal —dijo, señalando su escote—. Se me van a salir del vestido.

Íbamos a casarnos en dos semanas. Aunque era mía en todos los aspectos, no podía esperar a hacerlo legal.

—Ni de puta coña, *gattina*. No vamos a retrasarlo ni un minuto.

—Damiano… no digas palabrotas delante de Paolo. No quiero que sea un malhablado como tú.

—Te gusta cuando hablo mal; sobre todo, en la cama.

Ella se sonrojó.

—Eres imposible.

—Y me amas.

—Con todo mi corazón.

Y yo la amaba a ella de la misma forma. Sin medida, sin condiciones, con todo lo que era, con mi corazón negro y mi alma podrida.

Mi vida era perfecta. Caótica, desbordante y, a veces, desquiciante, pero perfecta. Y no iba a permitir que nadie lo cambiase.

Tenía enemigos; muchos. Y cada vez más, porque mis negocios crecían, porque mi poder no dejaba de expandirse. Pero si alguno de esos cabronazos se atrevía a tocar siquiera un pelo de uno de los miembros de mi familia, sabrían que el infierno en la tierra es real. Porque los destruiría, sin piedad, sin remordimientos.

Y después, regresaría a mi casa a follarme a mi mujer, a abrazar a mi hijo y a mi hermana. A seguir viviendo esta vida que, contra todo pronóstico, había acabado siendo mía.

Porque, por fin, conocía la felicidad. Y nadie iba a arrebatármela.

Redes sociales

Instagram: Lexi_thurman03